

Masuji Ibuse
Lluvia negra

Prólogo de Jorge Volpi



Lectulandia

Basada en documentos históricos sobre la devastación causada por la bomba atómica y en entrevistas y diarios de víctimas de la masacre, *Lluvia negra* es la novela japonesa que mejor se ha enfrentado a las consecuencias de la explosión atómica en Hiroshima.

El libro se centra en la historia de una joven, Yasuko, que se vio sorprendida por la «lluvia negra» radioactiva que cayó en los alrededores de Hiroshima. Las posibles consecuencias de su contacto con la radiación han dado lugar a un sinfín de habladurías entre los pretendientes de la joven: ¿estará enferma?, ¿podrá tener hijos? Su familia rememora aquellos días aciagos tratando de conjurar el peligro que la acecha.

Masuji Ibuse retrata con sensibilidad y con un esperanzado humor la compleja red de emociones que se establece entre unos supervivientes que siguen soportando las enfermedades y el dolor provocados por la explosión y que ignoran hasta qué punto su salud puede estar afectada. *Lluvia negra* es una de las mejores aproximaciones a la magnitud del sufrimiento humano causado por este hecho histórico y un clásico de la literatura japonesa del pasado siglo.

Lectulandia

Masuji Ibuse

Lluvia negra

ePub r1.0

Titivillus 20.01.16

Título original: *(Kuroi ame)*

Masuji Ibuse, 1966

Traducción: Pedro Tena

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Diario de la bomba

1

A fuerza de una repetición tan inclemente como vana, la imagen se ha vuelto anodina: la sublime belleza del horror. La columna de humo incandescente elevándose hacia el cielo. El paraguas espumoso y criminal. El ángel de la muerte. El hongo de fuego.

Habría que imaginar, en cambio, el primer día. *Ese* día. El día de la ira. Hiroshima, 6 de agosto de 1945. Los primeros ojos que presenciaron la explosión. Los primeros ojos que quedaron ciegos. El primer rostro destruido. El primer cuerpo desollado. Los primeros órganos destrozados por la «enfermedad de la radiación».

Y, también, el primer sobreviviente.

2

¿Para qué sirve una novela? Hay una forma de responder que incomoda a escritores y críticos por igual, pero que no por ello es menos verdadera: para vivir las vidas que no tenemos.

Para observar aquello que no podríamos atisbar de otra manera. Para romper el drástico aislamiento que nos separa de los otros. Para sentir, por un instante, como sienten los otros. Para imaginar, por un instante, la vida de otros. Para ser, por un instante, otros.

Para observar por primera vez, sin calcinarnos, el estallido.

3

La bomba es la metáfora del siglo xx, no hay remedio. Es su condensado o su resumen. El viejo pacto de Fausto con el diablo: se ha dicho una y otra vez hasta el cansancio. La ciencia al servicio del poder y sus delirios. Habernos convertido en la única especie capaz de extinguirse por voluntad propia.

Pero, al convertirse en símbolo —en icono—, la bomba casi ha borrado sus consecuencias: las muertes puntuales de miles de inocentes. Las heridas ciertas, dolorosas, inocultables, de las víctimas. Vidas devastadas. Vidas al garete.

Aborrecemos la bomba pero preferimos soslayar sus efectos: nadie quiere

acordarse ya de las quemaduras, de los cadáveres. Menos aún de los sobrevivientes. De aquellos que vivieron para contar el asombro y el horror pero de los que por fortuna, a más de seis décadas de distancia, quedan ya pocos. Ellos son los últimos testigos de lo que somos, en realidad, los humanos.

4

Durante la segunda guerra mundial, Masuji Ibuse (1898-1993) trabaja en el departamento de propaganda del Ministerio de Guerra japonés. Ni más ni menos. Podemos imaginarlo redactando informes —mentiras, ficciones de novelista— y transmitiéndolos a sus superiores, y luego a sus compatriotas, para levantar los ánimos mientras el conflicto se prolonga. Y entonces, un día, recibe una noticia imposible de maquillar. Una noticia que, lo sabe, precipitará la rendición del Emperador. Una noticia que habrá de transformar no solo el destino de Japón, sino del planeta.

¿Cuánto tardó Masuji Ibuse en comprender que algún día tendría que narrar aquel día? Su empresa literaria es el reverso exacto de sus labores durante la guerra: despojar una noticia de eufemismos, arrancarle toda floritura y toda retórica, despojarla de ideología. Reducirla a lo único que, en realidad, importa. Las vidas de unos cuantos personajes. No: la vida de unas cuantas personas. Una familia. Una familia que sobrevive a la bomba. Una familia que, al sobrevivir, no sobrevive ni a la bomba.

Veintiún años después de la tragedia, Masuji Ibuse escribe, o acaso transcribe, *Lluvia negra (Kuroi Ame)*. Y se vuelve célebre. Pero eso no importa. Importan las personas que habitan su novela. Los sobrevivientes.

5

«Yo soy la muerte», se fustigó con cierta dosis de histrionismo J. Robert Oppenheimer, máximo responsable científico del Proyecto Manhattan, al enterarse de la explosión acontecida en Hiroshima.

Frente a esta frase grandilocuente —y al arrepentimiento del físico que por un momento prefirió la física a la justicia— quedan los personajes, no, las personas de *Lluvia negra*. Shigematsu Shizuma, su esposa Shigeko y su sobrina Yasuko son el reverso de Oppenheimer.

Son la vida.

6

Lluvia negra posee el estilo de la tierra devastada. Tan árida como la ciudad luego del ataque. Una novela de las ruinas.

7

Como toda gran novela, *Lluvia negra* da voz a los sin voz. Y, más que eso, nos permite creer o acaso sentir que esa voz también es nuestra.

Masuji Ibuse apenas comparece en sus páginas. El novelista enhebra con discreción oriental los diarios de sus personajes. Insisto: de esas personas, de los sobrevivientes. Cada uno cuenta, en un estilo adusto, despojado, lo que vio ese día. Y, aún más importante —y mucho menos recordado— lo que ocurrió en los días subsecuentes.

La Historia resguarda la memoria de algunos hechos. La Novela, su contraparte —su rival, su enemiga—, resguarda la memoria de algunos individuos. Eso hace Masuji Ibuse. Eso hace *Lluvia negra*: sobrevive.

8

Una escena secundaria concentra la visión japonesa del desastre: estalla la bomba, un regimiento de jóvenes soldados, atrozmente quemados, recibe la orden de suicidarse. Según la leyenda, solo uno incumple la orden.

El narrador de la historia.

Como Masuji Ibuse.

9

Más que una novela sobre la bomba, *Lluvia negra* es un libro sobre la «enfermedad de la radiación». No caben en ella comentarios geopolíticos, discursos sobre la humanidad y sus chacales, reflexiones sobre el fin de la historia o el fin del mundo.

Lluvia negra responde a una sola pregunta: ¿qué ocurrió con quienes contemplaron el estallido y luego tuvieron que continuar con sus vidas?

En otras palabras: qué significó no haber muerto. O morir poco a poco.

10

En su diario, Yasuko, la hija casadera de Shigematsu, escribe en su entrada del 6 de agosto de 1945: «A las 4:30, el señor Nojima vino con su camión a recoger nuestras pertenencias para llevarlas al campo. En Fume hubo un gran fogonazo seguido de una

explosión. Un humo negro se elevó por encima de la ciudad de Hiroshima como una erupción volcánica. En el camino de vuelta, fuimos por Miyazu, y desde allí en barco hasta el puente de Miyuki. La Tía Shigeko estaba ilesa, pero el Tío Shigematsu tenía heridas en la cara. No se había visto jamás un desastre así, pero es imposible hacerse una idea aproximada. La casa está inclinada unos 15 grados, así que este diario lo estoy escribiendo a la entrada del refugio antiaéreo».

La descripción es casi neutra, sin apenas dramatismo. Aquí está, justamente, lo terrible.

11

Lluvia negra, lo he dicho, no es una novela sobre la bomba. Es una novela sobre un tío que quiere casar a su sobrina. Shigematsu Shizuma tiene el deber de casar a su sobrina Yasuko. Para lograrlo, debe convencer a su posible marido de que la joven no ha contraído la «enfermedad de la radiación». Convencer al otro de que no ha ocurrido nada. De que la lluvia negra que bañó su piel y su cabello no le ha hecho mella.

Como un propagandista de guerra, Shigematsu se esmera por maquillar la realidad. No quiere que Yasuko se quede sola. No quiere el oprobio para Yasuko. Pero su empresa es, como la de los propagandistas japoneses, imposible. La «enfermedad de la radiación» está allí, en su cuerpo, en sus células. Es, de hecho, lo único que tiene.

12

Yasuko es la víctima perfecta. Joven, tímida, no muy agraciada. Más que casarse, ella quisiera hacer feliz al Tío Shigematsu. No lo consigue. Porque la vida cotidiana no puede ser normal después de la bomba. Porque, más que cambiar el destino de Japón o el de la humanidad, la bomba ha destrozado su vida. Y la vida de los suyos.

Pese a las bienintencionadas mentiras de su tío, Yasuko enfermará. Y su enfermedad se volverá inocultable. Una llaga que no se cerrará nunca.

13

Ahora sabemos, con suficiente dosis de certeza, que Japón se preparaba para rendirse cuando cayó la bomba en Hiroshima. Más que salvar vidas —como insistió la propaganda de los vencedores—, el estallido se limitó a confirmar la superioridad de Estados Unidos. Hiroshima, y luego Nagasaki, fueron los campos de pruebas de dos experimentos exitosos. Nada más que eso.

Gracias a Masuji Ibuse, la lluvia negra no se precipitó solo sobre Yasuko —y miles de víctimas anónimas semejantes a ella— sino sobre cada uno de nosotros. Después de leer su novela, la «enfermedad de la radiación» también nos pertenece. También destruye nuestras células.

Después de Auschwitz juramos que no volvería a ocurrir nada semejante. Después de Hiroshima juramos que no volvería a ocurrir nada semejante. En lo primero nos hemos equivocado, como de costumbre: Camboya, Srebrenica, Ruanda, Darfur son nombres que prueban nuestra capacidad para el olvido. En lo segundo, no ha vuelto a ocurrir algo semejante a Hiroshima o Nagasaki. Todavía.

Cientos de novelas sobre el Holocausto no han impedido nuevos genocidios. No hay demasiadas esperanzas de que *Lluvia negra* sea un mejor llamado a la razón. Pero la memoria, y sobre todo la memoria literaria, es la única res puesta posible a la crueldad y la violencia inscritas en el corazón de los humanos. Son una respuesta y también una advertencia. Hay que leer *Lluvia negra* porque es arte. Arte porque nos obliga a vivir el horror que somos capaces de crear nosotros mismos.

JORGE VOLPI

Lluvia negra

Capítulo 1

DESDE hace ya varios años, Shigematsu Shizuma, del pueblo de Kobatake, sabía que su sobrina Yasuko sería siempre un peso que debería llevar sobre su conciencia. Y, lo que era peor, tenía el presentimiento de que esta carga seguiría agobiándole indeciblemente aún durante muchos años. Con Yasuko, él parecía haber adoptado una doble o, incluso, triple responsabilidad. El hecho de que no hubiera ninguna boda a la vista era ya un motivo suficiente, pero lo que realmente le preocupaba eran las habladurías. Hacia el final de la guerra, se rumoreó que Yasuko había estado trabajando en las cocinas de la Escuela Media del Ejército Imperial, en la ciudad de Hiroshima. Dando pábulo a este rumor, los habitantes de Kobatake, situado a más de ciento sesenta kilómetros al este de Hiroshima, afirmaban que la chica había contraído la enfermedad de la radiación. Y decían también que Shigematsu y su esposa estaban encubriendo deliberadamente esta circunstancia. No era otro el motivo de que fuese tan remota la expectativa de que Yasuko contrajese matrimonio. La gente que iba a hacer averiguaciones a casa de sus vecinos pensando en un posible casamiento, se escabullía enseguida con evasivas al oír el rumor, y terminaban rompiendo por completo cualquier posible trato sobre este asunto.

Aquella mañana, la mañana del 6 de agosto, los jóvenes cadetes de la Escuela Media del Ejército de la ciudad de Hiroshima habían estado escuchando una soflama militar en el lado oeste del Puente Shin Ō, o en algún otro puente en el centro de la ciudad. Fue entonces cuando cayó la bomba. En aquel preciso instante, los muchachos, llenos de quemaduras de la cabeza a los pies, fueron exhortados por su profesor a cantar en voz baja una canción patriótica: «Deja mi cuerpo bajo las olas». Cuando acabaron de cantar, el profesor dio la orden de romper filas y, encabezando él mismo el grupo, saltó al río, que en ese momento estaba alto por la marea. Parece que todo el grupo siguió su ejemplo, menos un alumno que a duras penas pudo llegar hasta su casa para contar la historia, si bien, se decía, también él acabó muriendo poco tiempo después.

Entraba dentro de lo posible que este relato procediera de un miembro del Cuerpo Patriótico de Voluntarios que hubiera regresado vivo de Hiroshima. Aun así, la historia de que Yasuko había estado trabajando en las cocinas de la Escuela Secundaria de Hiroshima era una mera invención. Aunque hubiera trabajado de verdad en las cocinas, era poco creíble que la muchacha estuviera en el lugar de los hechos cuando los estudiantes se pusieron a cantar «Deja mi cuerpo bajo las olas». Lo cierto era que ella había estado trabajando en la fábrica que la Compañía Textil de Japón tenía en la ciudad de Furuichi, a las afueras de Hiroshima, haciendo labores de

mensajera y recepcionista del Sr. Fujita, el director de la misma, y que no había la más mínima conexión entre la Compañía Textil de Japón y la Escuela Media.

Desde que empezó a trabajar en Furuichi, Yasuko había estado compartiendo provisionalmente el hogar de los Shizuma, en el 862, 2-chōme, del barrio de Sendamachi, en Hiroshima, e iba y volvía a la fábrica en el tren con destino a Kabe, el mismo tren que tomaba Shigematsu. Pero no había la más mínima conexión con la Escuela Media del Ejército Imperial. El único vínculo que podía existir, si es que había alguno, era que, tras el envío por Yasuko de un paquete regalo a un antiguo estudiante del colegio —un soldado del ejército destacado en el norte de China—, este había escrito a Yasuko una carta de agradecimiento, más bien empalagosa, a la que habían seguido cinco o seis poemas más, también escritos de su puño y letra. Shigematsu todavía recordaba cómo, cuando Yasuko mostró los poemas a su esposa Shigeko, esta, sonrojándose de un modo poco apropiado para una persona de su edad, había dicho: «Yasuko, estos poemas deben de ser de los que llaman “de amor”».

Durante la guerra, desde luego, «los rumores irresponsables» habían sido prohibidos por un edicto militar que regulaba la libertad de expresión, y los boletines que circulaban entre los habitantes de cada distrito establecían los temas que podían ser objeto de conversación. Sin embargo, una vez hubo acabado la guerra, los rumores e historias de todo tipo sobre asaltos, robos, juego, arsenales militares y hombres que se enriquecían de la noche a la mañana —actos todos ellos atribuidos a las fuerzas de ocupación—, empezaron a arreciar para, con el paso del tiempo, volver a caer nuevamente en el olvido. No habría pasado nada si también los rumores acerca de Yasuko hubieran sido olvidados tras pasar su momento álgido, pero no fue así, y cuando alguien se acercaba para informarse sobre un posible casamiento, sacaba nuevamente a colación la ya manoseada historia de que ella había trabajado en las cocinas de la Escuela Media del Ejército Imperial, en Hiroshima.

Durante cierto tiempo, Shigematsu había considerado la idea de ajustar las cuentas al perverso individuo que hubiera iniciado aquel rumor. Pero aparte del propio Shigematsu, su esposa y Yasuko, los únicos habitantes de Kobatake que habían estado en Hiroshima cuando cayó la bomba habían sido los jóvenes pertenecientes a la Escuela Media del Ejército o al Cuerpo Patriótico de Voluntarios. Este último agrupaba a jóvenes escogidos entre los distritos de una misma Prefectura a quienes se contrataba para trabajar en el desmantelamiento de las casas de Hiroshima; una orden que se había decretado para crear cortafuegos en las áreas más urbanizadas de la ciudad. Los jóvenes de Kobatake integraban una de las unidades conocida con el nombre más bien pomposo de Unidad Kōjin, porque sus miembros pertenecían a dos distritos que recibían el nombre de Konu y Jinseki. Su trabajo consistía en demoler las casas. Aserraban unas tres cuartas partes de cada uno de los distintos pilares de madera que apuntalaban la casa, ataban una cuerda resistente a la cumbreira y, luego, entre unos veinte o treinta voluntarios se ponían a tirar con todas sus fuerzas hasta que la casa se derrumbaba. Las casas de un único piso eran las que

más trabajo daban, y caían poco a poco, causando un tremendo alboroto. Las casas de dos pisos se prestaban mejor a esta tarea, y se desplomaban de una vez, con un golpe seco y contundente, aunque la polvareda que levantaban alejaba a cualquier persona de los alrededores durante al menos cinco o seis minutos.

Por desgracia, puesto que los miembros de la Unidad Kōjin y del Cuerpo de Ejército tan solo habían llegado a Hiroshima un día antes, apenas se habían puesto a trabajar cuando cayó la bomba. Aquellos que no habían muerto en el acto fueron trasladados, completamente abrasados y en carne viva, a los centros de recepción de Miyoshi, Shōbara, Tojo y a otros lugares de los alrededores de Hiroshima. El primer grupo que fue enviado de Kobatake a las ruinas de Hiroshima estaba compuesto por los bomberos del pueblo, que acudieron allí en un autobús con motor de carbón. Tras ellos, a primera hora de la mañana del día que se declaró el fin de la guerra, fue enviada otra partida de trabajadores voluntarios de la Asociación de Jóvenes, destinada a recoger los heridos del pueblo de Miyoshi, Tojo y otras partes.

El alcalde del pueblo, en honor de los miembros de la Asociación de Jóvenes que se habían ofrecido como voluntarios, celebró una despedida oficial en presencia del presidente en funciones de la Asociación.

«Señores —empezó diciendo—, vaya por delante nuestra más profunda gratitud por ofrecer sus servicios en estos ajetreados días de guerra. Estoy seguro de que no necesito recordarles que los cuerpos de los heridos que ustedes traerán de vuelta a casa estarán llenos de ampollas y quemaduras, por lo que les rogamos que extremen las precauciones para no provocarles más sufrimiento del que ya tienen. Se dice que el enemigo ha utilizado lo que se ha dado en llamar una “nueva arma”, en su ataque sobre Hiroshima, la cual ha sumido en un infierno de atroces tormentos a cientos de miles de habitantes inocentes de la ciudad. Un miembro del Cuerpo Patriótico de Voluntarios del Ejército que escapó con vida de Hiroshima me ha contado que, en el momento en el que esta nueva arma devastaba la ciudad, innumerables gritos de socorro que parecían surgidos del interior de la tierra llegaron a sus oídos como si fueran las voces de esos cientos de miles de almas. Incluso la ciudad de Fukuyama, que tuvo que atravesar para volver a su casa, había sido reducida a un montón de despojos calcinados; y la torre y la Galería Estival del Castillo de Fukuyama habían sido también pasto de las llamas. Me contó que se le partió el corazón al darse cuenta del espanto que lleva aparejada la guerra... Así las cosas, es un hecho incuestionable que estamos involucrados en una guerra y que ustedes, en calidad de miembros de la unidad de voluntarios, tienen, por tanto, el cometido de traer de vuelta a casa a sus compañeros de armas. Así pues, me cabe el deber de instarles a que no desfallezcan al blandir sus lanzas de caña de bambú, ese símbolo de su invencible determinación para luchar implacablemente hasta el final. Es del todo inoportuno que tenga que darles la despedida de este modo clandestino, haciéndoles llegar mis palabras con apenas una débil luz, pero estoy seguro de que, en vista de las circunstancias, sabrán entenderlo perfectamente».

Una vez terminado su discurso, se giró hacia las aproximadamente ochenta personas que habían acudido a despedir al destacamento. «Espero que me acompañen —declaró, levantando los brazos dispuesto a llevar el compás— en vitorear con entusiasmo a los miembros de la unidad para desearles ¡un feliz viaje!».

Antes de partir, el grupo se dividió en tres unidades: una en dirección a Miyoshi, otra a Shōbara, y una tercera a Tojo. Caminaron en silencio tras los carruajes de tiro que transportaban sus equipajes. Los miembros de la unidad destinada a Tojo se detuvieron a almorzar en Yuki, a mitad de camino entre Kobatake y Tojo, y para ello se sentaron en la galería de una casa de campo situada al borde de la carretera. Mientras comían, escucharon un comunicado de Su Majestad el Emperador que les llegó desde una radio que había dentro de la casa. Cuando el comunicado terminó, se quedaron sentados un rato, en silencio. Después, el hombre que llevaba el caballo por las riendas dijo: «El discurso de despedida del alcalde fue más bien largo, ¿verdad?».

Esta apreciación llevó, en buena lógica, a una conversación en torno a qué debían hacer con sus lanzas de caña de bambú, y decidieron unánimemente dejarlas como regalo de despedida para el granjero de cuya galería se habían servido tan generosamente.

El centro de acogida de Tojo era un viejo edificio que dio la casualidad de estar disponible. Había dos supervisores, pero nadie tenía la menor idea de qué hacer en él ni de cómo llevar a cabo las cosas. Los heridos estaban tumbados de cualquier forma sobre el tatami, pero era imposible identificarlos porque no había ni uno solo que no tuviera el rostro totalmente desfigurado por las quemaduras. Uno de ellos tenía el cráneo pelado como un huevo, y apenas le quedaba en él más que una leve tira de piel normal; al parecer, había tenido una toalla de algodón enrollada en su frente y sus mejillas colgaban como los senos de una anciana. Afortunadamente, todos los pacientes tenían el sentido del oído intacto, y se podía pasar junto a cada uno de ellos para preguntarle el nombre, que figuraba escrito en la piel en el caso de que estuviera desnudo, o en cualquier jirón de ropa que aún le pudiera quedar en el cuerpo. Aunque cruel, este método era necesario para hacer posible la identificación de los heridos, porque estos no cesaban de cambiar de posición ni de quejarse por causa de los dolores que tenían que soportar.

«¿Y en qué está pensando el doctor? —preguntó uno de los voluntarios al supervisor—, ¿es que no va a hacer nada por ellos?».

Pero el propio doctor era reacio a arriesgarse a tratar a los pacientes de una enfermedad cuyos orígenes desconocía. Sin poder explicarse la causa de sus sufrimientos más que por el dolor de las quemaduras, inyectó a seis de los heridos un medicamento llamado Pantopon, que les alivió temporalmente de los dolores. Después de eso —dijo—, se había acabado el medicamento.

Esta fue la explicación que un miembro del grupo de voluntarios le dio a Shigematsu cuando este regresó de Hiroshima. Para entonces, el propio Shigematsu ya acusaba algunos síntomas de la enfermedad de la radiación. Cuando se ponía a

trabajar con ganas en el campo, le sobrevinía una especie de letargo, y le salían unos granitos en el cuero cabelludo. Si se tiraba del pelo, se lo arrancaba casi sin esfuerzo. Cuando eso sucedía, Shigematsu guardaba cama durante algunos días y comía alimentos sanos en abundancia.

Los síntomas de la enfermedad de la radiación empezaban normalmente con una sensación de adormecimiento y pesadez de los miembros, cuyo origen era desconocido. Al cabo de unos días, el pelo se caía a puñados y los dientes se aflojaban y terminaban por caerse también. Por último, se declaraba un paro respiratorio y el paciente moría. Cuando se sentía el adormecimiento en los primeros estadios de la enfermedad, lo primero que había que hacer era descansar y comer bien. Quienes seguían trabajando se iban poniendo mustios, como los pinos transplantados por jardineros torpes, hasta que finalmente fallecían. En el pueblo vecino de Kobatake y en el pueblo colindante, se sabía de personas que, habiendo regresado de Hiroshima con su salud intacta y felicitándose de haber escapado de la enfermedad, se habían puesto a trabajar intensamente durante uno o dos meses para acabar enfermando y morir al cabo de una semana o diez días. La enfermedad se manifestaba en una parte concreta del cuerpo, y se caracterizaba por provocar dolores atroces. El dolor que se sentía en los hombros y la espalda era, también, incomparablemente peor que el de cualquier otra enfermedad.

El doctor que visitó a Shigematsu diagnosticó, sin atisbo de duda, que su caso se debía a la enfermedad de la radiación. El Dr. Fujita, de la ciudad de Fukuyama, también formuló un diagnóstico parecido. Sin embargo, el caso de Yasuko era distinto, porque ella no estaba enferma en absoluto. Yasuko había sido examinada por un reputado doctor, y se había sometido a uno de los exámenes periódicos que el centro de salud local reservaba para los supervivientes de la bomba. Los resultados de los análisis eran completamente normales: cómputo de glóbulos, examen de lombrices intestinales, orina, velocidad de sedimentación globular, percusión del pecho, auscultación con el estetoscopio, etcétera. Esto sucedía cuatro años y nueve meses después del final de la guerra, cuando Yasuko tenía ante sí la oportunidad de un casamiento que, en honor a la verdad, estaba por encima de sus posibilidades. Su futuro esposo iba a ser un joven de una antigua familia del pueblo de Yamano. Debía de haber visto a Yasuko en alguna parte, porque la correspondiente propuesta de tanteo llegó a través de una intermediaria. La propia Yasuko no puso objeción al casamiento. Shigematsu, que estaba deseoso de cerciorarse de que, de una vez por todas, las cosas no se fueran al traste por culpa de las murmuraciones sobre la enfermedad de la radiación, hizo que un doctor acreditado extendiera un certificado sobre la salud de Yasuko, que él envió después por correo a la intermediaria.

«¡Esta vez va a salir como es debido! —exclamó con ciertos aires de suficiencia—. ¡No hay nada mejor que cerciorarse por partida doble! A la gente de hoy en día le gusta intercambiar certificados de salud antes de casarse. Estoy seguro de que no les parecerá extraño en absoluto. Parece ser que la intermediaria es la mujer de un

antiguo oficial del ejército, así que ella conoce exactamente cómo se han de hacer las cosas en la actualidad. ¡Ya verás cómo esta vez va a salir bien!».

Sea como sea, el caso es que demostró tener más prudencia que sabiduría, ya que por una carta que se recibió solicitando detalles sobre los movimientos de Yasuko en Hiroshima desde el día que cayó la bomba hasta su regreso a Kobatake, se supo que la intermediaria había ido a pedir informes sobre la salud de Yasuko a alguna persona del pueblo. La carta añadía que se trataba únicamente de una pesquisa que la propia intermediaria hacía a título informativo, y que no era el resultado de ningún interés del futuro marido en este asunto.

Shigematsu cayó en la cuenta de que él mismo había provocado el problema. Su esposa leyó la carta y se la dio a Yasuko sin decir ni una palabra. Shigeko se quedó sentada sin moverse durante un rato, con la cabeza baja mirando hacia el tatami y, luego, se levantó y se retiró al cuarto trastero. Yasuko fue tras ella. Unos minutos después, Shigematsu se acercó a mirar por la rendija de la puerta y vio que su esposa tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Yasuko, y que ambas sollozaban en silencio, como para sí mismas.

«De acuerdo, está bien, por una vez estaba equivocado —dijo—, pero es vergonzoso tratar a alguien como inválido crónico simplemente por las murmuraciones de la gente. Tú déjales que murmuren, que nosotros estamos por encima de eso. ¡Encontraremos una solución, acuérdate de lo que te digo!».

Pero, aun así, era consciente de que esto lo decía para sentirse mejor.

Yasuko se puso en pie con apesadumbrada lentitud y, cogiendo una libreta de uno de los cajones de la cómoda, se la entregó a Shigematsu sin mediar palabra. Era su diario personal de 1945, y en la portada había un dibujo de dos banderas cruzadas, la nacional y la bandera con el sol naciente que utilizaba el Ejército. Durante su estancia en Sendamachi, en Hiroshima, después de cenar, Yasuko se sentaba en la mesa redonda del comedor y escribía en el diario los acontecimientos del día. Era algo que hacía todos los días sin falta, aunque estuviera muy cansada.

Para ella, escribir un diario significaba resumir lo sucedido durante el día en cinco o seis líneas, cuatro o cinco días a la semana. Luego, el quinto o sexto día, dedicaba una entrada a describir con más detalle los acontecimientos de la semana. Este era el método que había aprendido de Shigematsu, y que este había practicado durante varios años para, después, enseñárselo a su sobrina. Este sistema, que a él le gustaba llamar de «borrón y cuenta nueva», le permitía despedir la jornada con unas pocas líneas, cuando llegaba a casa demasiado tarde y cansado de trabajar como para ocuparse en ninguna otra cosa.

A Shigematsu se le ocurrió que debía copiar el diario de Yasuko y enviárselo a la intermediaria. Poniéndose manos a la obra, transcribió literalmente las entradas de varios días, empezando por el 5 de agosto de 1945.

5 de agosto

Notifiqué al Sr. Fujita, el director de la fábrica, que tendría que ausentarme mañana, y me marché a casa para preparar las cosas que íbamos a enviar al campo. Lista: los kimonos ceremoniales de invierno y verano, tres fajas y tres kimonos de invierno de la Tía Shigeko (uno de ellos —muy valioso— de seda a franjas amarillas que, al parecer, llevó la bisabuela cuando se puso de novia por primera vez), y cuatro kimonos de verano; el abrigo de invierno, un haori ceremonial y los dos trajes de invierno del Tío Shigematsu, junto con una camisa, una corbata y su diploma de graduación; mis propios kimonos ceremoniales de invierno y verano; dos fajas y mi diploma de graduación. Los he envuelto todos en una estera de paja. En una bolsa para colgar al hombro, he puesto tres medidas de arroz, mi diario, una pluma estilográfica, mi sello, mercurocromo, y una venda triangular de uso común. [Nota añadida por Shigematsu: nuestras pertenencias, todavía empaquetadas, nos fueron devueltas del campo más de un año después de terminar la guerra].

A mitad de la noche, sonó la alarma antiaérea y un escuadrón de B-29 sobrevoló la ciudad, aunque sin que pasara nada. Alrededor de las tres, se suprimió la alarma de ataque. Cuando el Tío Shigematsu volvió de su ronda de vigilancia nocturna, dijo que le habían contado que, otro día, un B-29 había lanzado panfletos propagandísticos alrededor del pueblo de Kobatake con la frase «No creeréis que hemos olvidado atacar Fuchū-machi, ¿verdad? No tardaremos en hacerlo». La frase lograba sonar amigable al tiempo que amenazante. «¿En serio bombardearán Fuchū?», me preguntó. Según cuenta alguien que llegó de la Prefectura de Yamanashi el otro día, el B-29 lanzó un tipo de panfleto impreso en auténtico papel de dibujo antes de bombardear Kōfu. Al parecer, en uno de los párrafos se contaba que en Saipán o en alguna otra isla ocupada por los americanos, los japoneses vivían contentos y tenían comida en abundancia. Ya no se suele ver papel de dibujar en Hiroshima. Me meto en la cama a las 3.30.

6 de agosto

A las 5.30 de la mañana, el Sr. Nojima vino con su camión a recoger nuestras pertenencias para llevarlas al campo. En Furue hubo un gran fogonazo seguido de una explosión y un humo negro se elevó por encima de la ciudad de Hiroshima como una erupción volcánica. En el camino de vuelta, fuimos por Kusatsu, y desde allí en barco hasta el puente de Miyuki. La Tía Shigeko salió ilesa, pero el Tío Shigematsu tenía heridas en la cara. Un desastre de esas proporciones no tenía precedente, y no hay forma humana de imaginarlo siquiera. La casa está inclinada unos 15 grados, así que este diario lo estoy escribiendo a la entrada del refugio antiaéreo.

7 de agosto

Ayer decidimos trasladarnos a los dormitorios de los trabajadores en la fábrica de Ujina, pero fue imposible y, a sugerencia del Tío Shigematsu, nos refugiarnos en Furuichi. La Tía Shigeko nos acompañó. Al Tío Shigematsu se le escaparon unas

lágrimas en la oficina de la fábrica. Hiroshima es una ciudad abrasada, una ciudad de cenizas, de muerte, de destrucción; los cadáveres amontonados en las calles son una protesta silenciosa contra la inhumanidad de la guerra.

Hoy habrá una inspección de los daños causados en la fábrica.

8 de agosto

Estoy agobiadísima haciendo arroz para el desayuno de todo el mundo.

Se han publicado las principales conclusiones que se adoptaron en la reunión sobre la gestión de la fábrica.

9 de agosto

Hoy ha llegado más gente desplazada en busca de refugio. Entre ellos, algunas personas que no tienen relación alguna con los trabajadores de la fábrica. Casi todos ellos están heridos, y no hay nadie cuya ropa esté en buen estado. Uno de ellos llegó agarrando un paquete que contenía una caja con las cenizas de una persona, y lo colgó en la ventana con una cuerda atada al alero, mascullando una oración. Había también un hombre de mediana edad que tenía el cuello vendado con un paño mugriento, y un rostro ordinario y tosco. Con una especie de humor grave, distribuyó tres tarjetas postales nuevas a cada uno, diciendo: «No lo dude. Escriba aquí algo para las personas que estarán preocupadas por usted; puede pedir las tarjetas que quiera, las hago yo mismo en casa. Pero, por favor, no se lo diga a nadie, ¿quiere?». Imagino que habría encontrado las tarjetas en alguna oficina de correos o algo así.

Es la una de la tarde, y la mayoría de la gente está acostada y duerme la siesta profundamente. Siento que hoy he recuperado el poder de pensar en algo, así que voy a tratar de recuperar la memoria de lo que ha ocurrido desde el día 6. A las 4.30 de la mañana del día 6, llegó el camión, conducido por el Sr. Nojima, para cargar nuestras pertenencias y llevarlas al campo. En nuestro grupo todos éramos de la misma asociación de distrito o del distrito vecino: la Sra. Nojima, la Sra. Miyaji, la Sra. Yoshimura, y la Sra. Doi. Todas ellas se colocaron junto a sus pertenencias. Salimos a las 5.30.

En la carretera principal, en el camino de Koi a Furue, vimos una figura de color marrón oscuro y del tamaño de un hombre que hacía las veces de un espantapájaros en un pequeño terreno vacío que se utilizaba para cultivar panizo. El Sr. Nojima redujo la velocidad del camión y golpeó con los nudillos en la mampara de separación para avisarnos, como diciendo: «¡Mirad eso! ¡Vaya cosa rara!». Solamente era un muñeco, pero la cara, las manos y los pies estaban minuciosamente trabajados, como si se hubieran modelado con arcilla, y le habían colocado una estera de paja alrededor de la cintura. Bien podría haber sido fabricado con papel maché, pero la Sra. Nojima dijo: «¿Creéis que lo habrán hecho los indígenas del sur del Pacífico y que alguien lo habrá traído desde allí?». Y la Sra. Miyaji dijo: «Posiblemente se trata de un maniquí de alguna tienda al que ha cubierto el

carboncillo del humo de alguna bomba incendiaria o algo similar». Pero la Sra. Doi dijo: «Me llevé un susto tremendo. Pensé que, al estar todo quemado, ¿era un ser humano de verdad!».

Eran las 6.30 de la mañana cuando llegamos a Furue. Las granjas aún tenían los postigos cerrados, pero los padres de la Sra. Nojima habían dejado abiertas para nosotros las puertas de su almacén de terracota. Descargamos las cosas y las dejamos en el almacén. La Sra. Nojima nos dio un recibo, simplemente para estar más segura —según dijo— y, luego, nos condujo a una habitación de la casa principal y nos dio a cada uno un pequeño pepino con pasta de judías, dado que, según nos explicó, no existía ningún pastelillo adecuado para tomar con el té verde. Todos ellos fueron muy amables con nosotros. El padre de la Sra. Nojima parecía preferir dejar las cosas a su yerno, el Sr. Nojima. «Nuestros melocotones están aún más bien verdes —dijo en el dialecto de Hiroshima—, pero espero que se animen a probarlos. Como ven, aún están fríos por el rocío de la noche». Desapareció por la puerta, y volvió enseguida con una cesta con unos diez melocotones. Es una variedad llamada «okubo», dijo. Aún estaban verdes, pero la Sra. Nojima nos hizo el favor de pelarlos.

Tanto el Sr. como la Sra. Nojima están siempre haciendo favores a sus convecinos del distrito. La gente dice que el Sr. Nojima es amigo desde hace años de un profesor de izquierdas que se llama Sr. Matsumoto y que, desde que la guerra fue a peor, ha estado tratando de congraciarse con todo el mundo en el distrito por miedo a que las autoridades sospechen de él. El Sr. Matsumoto, que estudió en una universidad estadounidense y que, antes de la guerra, solía cartearse con los americanos, ha sido llamado a declarar ante la policía militar unas cuantas veces. Por eso también él procura llevarse bien con los funcionarios del ayuntamiento, los oficiales de la Prefectura y con los miembros de las brigadas civiles; y cuando suena la alarma antiaérea siempre es él el primero en salir corriendo y ponerse a gritar a unos y a otros: ¡bombardeo!, ¡bombardeo! Nadie le ha visto nunca sin sus polainas, ni siquiera en su casa. Dicen que se ha ofrecido incluso a participar en las prácticas de las mujeres con lanza de caña de bambú. Es realmente patético ver a un prestigioso profesor como él esforzándose por complacer a todos. Una vez que hablábamos sobre su actitud, el Tío Shigematsu dijo: «Algo va mal en el mundo cuando un hombre como el Sr. Matsumoto tiene que soportar que se rían de él los oficiales. Me recuerda el dicho de “hasta en las mejores barcazas, hay nabos que esconder”, pero no creo que esto defina su conducta. O se le podría comparar a la historia del gran héroe, Kansuke Yamamoto, a quien las circunstancias obligaron a tener que ponerse a vender flores durante algún tiempo, aunque esa historia tampoco se ajusta bien a él. Y no se trata tampoco del típico chaquetero. No, lo que pasa con las personas como él es que tienen fobia a los espías. Pero lo que yo digo es que hay un momento en la vida de cada hombre para demostrar quién es en realidad, y cuando llega ese momento, ¡hay que afrontarlo como un hombre de verdad!».

Aunque el Sr. Matsumoto podría ser evacuado cuando él lo deseara, también tiene miedo de que sospechen que es un espía, y se pasa el día corriendo de un lado para otro haciendo favores a los vecinos del distrito. Aun cuando supongamos que el Sr. Nojima actuara movido por ese principio, me pregunto si deberíamos aprovecharnos de ello para hacer que conduzca camiones y nos cuide la ropa. Supongo que mis kimonos, diploma de graduación y otras cosas por el estilo le habrían parecido porquerías sin ningún valor antes de la guerra.

La casa de los padres de la Sra. Nojima tenía el aspecto de ser un lugar elegante. ¿Cuántos metros de tierra de labranza —o, más bien, cuántas hectáreas— corresponden a una residencia de estas dimensiones? Estaba haciéndome estas preguntas y mirando la disposición de las rocas y plantas del jardín cuando sonó la sirena de final de alerta. Las agujas de mi reloj marcaban las ocho en punto. Todos los días, a esas horas, un avión americano de observación meteorológica sobrevolaba el perímetro urbano de Hiroshima sin que pasara nada, así que supuse que era lo mismo de siempre, y no volví a pensar en ello. Cuatro o cinco de los niños del barrio que se habían metido distraídamente en el jardín jugaban alrededor del camión que había cruzado el límite de la verja, y se sentaban en la estructura de la caja o se colgaban de ella. El padre de la Sra. Nojima trajo toda clase de utensilios para la ceremonia del té, diciendo que nos iba a ofrecer una taza de té en polvo. Siendo la más joven, y sin saber cuál era el protocolo de la ceremonia, escogí el lugar más humilde para sentarme.

En la habitación la temperatura era fresca, muy agradable. El anciano quitó la tapa de la tetera de hierro porque el agua había empezado ya a hervir y, al hacer ese movimiento, vimos afuera un terrible fogonazo de luz, entre blanquecina y azulada. Parecía una ráfaga que cruzara el horizonte a toda velocidad, de este a oeste, desde el centro de Hiroshima hacia las colinas de Furue. Era como una estrella fugaz del tamaño de cientos de soles. Casi simultáneamente, llegó el ruido de una gran detonación. «¡Vaya, acaba de cruzar por delante algo brillante!», oí que decía el anciano. Todos nos levantamos de un salto y corrimos afuera, donde nos refugiamos tras las rocas junto a las plantas silvestres o detrás de los troncos de los árboles. Los niños se habían bajado del camión y tropezaban unos con otros para cruzar la verja, como si les reprendiese alguien. Uno de ellos, tras caerse al suelo, se levantó como pudo y siguió corriendo, aunque cojeando; debía de haber salido despedido mientras estaba sentado en la caja del camión. «El refugio está en la parte de atrás de la casa», dijo el Sr. Nojima, pero nadie se levantó para ir en esa dirección; nadie hizo el menor movimiento. Sobre el casco urbano de la ciudad, el humo se elevaba hacia el cielo, muy arriba. Lo podíamos ver por encima del muro de arcilla blanca del jardín. Era como el humo de un volcán, o un cúmulo cuyo perfil hubiera sido dibujado con nitidez; lo que estaba claro era que no se trataba de ningún humo común y corriente. Al agacharme, mis rodillas se pusieron a temblar tan incontrolablemente que tuve que sujetarlas apoyándome contra una roca, sin prestar atención a una pequeña flor

que de ahí nacía.

«Deben de haber arrojado algo nuevo», dijo el Sr. Nojima desde detrás de la roca. «¿Creéis que ya estamos a salvo?», dijo la Sra. Nojima. Poco a poco, sacamos las cabezas como cangrejos de agua dulce saliendo de sus escondrijos entre las rocas y, finalmente, corrimos en dirección a la verja sin dejar de mirar fijamente en dirección a la ciudad. La columna de humo se había elevado muchísimo, ensanchando y aumentando su tamaño a medida que ascendía. Me acordé de una fotografía que había visto una vez de unos depósitos de petróleo en llamas, en Singapur. Había sido tomada nada más caer la ciudad en manos del ejército japonés, y la escena era tan aterradora que en ese momento me había preguntado si había alguna justificación para todo aquello. El humo se elevó y elevó cada vez más alto hacia el cielo, y desplegó un bloque horizontal de nubes alrededor de la columna, creando una masa opaca en forma de paraguas que se alzó amenazante sobre la tierra como un monstruo que pesase demasiado. Me pregunté si el B-29 había arrojado alguna clase de bomba incendiaria. Todas las señoras estaban de acuerdo con la teoría del Sr. Nojima sobre la utilización de una nueva arma. Una casita con el tejado de paja que estaba situada al pie de la colina, fuera del terreno, se había derrumbado. Y las tejas de algunos tejados habían sido arrancadas de cuajo.

El Sr. Nojima se quedó hablando un rato con su suegro; luego caminaron hacia la fuente ornamental y siguieron hablando otro rato. Al final, el Sr. Nojima se acercó a donde estábamos nosotros, con una expresión resuelta en el rostro. «Estoy seguro de que todos estáis preocupados por vuestras familias —dijo—. Si lo deseáis, puedo llevaras a la ciudad ahora mismo. Mi esposa está preocupada por los niños y quiere volver a Hiroshima de inmediato». Miré la nube monstruosa y me pregunté si yo lograría volver a casa bajo aquella sombra. Era como tender la mano al desastre. Pero tras una serie de unánimes «Ay, sí, por favor», «Gracias a Dios», «Estamos en sus manos, Sr. Nojima», se concluyó que nos pondríamos en marcha de inmediato. Ya habíamos dicho adiós a los dos ancianos cuando, de pronto, caí en la cuenta de que la tapa del cazo para hacer el té de las ceremonias yacía encima de una piedra bajo la galería, adonde había ido a parar rodando.

La anciana nos dio a cada uno de nosotros unas bolas de arroz envueltas en una hoja de bambú. «No es más que arroz cocido de lo más corriente —dijo—. Deberían ser al menos bolas de masa de mijo, como las que se llevó Momotaro, en el cuento, cuando fue a conquistar la Isla del Diablo». Hizo que uno de sus sirvientes mayores pusiera tres o cuatro esterillas de paja mojada en la parte de atrás del camión para que las utilizáramos en caso de incendio.

Marchamos hacia las nueve. Al salir a la carretera principal, vimos los nubarrones oscuros que se habían formado en el cielo sobre Hiroshima, y se oyó el rugido de un trueno a lo lejos. El Sr. Nojima vio a un hombre pedaleando frenéticamente por la carretera en dirección opuesta a la nuestra, detuvo el camión, y él y el hombre se pusieron a hablar en voz muy baja. Supongo que le preguntaría

sobre las condiciones del tráfico en la carretera principal, pero no quiso alarmarnos y, en una encrucijada de tres caminos, dio media vuelta al camión para tomar la dirección por la que habíamos venido. Cuando llegamos a Kusatsu, alquiló una barcaza utilizada por contrabandistas en una casa de pescadores, al parecer de alguien que conocía y, en prenda, dejó allí el camión. La barca pesaba dos toneladas y media, según dijo; era un barco de vela un poco más pequeño que uno de pesca, pero la complexión robusta del pescador y la expresión de su rostro invitaban de algún modo a la confianza. Pensé que el Sr. Nojima era un hombre en quien se podía confiar también, porque había conseguido sacarse un barco de la manga.

Las señoras mantenían sus ojos apartados en otra dirección distinta a la de la ciudad, tratando de no mirar hacia Hiroshima, como si hubieran hecho un pacto entre todas para evitarla. Mis ojos también apuntaban hacia las islas de Ninoshima y Etajima. El Sr. Nojima agarraba una red de pescar de mano, y de vez en cuando se inclinaba sobre la borda para recoger residuos de la superficie del agua, con la clara intención de ver qué clase de cosas arrastraba el mar. «Oiga, Tanomura —preguntó de pronto al patrón de la barcaza—, ¿la marea está empezando a bajar ahora, verdad?».

Miraba fijamente un pedazo de tablón que acababa de recoger con la nasa. No era más que un fragmento de madera, de unos nueve centímetros de ancho por dieciocho de largo, que se había desprendido de alguna parte, pero se le demudó el semblante. Me senté junto a él para saber qué pasaba y entonces, casi instintivamente, aparté la vista. No había duda de que era un tablón del suelo de una casa. Estaba completamente chamuscado salvo un dibujo del Monte Fuji con un velero entre pinos, que destacaba en blanco en la parte de la superficie que no había sido quemada. El calor debía de haber abrasado los tablones del suelo cuando la monstruosa bola de fuego había inflamado el cielo de Hiroshima, dejando tan solo a la vista el dibujo que quedaba bajo el vidrio esmerilado; luego, la onda expansiva lo había levantado y arrastrado por los aires hasta depositarlo en el río o en el mar. El Sr. Nojima lo volvió a arrojar al agua.

El barco llegó junto al puente de Miyuki, en la margen derecha del río Kyobashi. Más allá del puente, el río estaba envuelto en humo negro. Aunque había llamas por cualquier parte donde se mirase, era casi imposible distinguir lo que estaba ocurriendo en los alrededores del ayuntamiento. El aire estaba oscuro, como si estuviera ya cayendo la noche. Senda-machi aún permanecía en pie, así que nos dirigimos a la orilla. Nada más desembarcar nos encontramos con una barrera de la policía militar franqueándonos el paso. La Sra. Doi encaró al policía: «Nosotros vivimos aquí en Senda-machi —dijo—. Tenemos a los hijos en casa. ¿Por qué no nos deja pasar? ¡Voy a pasar ahora mismo!». «Esta es una barrera de emergencia —contestó con severidad el policía—. ¡Si le digo que no se puede, es que no se puede!».

El Sr. Nojima, abatido, se apartó de la barrera. Pero, entonces, fingiendo que nos

marchábamos, nos susurró en voz baja: «Vosotros, seguidme. Hagamos uso de la sabiduría de los ancianos, ¿o debería decir de la astucia? Este es un truco que ideó Heihachiro Ōshio, un famoso héroe en la sublevación de Teiyu. ¡Vamos, venid conmigo!». Entró en el corredor de una de aquellas casas, era uno de esos pasajes sin pavimentar que flanquean todo el costado de la casa. Después, entró por la puerta trasera de otra casa, atravesó otro pasaje y volvió a salir a una calle ancha, un poco más adelante. Todas las casas estaban inclinadas hacia un lado, y el revoque de las paredes se había desprendido. No había nadie en ellas.

«¡Nunca lo hubiera pensado!», dijo la Sra. Miyaji. Tengo que admitir que yo también estaba sorprendida porque, pese a todos los recursos con que contaba el Sr. Nojima, ¿qué habría pasado si hubiera habido alguien en las casas por las que nos metimos? Por fortuna, todo el mundo había huido por temor a que las llamas se propagaran en aquella dirección. Mi corazón golpeaba más fuerte cuando salí del pasadizo que cuando entré en él.

Capítulo 2

EN ese momento, Shigematsu decidió llamar a su mujer Shigeko para que lo ayudase con la transcripción de lo que quedaba del diario de su sobrina. Para empezar, tenía mejor mano que él para escribir. Además, en los tres días anteriores, con Shōkichi y otros había empezado a criar carpas y, aunque en cierto modo no hiciera ninguna falta, si no iba a inspeccionar la laguna en la que tenían los alevines, terminaría por inquietarse de verdad. Ya había estado un par de veces dos días atrás, y tres veces el día anterior, incluso desafiando la lluvia.

A la hora de la cena, Yasuko le había dicho con complicidad: «¿Para ti ir a inspeccionar el lago es un modo de rendirle tributo, verdad, tío? No creo que sea tan divertido como visto desde fuera».

Pero se equivocaba; era un placer inimaginable para cualquier persona ajena al asunto, un placer que solamente era comparable al de pescar.

—¡Shigeko! —llamó a su esposa al salir de casa—, voy a «rendir tributo». ¿Te importa seguir copiando este diario en mi lugar? Pero haz el favor de no escribir con esa caligrafía tuya tan formal; si puedes, escribe de forma normal y corriente: ya sabes que la caligrafía perfecta no es práctica para los no iniciados porque les cuesta descifrarla.

Y se marchó a la laguna, a casa de Shōkichi, al otro lado de la colina, donde estaba el vivero privado en el que, junto con Shōkichi y Asajirō, iban a criar alevines de carpas a lo largo del verano, alimentándolos con salvado de arroz y crisálida de los gusanos de seda, con la intención de soltarlos posteriormente en la laguna de Akiyama. De las diez personas o más que habían contraído la enfermedad de la radiación en el pueblo, solamente tres habían sobrevivido a ella, aunque eran casos leves, entre otros, el de Shigematsu. Los tres habían mantenido su propia enfermedad bajo control tratando de alimentarse y descansar bien. Sin embargo, por lo que se refiere al reposo, no bastaba sencillamente con guardar cama todo el día porque era pesado para el paciente. El doctor había sugerido llevar a cabo trabajos ligeros en casa y completarlos con «paseos». Por desgracia, un cabeza de familia no podía de ninguna manera ponerse a caminar ociosamente por el pueblo. Era bastante insólito que alguien saliera «a dar un paseo». El «paseo» era una actividad proscrita en las costumbres locales y, por tanto, impensable por principio.

En vez de eso, ¿por qué, entonces, no ir a pescar? Tanto el doctor de la clínica como el especialista de corazón en Fuchū habían sugerido que la pesca era una actividad sumamente recomendable en los casos de enfermedad de la radiación, tanto desde el punto de vista psicológico como porque en la dieta suponía una cuota

suplementaria de grasa. Hacía demasiado frío si metían en el agua la parte inferior del cuerpo para pescar (*ayu*^[1], por ejemplo); en cambio, hacerlo desde el embarcadero de la laguna era la forma ideal —en términos terapéuticos— de matar dos pájaros de un tiro. Mientras se pescaba, se suspendía temporalmente el control sobre el pensamiento y, por la misma razón, se adormecían las neuronas del cerebro.

Aun así, el hecho de que una persona fuera a pescar cuando lo que cabría esperar de ella era que se dedicara a otros asuntos más apropiados para su edad, constituía también un motivo de resquemor para aquellos otros que no hacían sino trabajar. Shigematsu y Shōkichi habían sido testigos directos de imperdonables y mordaces ironías al respecto.

En las granjas, la mejor época del año para ir a pescar tanto en el río como en los lagos era la temporada de más trabajo, cuando todo el mundo se dedicaba a la ingrata tarea de segar el trigo o de plantar arroz en los campos; precisamente ahora que, tras unos días de lluvia, el tiempo había mejorado. Shigematsu y Shōkichi pescaban en la orilla de la laguna de Akiyama cuando la mujer de Ikemoto-ya les hizo señas con el brazo:

—¡Qué tiempo tan delicioso tenemos!

Hasta ahí todo bien, pero, deteniéndose en su camino, añadió un comentario desagradable:

—Vaya, ¿así que ustedes dos están pescando? Debo decir que algunos están de suerte, teniendo en cuenta que todo el mundo está tan ocupado.

La mujer llevaba la cabeza cubierta con una pañoleta de algodón y tenía una cesta de bambú en la espalda.

—¿Adónde quiere ir a parar? —dijo Shōkichi, con sus ojos puestos en el corcho meciéndose en el agua—. ¿Usted es de Ikemoto-ya, verdad, mujer? ¿Qué quiere decir con eso?

En vez de continuar por su camino como debería haber hecho, era evidente que la mujer quería acercarse hasta la orilla.

—Bueno, ¿qué quiere decir con que algunos están de suerte? —continuó Shōkichi, normalmente moderado y caballeroso—. Si se refiere a nosotros, ¡está metiendo la pata, y hasta el fondo, se lo aseguro! Vamos, mujer, seguro que sabe decir las cosas de forma más civilizada.

El extremo de su caña de pescar temblaba de indignación.

—¿Es que no nos está viendo? —continuó—, tenemos la enfermedad de la radiación, y estamos pescando carpas, cumpliendo con las órdenes del doctor... ¿En serio cree que tenemos suerte de estar enfermos? Ya me gustaría a mí poder trabajar, se lo aseguro, ¡y tanto como fuese necesario! Pero a nosotros se nos entumecen los músculos cuando nos ponemos a trabajar un poco. Ahí es cuando se manifiesta esa maldita enfermedad.

—¡Vaya, mira por dónde...! Y nunca se aprovecharían del hecho de haber sido víctimas del bombardeo, ¿verdad?

—¡Ya basta! ¡Cierre la boca! Basta de bromas... ¿Supongo que no ha olvidado en qué estado me encontraba cuando vino a verme al volver de Hiroshima, verdad? ¿O es que eran lágrimas de cocodrilo? Recuerdo que en aquella ocasión lloriqueaba y me llamaba «valiosa víctima».

—¿En serio? Pero eso fue antes de terminar la guerra. Pues vaya, todo el mundo decía cosas así durante la guerra. Tal como hablan, quizá lo que quiere es que nos pongamos a discutir o algo así.

Pero ella se negaba a marcharse; era la típica viuda empecinada en no perder la batalla.

—Y usted, Shōkichi, es, por supuesto, una persona intachable —continuó la mujer— al recordarme que le fui a ver cuando estuvo enfermo. ¿Quién se cree que es para hablarme así? Haría bien en no escupir a la cara de la gente cuando son generosos con usted.

—¿Generosos conmigo? ¿Qué insinúa? A lo mejor cree que este lago es suyo, simplemente porque está a cargo de la esclusa. ¡Ahí se equivoca, mujer, se equivoca por completo! Cualquiera miembro de la junta de riego del pantano puede pescar aquí cuando le plazca. ¿Acaso no lo sabe?

—Si eso es precisamente lo que estoy diciendo: que es un trato generoso con usted. Por eso dije que tenían suerte.

—¡Es el colmo, maldita arpía viuda!

Hizo un ademán de saltar a la orilla, pero su cojera frustró el intento. Sus piernas colgaban de la parte baja del malecón, y no podía levantarse de un salto. Se giró con cuidado para no resbalar por el terraplén y caer al agua pero, entretanto, la mujer ya había cogido el sendero que ascendía por el malecón. No contenta con eso, al marcharse había soltado airadamente la cuerda de su cesta vacía, dejándola caer sobre uno solo de sus hombros y no sobre los dos, tal como la había tenido sujeta desde el principio, con la intención de dejar bien clara cuál era su postura.

—¡Habías oído algo semejante! ¡Dios mío! —vociferó Shōkichi, lanzando una mirada iracunda a la espalda de la mujer al alejarse—. Me hace hervir la sangre —dijo indignado sin dejar de remover el agua del pantano con su caña de pescar.

—La gente de Ikemoto ha olvidado que Hiroshima y Nagasaki fueron blancos de la bomba atómica; ¡todos lo han olvidado! Han olvidado el fuego infernal que padecimos aquel día; han olvidado eso y todo lo demás, con sus malditos mítines contra la bomba. Qué asco me da oír todo el cacareo y el griterío con el que hablan de ello.

—Venga, Shōkichi, no debes decir cosas así... ¡Anda, mira, han picado, tu corcho está cabeceando!

Era una maravilla ver cómo el corcho de la caña con la que él había estado agitando el agua era succionado con fuerza hacia el fondo.

Al alzar la caña y atraerla hacia sí, Shōkichi dejó al descubierto un gran ejemplar de carpa que se había tragado el anzuelo hasta la garganta. No hace falta decir que,

gracias a este desenlace, se resolvió la situación, se aplacó su ira y él pudo pescar sin más interrupciones durante el resto del día, capturando nada menos que unos cuatro kilos de peces. Con todo, Shigematsu y él convinieron que no volverían a pescar en el pantano durante algún tiempo.

Cuando tiraron la bomba en Hiroshima, el tercer amigo, Asajirō, estaba trabajando allí como miembro del Cuerpo de Voluntarios. Sus síntomas fueron los mismos. Cuando tiraba de un carro pesado o trabajaba en el campo, le salía un sarpullido de granitos en el cuero cabelludo que no presagiaba nada bueno, pero esta erupción se le secaba cuando seguía una buena dieta, iba a pescar o hacía ejercicio con moderación. Su particular método de alimentación no seguía las prescripciones del médico de cabecera, sino las más económicas de un especialista en moxibustión. Hacía tres comidas al día, que incluían invariablemente dos tazones de sopa de judías con tofu frito y nabos secos cortados en juliana, más un huevo crudo y, al menos una vez al día, un poco de ajo. El tratamiento médico consistía en una sesión de moxibustión a la semana. En el piso de abajo de su granero colgaba una fila tras otra de nabos cortados en tiras y hechos manojos, esperando a ser ingeridos.

Asajirō había sido muy aficionado a la pesca desde su infancia, y era un experto en la captura de anguilas mediante un artilugio compuesto de una caña hueca de bambú. La noche anterior a que cayera la bomba sobre Hiroshima, había salido del campamento nada más anochecer (siendo miembro de una unidad de voluntarios, gozaba de total libertad de movimientos), había bajado hasta el río por el lado oeste del puente de Sumiyoshi, y allí, en el lecho del río, había puesto la trampa hecha con la caña hueca de bambú. A la mañana siguiente, su unidad, encabezada por un superior, había empezado a trabajar como solía hacerlo, pero al oír las explosiones a los lejos, Asajirō y su amigo Shōkichi se refugiaron bajo el puente, escondiéndose en una barca cubierta que estaba amarrada allí. Era marea alta y habría unos dos o dos metros y medio de agua en el río. La sirena que daba por terminado el bombardeo se oyó inmediatamente después, así que Asajirō salió de su escondite en la barca, sacó la trampa de bambú del agua y volvió a esconderse para atrapar la anguila sin ser visto. Shōkichi se escondió también junto a él.

La tela que cubría la barca, un viejo trapo de vela remendado por todas partes, estaba teñida de un amarillo chillón, y el faldón que rodeaba ambos costados de la barca estaba también teñido de amarillo. La trampa de bambú de Asajirō, que funcionaba con un mecanismo especial, medía unos dos metros. En el momento en el que vieron el fogonazo —una luz entre azulada y blanquecina como un fuego fatuo— y oyeron un terrorífico estruendo, Shōkichi estaba secando el tubo con un trapo de algodón porque estaba húmedo y resbaladizo. El barco dio un giro sobre su proa, y la borda chocó contra la embarcación de al lado. Se tiraron torpemente sobre el fondo de la barca, y Shōkichi, dando una voltereta, se golpeó el tobillo contra la borda.

Más tarde, se darían cuenta de que un lado del extremo del tubo de bambú que sobresalía por el costado de la barca se había oscurecido y quemado por el fogonazo

o por el calor de la explosión, mientras que el otro extremo aún mantenía el color verde natural del bambú. Cuando levantaron el tubo, una pequeña cantidad de agua tibia cayó en el interior de la barca. Un costado, la proa y la popa de la barca se habían abrasado; solamente se había salvado uno de los cabos porque era una cadena de hierro. La cubierta de lona amarilla no se había quemado pues, al parecer, el amarillo había repelido el fognazo. Gracias a esta circunstancia, ambos habían salvado su piel de las quemaduras o las ampollas, aunque no habían podido escapar de los efectos posteriores de la radiación. La cojera que padecía Shōkichi había sido el resultado de un hueso roto al golpearse el tobillo contra la borda de la embarcación. (Todo esto se lo habían contado los dos a Shigematsu, cuando este volvió al pueblo de Kobatake).

Durante algún tiempo, Shigematsu y sus dos amigos descartaron cualquier propósito de volver a pescar en el pantano, pero a sugerencia de Shōkichi decidieron que irían juntos a soltar los alevines de carpas allí.

—Estoy deseando que la mujer de Ikemoto-ya pruebe un poco de su propia medicina —dijo Shōkichi—, así que he pensado en algo que la sorprenda.

Como plan, no era nada fuera de lo común. Cuando llegara la temporada de plantar arroz, encargarían unos cuantos alevines de carpas del criadero que estaba en el pueblo de Tsunekane-maru. Los alimentarían durante el verano en el estanque de la casa de Shōkichi, y luego los soltarían en la laguna de Akiyama, antes del comienzo de la estación de los tifones. Para empezar, entre los dos criarían unos tres mil alevines.

—Eso supondrá que tendremos que invertir algún capital —dijo él—. Nadie podrá decir que pescar aquello en lo que hemos invertido un buen dinero es una mera diversión; y de ese modo podremos pescar en paz. De hecho, no sería mala idea difundir la historia de que hemos comprado unos veinte o veinticinco mil alevines.

Tanto Shigematsu como Asajirō aprobaron el plan de Shōkichi, y Asajirō fue al consistorio de la localidad para solicitar el permiso para repoblar la laguna. Les concedieron el permiso con la condición de que solamente aquellos que pertenecieran al comité de protección de la laguna pudiesen pescar allí. Aun así, lo que importaba era que Shigematsu y sus amigos podrían pescar en ella sin preocuparse de lo que pensarán los demás. Como había dicho Shōkichi, mientras se tratase de invertir en las piezas que iban a pescar, por poco dinero que fuese, no sería un entretenimiento sino una especie de trabajo o, incluso, casi como tener un negocio. El doctor, desde luego, había insistido también en la importancia de que diera paseos a diario pero, como por desgracia no era posible invertir dinero en ello, el paseo era menospreciado como una actividad frívola. Pasar el rato cotilleando junto a la avenida principal, o echarse una siesta en un templo a la orilla del camino, constituía algo diferente; estas actividades tampoco necesitaban capital, y en cambio eran costumbres sancionadas por cientos cuando no miles de años de tradición.

Cuando hicieron el pedido de los alevines al vivero de Tsunekane-maru, el joven

propietario del establecimiento vino en su motocicleta a inspeccionar personalmente la laguna de Shōkichi. Midió la temperatura de la laguna, la velocidad de las corrientes, la profundidad, la superficie acuática y otras variables; comprobó si se estaban filtrando productos químicos agrícolas e, incluso, investigó qué clase de nutrientes naturales existía en la laguna. Después, escribió los detalles en una tarjeta (incluyendo algunas sorprendentes palabras en inglés) sobre las clases y las cantidades de piensos artificiales que se necesitaban para criar tres mil alevines.

—Imagino que la temperatura en esta laguna oscila entre 15°C, a mediados del invierno, y 24 o 25 en verano —dijo—: no podría ser mejor para criar alevines de carpa; es la temperatura exacta; de hecho, son las condiciones idóneas.

Tras emitir su dictamen, siguió su camino hasta Akiyama para ver la laguna antes de regresar a su casa y, unos días después, volvió en un camión con un tanque lleno de crías de carpa y una bombona de oxígeno. Los tanques tenían capacidad para decenas de miles de alevines, todos ellos para soltar en los estanques de la zona. Así, tal como había prometido que haría, Shōkichi trajo un caparazón de abalón que colgó de un poste de bambú con la idea, según dijo, de mantener alejadas a las comadreas.

—¡Vaya, vaya, nada menos que de abalón! —dijo el propietario del vivero, dejando de sacar alevines del agua al ver las dimensiones del caparazón del molusco marino—. Es como volver a otros tiempos, ¿verdad? Un caparazón de abalón... Apuesto a que a muchas personas de esta zona les traerá recuerdos, ya veréis.

El joven propietario había puesto tres mil alevines en el estanque, cuidando de no desperdiciar ni uno solo. Esto había sucedido hacía unos tres días, una mañana que soplaba un viento tan caliente y húmedo, sofocante.

No se habían producido novedades en el cultivo en el estanque de Shōkichi, ni se habían perdido más crías que las normales en ese tipo de colonia. Cuando Shigematsu se aseguró por sí mismo de ello, regresó a casa, y se encontró a Yasuko quitando el hollín de la chimenea del cuarto de baño con una cadena que agitaba de un lado a otro. Shigeko, que había cambiado las esteras de paja que estaban en el jardín y las había puesto en el suelo sin terrazo del establo, apareció en ese momento en la puerta:

—¿No sería mejor suprimir ese pasaje en el diario de Yasuko? —sugirió—. Cuando lo escribí, aún se podía hablar con la gente sobre la lluvia negra sin que se hicieran una idea equivocada; entonces nadie sabía que contenía sustancias nocivas. Pero hoy en día todo el mundo lo sabe. Si dejamos esa parte, ¿no se harán una idea equivocada cuando les enviemos la copia?

—¿Hasta dónde has llegado?

—Hasta aquí nada más, ¿ves? Quería preguntarte antes, por eso he esperado. No sé si te das cuenta: ahí está escrito todo lo de la lluvia que cayó.

—Ah, sí, la lluvia... ¿Entonces quieres decir que no has copiado ni una sola palabra?

De repente, todos los recuerdos del día de la bomba se le echaron encima a la vez

y entró rápidamente en casa, mascullando entre dientes. El diario y los cuadernos de Yasuko estaban apilados encima de la mesa del trastero. Al examinar el contenido, vio que, en realidad, no había copiado ni una quinta parte del contenido total.

—¡Que les zurzan a ellos y a su lluvia negra! —refunfuñó para sí mismo—. ¡Y también a la gente que se hace una idea equivocada de todo ello! Y a los que tienen miedo de lo que piense la gente. Empezó a leer el diario de Yasuko. Era la continuación de la anotación que escribió el día 9 de agosto, en la oficina de la fábrica utilizada como refugio provisional en Furuichi, recordando el día de la bomba:

Era como si se echara encima la noche, pero después de pasar un rato en casa me di cuenta de que había oscurecido porque las nubes de humo negro llenaban el cielo. Mis tíos acababan de empezar a buscarme. El Tío Shigematsu había estado en la estación de Yokogawa cuando cayó la bomba, y tenía una herida en la mejilla izquierda. La casa se había inclinado hacia uno de sus ángulos, pero a la Tía Shigeko no le había pasado nada. No me di cuenta de nada hasta que el Tío Shigematsu me dijo que parecía como si mi piel estuviera salpicada de barro. Mi blusa blanca de manga corta tenía el mismo tipo de manchas, y en esos puntos el tejido estaba también dañado. Cuando me miré en el espejo, advertí que tenía manchitas del mismo color por todas partes excepto donde me había cubierto con el zukin^[2]. Estaba observando mi cara en el espejo cuando, de pronto, me acordé del chaparrón de lluvia negra que había caído después de que el Sr. Nojima nos hubiera metido en la barcaza. Debían de ser cerca de las diez de la mañana. Desde la ciudad se nos vinieron encima nubes negras de tormenta que descargaron una tromba de agua tan espesa como el chorro de una fuente. Al instante, la lluvia cesó. Aunque era pleno verano, hacía frío, tanto como para hacer temblar a cualquiera. Era evidente que me había quedado muy aturdida. Por un momento, tuve la idea de que había empezado a llover mientras yo estaba en el camión. En realidad, la lluvia había llegado y se había ido como por ensalmo, dejándome perpleja. ¡Vaya treta desagradable me jugó el chaparrón!

Me lavé las manos en la fuente ornamental, pero las manchas no salían ni frotándome con jabón. Habían quedado impresas en la piel. Era de lo más raro. Se las mostré al Tío Shigematsu, que dijo: «Después de todo, podría ser aceite de motor de una bomba incendiaria: ¿habrá sido una bomba incendiaria lo que han tirado? —Entonces, me miro a la cara y dijo—: O podría ser gas venenoso, una especie de sustancia similar al barro, pero más pegajosa. Tal vez ha sido una bomba de gas venenoso». Se fijó nuevamente en las manchas, y dijo: «A lo mejor no es gas venenoso, sino algo que se ha esparcido tras la voladura de un depósito de armas japonés. Quizás un espía o alguien prendió fuego a un depósito de armas, probablemente un arsenal destinado a guardar armas secretas del ejército. Yo estaba en la estación de Yokogawa cuando ocurrió, pero volví siguiendo los raíles del tren y

no vi ninguna lluvia negra. Supongo que te has rociado con aceite».

Si es un gas venenoso —pensé— entonces esto es el final. Me horrorizó pensarlo y, luego, me sentí muy triste. Sin embargo, aunque he vuelto muchas veces a la fuente ornamental para lavarme, las manchas de la lluvia negra no han desaparecido. Como tinte —pensé— es un éxito sin precedentes.

El diario de Yasuko del 9 de agosto terminaba aquí. Se daba cuenta de que, en teoría, sería mejor acortar el relato de la lluvia negra como su esposa había sugerido. ¿Pero qué ocurriría si, cuando enviaran la copia del diario a la intermediaria, ella les solicitase ver el original? De un modo u otro, Shigematsu decidió aplazar estos pensamientos hasta otro día. Y, pese a todo, se dijo a sí mismo que a las ocho y pico del 6 de agosto, cuando cayó la bomba, Yasuko debía de estar a más de 10 kilómetros del epicentro de la onda expansiva. ¿Y no era cierto que él mismo, que estaba en Yokogawa, a tan solo dos kilómetros del centro, se había quemado las mejillas y sin embargo había sobrevivido? Había oído que algunas personas que habían estado en la zona habían escapado sin quemaduras, se habían casado y ahora llevaban vidas perfectamente normales.

Empezó a pensar que lo que le iba a mostrar a la intermediaria, para que pudiera apreciar la diferencia, era su propio relato de esos mismos días, lo que había escrito en su propio diario. Esta vez, ocurriera lo que ocurriera, no podía permitir que la propuesta de matrimonio a Yasuko cayera en saco roto. El aspecto de esta había mejorado recientemente hasta el punto de que estaba irreconocible: sus ojos tenían un brillo casi poco natural, y parecía increíblemente joven y fresca. Él sabía que ella estaba utilizando todas las posibilidades a su alcance para parecer más atractiva sin que se notara, y sentía intensamente que no podía decepcionar el entusiasmo con que ella había acogido esta vez la propuesta de matrimonio.

—¡Shigeko! —gritó, encontrando en la voz una vía de escape para su frustración—. Tráeme mi diario del día de la bomba, ¿quieres? ¡Shigeko! Creo recordar que lo pusiste en tu cómoda, ¿verdad? Voy a enseñárselo a la mediadora, así que hazme el favor de sacarlo.

Shigeko, que estaba en la habitación de al lado y podía haber oído perfectamente bien sin necesidad de gritos, trajo enseguida el diario.

—De cualquier forma, voy a cedérselo como libro de consulta a la biblioteca de la Escuela Primaria y si no quiero ser descortés, no debería demorarme en copiarlo. Se lo enseñaré a la intermediaria antes de dárselo a ellos.

—Seguramente la intermediaria tendrá suficiente con el diario de Yasuko, ¿no crees?

—Sí, pero esto será una especie de apéndice. Sea como sea, si va a quedarse en la biblioteca de la escuela, tendrá que reescribirse como es debido en algún momento.

—¿No te vas a dar más trabajo de la cuenta?

—No me importa. Estar ocupado va con mi modo de ser. Este diario de la bomba

es un documento histórico, y merece ser preservada en la biblioteca del colegio.

Shigeke no dijo una palabra más, así que con aire de suficiencia se puso a escribir su propio relato de la bomba en limpio.

Documento titulado «Un diario de la bomba atómica», escrito por Shigematsu Shizuma en una habitación de una casa alquilada en la ciudad de Furuichi, en el distrito de Asa, Prefectura de Hiroshima, en el mes de septiembre de 1945.

6 de agosto. Buen tiempo.

Hasta ayer, todas las mañanas se oía en la radio una voz familiar que decía: «Un escuadrón de ocho B-29 está sobrevolando ahora mismo el mar, a ciento veinte kilómetros al sur del canal de Kii, en dirección al norte del país». Esta mañana el comunicado decía: «Un B-29 vuela en dirección al norte», pero apenas prestamos atención porque se trataba del mismo tipo de comunicado que había estado escuchando a diario, día y noche, durante tanto tiempo. Estábamos tan acostumbrados a las sirenas de alerta que solo nos molestaban un poco más que la sirena de medio día en los viejos tiempos.

En mi camino al trabajo, entré como de costumbre en la estación de Yogokawa para coger el tren para Kabe, que estaba a punto de salir. Había un oficial de la estación al que conocía de vista en el puesto de control de entradas, pero en el andén no había ningún pasajero. Cuando subí de un salto al tren, oí una voz que decía «Buenos días, Sr. Shizuma». Junto a mí, en el vestíbulo de entrada del vagón, apareció la dueña de la fábrica de hilaturas de Takahashi.

«Sr. Shizuma —dijo, cepillándose un mechón de pelo con los dedos—, quizás no debería atreverme a pedirselo en un lugar como este, pero necesitaríamos su sello en esos papeles que nos preparó el otro día, así que...».

En un espacio situado tres metros a la izquierda del tren que esperaba, vi una bola de luz de una intensidad cegadora y, en el mismo instante, me zambullí en una oscuridad absoluta y total. Al instante siguiente, el velo negro que parecía haberme envuelto fue traspasado por los gritos y chillidos de dolor, por voces de «¡quítate!» y «¡dejadme pasar!», palabras soeces y otras maldiciones, todo ello dentro de una confusión indescriptible. Los pasajeros salieron en tropel del vagón. Yo había sido catapultado por los aires desde el andén hasta las vías del tren en sentido opuesto, donde aterricé sobre algo blando que parecía el cuerpo de una mujer y, a su vez, otro cuerpo cayó con todo su peso encima de mí. Había más cuerpos amontonados a mi derecha e izquierda. Se me escapó un grito de dolor y rabia que, en mis oídos, encontró el eco de otro grito similar pronunciado, con un marcado acento local, por un hombre cuya cabeza chocó contra la mía. En medio de gritos y gemidos que no cesaban de aumentar alrededor, me quité de encima a todas las personas que me aplastaban, y, a duras penas, me puse de pie. Me abrí paso con todas mis fuerzas, empujando a otras personas para que se apartaran hasta que, finalmente, me vi

zarandeado desde atrás contra algo duro. Reconocí que se trataba del borde del andén y, a codazos, logré quitar de en medio a la gente para poder trepar hasta él.

Aquí, los gritos de dolor eran muchos más que los de pánico y rabia. Con los ojos cerrados y mi cuerpo apretujado en un tumulto de cuerpos, di un paso y después otro más hacia delante hasta chocar de nuevo contra un objeto sólido. Al darme cuenta de que era una columna, me agarré a ella sin saber bien lo que hacía. Incluso abrazado a ella con fuerza, la turba me zarandeaba y estrujaba sin piedad, empujándome primero hacia un lado, luego hacia el otro y provocando que, en varias ocasiones, estuviese casi a punto de soltarme. Cada vez que mis brazos eran aplastados, mi cuerpo y mi barbilla se aferraban nuevamente a la columna hasta que parecía que se me iban a desencajar los hombros a causa del dolor. Sabía que lo único que tenía que hacer era dejarme llevar por la oleada de gente, pero cuanto más fuerte sentía los golpes que me propinaban, con más fuerza me agarraba a la columna para no ser arrastrado. La primera idea que me vino a la cabeza era que el B-29 había arrojado una bomba venenosa que causaba la ceguera, y que el blanco principal de esta había sido el tren de pasajeros.

Finalmente, se calmaron un poco las cosas a mi alrededor y, con lentitud y desconfianza, fui abriendo los ojos. Todo lo que quedaba dentro de mi radio de visión había quedado oscurecido por una bruma pardusca, y un polvo blanquecino y terroso caía del cielo. En el andén no se veía ni un alma. A pesar del estrépito que se había armado hacía un momento, dentro de la estación no se veía ni un solo funcionario de la compañía ferroviaria. Debí quedarme abrazado a la columna con los ojos cerrados durante mucho más tiempo del que tengo noción.

Docenas de cables eléctricos habían quedado colgando encima de la columna. Se me ocurrió que eran muy peligrosos, así que recogí uno de los muchos pedazos de tablón que estaban tirados por los suelos y traté de agrupar los cables que estaban sueltos sin provocar ningún cortocircuito. Aun así, procuré evitar los lugares donde había cables cruzados, apartándolos con un trozo de madera, hasta lograr salir de la estación saltando una valla protectora hecha con viejas traviesas de ferrocarril. Me quedé impresionado al ver que casi todas las casas de la estación estaban destruidas, y que el suelo había quedado sepultado bajo un ondulante mar de tejas. Unas pocas casas más allá de la estación, una joven que debía rondar la edad de casarse rebuscaba entre las tejas tirando una detrás de otra, a toda prisa, con la mitad de su cuerpo enterrado entre los escombros, y sin cesar de chillar con voz estridente. Probablemente pensó que gritaba «ayuda», pero el sonido que emitía no se parecía al de la voz humana.

«Eh, joven, por qué no sale de ahí —le dijo un anciano con rasgos occidentales que pasaba por allí—. Nadie puede acercarse a usted si sigue tirando las cosas de esa manera». Hizo un gesto de aproximarse a medida que hablaba, pero la muchacha comenzó a lanzarle cascotes y el hombre tuvo que alejarse a toda prisa. Debía de estar atrapada de cintura para abajo por una viga o algún objeto similar, pero era

asombroso cómo, aun en esa posición, era capaz de maniobrar con tanta agilidad prescindiendo de sus piernas. Las tejas salían volando a bastante distancia, y ella las partía previamente para facilitarse el lanzamiento...

Capítulo 3

A las tres en punto de la tarde, cuando Shigematsu fue a la cocina a buscar té, las cigarras de primavera habían comenzado su primer canto del año en el pinar de la falda del monte. Shigeeko preparaba la merienda.

—Con respecto a tu diario del día de la bomba, ¿vas a dejarlo en la biblioteca a disposición de las siguientes generaciones?, ¿verdad?

—Así es. El director me lo ha pedido. Será mi contribución a la historia.

—Entonces deberías cuidar más los detalles. ¿Por qué no lo escribes con tinta de pincel en vez de tinta de pluma? La tinta de pluma se va apagando con el tiempo, ¿no?

—No seas tonta. Puede que se diluya un poco, pero no tanto.

—Es que yo he visto una carta escrita a principios de la Era Meiji con tinta que se había vuelto de color marrón claro. Es una carta que le envió a tu bisabuelo desde Tokio alguien con quien mantenía correspondencia.

—¿Cuándo dices que la viste?

—Pues, mira, hará más de veinte años. El segundo día de llegar a esta casa, recién casada, tu madre me la enseñó arriba, en el almacén. Yo vine a esta casa el día 1 de julio, según el calendario antiguo, lo que significa que me la tuvo que mostrar el día 2. Recuerdo la fecha perfectamente.

—Entonces, averigüemos si la tinta se vuelve marrón claro con el tiempo. Vamos al almacén para que me la puedas enseñar.

Trajo una linterna y acompañó a Shigeeko al almacén, dejando la merienda sin empezar.

Abajo, el almacén estaba dividido en dos partes: una de las secciones tenía el suelo de terracota, y la otra era un almacén de arroz separado por una gruesa puerta de tablones de madera. Antes de la redistribución de las tierras que se hizo después de la guerra, el almacén siempre había estado lleno hasta el techo de sacos de arroz. En los años en que los diezmos de los terratenientes eran demasiado elevados, yacían también apilados en la sección que tenía el suelo de terracota. El suelo del segundo piso era de tablones de pino rojo, muy carcomidos por los gusanos; había una serie de cajoneras de obra que contenían una colección no auténtica de grabados y páginas de caligrafía, y debajo de ella unos cuantos baúles. Se decía que los baúles, donde había emblemas familiares inscritos, eran de la bisabuela, quien los había traído al llegar como recién casada. Entre otras cosas, los baúles contenían un memorando que había redactado el bisabuelo, así como otra serie de documentos que había considerado que merecía la pena conservar. En aquellos tiempos, Shigematsu había dejado a su madre

el cometido de ventilar esos objetos periódicamente, pero desde que ella había muerto, él había delegado esta tarea en Shigeko.

—Está dentro de una caja de escribir en el baúl —dijo Shigeko—. Esta carta particularmente tuvo que tener una gran importancia para el bisabuelo.

Abrió la tapa del baúl y, ayudándose con la luz de la linterna, sacó un atado de documentos de la caja de escribir. Deshizo el lazo y, entre cartas de la oficina del distrito y del gobierno provincial, un certificado de afiliación a la Cruz Roja y otros papeles, sacó la carta en cuestión. El remitente era un tal Ichiki, del distrito de Surugadai, en Tokio, y el destinatario el bisabuelo de Shigematsu, aunque iba dirigida a la atención del Sr. Sonada, en Uchisange, junto al castillo de Okayama en la provincia de Bizen. La fecha era «un día auspicioso del mes undécimo del sexto año de la era Meiji».

—De acuerdo con tu madre, las cartas empezaron a llegar a ese pueblo en el año sexto de la Era Meiji —dijo Shigeko—. Se enviaban a través de alguien en Fukuyama u Okayama que luego se encargaba de traerlas desde allí.

Su madre estaba en lo cierto: 1873, el sexto año de la Era Meiji, fue el primer año en el que el servicio público de correos empezó a extenderse a las principales ciudades de la nación.

—El bisabuelo debe de haber tenido un gran interés en conservar esta carta —dijo Shigematsu—. Fíjate en lo que contiene.

Dentro del sobre, junto a la gran hoja de papel plegado en la que se había escrito la carta, había una hoja doblada de tabaco que, como es natural, a estas alturas había adquirido una coloración marrón oscura. En 1873, el tabaco no era aún un monopolio del gobierno, y los granjeros lo cultivaban para utilizarlo como vermicida. La caja contenía otras diez o veinte hojas de tabaco intercaladas entre el resto de documentos.

—Qué desperdicio —exclamó Shigematsu—. ¡Ojalá las hubiera encontrado yo durante la guerra, cuando había escasez de tabaco! ¿Cómo no me lo dijiste entonces?

—¡Pero habrán perdido toda la nicotina! Además, después de todo son hojas de tabaco, así que cortadas y fumadas hubiera sido una violación de la Ley del Monopolio.

—¡Bien dicho, mujer! ¡Parece que eres tan contundente y curtida como el mismo tabaco! ¿No es así?

En el segundo piso del almacén, que estaba iluminado por una luz muy tenue y olía a polvo, reinaba tal sequedad que esta parecía absorber incluso la humedad de sus cuerpos. La madera estaba tan carcomida que tenían que poner sumo cuidado para pisar sin introducir el pie entre unos tablones y otros.

Shigematsu desplegó la carta y la iluminó con la linterna. La escritura tenía el trazo de una mano muy diestra, pero la tinta negra se había decolorado hacia un ocre apagado:

Señor:

No puedo por menos que agradecerle el envío de los 90 mililitros de las semillas de kemponashi que le pedí el año pasado con ocasión de nuestro viaje de inspección a Kobatake, su pueblo. El Sr. Murata, que una vez fue magistrado del pueblo de Kobatake, las trajo personalmente a mi casa durante su reciente viaje a la capital. Cuando llegue el momento, las plantaré para descubrir si el árbol en cuestión sería apropiado para embellecer las aceras de las avenidas de la capital, e informaré a su debido tiempo de mis conclusiones a la autoridad competente. Permítame que le mencione que, de acuerdo con la promesa que le hice, estoy escribiendo esta carta con la «tinta» que se acostumbra a utilizar en los países occidentales...

Hacia el final de la época feudal, el magistrado de Kobatake, que después de la Restauración había seguido siendo el oficial responsable de mantener la paz en la zona hasta que dos años más tarde se creó la nueva oficina del distrito, había hecho finalmente sus maletas en 1873 para trasladarse, al menos temporalmente, a Tokio. Lo único que quedaba en el lugar de la antigua oficina del magistrado eran los restos de la puerta de atrás, la mitad de las dependencias, y el almacén con muros de arcilla blanca. La escuela primaria estaba situada actualmente en lo que una vez había formado parte del recinto de la oficina.

«El Sr. Ichiki del distrito de Surugadai, en Tokio», que ocupó, sin duda, el cargo de inspector para el nuevo Gobierno Meiji, o fue un miembro del círculo de dicho inspector, debió de haber pasado por casualidad por la oficina del magistrado en Kobatake. Al ver los árboles, le haría prometer al bisabuelo de Shigematsu que le hiciese el favor que mencionaba en la carta. Se decía que los cinco grandes árboles *kemponashi* habían estado en el jardín desde antes de la construcción de la casa de Shigematsu hasta la época de la guerra contra China.

El *kemponashi* es un árbol noble. La contemplación de cinco de estos árboles alineados debió de inspirar en el Sr. Ichiki el deseo de verlos plantados en las aceras de las calles de Tokio. Convocó al bisabuelo de Shigematsu a que lo visitara en su hospedaje, y le ordenó que le enviara los 90 mililitros de simientes a través del antiguo magistrado, cuando este último pasara por Tokio. Por su parte, él tuvo la deferencia de concederle cualquier cosa que deseara. Por supuesto —replicaría su bisabuelo—, ¿sería muy atrevido sugerir (y, qué gran honor le hacía con ello) que su Excelentísima le enviara una carta escrita con esta *tinta* de la que él había oído hablar tanto? ¡Vaya impresión debió de causarle al bisabuelo la jergonza moderna que se hablaba en «las calles de Tokio» y otras cosas por el estilo! Era un pequeño prodigio que hubiera conservado con tanto cariño aquella carta...

Shigematsu decidió reescribir su «Diario del bombardeo» utilizando pincel y tinta china. Haría que Shigeko copiara de nuevo la parte ya escrita con pluma, y él mismo se ocuparía de pasar el resto con pincel sobre papel japonés, hecho a propósito para escribir.

Tenía tanta sed aquel día que hubiera dado cualquier cosa por un sorbo de agua.

Al pie de la carretera, encontró un grifo de agua humeante, demasiado caliente para beberla a chorro o haciendo un cuenco con las manos... Con todos estos recuerdos en su cabeza, cogió su pincel y se puso manos a la obra.

Del santuario principal, situado en los alrededores del templo de Yokogawa, junto al flanco oriental de la estación, no quedaba nada salvo una serie de postes desnudos. Había desaparecido la sala de culto que había enfrente, dejando tan solo al descubierto sus cimientos de arcilla: un montículo feo y desangelado.

En las inmediaciones del santuario, todas las personas que pasaban por la calle llevaban las cabezas y hombros cubiertos por una capa de algo similar al polvo o la ceniza. Y no había ni uno solo que no sangrara. Tenían sangre en la cabeza, en la cara, en las manos; los que iban desnudos sangraban por el pecho, por la espalda, por los muslos, por cualquier parte del cuerpo donde circulara la sangre. Una mujer, con las mejillas tan inflamadas que se derramaban por ambos carrillos como pesadas bolsas, caminaba con los brazos extendidos y las manos caídas desconsoladamente, como un fantasma. Un hombre que no llevaba encima ni un jirón de ropa, corría por la carretera con el cuerpo inclinado hacia delante y las manos entre las piernas, igual que si fuera a entrar en la ducha de unos baños públicos. Había una mujer vestida únicamente con enaguas que corría fatigosamente refunfuñando sin cesar; otra que llevaba a un niño en brazos y gritaba «¡agua!, ¡agua!», sin dejar de limpiar los ojos del niño entre grito y grito porque tenía los ojos pegados por una sustancia parecida a la ceniza. Un hombre gritaba hasta desgañitarse; mujeres y niños corrían chillando; otros suplicaban que alguien los socorriese... Un hombre yacía junto a la cuneta de la carretera con sus brazos levantados hacia el cielo, agitándolos desesperadamente. Una anciana sentada junto a un montón de tejas que se habían desprendido rezaba fervorosamente con los ojos cerrados y las manos entrecruzadas en actitud de súplica. Un hombre medio desnudo que venía trotando despacio chocó contra ella y, al punto, se puso a correr insultándola de mala manera. Un hombre con pantalones blancos lloraba de forma escandalosa mientras caminaba a gatas con lentitud y sigilo...

A todas estas personas las vi en un espacio de poco menos de cien metros, mientras caminaba por la calle principal, desde la estación de Yokogawa hacia el parque de Mitaki.

La calle estaba atestada de gente, como si fuera la hora punta a la salida de la estación, y yo simplemente me dejé llevar en la misma dirección que la multitud. De pronto, entre otros muchos gritos, destacó una voz chillona que oí que me llamaba por mi nombre: «¡Sr. Shizuma!, ¡Sr. Shizuma!».

—¿Pero dónde?, ¿dónde está? —contesté, y ya había empezado a abrirme paso hacia el lugar de donde procedía la voz cuando sentí que alguien me cogía del brazo y se echaba encima de mí.

—¡Ah, Sr. Shizuma, me alegro tanto de verlo!

No sé cómo ella se había abierto camino hacia mí. Se trataba de la propietaria de

la fábrica de hilaturas Takahashi. Me rodeó la cintura con los brazos, puso su cabeza contra mi pecho, y le empezó a temblar todo el cuerpo. Tiré de ella para llevarla a un lugar apartado de la confusión general, entre dos casas derruidas.

—¿Qué habrá ocurrido, Sr. Shizuma? ¡Qué horror! —Tenía la cara pálida y no paraba de temblar.

—Nos han bombardeado, eso es lo que ha pasado.

—¿Dónde cree que cayó la bomba?

—¿Quién puede saberlo? Lo que es seguro es que han tirado una bomba.

—Sr. Shizuma, tiene la cara herida, ¿verdad? Se le está cayendo la piel a tiras, y tiene la cara de un color raro. Seguro que le duele; tiene todo el aspecto de que podría dolerle.

Me palpé el rostro con las manos. Al sentir la mano izquierda húmeda y pegajosa, me fijé y vi que tenía la palma llena de una sustancia de color púrpura azulado, como si fueran trizas de papel mojado. Volví a restregarme las mejillas otra vez, y la mano se me llenó nuevamente de aquella sustancia pringosa.

Era muy extraño, porque no recordaba haberme golpeado el rostro contra nada. Debía de ser ceniza, polvo o alguna otra cosa que se desprendía como la mugre al frotar. Me disponía a intentarlo de nuevo cuando la Sra. Takahashi me agarró de la muñeca.

—¡No, no se restriegue más con la mano! Déjeselo así hasta que se pueda poner alguna cura. Si se toca la cara, se contagiará con las bacterias.

No sentía ningún dolor en especial, pero una leve sensación de terror me rondaba por el cogote como un cosquilleo. Sentí como si una infinidad de partículas pequeñas se hubieran adherido a mi mejilla izquierda. Con el movimiento de abrir y cerrar la boca para estirar la piel de la cara, se hizo más evidente la impresión de tener algo pegado a ella. La Sra. Takahashi no me soltaba de la muñeca, así que me pasé discretamente la mano derecha por la mejilla izquierda. De nuevo, salieron las mismas hebras pegadas a la palma de la mano. Frotándola contra el dorso de la mano izquierda, comprobé que eran como las pelotillas de una goma de borrar, solo que más resbaladizas al tacto. Un escalofrío me sacudió el cuerpo. De pronto, el alboroto que había a mi alrededor se fue diluyendo en la distancia. No era exactamente una sensación de desfallecimiento, pero es muy difícil de describir la conmoción que me causó ese momento.

Algo me hizo recordar una frase de un folleto propagandístico que un avión enemigo había arrojado sobre la ciudad el mes anterior. Era una frase que, más o menos, venía a decir: «Volveremos pronto con un pequeño obsequio para los ciudadanos de Hiroshima». No lo había leído con mis propios ojos, pero me lo había dicho el viejo Tashiro, el técnico encargado de la fábrica de conservas de Ujina. Yasuko me había dicho que una de sus compañeras en el trabajo se lo había mencionado también.

—Ha ocurrido algo terrible —dije—. Es algo espantoso, así que no debemos

perder los nervios, Sra. Takahashi. Tenemos que pensar antes de actuar. Y mantener la calma.

—¿Y qué puede haber ocurrido para causar un daño semejante, así de pronto? Fuese lo que fuese, una bomba o algo semejante, han ido demasiado lejos. ¡Demasiado!

—Oiga, Sra. Takahashi —continué—, tiene la cara y el pelo cubiertos de polvo. Es como si se hubiera puesto una peluca de ceniza.

Al oír esto, me soltó por fin la muñeca y se sacudió el pelo con ambas manos. Una nube de algo parecido al polvo o la ceniza se posó sobre su cara y hombros, así que, girando su cabeza primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, sopló para quitárselo de encima, logrando mejor su objetivo que si hubiera utilizado las manos. Después, se inclinó hacia delante y, sin dejar de soplar frenéticamente, se sacudió el resto con las manos al tiempo que movía la cabeza hacia uno y otro lado.

También yo traté de sacudirme el pelo. El polvo cayó como la nube que se levanta de la placa caliente del brasero de carbón cuando se derrama agua caliente.

—No me gusta el aspecto que tiene esto —dije—. Deje eso, Sra. Takahashi, y vamos a buscar un poco de agua para lavarnos el pelo y la cara. Vamos a limpiarnos como es debido.

Estuvo de acuerdo conmigo, pero todas las casas de los alrededores estaban en ruinas, y el agua que contenían los extintores contra incendios, colgados normalmente bajo los aleros de las casas, había quedado sepultada bajo los escombros y los montones de tejas. Volvimos al lugar donde habíamos intentado beber agua caliente, pero el grifo estaba abierto y sin una gota de agua, ni fría ni caliente. Nos dimos cuenta de que el grifo pertenecía a un depósito instalado a la entrada de una tienda. En una plataforma de cemento, se había colocado un bidón de aceite, al parecer para utilizado como cisterna provisional, pero la tienda había sido devastada por completo y no quedaba apenas rastro de ella.

En la calle, nos cruzábamos cada vez con menos gente y los gritos de los heridos eran más espaciados. La mayor parte de la gente parecía dirigirse hacia el parque Mitaki o el puente ferroviario de Misaki, así que nosotros caminamos también en aquella dirección. Una larga fila de personas errantes seguía las vías del tren como un ejército de hormigas o como —se me ocurrió pensar— los millares de peregrinos que, según se dice, se habían aglomerado en las cercanías de los santuarios de Kumano en los viejos tiempos. Desde la distancia, la colina en el parque no parecía sino un gran bollo blanquecino por el que las hormigas pululaban a sus anchas.

Al pasar junto a la Escuela Primaria de Yokogawa, observamos que en una esquina de los jardines había una cisterna para casos de emergencia. La Sra. Takahashi, que la vio primero, salió disparada hacia ella en busca de agua. Yo también me puse a correr, pero por el dolor que sentí de pronto en la mejilla izquierda, al temblarme los músculos de la cara, advertí que debía mantener la calma y caminar despacio. Cuando fui a quitarme las gafas para lavarme la cara, descubrí

que estas habían desaparecido, y me di cuenta de que tampoco tenía ya mi sombrero.

—Se me han caído las gafas y el sombrero —exclamé. La Sra. Takahashi se llevó las manos a las caderas y luego a los hombros.

—Y yo he perdido mi bolso —añadió en voz muy baja—. En ese bolso había más de tres mil yenes^[3]. Mi dinero, mi cuenta de ahorros y mi sello.

—Entonces vamos a buscarlo. Supongo que se le caería en la estación de Yokogawa, cuando estalló la bola de fuego. ¡Tres mil yenes es mucho dinero!

De cualquier forma, decidimos lavarnos el pelo primero, tirándonos el uno al otro agua por la cabeza con un cubo que encontramos por allí cerca.

—¡Y no se le ocurra frotarse la cara, Sr. Shizuma!

Casi no necesitaba que me advirtieran. Me lavé la cara metiéndola en un cubo de agua y sacudiéndola constantemente de un lado para otro, sin utilizar las manos. Llené el cubo hasta los topes, respiré hondo y sumergí la cara en él, respirando poco a poco mientras sacudía la cabeza. Las caricias de las burbujas del agua en la mejilla me aliviaron.

Tenía una sed insaciable, así que llené el cubo con agua fresca, hice gárgaras tres veces y después bebí. No creo que nadie me enseñara este método, pero de niño siempre hacía gárgaras tres veces antes de beber el agua de cualquier pozo o fuente que encontrase en una zona que no conocía. Los otros chicos decían que ellos también lo hacían. Además de prevenir los dolores de estómago causados por la ingestión de aguas extrañas, se suponía que era una señal de respeto para el dios de las aguas que habitaba en el pozo o en la fuente.

En la calle, el número de transeúntes había descendido considerablemente. Sin dejar de ir yo al frente, y como si fuera lo único que pudiéramos hacer, volvimos sobre nuestros pasos y entramos en un espacio que recordaba a la estación de Yokogawa. La Sra. Takahashi me seguía, con los ojos llenos de lágrimas, aterrorizada de pensar que había perdido el bolso que contenía toda su riqueza en este mundo.

—Es un bolso negro de charol, con asa —puntualizó, aunque ya lo había dicho— y con hebillas doradas de metal.

—Se le habrá caído cuando quedó atrapada en el tumulto —añadí repitiéndome también a mí mismo.

No había ni un alma en la estación. Alrededor de la barrera de control de entradas y diseminados por todo el andén había una serie de objetos dispares como zapatos, zuecos de madera, sandalias, zapatillas de cáñamo, parasoles, *zukines*, chaquetas, cestas, bultos envueltos en paños, fiambreras, etcétera. Abundaban especialmente las fiambreras, y me impresionó vivamente —supongo que porque, debido al racionamiento, alimentarnos era una de nuestras principales obsesiones— hasta qué punto se habían descompuesto los alimentos que contenían. Las bolas de arroz blanco no eran mero arroz sino una mezcla de arroz con cebada, con semillas de soja, sin aceite alguno; arroz mezclado con un tipo de verduras; arroz mezclado con las sobras aplastadas para hacer tofu. Para acompañar el arroz, nabos escabechados y nada más.

Todo ello constituía una prueba de la confusión demencial que había reinado hacía apenas un rato.

—¡Ahí está mi bolso! ¡Ahí!

Saltó del andén a las vías. Era el lugar en el que ella y yo y el resto habíamos salido despedidos del andén cuando la bola de fuego había estallado en el cielo.

—Vaya, entonces mis lentes deberían estar donde también yo quedé atrapado.

Tenía razón. Las encontré al pie de la columna a la que me había aferrado. Por suerte, las gafas estaban intactas, pero el celuloide en la parte izquierda se había arrugado como un muelle, dejando a la vista la montura de metal. Retorcí el celuloide, y me encontré con un par de gafas en las cuales, siendo ambas partes de la montura iguales, el antejo izquierdo era de metal y el derecho de celuloide.

La Sra. Takahashi recogió su bolso y, al comprobar que estaban todas sus pertenencias, no dejaba de exclamar:

—Ay, gracias a Dios.

Noté que mi mano temblaba cuando me dispuse a limpiar las lentes de mis gafas con la solapa de mi camisa de cuello abierto. El temblor era tan evidente que la Sra. Takahashi debió de percatarse de ello, pues dijo:

—¿Quiere que se las limpie yo, Sr. Shizuma?

—No, puedo hacerlo yo solo —contesté, limpiando la lente con la mano temblorosa—. Sé que me tiemblan las manos. El enemigo ha descargado todo el peso de su furia. Esa luz infernal, fuese lo que fuese, me ha quemado la mejilla izquierda. Lo sé porque también ha quemado la parte izquierda de mis gafas. Qué abominación tan inconcebible. Es el acto del criminal más sanguinario que se haya visto.

—Sí, pero seguramente no habrá ya más bombardeos hoy, ¿verdad?

—Me gustaría que el enemigo viera esas fiambreras tiradas ahí. Si pudiera ver siquiera esas bolas de arroz, dudo que se molestara en atacar de nuevo. ¡Como si no hubiera ya suficientes desperdicios! ¿Es que la gente no se da cuenta de cómo nos sentimos?

—¡Sr. Shizuma, no debería decir cosas así!

Me puse las gafas. Divisé no muy lejos una gorra de voluntario, pisoteada en medio del polvo, y la recogí. Se parecía a la mía, pero no era igual. «Qué importa» —pensé—, así que me la puse y salí de la estación con la Sra. Takahashi.

—Póngase una venda sobre la cara —dijo ella—. La herida no se le curará bien si le da el viento en la cara.

Saqué una gasa de usos múltiples que guardaba en el botiquín de urgencias que llevaba cruzado en el hombro, y me hice un vendaje alrededor de la cabeza, atándomelo con un nudo bajo la barbilla. Cuando volví a ponerme la gorra, esta me quedaba demasiado pequeña. Las ropas robadas nunca sientan bien al ladrón, me dije, y decidí dejarla allí en vez de llevármela, colgándola en una teja que terminaba en punta con forma de gárgola y que decoraba la cumbre de una casa que se había desplomado: alguien le encontraría sin duda una utilidad.

Sin objetivo preciso, seguimos caminando en dirección al parque Mitaki. Nuestros encuentros con otras personas eran mucho más esporádicos ahora, pero todos los que iban en nuestra misma dirección tenían heridas mucho más graves que las nuestras. Me fijé en una mujer que estaba de pie, inmóvil, en una actitud de total desconsuelo, y a quien la sangre de color oscuro le goteaba de los dedos de la mano izquierda con la que se agarraba el brazo derecho. Incapaz de sostener la mirada, la desvié hacia un muchacho que pasó corriendo a mi lado gritando «¡Ichirō!, ¡Ichirō!».

Iba vestido con una camisa de manga corta, pantalones raídos desde la espinillera hasta los pies, y zapatillas de cañamo.

—¡Ichirō, soy yo! ¡Soy yo! —Se había detenido delante de un joven con un casco de acero que venía en dirección opuesta. El joven se paró también frente a él, pero dijo:

—¿Quién eres tú? —Y pareció que retrocedía un poco. La Sra. Takahashi y yo nos detuvimos para mirar la escena. La cara del muchacho estaba hinchada como una pelota de fútbol, le faltaba el pelo y las cejas, y estaba muy pálido. Podría haber sido cualquier muchacho.

—¡Ichirō, soy yo, tu hermano!

Levantó la vista para que el joven se fijara bien, pero este hizo una mueca como si fuera incapaz de reconocerlo.

—Vamos, dime tu nombre, entonces —dijo el joven con rudeza—. Dime el nombre de tu colegio.

—Kyūzō Sukune, primer grado, segunda clase, Escuela Media de la Prefectura de Hiroshima.

El joven se echó hacia atrás, y adoptó de pronto una actitud recelosa.

—Ya veo, pero Kyūzō, sí, Kyūzō lleva polainas. Y tiene una camisa hecha con la tela de un kimono de algodón, estampada con lunares azul marino.

—Pero las polainas están destrozadas. Y los lunares se han convertido en agujeros. Todo ocurrió cuando estalló la bomba. ¡Ichirō, no te das cuenta de que soy yo!

La camisa estaba efectivamente agujereada por todas partes, pero el joven tenía aún algunos recelos.

—Bueno... sí, claro: ¡podría reconocer a Kyūzō por su cinturón!

—¿Te refieres a este, Ichirō?

Rápidamente, con las manos quemadas y en carne viva, el muchacho sacó el cinturón y se lo mostró al joven. Seguramente se lo habrían hecho con la cinta de cuero que se empleaba para abrochar las cestas de mimbre, y tenía una burda trabilla del mismo color para ceñírselo a la altura de la hebilla metálica de color marrón.

—¡Es el suyo! —dijo con voz ahogada—. ¡Ay, Kyūzō...!

Se puso de cuclillas junto al muchacho para ponerle de nuevo el cinturón, y la Sra. Takahashi y yo proseguimos la marcha. Incapaces de decidir nuestro rumbo, regresamos por el mismo camino por el que habíamos venido. Yo mismo vacilaba

entre volver a casa o ir a la fábrica, y la Sra. Takahashi tenía el dilema de si dirigirse hacia la fábrica de hilaturas o hacia el lugar en el que tenía sus negocios.

—Voy a ir primero a mi casa —dije—. Aun con la ciudad en llamas, no me será difícil llegar si voy siguiendo las vías del tren.

—Yo voy a ver a mi cliente para cobrar. Si no lo ingreso en el banco hoy, dejarán de enviarme mercancías.

—¿Y qué habrá sido del joven Iwashita en la sucursal? —dije—. Incluso con fuego en el establecimiento, habrá insistido en no abandonarlo, como un capitán con su barco a punto de irse a pique. ¿Ese muchacho es así, verdad?

—Estoy segura de que Iwashita habrá sabido cuidar de sí mismo. De cualquier modo, si no ingreso hoy el dinero en el banco, los proveedores no me enviarán existencias.

—Aun así, no se vaya. No ahora. No creo que haya nadie en el banco. Ni tampoco, por cierto, en el despacho de su cliente.

—Tanto si hay alguien como si no, creo en correr riesgos. Como digo yo, quien es empresaria, lo es en todo momento.

—Bien, entonces —dije— despidámonos aquí. Si pasa por la fábrica, haga el favor de decirle al director que estaré allí esta noche o mañana por la mañana.

Nos separamos, y yo volví a la estación de Yokogawa. Una docena de incendios habían empezado en distintos lugares de la zona, y se estaban propagando de izquierda a derecha en dirección a Ujina. (Nota añadida posteriormente: no he vuelto a oír nada de la Sra. Takahashi: supongo que debió de quedar atrapada en algún incendio). Había también focos de incendio cerca del puente de Sanjō. No parecía haber muchas posibilidades de cruzar las calles. La única ruta alternativa era seguir las vías del tren a Sanjō que atravesaban el puente ferroviario de Yokogawa y recorrían el muro de contención del ferrocarril en dirección a Futaba-no-Sato. Nada más tomar la decisión, comencé a caminar en esa dirección. También aquí los desplazados que venían de la ciudad eran comparativamente pocos, pero la mayoría de ellos tenían quemaduras o heridas de consideración. Entre ellos había un niño de unos siete años, que caminaba con lentitud y pesadumbre. Poniéndome a su altura, empecé a hablar con él:

—¿Adónde vas, hijito?

No respondió; en su cara no había expresión alguna.

—¿Crees que podrás cruzar el puente tú solo?

Tampoco hubo respuesta esta vez.

—Entonces, si te parece, me voy a quedar contigo hasta que cruces el puente, ¿puedo?

El niño asintió con la cabeza, y empezó a caminar a mi lado. Una vez que cruzáramos el puente, las colinas de Futaba estarían muy cerca y él estaría a salvo.

Asustado ante la idea de tomarle afecto, no me atrevía a preguntarle el nombre ni ningún otro dato personal. Era un niño simpático; me tranquilizaba el hecho de que

no dijera ni una palabra. Caminaba con la boca abierta y una expresión ausente, como si estuviera preocupado por algo. En un momento dado, al llegar a un lugar donde ardían las traviesas del tren, el muchacho se paró a mirar absorto la escena y luego hizo el gesto de tirar piedras al fuego antes de emprender nuevamente la marcha.

Las traviesas ardiendo me dejaron perplejo a mí también. A medida que caminábamos, nos cruzamos con más traviesas que echaban humo y llamaradas intermitentes, así como con postes de tren chamuscados de los que salían nubes de humo por arriba o por abajo. El enemigo debía de haber arrojado una bomba incendiaria. Para comprobar mi teoría, pisé encima del fuego que salía de una traviesa y me tumbé en el suelo para oler más de cerca: no era otra cosa que madera calcinada. Una bomba incendiaria habría desprendido un hedor fétido. Era de lo más extraño.

Al ponerme de pie, lo primero que vi fue una gigantesca columna de nubes. Por su textura, me recordaba a una de aquellas nubes cumulonimbo que había visto en las fotografías tomadas después del gran terremoto de Kanto, pero esta dejaba tras de sí una densa manga de humo que ascendía hacia el cielo como un hongo que, achatado en su punto más alto, fuera abultándose por los extremos hasta dividirse en dos.

—¡Vaya, hijo, fíjate en esa nube!

Al muchacho se le abrió la boca a medida que miraba hacia arriba. Aunque, a primera vista, la nube parecía inmóvil, no lo estaba en absoluto. El sombrerillo del hongo se desplazaba como una vela hinchada por el viento, primero hacia el este, luego hacia el oeste para, nuevamente, volver hacia el este. Con cada movimiento, una potente luz de visos cambiantes de color rojo, morado, lapislázuli o verde asomaba por entre la columna. Y no hubo un instante en que las nubes no dejaran de hincharse desprendiéndose de dentro hacia fuera, y a su vez el pie de abajo no cesaba de aumentar su volumen como una delicada cortina recogida. El nubarrón descomunal se erguía sobre la ciudad como a la espera de abalanzarse sobre ella y, con el cuerpo contraído por el miedo, me preguntaba si mis piernas serían capaces de sostenerme.

—Aquello de allí, debajo de la nube, parece lluvia, ¿verdad? —preguntó educadamente una voz femenina—. Al mirar, vi a una mujer de mediana edad y expresión amable, acompañada por una muchacha de rostro inocente.

—Sí, me pregunto qué será eso —apostillé—: tal vez un chubasco...

Arrugué los ojos para escrutar el cielo, pero aquello no tenía el aspecto de un chubasco sino el de una masa opaca de pequeñas partículas. Pensé que podría tratarse de un torbellino, pero no se parecía a nada que hubiera visto antes. Se me puso la piel de gallina solo de pensar qué ocurriría si aquello tomaba nuestro rumbo y derramaba sus partículas sobre nosotros en forma de lluvia. El nubarrón en forma de hongo se iba extendiendo cada vez más hacia el sureste. Estaba en lo cierto: las piernas empezaban a paralizarse.

Al ver al niño a mi lado, la mujer de mediana edad me dijo que era casi imposible

cruzar con un niño al otro lado del puente del ferrocarril de Yokogawa. Cientos de supervivientes se habían asentado delante del puente, porque un tren de mercancías había volcado sobre la vía del tren, casi al final del puente.

—¿Por qué no vienen hacia aquí? —pregunté.

—Están descansando —replicó—. Están tan malheridos que no tienen energía para regresar. Algunos se han desplomado en ese lugar y no son capaces de dar un paso más...

—¿Qué opina la gente de aquella nube? ¿Cómo se llamará?

—¿Que cómo se llamará? Pues he oído decir a algunos supervivientes del puente que es «la nube de *Mukuri-Kokuri*». Es verdaderamente *Mukuri-Kokuri*, ¿no cree? Pero estoy segura de que nunca conseguiría llegar al otro lado con un niño.

—¿Has oído eso, muchacho? —pregunté con voz levemente entrecortada—. Dicen que los niños no pueden cruzar el puente. ¿Por qué no vas con esta señora por las vías del tren de Kabe hacia las colinas?

El muchacho se volvió para mirarme.

—Así que, hijito, vamos a tener que decirnos adiós aquí, ¿quieres?

Él asintió con la cabeza. La mujer de mediana edad puso la mano sobre la cabeza del niño y me saludó con una leve inclinación de cabeza.

El niño, que parecía haberse hecho una idea acerca de adónde iba, se puso a caminar delante de la mujer en la dirección por la que había venido. Lo miré mientras se alejaba. Sus piernas se apoyaban en un par de zapatos negros de cáñamo, roídos por el talón; vestía unos pantalones cortos y una camisa de manga corta, y no llevaba nada en las manos.

El nubarrón había adoptado ahora una forma más de medusa que de hongo. Sin embargo, sus movimientos eran más enérgicos que los de cualquier medusa, con su pata colgante agitándose al viento, su cabeza cambiando de color: rojo, morado, lapislázuli o verde y retorciéndose enfurecida como si en cualquier momento, al tiempo que se alejaba lentamente hacia el sureste, fuera a abalanzarse sobre nuestras cabezas. Daría la razón a quien la llamó *Mukuri-Kokuri*. Decidí que se trataba de una emisaria del propio diablo, pues ¿quién sino él habría convocado a un monstruo semejante? ¿Podría escapar con vida de aquello? ¿Habría sobrevivido mi familia? ¿Iba en realidad hacia mi casa para rescatarla o lo que estaba buscando era salvarme únicamente yo?

Mis piernas flaqueaban de tal forma que apenas podía poner un pie delante de otro y el cuerpo me temblaba incontroladamente.

Con un inmenso esfuerzo, logré sobreponerme. Cogiendo un palo de los que se utilizaban para descascarillar el arroz de racionamiento que descubrí tirado sobre las vías del tren —quién sabe de dónde habría salido—, comencé a golpearme en las pantorrillas, en las nalgas y en los muslos; después, me golpeé en los hombros y en los brazos. Entonces cerré los ojos y respiré profundamente. Lo hice siguiendo el

método que solíamos practicar siempre en los ejercicios matutinos en la fábrica, inhalando y exhalando el aire muy despacio, casi como si estuviera haciendo un conjuro. De este modo volví a recuperar el control de mis piernas, además de una cierta distancia mental, y pude ponerme en camino siguiendo las vías del tren en dirección hacia el este.

Aunque dentro de mí sentía un irreprimible impulso de apretar el paso, ajusté el ritmo de mi marcha para no atropellar a otros desplazados. Puesto que no estaba en una de esas pesadillas donde unas fuerzas invisibles le impiden a uno avanzar, probablemente habría podido correr si lo hubiera deseado, pero el sentimiento de que era mejor abandonarme al destino me mantenía bajo control.

De pronto, una persona del grupo que iba a adelantarme en ese momento empezó a gritar «¡paracaidista, paracaidista!», y se echó a correr. Luego, también repentinamente, recuperó el mismo paso lento y exánime de antes. No había duda de que se trataba de un paracaidista. Delante, a nuestra izquierda, muy por encima de un grupo de nubes blancas que flotaba sobre unas colinas lejanas, un paracaídas blanco caía apaciblemente y sin rumbo fijo sobre la zona norte de la ciudad. No sabía si era del enemigo o del ejército japonés, pero lo seguí mirando pensando que era algo sospechoso.

Mientras seguía caminando, aún vagamente preocupado por él, escuché un estruendo repentino. La tierra tembló bajo mis pies, y una columna de humo negro se elevó unos setecientos u ochocientos metros al noroeste. Los supervivientes que estaban en las vías se echaron a correr todos a la vez, pero casi de inmediato recuperaron el paso cansino de antes: era el paso de hombres física y mentalmente exhaustos.

Hubo otra explosión y, luego, otra más. Tras el temblor de tierra, las columnas de humo negro se elevaron unos cien metros. Con cada explosión, la gente se echaba a correr intempestivamente; finalmente, alguien gritó: «¡Son bidones de petróleo!, ¡bidones de petróleo!», y los que habían huido retornaron el paso de antes, pero aún más cansinamente si cabe. Nadie hizo ningún comentario a lo que se había gritado.

Cuando llegué al principio del puente de Yokogawa, descubrí que había más de dos mil personas durmiendo bajo él, sobre el talud de hierba. Casi ninguno de ellos, excepto los jóvenes, parecía tener ninguna intención de cruzarlo. El puente debía de elevarse a unos treinta metros por encima del nivel del río, y bastaba con asomarse y mirar hacia abajo para que le temblaran a uno las piernas. No obstante, era la única manera de cruzar al otro lado. Las personas que dormían allí, la mayor parte de las cuales estaban heridas, parecían estar sumidas en un estado apático y no albergar siquiera deseos de cruzar a la otra orilla. Algunos estaban sentados simplemente en silencio, con la vista fija en algún punto del cielo.

La mayoría, sin embargo, evitaba mirar a la nube en forma de hongo. Unos cuantos heridos yacían tumbados boca arriba en el terraplén de hierba. La única excepción era una mujer que, con los brazos extendidos y alzados hacia la nube, no

paraba de gritar con voz estridente: «¡Eh, tú, monstruo nuboso! ¡Lárgate de aquí! ¡No somos agresivos! ¿No me has oído? ¡Lárgate!»». Pero, por extraño que fuera en alguien que parecía tan despierto, no hizo ningún intento de cruzar el puente. Era una mujer que parecía ir a hacer el servicio de trabajo voluntario; llevaba unos pantalones y *zugin*, y una cantimplora colgada en el hombro. Ninguno de los que estaban sentados quiso volverse para mirarla.

De pronto, ya no pude soportar más la espera y la duda. Tomé una decisión: cruzaría el puente. Me puse a andar detrás de un joven que sangraba por el hombro, evitando en la medida de lo posible mirar hacia la corriente que pasaba por debajo. Hacia el final del puente, el paso estaba cortado por el tren de mercancías volcado sobre uno de sus costados aunque, con algunas dificultades, logré llegar hasta el otro lado avanzando a rastras, sin despegar el cuerpo de las vías. Justo debajo del tren volcado, en el tramo de río que tenía menos profundidad, atisbé desde arriba un montón de cebollas caídas y arracimadas flotando en el agua.

Los supervivientes que habían logrado llegar al otro extremo del puente empezaban a ascender por la colina desde la aldea de Futaba, formando una larga procesión que era constantemente absorbida por las zonas más altas. Más arriba, se veían focos de fuego en el bosque. Al parecer, únicamente aquellos que vivían en las montañas se daban cuenta del horror que provocaban estos fuegos. La caminata en tropel en dirección hacia el fuego de la colina me recordaba muchísimo a los enjambres de polillas agolpándose contra una lámpara por la noche. Yo conocía los terribles peligros de los fuegos forestales que había visto de pequeño, y me acordaba también de las muchas vidas que se habían cobrado. Al pasar junto a mí un grupo de cuatro o cinco personas, les dije: «Los fuegos de montaña son peligrosos. Pueden parecer poca cosa, sobre todo si es de día, pero en realidad son bastante amplios y cubren una gran superficie. Las llamaradas rugen proyectadas cuesta abajo, y las rocas y piedras incandescentes bajan rodando por la pendiente». Pero ellos siguieron su camino monte arriba sin prestar demasiada atención a mis palabras.

Finalmente, desemboqué en la esquina de la plaza Oriental de Armas. Hasta donde alcanzaba mi vista lo único que divisaba era gentes que vagaban de un lado a otro, y la gran explanada estaba inundada por una multitud que huía para ponerse a salvo y, aquí también, con el único empeño de llegar hasta las colinas. Me acordé de lo que había oído sobre las olas en los maremotos, sobre cómo arrastraban remolinos de barro hasta las zonas más elevadas del terreno.

De acuerdo con el plan de llegar primero a la estación de Hiroshima, seguí caminando por un costado de la plaza de Armas para luego cruzarla diagonalmente, abriéndome paso entre la muchedumbre que iba en dirección a las colinas. No hace falta que diga lo muy distintas que eran en su aspecto físico y extracción social las cientos o miles de personas con las que me crucé en el camino. Me siento obligado — aunque no sea necesario precisarlo — a dejar constancia aquí de algunas de las impresiones que guardo de ellos, tal como se presentan hoy en mi memoria:

Había infinidad de personas a quienes les habían resbalado los coágulos resecos de sangre desde la cara hasta los hombros o la espalda, o desde el pecho hasta la barriga. Algunos sangraban todavía, pero no parecía quedarles energía para hacer nada al respecto.

Había quienes se tambaleaban sin rumbo fijo, adonde les llevase la multitud, con los brazos colgándoles inertes del cuerpo y pegados a él; y había quienes caminaban con los ojos cerrados, sin oponer resistencia, dejándose llevar por el tropel de gente que los empujaba hacia cualquier lado.

Una mujer que llevaba a un niño de la mano, al darse cuenta de que no era el suyo, lo soltó dando un grito y huyó a toda prisa; el niño, que tendría unos seis o siete años, salió corriendo tras ella llorando y lamentándose.

Un padre que había perdido a su hijo en medio de la multitud mientras lo llevaba agarrado de la mano, se abrió paso a empujones entre la gente gritando el nombre del niño una y otra vez hasta que, finalmente, fue agredido con brutalidad por alguien a quien había apartado de malas maneras.

Un hombre de mediana edad llevaba a su anciano padre a cuestas.

Y otro hombre cargaba a una niña —diría que era su hija inválida— a la espalda.

Una mujer que transportaba a su hijo y sus pertenencias en un cochecito de niño fue sepultada por una repentina oleada de gente que aplastó el cochecito y la tiró encima de él, de modo que las otras veinte o treinta personas que venían detrás cayeron una tras otra sobre ellos como las fichas de un dominó. Había que haber oído los gritos que se escucharon en ese momento para creerlo.

Un hombre caminaba con un reloj que emitía un sonido entrecortado y anodino sosteniéndolo en sus manos como una ofrenda.

Otro hombre caminaba con una cesta de peces colgando por encima de su hombro y atada a la funda de paño de su caña de pescar.

Una mujer descalza hacía visera con sus manos mientras sollozaba.

Un anciano sostenía y, en cierto modo arrastraba por la cintura, a una mujer cuyo rostro, brazos y pecho estaban bañados de sangre. A cada paso que daba el hombre, la mujer movía la cabeza de adelante atrás o de un lado a otro. Hubiera dicho que ambos iban a expirar de un momento a otro, pero eso no impedía que fueran zarandeados sin piedad por la muchedumbre.

Una joven caminaba casi desnuda cargando a su hijito desnudo, bien sujeto a sus espaldas, que, con la cara llena de sangre, miraba hacia atrás en vez de hacia delante.

Y, como si estuviese corriendo, un hombre agitaba las piernas aunque estaba tan comprimido en medio de la multitud que apenas podía hacer otra cosa que marcar el paso con impaciencia.

Capítulo 4

SHIGEMATSU había copiado hasta este punto cuando Shigeko lo llamó desde la cocina:

—¡Shigematsu! ¿No sabes qué hora es? Me gustaría que lo dejaras por hoy y que vinieras a cenar.

—¡Claro, ya voy! —Se levantó y fue hasta la cocina. Había estado aplazando la cena hasta este momento, engañando al estómago con judías saladas caseras que mordisqueaba mientras copiaba su diario del bombardeo. Shigeko y su sobrina Yasuko ya habían cenado hacía un buen rato, y Yasuko, que iba a coger el autobús de Shinichi-machi por la mañana para ir a un salón de belleza, ya se había acostado en el trastero.

Shigeko le sirvió de la fuente un cuenco de sopa de locha.

—Bien —dijo él—, hoy he avanzado mucho. He copiado todo lo ocurrido hasta el momento en el que la multitud invadió la plaza Oriental de Armas tratando de ponerse a salvo del hongo nuboso. Aun así, no he escrito todavía ni una mínima parte de todas las cosas que vi aquel día. No es una tarea fácil poner algo así por escrito.

—Supongo que porque cuando escribes te afanas en explicar tus propias teorías.

—No tiene nada que ver con teorías. Desde un punto de vista literario, no hago más que describir la cruda realidad. Las cosas son así. Por cierto, ¿estas lochas han estado suficiente tiempo en remojo para que se les vaya el gusto a fango?

—Kōtarō acaba de traerlas hace un rato. Dijo que las había puesto a remojo en agua limpia durante dos semanas. Las pescó en el dique que haya orillas del templo, y las puso con agua corriente dentro de su tinaja de quinientos litros.

Durante la guerra, la familia del viejo Kōtarō se vio obligada, por imperativos de defensa, a sacrificar el gran árbol ginko que había junto a su casa. Al desenterrar el tocón, descubrieron la tinaja: una pieza de cerámica de estilo Bizen. Estaba rota en cinco o seis partes, pero había sido reforzada con una capa abundante de cemento en las juntas.

Shigematsu se sentó frente a la mesita individual que le habían preparado, y cogió una taza de cerámica tosca que contenía un líquido de color marrón. Este era el digestivo que tomaba habitualmente antes de las comidas: una infusión de geranio seco, pamplina, llantén y otras hierbas. La comida que tenía ante él en la mesita estaba compuesta de pasta de soja fermentada mezclada con raíz triturada de trébol, un huevo al plato y un nabo escabechado, junto a una sopa de soja sobre la que flotaban trozos de locha.

—¡Esto es lo que llamo yo una comida por todo lo alto! —dijo al levantar la tapa del cuenco de sopa—. ¿Siempre hay algo en la tinaja del viejo Kōtarō, verdad? Una

vez que eché un vistazo dentro de ella, la tinaja estaba casi seca, ¡pero habían puesto un lecho de arena de río en el fondo para que las tortugas desovaran allí! Aunque, al parecer, finalmente no pusieron huevos...

—Cuando fui a vedo a finales del año pasado, tenía siete u ocho anguilas vivas dentro —dijo Shigeko.

—Nunca se sabe qué es lo que puede salir de esa tinaja. Es como una especie de cornucopia. Tal vez deberíamos tomar ejemplo.

Shigematsu hablaba por hablar porque, estando su casa en la cima de la colina, hubiera sido imposible bombear agua con conductos hechos de bambú hueco como había hecho Kōtarō. Él había construido una presilla en el río que bajaba por una de las colinas más altas y canalizado el agua hasta la tinaja mediante un caño de bambú. Por una afortunada coincidencia, a través de las grietas donde se había reparado la tinaja, se filtraba agua suficiente para dejar dentro de ella la cantidad imprescindible. Así pues, con esas condiciones idóneas era posible mantener vivos a los peces dentro de la tinaja, ya fuesen anguilas, carpas, truchas o cualquier otra cosa que uno deseara.

Kōtarō era unos diez años mayor que Shigematsu. Durante la guerra, se había hecho cargo de la búsqueda de otras clases de víveres para el vecindario. Sus expediciones lo habían llevado dos veces a Hiroshima y, en ambas ocasiones, había ido a casa de Shigematsu a ofrecerle flores saladas de cerezo como regalo. La primera vez había ido a comprar emulsión para utilizarla como sucedáneo del jabón y grasa comestible. La emulsión, que se adquiría en el mercado negro porque no estaba controlada por la ordenanza que regulaba los materiales de limpieza, era una mercancía que algunas empresas fabricaban de espaldas a la ley. Se trataba de un líquido pegajoso que se producía durante la fabricación del jabón sólido y que se distribuía en latas. La grasa era el sobrante de la carne cortada antes de enlatada en el almacén de suministros del ejército; venía ya condimentada y costaba unos diez *sen*^[4] por cada caja de siete centímetros de ancho por diez de fondo.

Kōtarō envolvía estos productos del mercado negro en un paño grande, en casa de Shigematsu, y lo cargaba en sus espaldas todo el camino hasta la estación de tren. «En mi familia siempre se han hecho viajes comerciales desde la época de mi abuelo», afirmaba. En su segundo viaje, lo único que encontró para comprar eran latas viejas de grasa comestible, pero se sintió tan satisfecho con el hallazgo que, como gesto de agradecimiento para Shigematsu, preparó antes de marcharse una trampa para cazar pájaros, que colocó en un solar cercano donde se habían demolido casas para hacer un cortafuegos.

Después de su visita, Shigematsu hizo del acto de ir a examinar la trampa uno de sus hábitos cotidianos durante algún tiempo, aunque nunca encontró ni un solo pájaro atrapado en ella. Era en aquel solar al final del camino —recordó— donde su mujer iba a menudo a buscar brotes de bleado rojo, que después comían hervidos con soja.

—¿Recuerdas aquella trampa que el viejo Kōtarō puso para nosotros en Hiroshima? —dijo—. ¿Qué habrá sido de ella? Estaba en aquel descampado que solía

llenarse de bledo rojo en verano.

—En realidad —dijo Shigeko—, las trampas de Kōtarō nunca cazaron ni un solo pájaro, ¿verdad? Tal vez no las ponía correctamente.

Shigematsu podía recordar aún a Kōtarō murmurando algo en voz baja mientras afilaba el extremo de una vara de bambú partida por la mitad. «La escasez de alimento es algo terrible —decía—. Hasta en el almacén de suministros la gente de las cocinas lo pasa mal porque la pasta de soja con que hacen la sopa no les alcanza para todos. Me dijeron que, hasta el mismo día, no tenían ni idea de si iban a comer sopa de pasta de soja o “sopa de agua salada”. Parece que, aunque querrían planificar las comidas, les es imposible hacerlo como es debido». En aquella época las apreturas para comer eran el pan de cada día.

—Oye, Shigeko —exclamó Shigematsu—, ¡tengo una idea! ¿Por qué no escribes unas notas rápidas sobre la alimentación de nuestra familia durante la guerra? Sería incluso mejor una lista con todos los menús de la semana. Supongo que no te acordarás de todos, pero tú, simplemente, anótalos, ¿quieres?; mañana, si es posible.

—¡Los menús, pues claro! Pamplina cocida con soja, puerros de primavera con pasta de judías y vinagre: eso es más o menos todo lo que habría que escribir, ¿verdad?

—Pero eso es justo lo que quiero decir; que escribas sobre la bazofia abominable que comíamos. «La increíblemente precaria dieta de la familia Shizuma en tiempos de guerra», lo podrías llamar. Luego, lo incluiría en mi «Diario del bombardeo». ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—Si eso es lo que quieres, tengo una sugerencia —dijo ella—. ¿Por qué no desayunamos todos los 6 de agosto de cada año con el mismo menú de aquel día? Me acuerdo perfectamente de lo que comimos aquel día. Lo recuerdo como si fuera hoy.

—¿Y qué comimos, entonces, aquella mañana...?

—Caldo aguanoso con almejas, y restos de soja hecha pasta, en lugar de arroz. Eso fue todo. Te recuerdo que eran únicamente seis almejas para tres personas. Yasuko y yo las habíamos cogido el día anterior en la arena del río, bajo el puente de Miyuki...

Sí, él se acordaba también: almejitas raquílicas con la carne algo transparente. Se había quejado muy seriamente a Shigeko de lo mal nutridas que estaban las almejas por entonces.

—Ya sabes, Shigeko, que, como señora de la casa, la manutención de la familia es asunto tuyo. Así que escríbelo, ¿quieres? Mañana, si puedes. Es igual que lo escribas como una especie de diario o como una carta... —hizo una pausa—. De cualquier modo, ya he tenido bastante por hoy. Me voy a la cama.

El día siguiente era festivo en el calendario agrícola y Shigematsu, tal como era costumbre en el cabeza de familia de una granja, se puso a poner sus aperos de labranza en orden. Lavó las palas, los azadones y las palancas y, con el martillo, clavó nuevas cuñas en los mangos; afiló las hachas y las hoces, triscó las sierras y las

engrasó con aceite de calza; quitó los hierbajos que había en torno al santuario familiar, en una esquina del jardín y, como medida de precaución, fue a «rendir tributo» a la laguna que tenía Shōkichi junto a su casa. Todo ello le llevó media jornada.

Yasuko, que había ido al salón de belleza en la ciudad para hacerse una permanente, regresó a casa alrededor de las cinco, envuelta en un inusitado halo de elegancia. En este momento, Shigeko había terminado de escribir su relato de lo que ella ha llamado «La dieta en Hiroshima durante la guerra». Lo había redactado con pincel y tinta sobre papel hecho a mano, y esto es lo que decía:

LA DIETA EN HIROSHIMA DURANTE LA GUERRA

De lo que voy a escribir aquí es, en realidad, de la situación de la alimentación en Hiroshima antes de que cayera la bomba pero, primero de todo, debo decir algo acerca de nuestra vida cotidiana y del comportamiento de la gente.

Según las ordenanzas en materia de subsistencia que estaban en vigor en la época, el arroz, los sucedáneos del arroz, el pescado y las verduras eran objeto de racionamiento. La información sobre el racionamiento, así como otros edictos, eran colgados en el tablón de anuncios del distrito o se hacían circular de familia en familia en la sección de avisos del boletín local. Este boletín diario resultaba especialmente importante, y servía para que las comunicaciones oficiales llegaran hasta el último rincón de la ciudad. Las autoridades concedían una gran importancia a esta labor porque, a fin de que el sistema funcionara con fluidez, utilizaron películas y grabaciones sonoras para popularizar una canción acerca del espíritu del asociacionismo vecinal. Recuerdo que la primera estrofa decía así:

*Tocan, tocan en la puerta de la casa;
vaya, vaya, ¿por qué no vas a abrir?
La cara de un convecino —pasa, pasa—
es lo que nos encontramos al salir.
Tenga a bien circular el boletín:
son noticias para usted y para mí.*

Durante los días de racionamiento, había siempre una cola de personas esperando frente al centro de racionamiento desde antes de que abrieran las puertas. No era un hecho tan extraño, puesto que la escasez de víveres era bastante acuciante. Algunas veces, se formaban colas incluso frente a las tiendas normales que, como decían los carteles, estaban «abiertas, pero sin despachar al público» debido a la escasez de productos. En otras ocasiones, se oía decir a alguien que esperaba haciendo cola en los puestos de detrás: «¿Y qué venden en esta tienda?». Y la respuesta era: «No lo sé a ciencia cierta; de lo que sí estoy seguro es de que algo venden». La penuria llegaba al punto de que era una alegría poder acceder a cualquier cosa, sin que importase

demasiado lo que fuese. No teníamos ni para gastar en una hoja de papel común y corriente.

El valor del dinero había descendido. Algunas veces, cuando iba a comprar verduras a las granjas que había fuera de la ciudad, no encontraba a nadie que vendiera nada por dinero, sino que, a cambio, pedían ropa. Naturalmente, los mediadores y los minoristas empezaron a meterse en negocios encubiertos para evitar los controles; la gente se refería a ellos con desprecio como «los estraperlistas». Y es que, si hubo alguna vez un producto típico de la guerra, fue precisamente esa palabra, «estraperlista», un término odioso que yo no puedo oír sin pensar en la precariedad de la guerra.

Si no me falla la memoria, el racionamiento de los bienes de primera necesidad, el arroz y la cebada, se reducía a 3,1 gō. No obstante, no tardó mucho en reemplazarse una gran parte del arroz y la cebada por soja, por lo que empezaron a repartir arroz extranjero y, lo que es peor, aquel horrible poso de soja prensada. Poco a poco, el número de poso de soja prensada fue disminuyendo y, al final, la ración quedó aproximadamente entre 2,7 y 2,8 gō al día. Al principio, la ración de arroz era de color marrón, con cáscara, desagradable de comer, así que solíamos ponerlo en una botella y machacarlo con un palo para convertirlo en arroz blanco. El descascarillado lo hacíamos por la noche. Suponía un trabajo suplementario, y solíamos quejarnos todo el tiempo. La cantidad de arroz disminuía después de descascarillado y, pese a que la ración era de unos 3,1 gō^[5] por persona, al final se quedaba en poco más que 2,5 gō.

Creo que fue por esa época cuando las autoridades citaron a la Sra. Miyaji para un interrogatorio oficial. Un día iba de camino a una granja a comprar víveres y comentó con alguien que estaba sentado a su lado en el tren de Kabe: «Ahora la ración de arroz se ha reducido a tres gō; han cambiado el texto del libro que nuestro hijo tiene en la escuela». Al parecer, uno de los versos del libro escolar de poesía de su hijo, en el que se decía «A cada uno sus cuatro gō de arroz integral al día», había sido modificado para que no contradijera la cantidad de ración que se repartía por entonces. De acuerdo con lo que ella me dijo después, el poema era una de las composiciones más conocidas de un poeta llamado Kenji Miyazawa, una obra provista de una austera belleza en la que se retrataba magníficamente la dureza de la vida en una granja.

«Cambiar “cuatro gō de arroz al día” por “tres gō” es un insulto a la enseñanza», dijo la Sra. Miyaji. «Qué ocurriría si el muchacho se enteraba por ahí. Vaya, no me sorprendería que empezara a tener ideas raras acerca de la historia japonesa que aprenden en el colegio. Sería distinto si Kenji Miyazawa volviera a nacer ahora y lo rescribiera él mismo...».

El caso era, sin embargo, que el libro era un texto compilado por el gobierno de acuerdo con las grandes directrices del Estado, y parece que las autoridades la habían advertido de que «refrenara sus comentarios irresponsables». «Sabemos que

ha estado comprando productos en el mercado negro», le habían dicho. «Esa gente no tiene por qué hacer comentarios impertinentes sobre los libros de texto. Hacer comentarios irresponsables en tiempo de guerra es un asunto demasiado grave, según el código civil o penal». Por su modo de hablar, era casi como si sugirieran que había atentado contra la Ley Nacional de Movilización General que, por supuesto, era un delito sancionado con la pena de muerte. En aquel momento, todo el mundo se cuidaba mucho de lo que decía ante los demás.

En nuestra familia, mi esposo y Yasuko almorzaban en el trabajo. Compraban sus almuerzos allí, sin llevar nada de casa, lo que significaba que nos ahorrábamos dos comidas al día. Además de eso, para almorzar yo me las arreglaba con patatas; así que, en resumen, nos ahorrábamos tres comidas al día, la cual cosa facilitaba mucho las cosas. Luego, teníamos un sistema para obtener una ración de fideos de trigo rubión que, de vez en cuando, se ponía a la venta en el mercado negro; en total, supongo que llegaríamos al equivalente a tres o cuatro gō de arroz o cebada.

A parte de eso, algunas veces había una ración de pan seco de mala calidad, del cual se repartían unos treinta o cuarenta gramos a cada familia. Cada persona tenía derecho a una ración de un puñado de fideos tres o cuatro veces al mes pero, si este era el caso, se reducía proporcionalmente la ración de arroz o cebada.

A veces la ración de arroz venía mezclada con soja. El problema era que si se cocinaba arroz con soja en una olla, adquiriría un sabor desagradable, así que solíamos quitar una a una las sojas de arroz —más de un gō—, y ponerlas a remojo toda la noche. A la mañana siguiente, las triturábamos, extraíamos el líquido escurriéndolas con un paño de algodón, y las utilizábamos para cosas como sopa de pasta de soja o sopa de salsa de soja. A veces, también bebíamos el jugo como bebida de soja, añadiendo una cierta cantidad de edulcorante. Ocasionalmente, hervíamos los restos de soja prensada en salsa de soja y las comíamos junto con nuestro arroz o con algún sucedáneo.

El pan que sustituía el arroz era un medio valioso para estirar la ración. Lo tostábamos y nos lo comíamos untado con pasta de soja, o lo untábamos antes de tostar. Cuando disponíamos de pan, echábamos de menos horrores el sabor de la mantequilla o de la carne en conserva. Como quiera que fuese, poco a poco nos dimos cuenta de que, por lo que se refería a los sabores de la cocina oriental tradicional, la pasta de soja era mucho más sustanciosa, al menos, que la sal o la salsa de soja. Aquí incluyo una lista de las raciones alimenticias de un día, aparte del arroz básico u otros sucedáneos. De hecho, el racionamiento se repartía entre las once familias de nuestra asociación de vecinos, unas treinta y dos personas en total; siendo muy difícil la división de muchos de estos productos, solíamos hacer el reparto entre dos o tres familias a la vez:

Un pastel de tofu

Una sardina o una pequeña porción de caballa

Dos repollos chinos

Cinco o seis zanahorias, nabos, puerros, raíces de bardana, un manojo de espinacas o calabazas alargadas

Cuatro o cinco berenjenas

Media calabaza redonda

Cuando empezaron a sonar las alarmas antiaérea, la situación de la alimentación empezó a empeorar cada vez más. Casi todos los días solía ir al descampado de las casas demolidas para recoger bledo, tréboles u otras plantas con hojas. Otras veces, iba a recoger almejas bajo el puente de Miyuki o, si la marea había bajado, llevaba un viejo pincel de escribir y una paleta y me ponía a buscar quisquillas. Conseguía unos cinco gō de almejas y entre diez y veinte quisquillas. Pero las quisquillas fueron escaseando poco a poco y, al final de la guerra, encontraba unas diez almejas pero ni una sola quisquilla.

Cultivamos unas cuantas verduras en los solares y calabazas en el jardín, de acuerdo con el eslogan de las autoridades: «Siempre hay un Lugar para una calabaza». Cuando Los tallos estaban altos, los cortábamos, pelábamos y cocíamos para comer. En verano, las plantas de calabaza invadían todo el jardín haciendo casi imposible el paso, pero para nuestro disgusto no lográbamos sacar de ellas más que una docena de calabazas. A veces, acompañábamos el arroz, o su sustituto, con nabos cortados en tiras, helechos secos o brotes de helecho que nos enviaba mi familia desde el campo.

El día que se declaró La guerra, el 8 de diciembre de 1941, compré una buena provisión de cerillas y sal, de modo que nunca nos faltaran de ninguna de las dos cosas hasta el final de la guerra. Lo hice así porque mi abuela me había contado de pequeña lo que había ocurrido en la época de la guerra ruso-japonesa. La sal venía muy bien. Con la sal de mesa, y con un extracto de carne a base de refinar el caldo del almacén de suministros del ejército y de las fábricas de conservas, hacía un sucedáneo de salsa de soja. Aún me acuerdo de lo bien que sabían los guisos o la sopa añadiendo una cucharada de ese sustitutivo. El único problema era que, si se consumía a diario, después de dos semanas de uso continuado, el estómago acababa por rechazarlo.

Por la mañana, cocinábamos la ración diaria de arroz o del sustituto de turno, y con las sobras que hubieran quedado del desayuno y de la cena hacíamos bolas que envolvíamos en un paño tosco y luego colgábamos en algún lugar aireado. Esto es lo que llevábamos al refugio antiaéreo cuando sonaban las alarmas. En el atado de bolas de arroz, siempre añadíamos un poco de arroz tostado que mi familia nos mandaba desde el campo para casos de emergencia, y también una lista con los nombres de nuestros antepasados.

EL único pescado que se nos permitía cocinar como quisiéramos era el que se nos repartía en el racionamiento. No nos gustaba asar el pescado que hubiéramos

podido comprar en el mercado negro por si el olor llegaba a los vecinos, así que, para evitarlo, lo hervíamos o hacíamos sopa con él.

No andábamos mal de dulces porque Yasuko compraba algunos en el mercado negro a través de alguna de sus compañeras de trabajo. Se trataba de una especie de golosinas que hacía un granjero que vivía en las colinas, detrás de Furuichi, cuya sustancia obtenía escurriendo Las raíces de una planta de la familia del regaliz y que él utilizaba como almidón. La amiga de Yasuko solía comprársela a este granjero, que le daba unas cuantas. Nosotros solamente las empleábamos algunas veces para endulzar las cosas. Generalmente las chupábamos tal cual para engañar el estómago, aunque nos sabían a rayos. En cuanto al sake, en nuestra asociación de vecinos ocurría lo mismo que en todos los demás lugares: cuando empezó el racionamiento, La gente que antes de la guerra nunca había tomado sake, se puso a beberlo. Fue una reacción de lo más curiosa.

Además de la ración de cigarrillos, teníamos un puñado de hojas de tabaco que alguien de la fábrica nos proporcionaba del mercado negro. Colgábamos las hojas durante algún tiempo bajo los tableros del suelo de la casa para que se humedecieran un poco, las troceábamos con las tijeras de esquilar y, más tarde, las envolvíamos en papel elegante y fino de un diccionario de inglés; «papel indio» me dijeron que se llamaba. Durante y después de la guerra, nos llegamos a fumar en casa hasta la última página de un diccionario de bolsillo.

En los últimos años de la guerra, en todos los hogares de nuestra asociación de vecinos se utilizaban plantas silvestres como complemento de la dieta. En las familias donde había niños, se esperaba a que los retoños de varios tipos de zarzas crecieran un poco, luego los recogían, los pelaban y se los daban a los pequeños como merienda; en algunas familias, les daban los brotes de bistortas. Estas plantas se encontraban en las riberas del río ata, a las afueras de la ciudad; algunas familias que tenían el trabajo fuera de casa pedían a los que iban y venían a diario desde la periferia que se las trajesen. En todos los hogares, el noventa por ciento de la merienda de los niños consistía en judías resacas, así que las plantas silvestres suponían una especie de novedad.

Era posible conseguir acedera si se pedía a alguien que viniera a trabajar a la ciudad desde las afueras. Las solíamos dejar en salmuera por la noche y las utilizábamos para reemplazar a los pepinillos en vinagre, o como plato principal acompañado de algún sustituto del arroz.

Al carrizo, la pamplina, el bleado, la artemisia, el amor de hortelano (puede que no sean los nombres científicos) les solíamos dar un hervor y servir con salsa de soja, o freírlos como acompañamiento. Algunas verduras o plantas, como la zanahoria o el tallo de la bardana, eran consideradas un auténtico lujo. A los niños que no estaban bien nutridos o tenían tendencia a orinarse por la noche se les daban las larvas de los higos o de los frutos de ciertos arbustos cocidas en soja. En realidad, estas larvas eran las crías del escarabajo de cuerno largo. En verano,

cuando de niña vivía en el campo, había un leñador que venía de vez en cuando a venderlas, y algunas veces me las daban para prevenir la solitaria. Las recuerdo como bastante sabrosas y agradables.

La mujer de uno de los vecinos, que padecía dolores de cabeza por la menopausia, solía tomar un par de larvas de hormigas león con una copita de sake frío. Decía que eran sumamente efectivas.

En realidad, pretendía escribir sobre el menú semanal de nuestra familia durante la guerra, pero puesto que no había día que no repitiera las mismas cosas en la cocina, todos los recuerdos se me mezclan en la cabeza, y no puedo precisarlo con exactitud. Me pregunto si incluso los cocineros de los principales hoteles en Tokio — del Hotel Imperial, pongo por caso— pueden recordar exactamente los menús que elaboraron el día que terminó la guerra. Dicen que por aquella época los comisionados de los países que formaban la Gran Esfera de Coprosperidad del Sureste Asiático y los miembros de las distintas organizaciones vinculadas con el Ministerio del Exterior se alojaban en el Hotel Imperial. Me pregunto qué comerían esas personas. De cualquier forma, el sesenta o setenta por ciento de nuestra dieta en Hiroshima durante los últimos años de la guerra consistía en arroz con soja y sojas cocidas en salsa de soja, sin azúcar.

La proteína animal, aparte de la del pescado, era casi imposible de conseguir. En vez de té, utilizábamos yemas de flores de cerezo en curtidas en sal.

No se encontraban fácilmente ciscos de carbón ni carbón vegetal, así que, en invierno, calentábamos la casa con piedras planas o tejas que poníamos en el brasero y que, después, envolvíamos con papel viejo de periódico; hacíamos un atado con ellas en un paño y nos las poníamos detrás de la espalda. Cuando nos sentábamos al estilo japonés, nos las poníamos entre las piernas, y cuando nos sentábamos en el sofá, las poníamos debajo de los pies para calentarlos. Cuando la piedra se iba enfriando, quitábamos el papel de periódico capa a capa para aprovechar el calor sobrante; y cuando ya no quedaba ni una pizca de calor, las volvíamos a poner en el brasero y las utilizábamos nuevamente del mismo modo.

En vez de jabón, utilizábamos el material que nos daban, hecho con salvado de arroz y sosa cáustica, o comprábamos una emulsión en el mercado negro.

Algunas veces, solíamos apagar el fuego del brasero al terminar de cocinar y recogíamos las brasas que quedaban. Una vez que reuníamos las suficientes, las pulverizábamos, mezclábamos el polvo con un poco de arcilla y engrudo para ligarlo bien y amasábamos ciscos que luego, una vez secos, reutilizábamos como combustible.

Cuando se agotaba la pasta de dientes, recurriamos a la sal.

Ay, sí; y cuando caía una ración de cebollas, no las consumíamos inmediatamente sino que las volvíamos a plantar en la tierra para recoger después las hojas que salían para hacer sopa con ellas.

Con esto doy por terminado mi ensayo sobre la situación de la alimentación en

Hiroshima durante la guerra. Supongo que podría resumirse diciendo que nuestra dieta familiar era «de calidad media baja», tal como correspondía a la familia de un trabajador no manual de cualquier fábrica. Antes de la guerra, Hiroshima fue conocida por su abundancia de productos del mar y de la tierra, y por su ausencia de barridas a pesar de lo grande que era la ciudad. Pero viviendo en Hiroshima me di cuenta de que, como suele decirse, en una guerra interminable cuanto más grande es una ciudad más hambre pasan sus habitantes. Y me di cuenta, también, del sadismo de la guerra, que asesina a los seres humanos sin hacer distinciones entre jóvenes y mayores, ni entre hombres y mujeres.

Shigeko Shizuma

Shigematsu puso el texto, como apéndice, después de su «Diario del bombardeo». Después, a petición de Shigeko, se preparó para ir a casa de Kōtarō a llevarle pastelillos de arroz para la ceremonia por los insectos muertos. Metió la caja de laca que contenía los pastelillos dentro de la palangana de metal en la que Kōtarō había traído la lacha, y envolvió todo ello en un trapo grande.

La ceremonia por los insectos muertos era un rito que se celebraba dos días después del festival de la siembra de arroz; los granjeros solían hacer pastelillos de arroz como una ofrenda por las almas de los insectos fallecidos a los que habían aplastado sin darse cuenta mientras trabajaban en los campos. La tradición quería también que, ese mismo día, se devolviesen los objetos que los vecinos se hubieran podido prestar unos a otros.

Capítulo 5

LA casa de Kōtarō estaba en la ladera de la cuesta que conducía a la colina. Al aproximarse a ella, Shigematsu reparó en un flamante automóvil de tamaño familiar aparcado junto a la cuesta. Esto era algo con lo que no contaba. El coche estaba vacío y un hombre de mediana edad que parecía el conductor, con una gorra de visera inclinada hacia atrás, miraba intrigado el contenido de la gran tinaja por la que corría el agua del caño de bambú. Era evidente que Kōtarō tenía un visitante bastante especial.

Cuando vio al intruso, a Shigematsu le empezó a latir el corazón con fuerza.

—Qué tiempo tan agradable tenemos —dijo con fingida distracción al aproximarse a la tinaja—. Ese automóvil pertenece a la Clínica Fujita en Fukuyama, ¿verdad? —continuó, con cierto disimulo—. ¿Su pasajero viene de Fukuyama?

—No, no, este es un coche alquilado —replicó el hombre de la gorra de visera—. Yo solamente soy el conductor. Vengo desde el pueblo de Yamano para traer a una señora.

—¿Quiere decir una doctora? Porque cuando pasa algo de pronto, supongo que hay que enviar un automóvil con un doctor. ¿Es que le ocurre algo al viejo Kōtarō?

—No, no es eso; la señora ha venido a hacer averiguaciones sobre un posible futuro matrimonio, o algo similar. Al menos, esa es la impresión que tengo por lo que ha dicho. Llevo más de una hora esperándola aquí.

Si ella había venido desde el pueblo de Yamano para hacer pesquisas matrimoniales, solamente podría tratarse de Yasuko. El pueblo era demasiado pequeño para que fuese ninguna otra cosa.

Nuevamente, a Shigematsu le empezó a palpar el corazón, pero fingió despreocupación asomándose al interior de la tinaja.

—Todas estas lochas son negras, ¿verdad? —preguntó—. Cuando yo era un niño, solía haber un tipo de locha de color marrón con pintas negras que se llamaba *sunahami*

—Supongo que es la que llamamos *sunamuguri*. Se solía encontrar en los arroyos de las montañas. Pero ahora debe haberse extinguido debido a los fertilizantes.

—Aquí, en nuestro pueblo, no solo las *sunahami*, sino que también se han extinguido todas las *gigicho*.

—Supongo que esas deben de ser las que llamamos *gigi*^[6]. ¿Un pez de color rojizo pálido, con aletas en la cola y en la panza que pinchan? Sí, también han desaparecido todas del riachuelo de mi pueblo.

Divisando a través del follaje, Shigematsu podía ver que todas las mamparas

deslizantes de papel que daban a la galería de la casa de Kōtarō estaban cerradas, y también las que había en el zaguán de entrada. Le intrigaban las cosas que estarían diciendo Kōtarō y la mujer acerca de Yasuko. Aunque se imaginaba que, a estas alturas, ella ya estaría cerrando el trato; incluso que, en este momento, estaría a punto de levantarse para salir.

—Bueno, no quiero entretenerle con la charla —dijo, temiendo de pronto ser descubierto—. Simplemente pensaba que a lo mejor era el coche del doctor, ya que tenemos un enfermo cerca de casa. Buenos días.

Se puso a andar por el sendero que conducía a un robledal, y se sentó en una roca plana que había allí. Muy bien —se dijo a sí mismo—, sería paciente y esperaría allí hasta que la mujer se marchara. No podía irse hasta haber dado a Kōtarō los pastelillos que le había traído. Si los llevaba de vuelta a casa, las mujeres querrían explicaciones, y no deseaba que Yasuko se enterara de que una mujer había venido desde el pueblo de Yamano para hacer averiguaciones específicamente sobre ella.

La roca en la que estaba sentado debía ser del tamaño de dos colchonetas de tatami. Antiguamente, el tronco de un gran pino rojo de unos sesenta metros de altura se había erguido junto a esa roca, pero el pino había sido sacrificado por imperativos de defensa nacional durante la guerra, al igual que lo fue el ginko de Kōtarō, del que se decía que había alcanzado una altura similar. En las mañanas soleadas de finales de otoño y principios de invierno, las sombras de ambos árboles se proyectaban sobre el pie de la colina, ensombreciendo el lugar donde estaba la casa de Shigematsu.

De muchacho, Shigematsu venía muy poco a la roca a jugar, aunque iba a menudo bajo el ginko que había junto a la casa de Kōtarō. Cuando llegaban las heladas y al ginko empezaban a caérsele las hojas, el tejado de la casa de Kōtarō se transformaba en una alfombra amarilla de hojas muertas. Cuando soplabla la brisa, las hojas se precipitaban por el alero del tejado como una cascada amarilla; y cuando se formaban torbellinos, se alzaban como columnas en el aire hasta alcanzar dos o tres veces la altura del tejado para luego descender en remolinos amarillos sobre la carretera, la ladera y el robledal.

A los niños les encantaba vedo. Cuando amainaba el viento, y las hojas caían haciendo cabriolas, los muchachos levantaban las manos para agarrarlas, y las niñas iban con sus delantales abiertos a atraparlas en el aire. Luego, contaban el número de hojas y cantaban: «Una, dos y tres, ginko amarillo, te cacé», e iban tirando hoja a hoja hasta sumar cuatro; «vuela y vuela hasta caer, amigo ginko, en un traspíe», y eso hacía otras cuatro. Así repetían una y otra vez el mismo estribillo hasta que a uno de los niños se le terminaban las hojas, lo que significaba que había ganado.

En esas ocasiones, el viejo Ruigorō salía a menudo de casa de Kōtarō con una escoba para barrer el camino que subía a la colina, porque le preocupaba que los niños pudieran resbalar al pisar las hojas apiladas en la pendiente.

En aquella época, Ruigorō aún trabajaba como repartidor de correo para la oficina postal de Kobatake. Todos los días, durante más de veinte años, tanto si llovía como

si hacía buen tiempo, el hombre había estado yendo y viniendo entre las oficinas de Kobatake y Takafuta con la bolsa de correo a sus espaldas. Incluso el Ministerio de Comunicaciones le había concedido una condecoración al mérito por sus servicios. Iba vestido con una gorra redonda de mimbre y una holgada chaqueta azul marina de algodón en la que destacaba el rótulo en blanco «Oficina Postal de Kobatake» a la altura del cuello; llevaba polainas en las piernas y sandalias de esparto en los pies, y la bolsa con las cartas colgando de un palo sobre sus hombros. Si estaba cortado el paso porque los niños estaban jugando, o si había un carro o una carreta de caballos en mitad de la calle, gritaba: «¡Abran paso al cartero! ¡Misión oficial! ¡Despejen el camino!». Los niños se echaban a un lado, y todos, al unísono, le coreaban al pasar: «¡Abran paso al cartero! ¡Misión oficial! ¡Despejen el camino! ¡Talán, talán! ¡Tolón, tolón...!».

Se oyó un portazo y luego el sonido de un motor que se encendía. El sol empezaba a ponerse. Shigematsu salió del robledal y se acercó hasta la casa de Kōtarō. Las puertas correderas en la galería estaban cerradas todavía, pero las de la entrada ya se habían abierto. Entró y se encontró a Kōtarō sentado en el escalón de la sala con los brazos cruzados, mirando al suelo. Debía de haberse quedado en esa posición, inmóvil, desde que se había marchado la visita.

—Buenas noches —dijo Shigematsu.

Kōtarō alzó los ojos, sorprendido:

—Ah, buenas noches.

Al ver a Shigematsu, devolvió el saludo, pero inmediatamente volvió a bajar los ojos. Parecía avergonzado de sí mismo; al menos, eso es lo que Shigematsu podía deducir a pesar de que la entrada al salón estaba en penumbra. Era evidente que a Kōtarō le habían presionado para responder a toda clase de preguntas sobre Yasuko, habiéndole hecho decir cosas contra su voluntad y, como consecuencia de ello, se sentía fatigado. Intuyendo cómo estaban las cosas, Shigematsu le agradeció la locha que les había llevado, le pidió que trasvasara los pastelillos a otro recipiente, y se marchó a casa sin más preámbulos.

El incidente le había dejado con un desagradable sabor de boca. Lo afligía enormemente que se pusiera a Yasuko en evidencia, delante de todos. Solamente podía hacer una cosa: terminar de copiar su diario del bombardeo lo antes posible; tenía que enseñárselo a los interesados para que lo compararan con el de Yasuko. Era un asunto de amor propio que, en ese momento —así lo sentía—, se había convertido ya en su propio problema personal.

Esa noche cenó un simple tazón de arroz mezclado con té verde y pepinillos en vinagre y, luego, se puso nuevamente a trabajar en su transcripción.

Rodeando por fuera a la multitud, logré de algún modo atravesar la gran plaza Oriental de Armas. El trayecto desde la calle hasta la plaza estaba inundado por un torrente constante de gente. La mayor parte de esas personas no llevaba nada encima

salvo la ropa con la que iban vestidos, pero vi a una familia que transportaba sus pertenencias amontonadas en una carretilla, encima de la cual iba sentado un niño. Discutían acaloradamente entre ellos, incapaces de avanzar en medio de la riada de gente, pero sin decidirse tampoco a abandonar sus posesiones. Había una pareja que llevaba a cuestas varios bultos de ropas envueltas, junto con una maleta y una bolsa de viaje que llevaban a la espalda colgadas de un palo, y un grupo de unos veinte niños de colegio que caminaban en fila india, todos ellos unidos por una cuerda para no separarse.

Miré hacia atrás. La avenida, desde la calle hasta la entrada de la plaza de Armas, era una cascada ininterrumpida de personas en busca de algún refugio. Al llegar a la estación de Hiroshima, vi que tanto los vagones de pasajeros como los de mercancías que estaban estacionados en las vías de maniobras situadas en el extremo de la estación que daba a la plaza estaban repletos de refugiados. En un tren de pasajeros, que estaba detenido cerca de la propia estación, la gente se había agolpado en el techo gritando: «¡Vámonos!, ¡vámonos!». No se veía ningún agente ferroviario por los alrededores, y no parecía que el tren fuese a ponerse nunca en marcha, pero la gente se dirigía igualmente en dirección a la estación. Los cristales y los marcos de las ventanas y puertas de la fachada habían desaparecido, y en los muros exteriores había considerables boquetes. Al pasar junto al edificio, observé que se había derrumbado un pedazo del lienzo de pared a la altura de las ventanas del segundo piso, y que este había quedado colgando, suspendido de un fragmento pesado del armazón de metal que soportaba la fachada, así que aceleré la marcha al pasar por debajo.

Cuando llegué al lugar donde estaban las agujas, observé a un joven oficial, de no más de veinte años, que manipulaba arriba y abajo las palancas del cambio de vías: «¡No funciona ninguna de ellas!», declaró de pronto como para sí mismo, y se echó a correr en la dirección opuesta a la estación.

Las calles frente a la estación estaban incendiadas, por lo que me dispuse a rodearlas por detrás de la colina Hiji. El santuario de Gobenden no estaba ya en su emplazamiento habitual, encima de la colina, pero no dudé de que el camino que estaba tomando era el correcto: la colina de Hiji era la colina de Hiji, con o sin santuario.

El puente de Kōjin era infranqueable a causa de las llamas. Crucé por el puente de Taisho, pasando por la cara sur de la colina Hiji, y salí junto a la Universidad Femenina de Comercio. Era un distrito residencial, pero todas las casas parecían vacías y apenas se veía a nadie por las calles. El lugar se encontraba vacío y abandonado, y a lo lejos se oían los aullidos de un perro. Varias mujeres conversaban de pie junto a la calle; tenían el agua cortada —las oí decir—, y no se podían ni lavar las manos.

Al oír la palabra «agua», sentí de pronto una sed apremiante y me empezó a doler la garganta. Miré hacia el cielo y me fijé en la parte de la nube que era como una cabeza de medusa: los colores empezaban a desvanecerse mientras esta se extendía

hacia el extremo occidental de la colina de Hiji, como si quisiera perseguirme hasta el norte de la colina. En cuanto el viento soplaba del este, la cabeza de medusa desaparecía tras el humo de los incendios, pero en cuanto el viento cambiaba de dirección, volvía a aparecer.

Yo llevaba 120 yenes y algo de calderilla en el monedero, pero en ese momento se lo habría dado todo a quien hubiera vendido un poco de agua. Había oído que, en ocasiones así, mascar hojas de té era un alivio, pero en el estado en el que me encontraba hubiera mascado hojas de cualquier arbusto. Como esto no era posible, continué caminando y aguantándome la sed hasta que encontré un balde de agua abandonado en una fuente comunitaria. Estaba lleno en unas tres cuartas partes. Me agaché sobre el balde, apoyándome con las manos en los bordes, y hundí la cabeza en él como hubiera hecho un perro. Bebí frenéticamente hasta que aplaqué mi sed, olvidando que debía haber hecho tres gárgaras antes de tragar: simplemente bebí sin parar. Estaba deliciosa, y me sentí inmediatamente refrescado. Sin embargo, de repente me quedé sin fuerzas, y mis brazos estirados se aflojaron tanto que tuve que sujetarme con las manos al borde del balde, apoyándome con todas mis fuerzas sobre las piernas para mantener el equilibrio. Sobre el pecho tenía una especie de paño húmedo, una parte del vendaje triangular que, de algún modo, se me había escurrido de la cabeza sin que yo lo notara y había quedado colgando como un pañuelo.

Nada más empezar a caminar empecé a sudar copiosamente y, cuando quise darme cuenta, tenía el cuerpo empapado de la cabeza a los pies. Mis gafas se empañaban y las tenía que limpiar mientras caminaba, o detenerme constantemente para hacerlo. En las cercanías de la puerta delantera del depósito de aprovisionamiento del ejército, el cuerpo de la medusa había inflado cinco o seis veces su tamaño desde la última vez que la había visto en Yokogawa. No obstante, sus colores se habían difuminado por completo, y ahora no era más que una masa amorfa de perfiles borrosos. Esa nube que antes me había parecido tan aterradora, no era ahora más que una pálida sombra de su antiguo ser, y parecía como si apenas le quedase ya ningún poder para hacer daño. Mientras la miraba, me llegaban voces dispersas desde el depósito de aprovisionamiento: «Eh, ¿cuánto queda? ¿Te has puesto en contacto con la Sección de Defensa? Sí, señor, he estado en contacto con ellos». Y me pareció que dos o tres personas se movían rápidamente de un lado para otro. Me sentí mucho más seguro.

Algo que me preocupaba también era el fuego. No sabía dónde estaba el incendio, ni hacia dónde ni cómo se estaba propagando. No tenía la menor idea de lo que había ocurrido con mi propia casa. Si el fuego había llegado a Sendamachi, mi mujer Shigeiko tendría que haberse refugiado en el campo de deportes de la universidad: eso es lo que habíamos acordado en caso de emergencia. En cuanto a Yasuko, no había necesidad de preocuparse por ella, puesto que se había marchado a Furue con las mujeres de la asociación de vecinos.

Seguí caminando, buscando algún lugar donde descansar un rato, cuando oí de

pronto el maullido de un gato. Al volverme, vi uno pardo que caminaba a los pies de un hombre calzado con botas. «¡Hola, gato pardo!», me aventuré a decir. El gato habría pasado junto a mí, completamente indiferente, si el hombre de las botas no se hubiera detenido haciendo, acto seguido, que el gato se detuviese también y se encaramara a sus botas.

—¡Me traicionan mis ojos o es el Sr. Shizuma! —dijo el hombre de las botas—. ¡Pero, hombre, Sr. Shizuma!

—¡Pero si es el Sr. Miyaji! La coincidencia resultaba casi increíble, pero no era posible equivocarse con el Sr. Miyaji, un miembro de nuestra asociación de vecinos. Durante los dos últimos meses, le gustaba dar vueltas por ahí calzado con unas botas similares a las del uniforme militar y vestido con un polo de color caqui, a pesar del calor que hacía. Este era el uniforme que utilizaba durante las rondas que hacía por las oficinas de las empresas y la Administración cumpliendo órdenes que guardaban relación con su empresa. Como de costumbre, llevaba puestos sus tirantes militares aunque, esta vez, iba desnudo de cintura para arriba y no llevaba sombrero.

—¿Cómo se encuentra? ¿No está herido? —le pregunté.

—¡Es horrible! Me ha cogido de pleno. —Se dio la vuelta para mostrarme la herida: a la altura de los hombros, la piel se había desprendido por completo y colgaba lánguidamente, como un periódico mojado. También tenía los dorsos de las manos despellejados, y el rostro cubierto de ceniza, aunque intacto.

Supuse que se habría visto atrapado en un fuego y quemado la espalda con las llamas, pero estaba equivocado. A primera hora de la mañana, había ido a visitar a un conocido que vivía en algún lugar próximo al torreón del castillo de Hiroshima, y se había quitado el polo antes de entrar en la casa. (Sospecho que había ido a ver a una amante, porque siempre circuló el rumor de que tenía una amiga en alguna parte). Según me dijo, se había dado prisa en llegar y estaba empapado en sudor, pero, justo en el momento en que se quitaba el polo por encima de la cabeza, se produjo la detonación y el fogonazo, tan aterradores. Con el polo a medio poner, la cabeza y el rostro quedaron protegidos, a la vez que adivinaba el resplandor de la luz a través del tejido y de sus párpados cerrados.

Después de eso, no se enteró de nada de lo ocurrido. Lo primero que recordó es que corrió en dirección al foso interior del castillo por el lado opuesto al que se encontraba. El torreón del castillo había desaparecido, y el cuartel general de la Quinta División, que debía estar dentro del recinto, tampoco existía ya. De hecho, el torreón se encontraba derrumbado por el borde del foso a una distancia de alrededor de cien metros desde donde se había asentado.

—No sabía ni me importaba lo que iba a hacer —dijo, tambaleándose de un lado a otro junto a mí—; lo único que sabía es que tenía que ir en dirección a las colinas. Así que me dirigí hacia el puente de Yokogawa, y luego pasé frente al cuartel general del Segundo Ejército. Entonces fue cuando el gato empezó a seguirme. Me pregunto si es buena o mala suerte. ¿Usted qué cree?

El cuartel general del Segundo Ejército estaba en el flanco norte de la plaza Oriental de Armas. Eso significaba que Miyaji había hecho el mismo recorrido que yo desde la zona de Yokogawa hasta ese punto.

Caminamos desde el depósito de aprovisionamiento del ejército hasta la Dirección Regional del Monopolio. Era un distrito de familias acomodadas cuyas casas habían sido completamente arrasadas por el fuego. Los cables de teléfono colgaban destrenzados por todas partes, y la calle entera estaba cubierta de tejas, puertas correderas y otros escombros.

Algunas veces, el gato se adelantaba a Miyaji, y otras se quedaba atrás. Miyaji estaba en un estado lamentable. Parecía a punto de caerse redondo, y apenas era consciente de lo que hacía. Sentí una imperiosa necesidad de acelerar el paso. Cogí del suelo una vara de bambú para que le sirviera de bastón, pero la tiré inmediatamente porque, tal como tenía sus manos, en carne viva, habría sido una falta de delicadeza por mi parte. No había nada más que hacer salvo retomar nuestro camino poco a poco, pisando sobre las tejas, apartando puertas y mamparas para abrírnos paso, y agachándonos para evitar los cables colgantes.

Las tejas crujían bajo nuestros pies. Al pisar, resbalábamos sobre ellas perdiendo el equilibrio. Poníamos las manos para no hacernos daño al caer, pero volverse a levantar era un esfuerzo penoso. No se veía a nadie más que a nosotros por los alrededores y, en el silencio, el crujido de las tejas bajo nuestros pies resonaba de un modo muy inquietante. Observé que había una gran cómoda con los cajones tirados encima del montón ondulante de tejas. Una mujer, con una calza por toda vestimenta, yacía recostada junto a ella, con las piernas estiradas y uno de sus pechos arrancados. Es posible que estuviese muerta.

Se me ocurrió que el gato pardo bien podía sentirse atraído por el olor de las botas, porque no se apartaba de Miyaji ni un instante, y aún seguía junto a él cuando desembocamos en la ancha avenida donde pasaban los tranvías para Ujina.

Todos los tranvías estaban parados, aunque en este punto las calles tenían un aspecto completamente distinto: no cesaban de pasar camiones cargados con heridos y había un coche con oficiales del ejército. Junto a nosotros, pasó una carreta tirada a mano por heridos que acarreaban a otros heridos. Los numerosos mutilados que iban a pie estaban poco más o menos en las mismas condiciones que los que había visto en la alameda del tren y en la plaza Oriental de Armas pero, en este caso, muchos de ellos utilizaban palos de madera o varas de bambú a modo de bastones para apoyarse. Pocos pedían ayuda o gritaban de dolor, y casi ninguno de los heridos corría. ¿Por qué correr cuando ello suponía precipitarse hacia el mundo de las sombras? Entre los supervivientes, había un lisiado que impulsaba su silla de ruedas con las manos y que pasó como una exhalación junto a los heridos con una expresión de desdeñosa indiferencia.

Miyaji tanteaba con las manos el muro de la Dirección del Monopolio como si pudiera caerse de bruces en cualquier momento. Cuando terminó de recorrer la pared,

rezongó: «¡Agua!, ¡agua!», e inmediatamente después se tambaleó hasta la avenida, deteniéndose al lado de un vagón de tranvía estacionado allí. Yo mismo me sentía a punto de desmayarme, pero lo seguí hasta el vagón y, medio a gatas, hasta la plataforma. Miyaji se sentó en el estribo. Dentro del vagón, un niño muy lindo que no llegaba ni a la edad de andar, una muchacha de siete u ocho años y un muchacho que tenía el aspecto de un alumno de primaria, con una raqueta de *ping-pong* en la mano, se habían sentado en la esquina de un banco. Saqué un vendaje triangular de mi maletín de primeros auxilios y lo puse sobre los hombros en carne viva de Miyaji, haciendo un nudo con las dos esquinas alrededor de su garganta, como si lo cubriera con un chal blanco.

—Sr. Miyaji, al menos tengo una pomada mentolada —dije—. ¿Qué hago, le pongo un poco encima de la herida?

Él negó con la cabeza.

—Antes me gustaría beber un trago de agua —dijo, y señaló hacia el cielo—. ¡Vaya, mire ese fuego!

Una tremenda chimenea de llamas ascendía a toda velocidad hacia el cielo desde algún lugar en el centro de la ciudad. Se trataba de una columna gigante de fuego que absorbía el humo y el fuego; estos salían a chorros de otras partes del distrito, reuniéndose en un único y gran torbellino que se extendía por arriba formando una especie de ménsula nubosa. Alrededor de la columna retorcida de llamas que rasgaba la nube, se podía ver el chisporroteo del fuego y otras formas centelleantes. Caí en la cuenta de que estas formas eran los pilares, vigas y otros materiales de madera de las casas que, tras ser succionados por el torbellino, no dejaban de arder en su caída hasta el suelo.

Aunque el viento no parecía cambiar de dirección, de vez en cuando las llamas se propagaban sigilosamente hacia los tejados de los edificios. En un momento dado, el fuego se estiró como si en el interior de las llamas se retorciere una gigantesca soga para, un segundo después, resurgir en una combustión vertiginosa que lo inundó todo, mientras las llamas lamían con la punta de la lengua las ventanas de los grandes edificios de estilo occidental.

—Mira —dijo Miyaki con voz temblorosa—, se diría que las llamas son como serpientes: se regodean con la lengua en las ventanas antes de reptar en el interior del edificio. ¿Ves ese edificio que acaba de incendiarse?; son los Grandes Almacenes Fukuya.

Cada vez que una de las grandes llamaradas golpeaba contra los almacenes Fukuya, las dependencias de la Central eléctrica de Chūgoku, las oficinas del diario *Chūgoku*, el ayuntamiento o cualquier otro gran inmueble, las llamas salían disparadas súbitamente a través de una infinidad de ventanas en dirección suroeste. Estos fogonazos habrían consumido una docena o dos de las casas normales de madera. Pero, de repente, el viento tuvo que cambiar de dirección porque una parte del fuego se agrupó en el centro y adoptando la forma de un eje primero y, enseguida,

la de una esfera, comenzó a elevarse desordenadamente hacia el cielo. Entonces, mientras aún observábamos cómo ascendía, el centro de la esfera se dividió en dos partes y se abrió igual que una boca en busca de oxígeno.

Un asombroso fenómeno. Apreté la mano contra el pecho. Probablemente ya se me había pasado el miedo porque mi corazón latía normalmente, pese a que mi estado mental no era en absoluto el habitual. Sentía a la vez como si me empujaran inexorablemente hacia atrás, como si fuera succionado por la tierra, como si mi cerebro hubiera quedado absolutamente insensible.

Miyaji permaneció de pie.

—Sr. Shizuma, vayamos a casa —dijo. Al salir del vagón del tranvía, me volví para mirar atrás: los tres niños habían desaparecido.

Cuando llegamos a la altura del portón delantero de la Dirección del Monopolio, el tejado de nuestra casa apareció, al otro lado del río, entre otras casas que las llamas habían respetado. El único humo que se atisbaba estaba aún lejos: nuestra casa había sobrevivido. De pronto, mis piernas se quedaron sin fuerzas y caí al suelo. No veía la casa de Miyaji, que era de un solo piso, por ninguna parte.

—Sr. Shizuma, estoy preocupado —dijo Miyaji—. Tengo que darme prisa. A la velocidad con que arde ese fuego, no tardará en incendiarse todo tarde o temprano.

Con paso vacilante, aceleró la marcha para cruzar el puente Miyuki, y desapareció de mi vista. (Dicen que murió al día siguiente). Ya estaba a mitad de camino del puente cuando observé que no había pretil. El pretil del costado norte yacía derrumbado en el camino, pero el del lado sur debía de haber sido arrastrado por la corriente del río. Los postes eran de granito, aproximadamente, de unos treinta centímetros de diámetro por un metro y veinte de alto. El puente se sostenía sobre docenas y docenas de estos sólidos postes, dispuestos en intervalos de unos dos metros, cada uno de ellos coronados por una losa de piedra de dos veces el ancho del propio poste, y todos ellos estaban ahora doblados o destruidos.

El cuerpo de un hombre yacía tumbado en el extremo norte del puente. No era Miyaji. Bajo el puente, otros cuerpos flotaban en el agua. Aceleré la marcha en dirección al campo de deportes de la Universidad de Letras y Ciencias de Hiroshima. El lugar que habíamos acordado para la cita era la piscina. Estaba situada a unos cuatrocientos o quinientos metros del puente Miyuki y, durante todo el camino hasta allí, sentí una presión en el pecho, casi como si me estuviera aproximando a un animal feroz que se hubiera escapado de la jaula. No creo que fuese tampoco porque caminase demasiado rápido.

El campo de deportes estaba atestado de gente. Abriéndome paso, logré llegar hasta el borde de la piscina y, allí, al otro lado, sentada en cuclillas en el suelo, con un morral a la espalda y una manta sobre las rodillas, vi a mi esposa. Haciendo un cuenco con las manos, bebí un trago de agua, y bordeé la piscina hasta llegar donde ella estaba. Yo le había inculcado siempre la idea de que, cuando tuviera que refugiarse de un bombardeo, llevara siempre consigo una mochila, dado que una

maleta se habría enganchado en otras personas en medio del tumulto. También le había dicho que buscara una piscina adonde se pudiera meter si las llamas se aproximaban demasiado. Había obedecido mis instrucciones al pie de la letra; junto a ella, había una olla para cocer arroz y una cacerola pequeña.

—¿No estás herida? —le pregunté.

—No. —Al verme la cara, bajó los ojos y no dijo nada más.

—¿Qué ha pasado con la casa?

—Se ha inclinado un poco, pero aún está en pie.

—¿Nada de fuego?

—La copa del pino del jardín empezó a arder, pero las llamas estaban demasiado altas para poder hacer nada.

—Espero que Yasuko esté bien. Estará en Furue, ¿verdad?

—Supongo que estará bien.

—¿No tienes hambre?

—No tengo hambre.

—¿Y qué ha ocurrido con los vecinos?

—Vine aquí inmediatamente, así que no he podido ver gran cosa.

Parecía estar algo conmocionada, así que decidí asegurarme por mí mismo yendo directamente a casa. Me puse en camino enseguida, no sin antes darle órdenes estrictas de que no se marchara de allí.

El fuego del pino se había extinguido, pero los puntales del poste de teléfonos estaban ardiendo en la base. Los apagué a golpes con una escoba de bambú.

La casa se había desnivelado hacia la vertiente sur-sureste, en un ángulo de unos 15 grados, y las mamparas correderas y los postigos de las ventanas del segundo piso habían volado por los aires. Al pasar al salón, lo encontré inundado de fragmentos de cristal, y las puertas correderas, aplastadas en sus extremos, habían adquirido una forma romboidal. Fui pasando, una a una, por todas las habitaciones de la casa: el dormitorio grande, las dos habitaciones pequeñas y la más pequeña de todas, así como por las dos del piso de arriba. En todas ellas, las puertas correderas estaban torcidas y atoradas dentro de sus guías.

Al atravesar la cocina para ir al cuarto de baño, observé que la cocina de la casa de los Hayami, nuestros vecinos de atrás, había salido despedida estrellándose, con la pared y todo, contra nuestro baño. La bañera se hallaba cubierta de tazas, cazos, palillos de comer, parrillas, cuencas de loza y otras cosas por el estilo, y la pared del vestidor estaba embadurnada de algún guiso cocido en soja, verduras encurtidas y hojas de té usadas. Sobre la tarima, había hasta un trozo de sepia que, presumiblemente, había volado también desde la cocina de los Hayami. Estuve tentado de probarla, pero la sepia era un artículo tan codiciado que decidí guardado en mi maletín de primeros auxilios.

Volví a la habitación más pequeña, y me serví un poco de té frío directamente del pico de la tetera. Rebusqué en la alacena de las medicinas tratando de encontrar algo

que ponerme sobre la mejilla quemada, pero no había nada que pudiera utilizar como pomada. El espejo grande que cubría toda la superficie de la pared estaba en el suelo, roto en pedazos. Eché un vistazo al calendario con el mensaje del día, que decía: «Nunca, nunca digas morir».

Capítulo 6

A primera hora de la mañana siguiente, Shōkichi y Asajirō, vestidos como para irse de viaje y con unas bolsas en la mano, vinieron a preguntar a Shigematsu si le importaba ayudarles a construir una alberca para incubar crías de carpa. Ya habían comprado los alevines en el vivero de Tsunekane-maru, por supuesto, pero esta vez querían criarlos desde pequeños en mucha mayor cantidad para luego soltarlos en la laguna de Akiyama.

—Por lo que he oído —afirmó Shōkichi—, comienzan a poner huevos en la octogésima octava noche^[7], cuando el agua empieza a calentarse un poco, y continúan con la puesta hasta primeros de julio, o incluso agosto, mientras la temperatura del agua sea la correcta. Vamos a ir al vivero de Tsunekane-maru a aprender cómo se cultivan.

—Así pues, Shōkichi y yo salimos para Tsunekane-maru a aprender el método —añadió Asajirō—. Es un periodo de estudio, podríamos decir. Luego, cuando hayamos hecho lo que nos toca, la idea es construir una alberca para criarlas nosotros mismos. Ambos estamos empeñados en hacerlo de este modo. Entonces, ¿estás de acuerdo, o no?

Shigematsu no lo dudó un instante. Probablemente, el «periodo de estudio» no duraría más que tres o cuatro días en total, y él podría utilizar ese tiempo para seguir con la transcripción de su diario.

Sin más preámbulos, Shōkichi y Asajirō se marcharon para no perder el primer autobús del día, llevando con ellos sus bolsas de viaje, las cuales tenían el aspecto de pesar bastante. Parecían tan activos que costaba creer que padecieran la enfermedad de la radiación. Shigematsu decidió seguir su ejemplo, y se preparó para ponerse manos a la obra con la copia de su diario.

Fui a ver cómo estaba el estanque en el jardín de atrás de casa. En el agua, flotaban la sombrilla y la mosquitera. En los últimos tiempos, se había convertido en una especie de ritual, después de cenar en familia, el hecho de poner un tablón de madera en una esquina del estanque y colocar sobre él la vajilla de loza, los cacharros y otros utensilios de diario para, en el caso de que se produjese un bombardeo, no tener más que inclinar con una mano un lado de la tabla y hacer que todo ello desapareciera bajo el agua. Shigeeko debía de haber tomado buena nota de ello para, sin pensárselo dos veces, hacer lo mismo con la sombrilla y la mosquitera.

Cogí unos ladrillos de donde se había derrumbado la pared, y los puse sobre la sombrilla y la mosquitera para sumergirlos en el agua. La mosquitera era una valiosa

propiedad con la que podría hacerse un trueque por 50 gō de arroz, así que reforcé el peso con unos cuantos ladrillos para asegurarme de que no volvieran a salir a la superficie. Mientras me ocupaba en ello advertí que, en una esquina del estanque, debajo de una rama colgante de tejo japonés, flotaban boca arriba una carpa de unos treinta centímetros y un rubio de aproximadamente la mitad de tamaño; ambos estaban muertos y tenían el vientre hinchado. Los saqué del agua y al descubrir que ambos tenían el vientre dilatado y muy duro los tiré a los pies de la pared de ladrillo, por si acaso se descomponían e impregnaban con el olor la mosquitera y las otras cosas.

Años antes, cuando vivía en una habitación alquilada, un banco vino a estrellarse como un obús contra el estanque de casa a causa de un terremoto y mató varias carpas. Al di seccionar una de ellas, una carpa negra de unos treinta centímetros, me sorprendió ver que tenía la vejiga natatoria hinchada como un globo. Me acordé del incidente en ese momento porque, al parecer, cuando los peces experimentan un impacto súbito y violento, se les paraliza el mecanismo que regula la vejiga y el sistema nervioso, de modo que la vejiga se llena de una especie de gases que ejercen presión sobre las vísceras internas, paralizando el funcionamiento de todo su organismo. También me acordé de que, cuando era niño, iba a una poza de la montaña a coger peces y golpeaba el agua con un martillo de cabeza plana. Este método era únicamente posible en invierno, cuando el caudal del río era bajo. Levantaba el martillo hacia arriba descargándolo con todas mis fuerzas en un costado de la roca. Y, en el mismo instante en que hacía retumbar la roca con un sonido metálico y se desprendía un olor a pólvora, el pez emergía de debajo de ella y se quedaba inmóvil, estupefacto, en el agua. Entonces, se lo podía atrapar sin esfuerzo y sin que opusiera resistencia, porque su sistema nervioso quedaba paralizado durante un breve instante a causa del impacto.

Sin embargo, en mi caso, cuando había estado en el andén a punto de coger un tren en la estación de Yokogawa, no había registrado nada con mis sentidos aparte de la bola de fuego y el estallido. Para mí era incomprensible que los peces murieran, los grandes postes de granito se derrumbaran y los muros de las casas se quebraran, mientras que los seres humanos salían casi indemnes de todo ello. A pesar de que sabía que la piel de los peces era más sensible al sonido que la de las personas, un indescriptible miedo se apoderaba de mí cuando me preguntaba qué clase de bomba había sido aquella bola de fuego, o cuáles podrían ser sus efectos.

Hice una ronda por las casas de los vecinos, escrutando a mi alrededor mientras lo hacía. Entré, una por una, en todas las casas: en la de los Nozu y los Nakanishi, frente a la nuestra; en la de los Nitta, en el lado oeste; en la de los Miyaji, los Ōkōchi y los Sugai, en el este. En ninguna de ellas, sin embargo, se oía el menor ruido. Después, pasé por las casas de la calle de atrás. Las vecinas de nuestra asociación —Nojima, la Sra. Yoshimura y la Sra. Miyaji— habían ido a Furue con Yasuko, y debían de haberse puesto a salvo aunque, aquí, todas sus casas estaban vacías, inclinadas en un

ángulo de quince grados o más. Volví a llamar a voz en grito una y otra vez a Miyaji, con quien había caminado hacía un rato apenas, pero ni aun así oí respuesta alguna. La casa de los Nakamura se había derrumbado. «¡Sr. Nakamura!, ¡Sr. Nakamura!», grité, pero no hubo respuesta. Volví a llamarlos: «¡Sr. Nakamura!, ¡Sra. Nakamura!». Agucé los oídos por si oía algún gemido, pero tampoco hubo respuesta alguna. Una casa derrumbada en silencio es incluso más inquietante que una que esté vacía.

Los miembros de nuestra asociación de vecinos debían de haber buscado refugio en alguna parte. Todas las puertas y los postigos estaban abiertos, mostrando la misma indiferencia ante el riesgo de robos que en las otras casas que había visto en el camino. Esas horas que habíamos pasado ensayando el simulacro de incendio con los miembros de la asociación no habían servido para nada. Nadie se había preocupado de poner ni un solo cartel de alerta, ni mucho menos de los cubos de agua, las camillas o cosas por el estilo... De pronto, todos los ejercicios que habíamos practicado se me antojaban ahora como un juego de niños, y mi propia vida también, como una vida de juguete.

«Está bien —me dije—, si todo es un juego de niños, razón de más para ponerte tú también a jugar, sin reservas. ¿Lo entiendes ahora? ¡No hay que tirar la toalla!».

Regresé a nuestra propia casa y me di una vuelta para ver de dónde se habían desprendido las tejas. El tejado de la vertiente norte estaba completamente destruido, mientras que en la vertiente sur quedaba una veintena de tejas más o menos. Las tejas del caballete habían desaparecido todas menos una, la única que yo había asegurado con alambre de cobre, en una ocasión que hice algunas reparaciones. Encima del muro derrumbado del estanque, había un tablón de madera de más de dos metros de altura y catorce centímetros de ancho, y tres vigas de casi tres metros de largo yacían en el suelo, por dentro del muro. Algunos de los tablones de madera de los fabricantes de la ciudad debían de haber volado desde las huertas de la Universidad de Hiroshima y aterrizado allí, lo cual quería decir que la onda expansiva los había lanzado a mil doscientos o mil quinientos metros de distancia, como poco. Estaba consternado. En un momento de inspiración, utilicé los tablones y las vigas como contrafuertes para apuntalar la casa y enderezarla. Un contrafuerte está diseñado para proporcionar un freno constante y firme contra el impulso de un edificio a derrumbarse; mis propios contrafuertes, pensé, parecían aguantar con cierta audacia.

Cuando miraba a través de la pared que se había derrumbado, con la intención de ver si podía encontrar alguna otra viga por allí cerca, advertí la presencia de un joven que estaba sentado en un tablón de madera subiéndose las polainas. Era el estudiante del Instituto de Industriales de Hiroshima que se alojaba en casa de los vecinos.

—¡Hashizume! —le llamé—, ¿qué estás haciendo aquí?

Él miró hacia todos lados, como atónito, y dijo:

—Sí.

—¿Qué le ha ocurrido a la Sra. Nitta y a los demás?

Me miró y volvió a contestar:

—Sí.

—Vamos, hijo, cálmate —dijo, avanzando hacia el muro derrumbado y saliendo a la calle—. ¿Vienes del instituto, verdad? ¿Qué ha pasado en la escuela? ¿Algún daño?

—La escuela se derrumbó —dijo el muchacho con voz apagada—. La mayoría murieron aplastados. Algunos quedaron atrapados debajo de los escombros pero luego pudieron salir, aunque heridos.

El joven Hashizume era un pariente de los Nitta. Normalmente era un muchacho alegre y vivaz, pero ahora parecía casi estúpido. Divagaba y decía cosas cuyo sentido solo entendía a medias, y deduje que se había arrastrado bajo las mesas y sillas hasta alcanzar un lugar, entre el techo y el tejado, por el que poder trepar y salir a la calle.

—Cuando llegué a casa, ya no quedaba nadie allí —dijo.

—Entonces, lo que hay que hacer es buscarlos antes de que los incendios lleguen hasta aquí —dije yo—. Supongo que la mayoría de la gente de los alrededores se habrá refugiado en el campo de deporte de la universidad. Mi esposa está allí, ¿sabes? ¿Qué hacemos, hijo? ¿Qué te parece si vamos hasta allí a echar un vistazo?

—Sí —dijo, y se puso en camino detrás de mí.

En el campo de deportes, reinaba todavía la confusión entre el tumulto de heridos y supervivientes. Nos abrimos paso a través de la muchedumbre hasta llegar a la piscina, donde encontramos a la Sra. Ōkōchi, de la asociación de vecinos, sentada junto a mi esposa.

—¡Vaya, Sr. Hashizume! —exclamó, vacilando después al quedarse sin palabras—. ¡Ay, querido, a algunas personas les caen todas las desgracias! Es una auténtica... Sr. Hashizume, su tía se ha marchado al Hospital de Kyōsai con su tío.

Así supimos lo que había ocurrido. Ella había visto a la Sra. Nitta herida ante sus propios ojos. Se había detenido a hablar con ella en la calle sobre algunos jóvenes soldados que ambas habían visto partir hacia el frente, cuando, en un abrir y cerrar de ojos, se produjo el resplandor y la deflagración, y una teja que salió volando por los aires hizo un corte profundo en la mejilla de la Sra. Nitta.

La Sra. Ōkōchi, que había nacido en Tokio, había vivido allí el Gran Terremoto y, aunque entonces tenía la edad de ir a la escuela primaria, sabía bien por aquella experiencia los terribles daños que las tejas podían causar en una situación así. En un gran terremoto, las tejas salían volando por los aires propulsadas por una gran fuerza, como si fueran los cartones recortables con los que los niños juegan a veces. De vez en cuando, se elevaban a una distancia de cuatrocientos o seiscientos metros. Cualquiera podía imaginarse, afirmó, el impulso que la onda expansiva de una bola de fuego como esa podía imprimir a una teja.

Como si quisiera probar que ya se había recuperado, el joven Hashizume empezó a llorar:

—Iré al hospital, entonces —dijo—. Gracias por su amabilidad, y tengan cuidado. Aceptando a regañadientes los cinco yenes que la Sra. Ōkōchi insistió en poner en

su mano para que lo ayudaran en su búsqueda, se alejó siguiendo el borde de la piscina.

Shigeko y yo, sopesando juntos todas las posibilidades, decidimos que lo mejor que podíamos hacer era ponernos en contacto con la Delegación de Transportes de Japón, en Ujina. Nos parecía que, incluso aunque Yasuko hubiera iniciado el camino de vuelta desde Hiroshima a Furue en el camión, los incendios que se propagaban amenazadoramente por el este, así como los heridos, cada vez más numerosos, que se encontrarían a medida que avanzaban hacia el este, las convencería de que era imposible llegar hasta Senda-machi. Supondrían que Senda-machi estaba ya en llamas. Puesto que era Nojima, una persona de recursos, quien dirigía la expedición, era casi seguro que rechazarían la idea de tomar ninguna carretera, inclinándose en cambio por hacer todo el recorrido en barco hasta Ujina. Nojima había dicho siempre que si Hiroshima era bombardeado, él se escaparía de Ujina a Kusatsu en un barco de pesca. Me dijo que tenía un acuerdo con un pescador que vivía en Ujina y con otro de Kusatsu, de modo que podría alquilar un barco cuando quisiera. A mí me había abrumado bastante tanta anticipación por su parte.

—Estoy seguro de que Nojima pondrá rumbo a Ujina —dije—. En caso de haber visto esos incendios, no volvería nunca por carretera. De hecho, no podría ni aunque quisiera. Sin embargo, si desembarcan en Ujina, seguro que Yasuko pasará por la Delegación de Transportes. Hay un asunto urgente sobre el que, se supone, debo hablar esta misma noche con la gente de transportes de Ujina. De hecho, no me queda más remedio que hacerlo, y Yasuko lo sabe, así que seguro que aparecerá por allí.

Mi esposa estaba de acuerdo con mis previsiones sobre la situación, y decidimos ir a esperar a las oficinas de Ujina. Con todo, no dejaba de ser una suposición, puesto que no había ningún pacto previo con Yasuko para que ella llamara allí. Shigeko se dio la vuelta para mirar a la piscina y, juntando las palmas de las manos, rezó en silencio por un instante.

—Solo espero que a vuestra Yasuko se le ocurra aparecer por las oficinas de Ujina —dijo la Sra. Ōkōchi—. Yo misma estoy empezando a ponerme nerviosa. —Se suponía que ella debía encontrarse con su esposo, que trabajaba en un banco, en esa misma piscina. Tenían un único hijo, licenciado universitario, que ahora estaba en el ejército, destacado en un lugar llamado Palembang, en Sumatra.

A falta de una idea mejor, Shigeko juntó unos ladrillos rotos de una pared, y los puso en el cazo y la olla para sumergirlos en la piscina. Me quedé mirándolos mientras se hundían suavemente bajo el agua, desapareciendo de mi vista.

—Tengo intención de venir a recuperar ese cazo y esa olla un día —dije—. Solo espero llegar a ver ese día.

—Ay, yo también —dijo la Sra. Ōkōchi—. Entonces, bueno, vayan con cuidado. Y denle recuerdos a Yasuko de mi parte.

Shigeko y yo dejamos el campo de deportes y nos encaminamos hacia el puente Miyuki. El cadáver que yacía en el extremo norte del puente estaba invadido por

montones de moscas negras que pululaban por la boca y la nariz. Tenía tanta sangre coagulada en las orejas que era difícil saber dónde empezaba la oreja y dónde la sangre. Cuando empecé a acelerar la marcha al pasar junto a él, Shigeko, que venía detrás de mí, dijo:

—Pasemos un momento por nuestra casa. Yasuko podría volver mientras estamos fuera, así que sería mejor que dejáramos una nota para ella.

Tenía razón. Me disgusté conmigo mismo por mi estupidez al no haber pensado en ello antes. Volvimos a casa y, mientras buscábamos un papel para escribir la nota, Yasuko apareció de pronto, como salida de la nada. Shigeko se arrodilló en el tatami, en medio de los trozos de cristal roto, y comenzó a llorar. Yasuko, que aún estaba fuera, se sentó en el escalón del vestíbulo del corredor, entre la habitación y el jardín y, con su mochila aún en la espalda y su *zugin* en la cabeza, derramó grandes lágrimas de alegría.

—Yasuko, no deberías frotarte la cara —le advertí—. Mira, tienes alquitrán o algo pegado en la mano. Es toda una suerte que hayas vuelto ahora. Un poco más tarde, y nos habríamos marchado a Ujina a buscarte.

Puesto que Yasuko estaba a mi cuidado —era casi mi hija—, habría sido inexcusable si algo le hubiera ocurrido. Además, yo había sido el principal responsable de que viniera a Hiroshima. Las jóvenes, tanto las del campo como las de la ciudad, estaban obligadas a trabajar en las fábricas de abastecimiento militar, donde se las ponía a trabajar en la forja de martillos o en dar la vuelta a los proyectiles. Así que, aprovechándome de mi posición en la fábrica, había movido algunos hilos para que la nombraran mensajera del director.

—¡Ay, tío! —exclamó ella—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Ah, esto? No es más que una pequeña quemadura —contesté.

Ella nos contó que Nojima había alquilado un barco de pesca en Kusatsu, con el que habían navegado corriente abajo desde el puente de Miyuki, en la margen derecha del río Kyobashi. Su esposa había querido regresar con ellas, pero él la había dejado en casa de sus padres, en Furue. Así que además de Yasuko, habían regresado la Sra. Yoshimura, la Sra. Miyaji y la Sra. Doi. Él había insistido en que era su responsabilidad que llegaran sanas y salvas a sus casas, así que había negociado con el pescador para que les proporcionara un barco. A la vista de las circunstancias, la predicción que había hecho en la piscina del campo de deportes había demostrado ser aproximadamente correcta.

El cielo se había oscurecido con el humo de los incendios. Como no había agua en las cañerías, hice que Yasuko se lavara las manos en el estanque del jardín, pero no había modo de limpiar las manchas. Ella dijo que eran producto de la lluvia negra, y que se habían fijado en la piel y no había manera de sacarlas. No era alquitrán ni pintura negra, sino una sustancia de origen desconocido.

Sin perder tiempo, fui rápidamente a casa de los Nojima, pensando en preguntarle cómo estaban las cosas y, de paso, para agradecerle lo que había hecho. Lo encontré

preparándose para desalojar su casa a toda prisa. También él tenía las marcas de la lluvia negra en sus manos.

—¿Cree que es gas venenoso? —le pregunté.

—No, no es gas venenoso —contestó, introduciendo víveres y cuadernos en una mochila mientras hablaba—. Dicen que es el humo negro generado por la explosión. Se mezcló con vapor de agua en el cielo, y cayó en forma de lluvia. Esa lluvia negra cayó sobre todo en los distritos del oeste de la ciudad. Me acabo de encontrar hace un rato con una persona del departamento de salud del ayuntamiento, y ha sido él quien me lo ha contado. Dicen que no es peligroso para los seres humanos.

Si alguien del departamento de salud lo había dicho, supuse que tendría razón.

Según pensaba Nojima, no había duda de que los incendios estaban a punto de extenderse a Senda-machi en cualquier momento. Así que, después de llegar a casa, había vuelto corriendo al tramo del río nada más pasar el puente de Miyuki para pedirle al barquero que esperase un poco más para poder volver a Kusatsu por barco. Ese es el motivo por el que hacía preparativos desesperadamente para salir de inmediato. Si deseábamos ir hasta Ujina, dijo, no había ningún motivo para que no lo acompañáramos en el mismo barco.

—¡Eso es lo que necesitamos! —exclamé, dando mentalmente saltos de alegría—. En primer lugar, esta zona será seguramente arrasada por el fuego, como dices, y además, tengo que ponerme en contacto con Transportes de Japón en Ujina, tan pronto como sea posible, para tratar de un asunto. ¿Cree que mi esposa y Yasuko podrían embarcar también?

Nojima asintió inmediatamente.

—Probablemente estarían seguros en el campo de deportes de la universidad —dijo—, pero es mejor así, porque esta zona va a incendiarse en cualquier momento.

Según Nojima, nada más llegar a casa, la Sra. Doi y la Sra. Yoshimura habían buscado refugio en el campo de deportes. La Sra. Miyaji, no obstante, había encontrado una nota de su esposo diciéndole que la estaba esperando, y se había marchado corriendo a casa de sus parientes en Kichijimachao. No era la primera vez que me quedaba atónito de lo enterado que estaba Nojima de las últimas noticias.

La idea de poder marcharnos en el barco me levantó el ánimo. Volví a casa y anuncié en voz alta:

—Vamos a ir en barco a Ujina para refugiarnos hasta que pase el peligro. Nojima nos lleva con él.

Shigeko y Yasuko estaban rebosantes de alegría. Dejamos atrás Senda-machi y, junto con Nojima, seguimos la carretera por el malecón hasta el lugar, pasado el puente Miyuki, donde debería estar el barco esperándonos. Pero allí no había ningún barco.

—¿Qué puede haber ocurrido? —dijo Nojima, chasqueando la lengua y dejando ver que se sentía abochornado—. Por la fuerza con que baja el río, no podría haber remontado la corriente mucho más. Tal vez estará un poco más abajo. ¿Vienen

conmigo?

—¿No podría ser aquel de allí? —pregunté, indicando un barco que se veía corriente abajo.

—No, no es ese. Ese está inundado de agua. El barco de Kusatsu es de dos toneladas y media, de estilo japonés. ¿Será que me ha engañado? —Y volvió a avanzar otro trecho apesadumbrado.

Nosotros lo seguimos. A medida que caminábamos más hacia el oeste, se iba reduciendo progresivamente el ángulo de inclinación de las casas junto al malecón. Con todo, el peligro que habían corrido las tejas y el cristal de las puertas correderas no era proporcional al ángulo de inclinación de las casas. Había, por ejemplo, algunas casas nuevas construidas con materiales sólidos cuyos tejados estaban gravemente dañados. Otras tenían en el tejado un único agujero, como si fuera una boca abierta.

Sin duda, Nojima se había tomado el asunto como un golpe personal a su orgullo. Se había quedado bastante silencioso, aunque de vez en cuando rezongaba algo, como si se le acabase de ocurrir: «Es una cosa terrible», «Me siento fatal por lo que ha sucedido», o «Me he defraudado a mí mismo de modo lamentable; ¡y en una ocasión como esta!».

Muchos otros desplazados por la explosión caminaban por el malecón junto al río. Nojima iba tan rápido que se me secó la garganta y me empezaron a doler las piernas. No pasó mucho tiempo antes de que me sintiera incapaz de mantener su ritmo. La bolsa de Shigeke parecía más y más pesada a cada momento y mi propia mochila se me antojaba pesadísima; hasta la mochila de Yasuko pesaba como una losa.

—Lo siento, Sr. Nojima —dije, deteniéndome—. Yo no puedo seguir.

Nojima se detuvo también.

—Lo siento, de verdad que lo siento —dijo con un gesto de profunda consternación—. Lamento tener que llevarles como si fuéramos de cacería. Pero ya han visto lo que ha ocurrido.

—Usted no tiene la culpa —dijo Shigeke, e hizo una pausa—: Bueno, cuídese, Sr. Nojima.

—Está bien —dijo—. Si me quedo por aquí, me sentiré incómodo; así que voy a avanzar más. Mis disculpas nuevamente. Vayan con cuidado.

Se llevó la mano a su *zugin* y dándose rápidamente la vuelta se alejó caminando a grandes zancadas. De algún modo, era todo un despropósito dejar marchar así como así al hombre más sabio y mejor informado de nuestra asociación de vecinos en unas circunstancias tan delicadas como esas. El hecho de que se tratara de un hombre orgulloso, a quien siempre se había puesto de ejemplo y de modelo de previsión y rigor ante los demás, no hacía sino empeorar las cosas.

Como me picaba la garganta, cogí una botella de agua de la mochila y bebí directamente de ella. En cuanto Nojima desapareció de nuestra vista, me colgué de nuevo la mochila al hombro.

—Aun así —dije, con la idea de buscar la complicidad de Shigeke—, debemos

estar agradecidos a Nojima por convencernos para ir a Ujina. Lo más importante es que hemos tomado una decisión segura.

Efectivamente, los fuegos de Hiroshima se estaban extendiendo cada vez más a lo ancho del territorio, y lo más sensato era alejarse de ellos durante algún tiempo.

En la Delegación de Transportes, en Ujina, casi todas las ventanas tenían los cristales rotos. Sugimura, el director, me preguntó acerca de la fábrica de Furuichi de la Compañía Textil de Japón. Le dije que no sabía nada, porque me había vuelto a medio camino antes de llegar. Tampoco podía darle sino una idea fragmentaria de lo que había ocurrido en Hiroshima. Cuando le conté la historia de Miyaji sobre cómo se había destruido el torreón del Castillo de Hiroshima y desplazado más de cien metros de distancia, tragó saliva, y dijo:

—¿Qué dice?, ¿el torreón?

Le entregué una notificación de la fábrica de Furuichi para la delegación, me dio un recibo, y tratamos sobre algunos otros asuntos confidenciales.

El director fue lo bastante amable para darnos de comer bien —bolas de arroz fresco recién cocinado, además de un encurtido de nabos y verduras cocidas en soja y azúcar— a los tres. Era como el culmen del lujo. Tras terminar de comer, y una vez le hubimos dado las gracias, salimos y volvimos a casa siguiendo las vías del tranvía junto a la carretera.

La procesión de heridos no había disminuido en lo más mínimo, y el número de heridos graves parecía incluso más elevado que por la mañana. Entre aquellos en los que me fijé particularmente, había un hombre a quien le asomaba el hueso del hombro; otro que iba apoyado en unas muletas de bambú, caminando con una sola pierna porque la otra la tenía doblada y entablillada; sobre la mampara de una puerta, un hombre y una mujer llevaban un niño muerto, cubierto de sangre; y había una mujer cuyos ojos y dientes blancos resaltaban entre el pelo, la cara y los hombros ensangrentados.

Al pasar junto a cada uno de ellos, Yasuko les miraba compulsivamente:

—¡Ay, tío! Mira esa mujer —decía—. ¡Tía Shigeko, mírala!

Una y otra vez, le tenía que decir:

—No es un espectáculo. De todas maneras, no podemos hacer nada por ellos, así que baja los ojos, calla la boca y sigue andando.

Cuando llegamos al puente Miyuki, ya no se veía ni una sola casa en pie en la dirección donde habían estado las nuestras. El humo se desplazaba avanzando pegado al suelo, hacia el este. Habíamos hecho bien en marcharnos a Ujina durante un tiempo. Para evitar el calor residual me puse delante para abrir camino pasando por el campo de deportes, por un pequeño puente sin nombre y a través de las huertas hasta salir detrás de nuestra casa. Shigeko y Yasuko me siguieron en silencio.

Nuestra casa había desaparecido. Tras la espesa humareda, distinguimos en la distancia un grupo de alcanforeros, tan verdes y frondosos como siempre. Entre nosotros y ellos solamente se interponía un sauce, que dejaba caer lo que parecían

alambres sobre el terraplén del río. A medida que nos alejábamos, me daba la vuelta continuamente para mirar el lugar donde una vez había estado nuestra casa. Debí de volverme siete u ocho veces.

En los huertos, las verduras estaban abrasadas por el calor y colgaban marchitas y sin vida alguna. Un poste telefónico medio quemado en una esquina del campo exhalaba humo, con una llama de cerca de treinta centímetros de alto, como si alguien hubiera colocado allí una enorme vela. De vez en cuando, cuando se levantaba una ráfaga de viento caliente, la llama emitía un tenue zumbido, y los tablones de madera chamuscados de nuestra casa en romas se ponían de pronto incandescentes, las nubes de humo se inflaban, y volvían a dispersarse por el viento.

—Tía Shigeko, ¿dónde vamos a dormir esta noche? —preguntó Yasuko.

Shigeko no respondió.

—La única cosa que podemos hacer es ir a la fábrica —dije—. Si no podemos quedarnos allí, tendremos que pasar la noche en el río o en alguna parte. No tenemos otra alternativa.

Cruzamos el campo hasta la orilla del río. Seguimos el camino río arriba, y ya nos aproximábamos al recinto de la Escuela Primaria Senda, cuando observamos una yegua tumbada frente a la orilla, con sus cuatro patas extendidas. De vez en cuando, su panza ennegrecida y anormalmente grande se inflaba y, acto seguido, volvía a desinflarse; su respiración era entrecortada, brusca, como si quisiera probar que estaba tranquila, si bien, viva a duras penas. En el recinto de la escuela, encontramos un cubo contra incendios con agua, así que decidimos humedecer nuestras toallas y cubrirnos la nariz y la boca con ellos cuando el viento azotara el humo contra nosotros.

Tras pensar detenidamente cuál era la ruta más corta hasta la empresa en Furuichi, me decidí por la avenida principal que pasaba por el puente de Hijiyama y llegaba hasta el puente de Takano. Cuando el viento dispersó la humareda, las ruinas de los edificios de estilo occidental, como los almacenes Fukuya, la sucursal del Banco de Japón, la central eléctrica de Chūgoku o el ayuntamiento, se alzaron imponentes ante nosotros, escupiendo humo por las ventanas de una de sus fachadas. Cuando el viento cambiaba de dirección, empujaba el humo lánguidamente hacia la otra fachada. En otros edificios de cemento, se veían los marcos de las ventanas colgando, mientras que otros seguían ardiendo y escupiendo humo. En el instante en que se levantaba una fuerte ráfaga de viento, la cortina de humo se adelgazaba y aparecía la calle, donde se advertían débilmente formas humanas moviéndose aquí y allá. En un momento dado, éramos capaces de discernir formas en el horizonte; acto seguido, estábamos envueltos en la humareda, y no nos quedaba más remedio que ponernos las toallas sobre la boca y la nariz. Después de caminar unos cuatrocientos metros, había desaparecido toda la humedad de las toallas.

Al envolvernos la humareda completamente, era demasiado peligroso seguir avanzando. Un traspíe en los rescoldos al rojo vivo que yacían diseminados por el

suelo significaba quemarse gravemente.

—¡No os mováis u os quemaréis! —grité yo, deteniéndome e indicándoles que lo hiciesen también. Esperamos hasta que se disipó el humo y, después, seguimos caminando a grandes zancadas, siempre que nos era posible vislumbrar lo que teníamos delante de nosotros. Es muy probable que empleáramos más tiempo en permanecer de pie, inmóviles, que en caminar.

En un determinado instante, Yasuko tropezó y se cayó de bruces no sin antes gritar: «¡Tío!». Cuando el humo se disipó, descubrimos que el obstáculo no era sino un cadáver aferrado a un bebé muerto. A partir de ese momento, me puse delante, para vigilar cualquier bulto oscuro que nos encontráramos por el camino. Aun así, en varias ocasiones tropezamos con cuerpos muertos o nos caímos al suelo, pringándonos las manos con el asfalto caliente. Una vez, cuando mi zapato quedó atrapado en un cuerpo medio consumido por el fuego, cuyas piernas y muslos tenían los huesos desperdigados en todas direcciones, fue tal el horror que me quedé petrificado y no pude reprimir un grito.

En ocasiones, el asfalto, ablandado por el calor, se nos pegaba a las suelas de los zapatos impidiéndonos avanzar con facilidad. Había docenas de lugares como aquel. Por mucho que me apretara los cordones de los zapatos, se me volvían a salir y —por muy absurdo que parezca en un momento así— perdía un tiempo precioso volviéndomelos a colocar.

El viento amainó poco a poco, y el humo dejó de moverse de un lado para otro, lo cual dificultaba aún más la respiración. Tal vez era imprudente por mi parte que mi esposa y mi sobrina tuvieran que soportar un calor así. Tampoco podía tener la certeza absoluta de que si lo atravesábamos saldríamos vivos de esa situación, aunque, el hecho de cruzarnos con gente que venía andando en dirección opuesta me daba cierta confianza. A Yasuko, al menos, la quería ver sana y salva en el otro lado. Haberla traído a Hiroshima para que escapara del riesgo de ser movilizada había sido una idea poco afortunada por mi parte. No la podía considerar igual que a mi esposa. En una ocasión en que nos habíamos detenido, cegados por el humo, bajo una humareda y un calor tan acuciantes que habría sido imposible respirar si el viento no hubiera cambiado de dirección en ese momento, Yasuko dio un chillido, un grito ahogado, y tuve que gritarle:

—¡No te muevas! Si te mueves, caerás en el fuego. Eso es el infierno, ¡ahí mismo delante de ti! ¡Te quemarás viva!

Al llegar al puente Takano, descubrimos que allí la humareda estaba disipándose, porque los distritos del noreste de la ciudad se habían quemado antes que los demás. A nuestra derecha, podíamos vagamente discernir el monte de Futaba. El hongo nuboso había desaparecido.

—¡Estamos a salvo! —dije, volviéndome para llamarlas, esperando infundirles ánimo—. ¡Vamos a vivir!, ¡a vivir! —Pero ellas estaban demasiado exhaustas para reaccionar. Ambas tenían los ojos inyectados en sangre, como charcos de sangre de

color grana. Sin embargo, no había tiempo para pensar en descansar, así que volví a iniciar la marcha.

En torno, todo era un mar de carbón. Una infinidad de tablones de madera seguía consumiéndose con lentitud y exhalando pequeñas columnas de humo que ascendían perezosamente en el aire. Al noreste, en los alrededores de Yokogawa, aún ardía furiosamente un enorme fuego, y grandes llamaradas se elevaban en espiral hacia el cielo.

Del santuario de Shirakami no había quedado nada salvo su muro de piedras. Los tres alcanforeros del templo de Kokutai, que debían de tener fácilmente unos dos metros de diámetro, habían sido arrancados de raíz y yacían en la tierra, por completo calcinados pero conservando su forma característica, con sus grandes raíces bruscamente vueltas hacia arriba. En las cercanías, las placas conmemorativas en honor de los fieles samuráis de Ako habían caído en el mismo sitio pero al revés y orientadas al sur mientras que, frente a ellas, también en el suelo yacían las lápidas de la familia Asano, solo que desperdigadas en todas direcciones y mezcladas unas con otras. Se decía que los alcanforeros tenían más de mil años, y este día habían encontrado por fin su destino final.

El asfalto que se pegaba a las suelas de los zapatos hacía que también aquí fuese difícil caminar. El plomo de los cables eléctricos se había derretido y chorreado hasta el suelo, salpicando la cuneta con una sucesión de goterones de color plateado. En la carretera principal, los postes de acero que servían de apoyo al tendido eléctrico de los tranvías se habían doblado, y los cables, partidos en dos, habían quedado colgando. No me acerqué a ninguno de ellos porque intuía que alguno estaría todavía activo.

En esta zona, los cadáveres tendidos en la avenida eran bastante menos numerosos. Yacían en cientos de posiciones distintas, pero la mayoría de ellos —más del ochenta por ciento— estaban tendidos boca abajo. Una de las excepciones eran un hombre y una mujer que yacían tumbados boca arriba junto a la zona de seguridad de la parada del tranvía del santuario de Shirakami, con las rodillas plegadas y los brazos extendidos en posición diagonal a cada uno de sus cuerpos. Ambos cadáveres estaban completamente desnudos y calcinados, y bajo sus nalgas había sendos charcos de heces. En ningún otro lugar había yo sido testigo de una escena semejante. Ambos tenían abrasado el pelo de sus cabezas y del resto del cuerpo, y únicamente por sus perfiles —los pechos, por ejemplo— era posible distinguir quién era el hombre y quién la mujer. ¿Cómo habrían acabado en una muerte tan atroz? Esta cuestión me atormentaba. Shigekeo y Yasuko pasaron junto a los dos cadáveres mirándolos apenas de soslayo.

No cesábamos de encontrarnos con cuerpos y más cuerpos. Impelidos por las altas temperaturas y atrapados por el humo, esas personas se habían tirado boca abajo para reducir su sufrimiento, sin ser capaces de volver a levantarse y muriendo ahogados en ese mismo lugar. De la experiencia de nuestro propio recorrido

habíamos salido al menos con una certidumbre: ¿no nos había estado rondando a nosotros un destino similar?

Capítulo 7

SHIGEMATSU siguió trabajando en la transcripción de su «Diario del bombardeo». Se puso a pensar en las muchas fiestas que habría ese mes: acababa de celebrarse la ceremonia por los insectos muertos; la fiesta de la plantación del arroz iba a ser el 11; el festival del cálamo, según el antiguo calendario lunar, el 14; el 15 tenía lugar el festival de los duendes del río y, el 20, la fiesta de la corta de bambú. En toda esta sucesión de pequeñas fiestas, le parecía percibir el cariño con que los campesinos, pese a su pobreza, se desvivían por cuidar cada detalle de su vida diaria. Y a medida que escribía y que los horrores de aquel día regresaban a él cada vez con mayor nitidez, se le antojaba que por más insignificantes que fueran las fiestas agrícolas, merecían ser valoradas y respetadas...

Llegamos a la parada de tranvía de Kamiya-chō. Las vías del tranvía se entrecruzaban aquí unas con otras, y un sinfín de cables y alambres rotos del tendido colgaban enredados sobre la avenida. Tenía una aterradora sensación de que cualquiera de ellos podía dar descarga, ya que eran los mismos cables que de vez en cuando soltaban chispas rabiosas de color blanco azulado. La gente que pasaba por allí, de ida o de vuelta, tenía la sensatez de agacharse al pasar por debajo.

Yo quería tomar la margen izquierda de la avenida para cruzar el puente que unía Aioi y Sakan-chō, pero probablemente el calor de los fuegos aún vivos nos habría cortado el paso. Traté de girar a la derecha, pero una oleada de aire caliente me azotó la cara con tal autoridad que habría hecho vacilar al hombre más valiente, así que me di la vuelta de inmediato. Pese a todo, a medida que me aproximaba al edificio de ladrillos de estilo occidental, un pedazo de carbón al rojo vivo cayó de improviso desde el paramento donde habían estado los marcos de las ventanas.

La única alternativa era seguir avanzando por en medio de la avenida. Dado que los cables del tendido estaban cortados en varios puntos, no era probable que diesen corriente, pero el hecho mismo de que estuviesen cruzados y en contacto entre sí hacía temer por una exhibición de las misteriosas propiedades de la electricidad. Bajo uno de los cables colgantes, yacían los cuerpos carbonizados de un hombre y dos mujeres. También nosotros éramos un hombre y dos mujeres.

—¡Vamos, pasad después de mí bajo los cables! —Advertí—. Pase lo que pase, no toquéis los cables. Yo los voy a ir apartando. Si me da una descarga, no toquéis nada excepto mis ropas. ¿Entendéis? Me cogéis por la pernera del pantalón y me arrastráis fuera.

Siguiendo el ejemplo de otras personas, fui apartando los cables uno a uno con un palo, gateando a cuatro patas o agachándome, si era necesario.

—Mirad —grité, dándome la vuelta—, envolved vuestro codo izquierdo con una toalla, como lo han hecho esas otras personas, y apoyaros con el codo derecho en el suelo.

Una y otra vez era necesario agacharse bajo los cables, pero al final pudimos cruzar al otro lado sanos y salvos. Nos detuvimos para evaluar la situación de cada uno. Shigeko no tenía un rasguño, pero Yasuko, que no se había envuelto bien el brazo con la toalla, se había hecho una rozadura en el codo que tenía mal aspecto.

Shigeko se sentó junto a ella en una piedra, junto a la avenida, puso un poco de pomada mentolada en su codo y lo vendó. De repente, se me ocurrió que estábamos justamente frente a una entrada que yo conocía.

—Un momento —dije—. Diría que esa piedra es del jardín del Sr. Ōmuro.

Los Ōmuro eran una antigua familia, cuyos orígenes se remontaban al periodo Edo^[8], según se decía, y cuyo cabeza de familia trabajaba en investigación química sobre las hilaturas. Era un hombre de posición acomodada, que poseía fábricas de tejidos en tres lugares distintos y que cultivaba ocasionalmente la caligrafía, la pintura y el coleccionismo de arte. Yo mismo había visitado su casa en varias ocasiones el año anterior para beneficiarme de su consejo sobre cuestiones relativas a los productos textiles. Se trataba de una mansión imponente, con un espléndido jardín a la vieja usanza que, ahora, estaba completamente arrasado. El lugar en el que una vez habían estado el edificio principal y el almacén de paredes de arcilla había sido reducido a escombros y a un montón de tejas rotas dispersas. La piedra en la que Shigeko y Yasuko estaban sentadas era, casi con toda certeza, una roca del jardín de la parcela, y pese a ello, una delgada capa quemada cubría toda su superficie.

—Esa roca es granito, ¿sabes? —dije yo—, imagino que esta misma mañana habrá estado cubierta de líquen.

—¿Entonces, crees que toda la casa habrá sido arrasada? —preguntó Shigeko.

No respondí. Era una atroz escena de desolación. El estanque ornamental se había convertido en un segmento desigual de lodo negruzco y, al pie de un montículo roto de tierra, yacían los esqueletos calcinados de tres grandes pinos. Junto al tronco del más grueso de los tres, un pilar cuadrado de piedra permanecía aún en pie. La razón de que solamente ese pilar estuviera en su sitio era un misterio. En una ocasión, el Sr. Ōmuro me había dicho que uno de sus ancestros, de varias generaciones atrás, lo había mandado erigir allí. Debía de medir alrededor de tres metros de altura y, en vez de una larga inscripción como solía ponerse, no se había tallado más que un único carácter, «Sueño», a menos de un metro de la parte superior. Se decía que un sacerdote de alto rango había escrito el original y, sin duda, en su momento habría causado una impresión elegante y bastante refinada, pero en ese instante la pretendida sensación de elegancia y refinamiento fracasaba estrepitosamente.

Tanto Shigeko como Yasuko tenían una palidez mortecina. Yo tenía tan seca la garganta que era como si se me fuera a cerrar por completo y, mientras caminaba, sentía un leve tic en el ojo.

Llegamos a la entrada de la plaza Oriental de Armas. La hierba del lado izquierdo del terraplén se había quemado por completo, dejando la tierra lisa y desnuda, y los árboles tenían el aspecto de haber sido carbonizados, aunque mantenían sus ramas totalmente despobladas de hojas. La residencia del comandante divisional, el hospital provisional del ejército, el santuario Gokoku y, por supuesto, el torreón del castillo de Hiroshima habían desaparecido.

Me empezaron a doler los ojos, así que me di un masaje frotándome los párpados con los dedos. Me escocían y, al mismo tiempo, era como si tuviese arenilla dentro. Shigeiko y Yasuko se habían animado un poco y hablaban acerca del hongo nuboso, que ya había desaparecido; acerca de su tamaño, forma y color, de las dimensiones del cono y de su modo de moverse. Tras deducir que los ojos me dolían a causa de la mucha sangre que me había subido a la cabeza, hice que Yasuko me aplicara el tratamiento que se da a los niños cuando les sangra la nariz. No consistía nada más que en arrancar tres pelos de la parte de atrás del cuero cabelludo; me alivió un poco el dolor.

La plaza Oriental de Armas era una inacabable explanada de arena. Me recordaba a un vasto desierto que había visto en una película llamada *Marruecos*. En ella, el desierto parecía desprender ese característico olor a arena, y era una extensión prácticamente vacía, sin una sola huella a la vista. Sin embargo, la inmensa explanada de arena de la plaza era bastante diferente: el aire cálido que exhalaba apestaba a humo y se veía el rastro del paso de distintos grupos de personas en su camino hacia las colinas. Debía de haber llovido, porque la arena era lo suficientemente fina para que se vieran por toda la superficie agujeros del tamaño de judías grandes y periódicos diseminados por aquí y por allá, cubiertos de infinitos puntos negros del tamaño de una judía. Evidentemente, la lluvia negra había caído sobre este lugar. Me había dado cuenta de que la manga del hongo en forma de nube era un chubasco, pero nunca hubiera imaginado que las gotas de lluvia tuvieran un tamaño semejante.

En el extremo oeste de la plaza, descubrimos en la arena lo que parecían varias pelotas de color negro. A primera vista no pude identificarlas pero, en cuanto me acerqué, advertí que se trataba de pedazos de lo que, en su origen, habían sido chapas de cinc. Probablemente, la onda expansiva las había arrancado y succionado hacia arriba, donde las altas temperaturas y el viento se habrían encargado de ablandarlas para luego modelarlas así antes de depositarlas en el suelo. Por su forma redondeada, como bolas de masa, era fácil imaginar que habían sido aspiradas por el gran torbellino de llamas, y que este las había hecho girar furiosamente en su vórtice antes de abandonarlas nuevamente en el suelo.

Me di la vuelta para echar una ojeada al páramo arenoso. Una figura solitaria — un muchacho en calzoncillos y con una camiseta que el viento agitaba dejando al descubierto su vientre desnudo— caminaba a toda prisa en dirección a las colinas. «¡Hola!», gritó, volviéndose hacia nosotros y saludando con la mano extendida. Parecía un gesto particularmente inútil.

Seguimos caminando hacia el norte. Un centinela, con su rifle en ristre, nos aguardaba en el camino que bordeaba el talud del santuario de Gokoku. Cuando nos aproximamos, descubrimos que había muerto en su puesto, con la espalda apoyada contra el terraplén y mirando fijamente con los ojos muy abiertos. La chapa que tenía colgada al cuello indicaba que se trataba de un cabo primero del ejército. Tenía unos treinta y siete o treinta y ocho años, una edad avanzada para un soldado raso, pero en sus rasgos se advertía un indefinible aire de buena familia.

—Vaya, como Kohei Kiguchi —dijo Shigeko.

—Vamos, mujer, refrena tu lengua —dije severamente, aunque, a decir verdad, también a mí me recordaba la misma historia: la del corneta al que se había encontrado muerto durante la guerra chino-japonesa, con el instrumento todavía pegado a sus labios.

La zona estaba próxima al lugar donde se había arrojado la bomba. Vimos otro soldado más sin vida en la esquina occidental del recinto del castillo de Hiroshima: era un joven, aún montado en su bicicleta, con una caja de madera, como si fuera a repartir un pedido de un restaurante, y recostado contra la muralla de piedra. Era muy joven, y tan delgado como un saltamontes.

En la instrucción contra los ataques aéreos, nos habían dicho que había que espirar a un ritmo constante mientras caía la bomba. Tal vez, el centinela y el joven repartidor estaban respirando en el momento del estallido de la bomba. La explicación fisiológica se me escapaba, pero se me ocurrió pensar que si, en ese momento, se llenaban los pulmones de aire, la onda expansiva podía ejercer presión sobre ellos y causar una muerte instantánea.

Nos habíamos sentado a descansar en ese lado del terraplén cuando un conocido, el sargento de policía Susumu Satō, vino a saludarnos.

—Hola, me alegro de verlo sano y salvo —dije.

—¡Vaya!, se ha hecho daño en la cara —dijo él.

Hablamos durante un rato antes de reunirme con los demás, y me contó que el superintendente —el general Ōtsuka, de la comisaría del distrito de Chūgoku—, había muerto atrapado y quemado bajo los escombros de su casa.

Yo ignoraba que Satō había sido transferido del cuartel de la policía a la comisaría de la región de Chūgoku. Ni siquiera sabía, de hecho, que existiera una oficina del gobierno con ese nombre. Era de lo más descuidado por mi parte. Gracias a Satō, me enteré por primera vez de que los ataques del enemigo se habían recrudecido de tal manera, en los últimos días, que Japón había decidido prepararse para defenderse en su propio territorio. Se habían creado agencias de la administración local conocidas como «comisaría de región», de modo que cada región se organizase para combatir por su cuenta, por si llegaba el caso de que las fuerzas enemigas dividieran el territorio en varias partes. Con este mismo objetivo, se había almacenado material bélico en las fábricas y en los colegios de todo el área este de la Prefectura de Hiroshima.

—Así que eso es lo que significa —dije— el eslogan acerca de que la guerra no ha hecho más que comenzar.

—Sí —dijo Satō—, la idea es continuar con las líneas maestras de la política de una nación rica y con poderío militar que se lanzó hace más de medio siglo. Ni tú ni yo debemos asumir que esto es el trágico final. Para eso es, precisamente, para lo que hemos sido educados. Es el destino.

La comisaría general de Chūgoku, ubicada en la Universidad de Letras y Ciencias Liberales de Hiroshima, había tenido competencia sobre las cinco Prefecturas de la región de Chūgoku. El propio Isei Ōtsuka, el comisario general, que era un hombre con todo el aspecto de un samurái de otros tiempos, estaba en su residencia oficial, en Kami-Nagaregawa-chō, cuando cayó la bomba, y había quedado atrapado bajo los escombros de la casa. Su mujer se las había arreglado con gran dificultad para escapar a gatas de las ruinas, pero el comisario quedó irremisiblemente atrapado en ellas. La buena señora estaba fuera de sí, pero el comisario general había insistido en que lo abandonara en aquel lugar.

—Estoy preparado para lo que haya de venir —había dicho él—. Mujer, sal de aquí tan rápido como puedas.

Las llamas estaban tan cerca que no le quedó más remedio que escapar.

—El comisario murió abrasado en el mismo sitio en el que yacía atrapado. Fue espantoso —dijo Satō—. Yo mismo no supe por dónde escapar de las llamas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Normalmente, su forma de hablar era animada, y su rostro daba inmediatamente la impresión de alegre naturalidad, pero ahora sus ojos estaban inyectados en sangre y tenía una expresión lúgubre en la cara.

Al llegar al malecón, descubrimos que faltaba la mitad de la sección del puente Misaki. Cambiando mi plan inicial, seguí el sendero del malecón en la dirección de la corriente del río, con la idea de cruzar el puente del río Aioi. Una infinidad de cadáveres yacían en la maleza que había a los pies del terraplén, a nuestra derecha, y no dejaban de pasar continuamente otros cuerpos que la corriente arrastraba. Cada tanto, había uno que se quedaba atrapado en las raíces de un sauce, junto a la orilla, y, por efecto de la corriente, giraba en redondo de repente, levantaba la cabeza y esta quedaba fuera del agua; luego, otro, que viraba bruscamente bajo un sauce, levantaba los brazos como si fueran a agarrarse a una rama, de modo que, por un momento, parecía como si casi estuviera vivo.

Habíamos divisado desde lejos el cadáver de una mujer que yacía, estirada, al otro lado del camino, encima del malecón. De pronto, Yasuko, que iba caminando delante de nosotros, vino corriendo y gritando: «¡Tío, tío!», echándose a llorar. En cuanto me acerqué, vi que una niña de unos tres años le había abierto el vestido y jugaba con sus senos, a los que se aferró con fuerza cuando llegamos hasta ella, mientras levantaba la vista para mirarnos fijamente con expresión inquieta.

¿Qué podía hacer nadie en el mundo por ella? Nuestro único recurso era hacernos esta pregunta. Pasé con mucho cuidado por encima de las piernas del cadáver para no

asustar a la pequeña, y caminamos a paso ligero durante otros diez metros río abajo. Aquí advertí la presencia de otros cuatro o cinco cuerpos de mujeres que yacían juntas, sin vida, entre la maleza, así como el cadáver de un niño de unos cinco o seis años que yacía encogido en el suelo, como si hubiera quedado atrapado en medio de los demás cuerpos.

«Venid —les grité, agitando ambos brazos, a Shigeko y Yasuko, que aún dudaban si proseguir o no—. Pasad por encima con toda la calma que podáis y seguid andando». Ellas dieron un paso adelante y se reunieron conmigo. Al final del puente del río Aioi, encontramos una carreta con los bueyes enganchados a ella, ambos muertos, en los rieles eléctricos del tranvía. Las cuerdas de la carga estaban desatadas, y habían desvalijado todo lo que había dentro.

Aquí también los cuerpos venían flotando por el río uno tras otro; repugnaba verlos dándose topetazos con la cabeza contra el embarcadero del puente y revolviéndose en el agua. Hacia la mitad del puente se levantaba un abultamiento de un metro de alto y, en lo que podríamos llamar la cresta de la ola que formaba, un joven extranjero de fina cabellera, yacía muerto con sus brazos apretados bajo la cabeza. La superficie del puente estaba deformada y alabeada.

Saltaba a la vista que las llamas habían arrasado por igual todo el área alrededor de Sakan-chō y Sorazaya-chō. Los cuerpos se hallaban desperdigados en cualquier condición imaginable: uno con la mitad superior de su cuerpo calcinada hasta la médula; otro reducido a esqueleto salvo una pierna y un brazo; otro más, de espaldas, consumido de rodillas para abajo; y aún otro, con las dos rodillas quemadas. Sobre todos ellos pesaba un hedor indescriptible; por nauseabunda que fuese, no había manera de escapar a aquella pestilencia.

En Tera-machi, «el barrio de los templos», no quedaba ni uno solo de ellos en pie. Lo único que permanecía en su sitio, además de las murallas de arcilla, derruidas y desmoronadas hasta el punto de que resultaba difícil reconocerlas, eran los árboles venerables con sus miembros abiertos y dejando ver en su interior la madera desnuda. Hasta el templo secundario de Honganji, que tenía fama de ser el edificio más grande de todo el barrio, había desaparecido sin dejar rastro. El humo que todavía escapaba de las brasas se paseaba amenazadoramente sobre murallas derrumbadas, y luego descendía reptando por la superficie del río hasta esfumarse en la otra orilla.

Al otro lado del puente de Yokogawa, todavía se elevaban las llamas. En una zona que abarcaba toda la orilla opuesta, los fuegos al rojo vivo, avivados por el viento, se arremolinaban y se volvían incandescentes al ascender. Era impensable acercarse.

Más adelante, nos encontramos la carretera totalmente cortada en este lado del puente. Las vigas de acero que formaban parte de la estructura en arco del puente estaban descoloridas hasta una altura de unos cuatro o cinco metros y, no lejos de uno de los embarcaderos del puente que descansaban sobre un segmento de hierba, había un caballo con graves quemaduras en el lomo y en la parte de atrás de su cabeza. Temblaba violentamente y parecía como si fuera a desplomarse en cualquier

momento. Junto a él, había un cadáver boca abajo, con el cuerpo abrasado de cintura para arriba. En la mitad inferior, donde no tenía quemaduras, llevaba puestos unos tirantes del ejército y botas con espuelas. Las espuelas eran doradas y refulgían al sol. Si el dueño de las botas era militar, seguramente habría sido oficial, porque solamente un oficial podía llevar unas espuelas doradas como esas. Me imaginé la escena sin decir nada: el oficial galopando hacia los establos y saliendo a campo abierto montado en su caballo sin montura... Seguramente había sido su caballo favorito. Parecía —o, tal vez, era producto de mi imaginación— que, aunque el animal estaba a punto de derrumbarse, extrañaba la presencia del hombre de las botas con espuelas. Qué inconmensurable dolor debía de sentir, con los rayos del sol del oeste azotando despiadadamente su carne quemada; ¡qué inconmensurable su amor por el hombre de las botas! Pero no alcanzaba a sentir compasión, tan solo un escalofrío de horror.

Nuestra única oportunidad era seguir caminando por el río. Cerca del talud había bancos de arena cubiertos de hierba, pero en lugares demasiado alejados de nosotros para poderlos alcanzar sin hundirnos todo el tiempo. Entramos en el agua y nos pusimos a caminar contra la corriente. Incluso en los lugares más profundos, el agua solamente nos llegaba hasta las rodillas. El distrito que atravesábamos debía de ser Hirose Kitamachi o sus alrededores. Al pisar sobre los remansos de arena, donde el río se había secado, salía agua a chorros de nuestros zapatos encharcados. Tan pronto como los vaciábamos un poco y la tarea de caminar se hacía más fácil, se nos empezaban a llenar de arena nuevamente y volvíamos a renquear de dolor.

Decidimos que, en realidad, era más fácil caminar chapoteando dentro del agua, costara lo que costara. En un banco de arena lleno de guijarros encontramos a un hombre tumbado que bebía agua con ambas manos. Al acercarnos a él, pensando en imitarlo, nos dimos cuenta de que no bebía sino que estaba muerto, con la cara hundida en el agua.

—¿Será que el agua de este río es venenosa? —dijo Yasuko, formulando la pregunta que yo me hacía.

—No se sabe —repliqué yo, reemprendiendo la marcha nuevamente—, pero quizás es mejor que no bebamos.

El humo que venía desde la ciudad fue disminuyendo paulatinamente y, a nuestra derecha, empezaron a aparecer arrozales, así que trepamos a un muro de piedras que se estaba viniendo abajo, y saltamos al terraplén.

Llegamos a los campos de arroz. Mientras caminábamos por los senderos elevados entre las parcelas, en dirección a las vías del tranvía, nos cruzamos con una serie de estudiantes, chicos y chicas, cuyos cuerpos yacían sin vida entre los campos. Debían de haber huido atropelladamente de la fábrica en la que colaboraban con los trabajos de abastecimiento militar. Entre ellos había también adultos. Uno de estos últimos, un anciano caído en el camino, tenía la haz delantera de la chaqueta empapada en agua. Sin duda, había bebido del agua de los arrozales hasta reventar; luego, dando ya por perdido todo o en un ataque de vértigo, se había derrumbado en

el suelo y sucumbido allí mismo.

Pasamos por encima del cuerpo y reemprendimos la marcha, primero a la izquierda, después a la derecha, siguiendo los arrozales entre los campos hasta que finalmente el sendero nos condujo hasta un cañaveral de bambú. El cañaveral debía de haber servido para recoger retoños de bambú, porque la poda se había hecho a baja altura. Una vez ubicados por fin en un lugar fresco y sombreado, nos dejamos caer sin pronunciar palabra.

Abrí la cremallera de mi maletín de primeros auxilios, me quité el *zugin* y los zapatos, y me despatarré en el suelo. Enseguida, mi cuerpo empezó a disolverse en el aire ligero y, antes de darme cuenta, ya había caído en un profundo sueño.

Cuando me desperté, no sé cuánto tiempo después, estaba muerto de sed y me dolía la garganta. Mi esposa y Yasuko seguían tumbadas, con la cabeza apoyada encima de sus brazos. Me di la vuelta y, tras escamotearle a mi esposa la botella de agua de un litro de su mochila, bebí: sabía a néctar de los dioses. Nunca hubiera imaginado que el agua fuera tan deliciosa. Beber me transportó al éxtasis, casi con una especie de orgullo. Debí apurar hasta la última gota de un cuarto de litro.

Mi esposa y Yasuko se levantaron también. El sol se estaba poniendo ya por el oeste. Sin decir una palabra, Shigeko cogió la botella que le pasé y, levantándola con ambas manos, bebió con avidez: probablemente otro cuarto de litro. A continuación, Yasuko hizo lo propio, alzando la botella también con ambas manos; hacía una pausa en cada trago pero, cada vez que la inclinaba, las burbujas ascendían y el nivel de agua restante descendía visiblemente. Estaba a punto de salirme de mis casillas al ver que no iba a dejar nada en absoluto, cuando depositó la botella en el suelo, con un cuarto de litro aún en ella.

Mi esposa sacó de su mochila unos pepinos que había traído a falta de algo mejor, y abrió un paquete de sal. Los pepinos estaban un poco pochos y descoloridos por un lado:

—¿Dónde los has comprado? —pregunté.

—La Sra. Murakami de Midori-chō nos los trajo esta mañana —contestó.

Al parecer, esa misma mañana, temprano, la Sra. Murakami nos había traído tres pepinos y alrededor de una docena de pescaditos frescos, de esos que se utilizan para dar sabor a la sopa, a cambio de unos tomates que la familia de Shigeko nos había enviado del campo. Shigeko había dejado los pepinos en un cubo de agua junto al estanque del jardín, y el estallido de la bomba los había puesto negros.

—Es curioso —dije—, cuando volví a casa desde el campo de deportes de la universidad, las larvas estaban comiéndose las hojas de la azalea. El pepino se había quemado, pero los insectos aún estaban vivos.

Humedecí el pepino en la sal y le di vueltas al asunto mientras comía. Alguna reacción química había tenido lugar, obviamente, en la superficie del agua del cubo. ¿Podría ser que el reflejo dentro del cubo hubiera incrementado la cantidad de calor y luz? Al echar un vistazo al estanque mientras hundía la mosquitera en el agua, me fijé

en que estas larvas de estuche se afanaban en devorar los nuevos retoños de la azalea que salía del agua. Agité la rama y volvieron a sus estuches, pero cuando volví de recoger algunos trozos de ladrillo con los que sumergir la mosquitera, habían vuelto sobre ellas con avidez. Los retoños no estaban descoloridos ni tampoco se habían quemado los estuches de las larvas, lo que indicaba que la luz y el calor causaban algún tipo de transformación química cuando se encontraban con materiales de metal. ¿O es que la casa o algún otro obstáculo habían servido de protección a las larvas de estuche y a la azalea cuando estalló la bomba?; la plantación de arroz en los campos parecía haber sido afectado por el resplandor, así que era probable que también se hubieran puesto negras a la mañana siguiente.

Lavé mi pequeña toalla en una zanja, a un lado del cañaveral de bambú; humedecí mi mejilla derecha y los tendones del cuello; luego, enjuagué una y otra vez la toalla, escurriéndola y enjuagándola, repitiendo el mismo procedimiento sin fin alguno. Escurrir la toalla era, según me parecía, lo único que podía hacer a mi antojo en ese momento. El escozor de la mejilla izquierda me mortificaba. Un cardumen de pececitos de agua dulce se movía en el agua de la zanja y en un remanso de agua estancada crecían lirios en abundancia. Parecían querer decir: aquí está la sombra, esto es territorio seguro.

Las oleadas de humo llegaban hasta nosotros desde el interior del cañaveral de bambú. Al ir a investigar, escrutando entre las cañas, vi un grupo de damnificados que habían construido un refugio con tallos y ramas de bambú y ahora cocinaban algo para cenar. Seguramente, sus casas se habían incendiado y se estaban preparando para pasar la noche fuera.

Agucé los oídos para captar su conversación. A partir de lo que decían, cabía deducir que las casas de toda la carretera principal habían cerrado a cal y canto sus postigos para mantener a distancia a los supervivientes. En una tienda de artículos diversos, a este lado de la estación Mitaki, en la línea Kabe, se había encontrado a una mujer que, tras colarse clandestinamente en uno de sus armarios, había muerto allí dentro. Cuando el dueño de la tienda sacó el cadáver a rastras, descubrió que el vestido que llevaba era el mejor kimono de verano de su propia hija. Al arrancarle escandalizado el kimono, se encontró que la mujer no llevaba encima ninguna ropa interior. Seguramente había salido corriendo desnuda cuando se incendió su casa pero, por su condición de mujer joven, antes incluso de buscar agua o comida, había tratado de cubrir su desnudez de algún modo. Estos supervivientes se preguntaban si bombas como la de ese día en Hiroshima se arrojarían también en otras ciudades. ¿Qué hacían los buques de guerra japoneses y la infantería?, se decían unos a otros. Sería asombroso que no se produjese una guerra civil.

Regresé silenciosamente por donde había venido, a través del cañaveral, y con un «vámonos» dirigido a mis acompañantes nos dispusimos a continuar la marcha, pese a tener un dolor punzante en los dedos de los pies.

—Vamos —volví a insistir, pero ni Shigeiko ni Yasuko respondieron con una

palabra. Parecían estar profundamente exhaustas—. ¡Bien, entonces yo me largo! —dije abruptamente, y esta vez se levantaron fatigosa mente y empezaron a prepararse.

El dolor que sentía en los pies hacía que estos casi bailasen al caminar. Yasuko y Shigeko se quejaban también del dolor. Yo mismo debía de haber caminado ya alrededor de dieciséis o diecisiete kilómetros; mi esposa, unos ocho o nueve; y Yasuko, otros ocho. Mientras andábamos, comíamos arroz tostado; introducíamos la mano en la bolsa de tela que llevaba mi mujer, sacábamos un puñado, nos lo metíamos en la boca y lo masticábamos. Poco a poco, se convertía en azúcar y se sentía su sabor dulce: era mejor que el agua y el pepino. El método más eficaz era masticarlo al andar, al igual que lo habían hecho los antiguos viajeros cuando llevaban arroz tostado para sus largos trayectos. Finalmente, nos lo tragábamos, cogíamos otro puñado de la bolsa de tela y nos lo metíamos en la boca. El arroz tostado podía tener un aspecto poco atractivo, pero yo le daba gracias de todo corazón al pariente de mi esposa que nos lo había enviado.

La carretera principal estaba salpicada de gente que vagabundeaba de un sitio a otro. Tal como habían anunciado las personas a la que había escuchado hablar en el cañaveral, las casas de las márgenes de la carretera tenían las puertas cerradas a cal y canto, y las casas que tenían un portalón techado lo tenían cerrado. Junto a una de las verjas con las puertas cerradas, había un montón de paja quemada. Me pregunté si le habrían prendido fuego los supervivientes que pasaban por ahí.

Por lejos que fuésemos, las casas a orillas de la carretera tenían las puertas cerradas. Al contrario que la vaharada caliente que se respiraba en la ciudad, la brisa que soplaba aquí era fresca, y el viento mecía las plantas de arroz. Los clérigos de la iglesia católica que daba a la fachada norte de la estación de Yamamoto nos sobrepasaron corriendo con una camilla a toda velocidad. Con ellos iba un sacerdote, de poco más de cincuenta años, al que había visto a menudo en el tren a Kabe, en mi ruta diaria al trabajo. Corría jadeando y a cierta distancia de los que transportaban la camilla y, al pasar, me miró rápidamente a la cara e hizo un gesto de cabeza en señal de reconocimiento. «Buena suerte», le dije, nada más pasar de largo.

Por fin, llegamos a la estación de Yamamoto. De aquí en adelante, los trenes circulaban con normalidad. Había uno parado en la estación con todos los vagones llenos, aunque logramos introducirnos a duras penas en el vestíbulo de uno de ellos. A pesar de los apretones, traté de lograr algo de espacio empujando suavemente un paquete que tenía justamente enfrente de mí. Envuelto en una tela, el paquete iba cargado sobre los hombros de una mujer de unos treinta años. Como había algo en él que, en cierto modo, lo hacía distinto de un fardo de objetos personales, traté de tocarlo con la mano, furtivamente. Toqué algo que me pareció una oreja humana: en el fardo debía de haber un niño. Llevar a un niño a cuestras de esa manera era inaceptable, por lo que era casi seguro que acabaría por ahogarse en un lugar tan apretado.

—Perdóneme, señora —dije, cortésmente—, ¿es su hijo el que lleva ahí?

—Sí —respondió ella, con una voz apenas audible—, está muerto.

—Lo siento —dije, desconcertado—. No sabía... Le pido disculpas por empujar y...

—No se preocupe —dijo con dulzura—. Nadie puede evitarlo en medio de un gentío como este. —Se volvió a colocar el atado en el hombro, bajo la cabeza, y de repente se echó a llorar.

—Fue cuando estalló la bomba —dijo ella entre sollozos—. La cuerda de su cuna se rompió, la onda lo lanzó contra la pared y murió. Entonces, la casa se incendió, así que lo envolví en un cubrecama y me lo traje cargado a la espalda. Lo llevo a mi antigua casa en Iimori para enterrado allí, en el cementerio.

Dejó de llorar y de hablar al mismo tiempo. Me faltaban las fuerzas para preguntarle nada más.

Un milano giraba en el aire, por encima de los cables. Las cigarras chirriaban alegremente y un zampullín volaba de aquí para allá entre los nenúfares que había junto a la carretera. Todo era perfectamente corriente pero, de algún modo, parecía una escena extraordinaria...

El conductor anunció la salida inminente del tren, levantando un clamor de rabia entre los que no habían conseguido subir a él. Luego, el tren dio una sacudida y frenó en seco.

—¿En qué diablos estáis pensando? ¿Nos vamos o no nos vamos? —bramó una voz, seguida de otra que se lanzó a pregonar un discurso desde algún lugar del vagón:

—Señoras y señores, pueden ver con sus propios ojos a qué triste estado de decadencia han llegado los ferrocarriles del Estado. Preocupados únicamente de transportar mercancías del mercado negro, no manifiestan más que desprecio por el pasajero común y corriente... —Pero esta vez el tren arrancó con suavidad, y el resto del discurso se perdió para siempre bajo el traqueteo de las ruedas.

Capítulo 8

Los raíles del ferrocarril y la carretera principal a Kabe discurrían en paralelo, de modo que podíamos ver a los supervivientes marchando penosamente a pie o siendo acarreados en carretillas. Todos ellos iban en dirección a Kabe. Debíamos de haber adelantado a varios centenares de ellos cuando, sin previo aviso, el motor, o alguna otra parte de la maquinaria del tren, falló, y este frenó bruscamente con una sacudida.

—¡Qué demonios pasa! —se oyó que decía alguien—. ¡Esta no es la estación! ¡No me extraña que se diga que los ferrocarriles del Estado se están viniendo abajo! —Otro pasajero saltó de la plataforma del vagón. Era un hombre de mediana edad y aspecto saludable; subió a la carretera principal, se ajustó el morral de red a la espalda y, sin casi mirar atrás, se puso a caminar en dirección a Kabe.

El tren no daba muestras de querer ponerse en marcha. Estábamos hacinados como sardinas en lata, y el calor era insoportable.

—¡Adelante, ferrocarriles del Estado! —exclamó otra voz desde dentro del vagón—. ¿Te vas poner en marcha ahora o no? Si no, yo me largo también andando. —Y alguien, al parecer quien había pronunciado esas palabras, salió del tren por la ventanilla. No lo alcanzaba a ver bien desde donde me encontraba pero, según parece, tres o cuatro personas más siguieron su ejemplo y salieron por distintas ventanillas. Una docena de pasajeros más salieron también al cabo de un rato. Gracias a esto ganamos más espacio dentro del tren, y poco a poco logré alejarme del vestíbulo y aproximarme al interior del vagón; mi esposa y mi sobrina ya habían conseguido entrar en él. La mujer que llevaba a hombros a su hijo muerto en el cubrecama blanco aún seguía en el vestíbulo.

Desde fuera de la ventana, llegó la voz del conductor anunciando al pasar: «Debido a una avería, el tren va a sufrir un retraso». Al oír esto, tres o cuatro pasajeros más abandonaron el tren por las ventanillas. Un grupo de personas que tenían el aspecto de ser familia se ayudaron unos a otros a salir por la ventanilla; luego, con un «y ahora el niño, si tiene la amabilidad», hicieron que la gente del interior del vagón les entregara el pequeño, al cual esperaban con los brazos extendidos.

Algunos más se abrieron paso a empujones entre la aglomeración. Como consecuencia de todo ello, ganamos un espacio considerable, y los pasajeros que hasta ese momento habían permanecido callados, empezaron a hacer tentativas esporádicas de conversación. Todos ellos, sin excepción, hablaban sobre el bombardeo. Cada uno contaba lo que había visto u oído personalmente, sin relación con los demás, de modo que era imposible incluso sintetizar sus historias para

hacerse una idea general del desastre. Con todo, vaya transcribir algunas de ellas, tal como las recuerdo.

El hombre de unos cuarenta años que estaba a mi derecha, con su *zugin* colgado a la espalda con una cuerda, tenía media cara desollada y quemada: sus heridas eran mucho más graves que las mías. Incluso se le habían abrasado totalmente las cejas; tenía los ojos tan hundidos en sus cuencas que bien podía haber sido esa la causa de que no los perdiera. Llevaba un rato mirándome de reojo cuando, de pronto, me espetó:

—¿Me permite que le pregunte dónde le pilló a usted?

—En la estación de Yokogawa —le dije.

—Soy del vecindario del puente de Fukushima —dijo él—. Acababa de salir del refugio cuando se me vino encima.

Había regresado a buscar sus cigarrillos y cerillas, que se había dejado en la repisa, y acababa de salir cuando le llegó de improviso el resplandor y se dio cuenta de que no veía nada en torno suyo. No obstante, enseguida comprobó que aún podía mover los brazos y las piernas, así que, a trancas y barrancas, alcanzó la entrada principal de su casa; si llegó hasta allí andando o se arrastró, no lo sabía a ciencia cierta. La primera cosa que supo es que había recuperado la vista y que podía ver su casa, la cual había sido reducida a escombros. Supuso que la onda expansiva la había golpeado directamente. Su hija pequeña, que estaba en la escuela primaria, y su esposa habían sido evacuadas a Kabe, pero su hija mayor, que asistía al Instituto Femenino Municipal, había ido a trabajar a Nakajima Honmachi para contribuir a la demolición de las casas con el fin de hacer una línea de cortafuegos. Preocupado por ella, el hombre había empezado a correr, pero al llegar al inicio del puente de Fukushima, se encontró con Yoda, un conocido, que corría en dirección opuesta.

—¿En qué situación está su casa?

—Arrasada. Estoy preocupado por mi hija. Voy a ir a donde ella trabaja, en Nakajima Honmachi.

—¡No debe ir, no debe! Le digo que la explosión alcanzó de pleno al Instituto Femenino, y ha muerto todo el mundo. ¿Va a meterse directamente en un mar de fuego y abandonar su oportunidad de escapar?

—Lo siento, tengo que ir... —Hizo ademán de empezar a correr, pasando junto a Yoda, pero vio que era inútil: dondequiera que mirase, las llamas se habían apoderado de todo.

—¡No lo haga, no lo haga! ¡No se acerque! —dijo Yoda, sujetándolo con la mano, así que abandonó la idea, y huyó con él hasta Koi-machi.

Yoda estaba en su casa, en Tenma-chō, cuando cayó la bomba, y aunque no se apreciaba en él ninguna herida, sangraba por la boca. El hombre de ojos hundidos se examinó la boca y descubrió que le faltaban dos dientes. También se quejó de que sentía frío en las manos y piernas. ¿Qué habría provocado que se le cayeran los

dientes? Según dijo, no se había dado ningún golpe, por lo que tenía que haber sido la onda expansiva. Era tan extraño que no se le cortara la hemorragia...

Yoda tenía parientes en Koi-machi. Fueron a su casa y, cuando los parientes le estaban aplicando un vendaje empapado en aceite de colza en las quemaduras de la mejilla, apareció el primo de Yoda con la espalda abrasada. Había estado en Tenmachō en el momento de la caída de la bomba. Tenía la espalda roja y abultada, como la cresta de un gallo, y se le había desprendido la piel como una hoja de papel.

—Ha de doler muchísimo —le dijo Yoda. Él le contestó que no era doloroso, pero si se secaba demasiado, le tiraba de la carne y le escocía. El único tratamiento, para él también, era ponerse aceite de colza.

—Me pregunto qué significa —concluyó el hombre de ojos ahuecados—: Tampoco yo siento ningún dolor.

—Ni yo; ni el más mínimo —dije.

Si nuestras quemaduras se hubieran debido al agua hirviendo o al fuego, el dolor habría sido insoportable durante, al menos, dos o tres días. De hecho, lo único que sentíamos era una especie de escozor que se activaba con cualquier estímulo particularmente intenso. Era precipitado generalizar a partir de estos síntomas, pero él sospechaba que el calor intenso había entumecido los nervios bajo la piel quemada, de modo que ahora no se notaba ningún dolor. Las quemaduras que habían sufrido aquellos pasajeros del tren eran producto de los incendios, pero no de la exposición directa al calor de la bomba. (Más tarde descubrí que, en realidad, había otras personas que padecían dolores intensos a causa de las quemaduras provocadas directamente por la bomba).

Un pasajero que estaba junto a mí me dijo de pronto: «Discúlpeme», y vomitó desde la ventana. Luego, me pareció que, resignado al hecho de vomitar de nuevo, había salido del tren para hacerlo desde la plataforma. Para entonces, la mayoría de los pasajeros con diarrea estaban ya congregados allí. Sin duda, las personas que, poco antes, habían salido por la ventana, habían experimentado frecuentes ataques con el mismo tipo de síntomas. Yo sufría accesos más leves pero del mismo tipo aunque, contando desde la mañana, estos aparecían únicamente una vez cada tres horas. El hombre con ojos hundidos dijo que sus diarreas se producían más o menos con la misma periodicidad. Por su parte, mi mujer y mi sobrina dijeron que no tenían ninguno de estos síntomas.

Yo atribuí la causa a una epidemia repentina de disentería, pero el hombre dijo que él suponía que debía tratarse de una consecuencia directa de la bomba. Según su teoría, cuando los seres humanos o los animales bebían o comían demasiado, o ingerían algo perjudicial para el sistema, el cuerpo expulsaba la sustancia nociva mediante un trámite fisiológico como el vómito o la diarrea. Asimismo, el cuerpo rechazaba cosas de un modo similar cuando estaba muy cansado para realizar la digestión o para funcionar correctamente. Muchas de las personas que habían estado expuestas a la bomba sufrían ahora diarrea, si bien, en su caso, los síntomas no

parecían corresponder a ninguna de estas circunstancias. Por tanto, de acuerdo con él, alguna sustancia nociva se había introducido en sus cuerpos a través de la piel, alterando el funcionamiento de los distintos órganos y provocando la indigestión. Probablemente, los jugos gástricos e intestinales la expulsarían junto con el resto de alimentos ingeridos.

—¿Lo ves? —dijo el hombre de ojos hundidos—, es evidente que los órganos del cuerpo se organizan como las piezas de una ingeniosa maquinaria. Así, si tienes un ataque de diarrea, no debes oponerte a él. Si lo único que pretendes es frenarlo, alterarás probablemente el equilibrio de la maquinaria.

Un muchacho, que había estado sentado hasta ese momento, cedió su asiento a una anciana que permanecía de pie junto al hombre de ojos hundidos. Calculaba que estaría en su tercer o cuarto año en la escuela media. La anciana, supongo que por gratitud o por mera curiosidad, insistió en hablar con el chico —quien no parecía muy dispuesto a la conversación— y en tratar de explicarle lo que había ocurrido cuando cayó la bomba. Me parecía demasiada obstinación por su parte.

De repente, el muchacho, con una expresión de suma repugnancia, empezó a contar su historia. Estaba en su casa cuando estalló la bola de fuego. Tras el fogonazo y el atroz estruendo, salió corriendo a la calle. En ese instante, la casa se desplomó y él perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, se encontró a sí mismo atrapado entre las vigas y otros travesaños, y a su padre tratando de sacarlo de allí. Con un palo de madera para hacer palanca y levantar los travesaños en los que había quedado inmovilizada la pierna de su hijo, su padre no cesaba de infundirle coraje en ningún momento. Pero las llamas, que empezaban a cerrarse sobre ellos, ya habían alcanzado los escombros de la casa.

—Vamos, tira de la pierna —decía su padre. Pero su pierna estaba firmemente atenazada. El fuego ya los había cercado por tres lados distintos. Su padre miró a su alrededor, y dijo—: Es inútil; no pienses mal de mí; tengo que irme; ¿no pensarás mal de mí, verdad, hijo? —Y, tirando al suelo la palanca de madera, se marchó corriendo.

El muchacho gritó: «¡Papá, ayúdame!», pero su padre solamente miró atrás una vez más antes de desaparecer. Desesperado, se hundió entre los travesaños pero, al instante, súbitamente, dejó de sentir el obstáculo sobre su tobillo y pudo salir de allí gateando entre las vigas. Su pierna se había liberado de la tenaza de los troncos de madera, igual que en uno de esos rompecabezas chinos donde parece imposible dar con la solución hasta que se acierta por casualidad. Así pues, se marchó corriendo por una carretera que le condujo hasta un paso abierto entre los fuegos y, después, siguió corriendo hasta la casa de su tía, en Mitaki-machi, donde encontró a su padre. La reunión entre padre e hijo había suscitado tantos sentimientos contrapuestos que todos ellos, incluida la tía, se habían quedado sin palabras, y el padre sin saber cómo afrontar una situación semejante. El muchacho huyó de allí y se subió en un tren que iba a Kabe, en el campo, con la intención de llegar hasta la casa de su madre, ya fallecida.

Cuando terminó su historia, el muchacho arrugó la frente y frunció los labios. La anciana se sentó remilgadamente, con la cabeza baja, y no dijo nada más, casi como si se la hubiese regañado. Era una persona de alrededor de sesenta años, de aspecto elegante, que llevaba una toalla de algodón alrededor de su frente.

Los asientos junto a la ventana del lado que daba a la carretera estaban ocupados por una mujer de unos treinta años y un hombre que rondaba los cincuenta. La mujer llevaba una camisa blanca estampada con crucecitas de color azul y unos pantalones anchos de un material rígido de color amarillo. Era regordeta de cara, y sus ojos eran bastante agradables. El hombre llevaba puesta una camisa de lino con un emblema familiar, que tenía pinta de haber sido zurcido a partir de un kimono que hubiese pertenecido a su bisabuelo o a alguien así. También llevaba unos pantalones anchos, del mismo material, y botas de goma. Ambos tenían el aspecto de proceder de familias que conservaban las prendas antiguas que, en su tiempo, estaban de moda.

—Vaya, seguramente, ese de ahí es el joven Yukio —dijo el hombre de la camisa con emblema a la mujer—. Ella miró, y empezó a llamar al niño, de ocho o nueve años, que caminaba por la carretera:

—¡Yukio! ¡Dime, Yukio! ¿Adónde vas? ¿No vas a coger el tren? ¿Por qué no subes al tren?

El muchacho frenó en seco y miró en su dirección; luego, con apenas un movimiento de cabeza de saludo o negación, recuperó el paso fatigado de antes. En el cubo contra incendios que llevaba en la mano podían distinguirse las palabras «Equipo 3, Nakahiro-machi». Con toda probabilidad, había cogido el cubo sin darse cuenta de lo que hacía cuando cayó la bomba, y se había aferrado a él desde entonces.

—¡Yukio! ¡Eh! ¿No sabes que este tren va a Kabe? ¡Yukio! ¿Qué te pasa? —La mujer sacó la cabeza por la ventana para llamarlo, pero no hubo respuesta.

—Bueno, se ha marchado —dijo el hombre de la camisa con el escudo bordado—. ¡Mira que llevar un cubo así de la mano: qué extraño!

En varias partes del vagón se habían iniciado conversaciones, y yo podía oír con bastante claridad lo que el hombre de la camisa del escudo decía. Se quejaba de que el departamento de defensa del ayuntamiento hubiera sido tan descuidado en el cumplimiento de sus funciones durante el bombardeo. Los funcionarios del departamento, decía, habían faltado incluso a su deber de informar al cuartel general del ejército después del ataque. (*La verdad acerca de la bomba atómica*, una obra de Shigeteru Shibata publicada posteriormente, con ocasión del décimo aniversario de la bomba, lo cuenta de manera muy diferente: «En la tarde del día que cayó la bomba, el Sr. Nada, jefe del departamento de defensa, pensó que, de acuerdo con los planes previstos en caso de emergencias de guerra, tenía la obligación de informar al Cuartel General de la Quinta División sobre el alcance de la destrucción sufrida en el ayuntamiento y en los alrededores, y envió un comunicado oficial al respecto. En aquel momento, por supuesto, no tenía la menor idea de la magnitud de la devastación que había sufrido toda la ciudad. El mensajero no se hizo esperar con la

respuesta. “No existe ya el Cuartel General” —informó el mensajero—. “¿Cómo que no existe ya el Cuartel General?”. “Pues eso, que no existe: ya no queda nada”. “¿Qué ha ocurrido entonces?”. “No lo sé”. El mensajero también añadió que el foso alrededor del Cuartel General de la División —que estaba junto al torreón, dentro de lo que había sido el foso interno en la época feudal—, estaba cubierto de cadáveres de soldados calcinados. Al oír esto, el jefe del departamento de defensa se dio cuenta de que no se trataba de un desastre común y corriente». En otras palabras, el hombre de la camisa blanca se había dejado inducir, al parecer, por una información errónea. Por cierto que el propio autor del libro murió posteriormente a causa de la enfermedad de la radiación).

La antipatía del hombre de la camisa de lino por la burocracia se extendía también al ámbito militar.

—Hace tan solo unos días —dijo—, he visto una pequeña escena que resume a la perfección las relaciones entre el cuerpo militar y el cuerpo civil.

En un tren en el que había viajado desde Yamaguchi hasta Hiroshima, dos o tres días antes, un teniente del ejército se había quitado las botas y se había despatarrado en el asiento, ocupándolo por entero, a pesar de que el tren iba atestado de pasajeros. Pese a que su manera de proceder era totalmente escandalosa, nadie se quiso hacer responsable de afearle la conducta. Hasta el revisor que pasó solicitando los billetes fingió no haber visto nada. Después de un rato, cuando el tren entraba en Tokuyama, uno de los pasajeros dejó caer una bola de arroz cocido en cada una de las botas del oficial y, acto seguido, se bajó del tren con el aire más inocente del mundo. A continuación, otro pasajero agitó con cuidado ambas botas para asegurarse de que el arroz llegaba hasta la puntera de cada una, antes de descender él también del tren. Por descontado, el pasajero había removido las botas para asegurarse de que, considerando la escasez de alimentos, obtendría la máxima recompensa con un sacrificio tan noble. El militar seguía dormido como un tronco. A su alrededor, los pasajeros que permanecían de pie y que habían presenciado la escena lo miraban dormir sin disimular una sonrisa de oreja a oreja, aunque varios de ellos se cambiaron de vagón por miedo a verse implicados. El soldado se despertó cerca de Ōtake y, poco después, cuando el tren se acercaba a Hiroshima, se levantó, se puso las botas, se caló la gorra de visera y sacó pecho. Por la cara le cruzó una expresión de extrañeza, como si algo inexplicable hubiera ocurrido. Se quitó las botas a toda prisa, vio los granos de arroz pegados a sus calcetines y montó en cólera...

Al sentir el codo de la mujer empujando el suyo, el hombre de la camisa de lino dejó de hablar. Pero sintiendo, según parece, la necesidad de acabar la historia con dignidad, se volvió a una mujer que estaba sentada cerca de él y que tenía aspecto de dueña de un restaurante.

—Perdone, señora —dijo—, ¿hasta dónde va usted?

La mujer lo saludó con una mirada de resignación y explicó que ella no tenía ningún sitio adonde ir. Su marido, un trabajador, había muerto en la guerra, así como

el hermano más joven de este; su propio hermano pequeño estaba en el frente, y ella no tenía a nadie a quien poder recurrir. Esa misma mañana, su único hijo, un niño de ocho años, había salido despedido desde una escalera de mano debido al estallido de la bomba y había muerto en el acto.

Ella vivía en una de las casas alineadas junto al muro de arcilla de un restaurante. En el recinto de dicho restaurante, las ramas de un granado que se extendía por encima del muro hasta el otro predio habían dado seis o siete frutos. Dio la desgraciada casualidad de que el niño acababa de regresar del lugar en el campo donde había sido evacuado y, antes de marcharse, había dejado bajo las ramas del árbol una escalera de mano que había pertenecido a su padre. Mientras ella miraba lo que hacía el crío, preguntándose qué estaría tramando, este trepó por la escalera y, aproximándose con los labios a cada una de las granadas, les susurró una a una: «¡Granada, no caigas hasta que yo vuelva!». Entonces, el cielo escupió una bola de fuego, y se produjo un gran estallido que derrumbó la pared e hizo volcar la escalera, y una teja que salió despedida, o un trozo del muro de arcilla, lo mató en el acto.

El año anterior —siguió contando—, las ramas que colgaban del lado de su jardín habían dado tres o cuatro granadas, aunque todas ellas se habían caído mientras aún estaban verdes. El niño les había infundido ánimos para asegurarse de que, este año, crecerían con tranquilidad. La madre suponía que era la manera del chiquillo de tratar de influir sobre las ramas, por si acaso no se les ocurría a ellas solas. Solo pensarlo hacía aún más patético todo lo que había ocurrido; ella empezó a llorar desconsoladamente.

En el vagón, las opiniones se dividían, en términos generales, entre aquellos que creían que el ruido que había acompañado a la deflagración era una mera explosión, y aquellos otros que habían oído un estallido infernal. Personalmente, yo no tenía ninguna duda: jamás lo habría descrito como una explosión sino como un estallido infernal. El centro del bombazo habría sido alrededor del puente de Teiji, aunque quienes se encontraban en un radio de dos o menos kilómetros de allí dijeron que no habían oído la explosión. Incluso aquellas personas que estaban a una distancia de, por lo menos, cinco kilómetros, estaban de acuerdo en que lo que habían oído era un estampido descomunal unos segundos después del fogonazo. Al mismo tiempo que sonaba el estallido, las ventanas saltaban hechas añicos y los edificios se tambaleaban.

Vi que el cúmulo que se produjo en lo alto del cielo tras la explosión era como un monstruo gigantesco con la forma de una medusa. Seguramente se habría visto de diferentes maneras según la distancia. Entre los pasajeros, había alguien que decía que era una nube, como un enorme del hongo matsutake.

Me daba la impresión de que el tren llevaba casi dos horas sin moverse, pero cuando pregunté la hora a alguien, descubrí que apenas habían pasado más de treinta minutos. De hecho, la parada no podía haber durado tanto como yo pensaba, ya que no había sentido ningún síntoma de diarrea en ese espacio de tiempo. Tanto es así que

no volví a tener ningún otro síntoma en todo el camino hasta que llegamos a la fábrica.

En la fábrica de Furuichi, el director y el capataz salieron personalmente a recibirnos a la sala de visitantes, para darnos la bienvenida y comprobar que estábamos sanos y salvos. Las lágrimas brotaban a su antojo sin que pudiéramos controlarlas. Una chica de la oficina nos trajo agua del pozo, acompañada de unas jofainas y un cubo. Un portero me trajo un traje limpio. Escurrí una toalla y me froté con ella por todo el cuerpo. A pesar de las muchas veces que vacié el cubo de la jofaina, el agua siempre salía negra, así que opté por poner fin a la limpieza y ponerme de todas formas ropas limpias. Shigeko y Yasuko se marcharon a la cocina.

Entré en el despacho del jefe y le informé de los daños de los que había sido testigo en Hiroshima. Aunque el sol ya se había puesto, fuimos a hacer una visita de reconocimiento a la fábrica. Casi todas las ventanas estaban rotas y había cristales desperdigados por el suelo, pero el edificio y las máquinas de hilar y tejer estaban intactos. Salvo por los cristales que faltaban en las ventanas, tampoco había ningún desperfecto en las salas de máquinas de agramar y desmotar el algodón. En la cocina, no había tanto vapor como habitualmente debido a que los vapores se escapaban por el agujero que había dejado el ventilador al saltar por los aires. Pregunté al cocinero si había habido algún incidente: únicamente se habían caído unos cuantos platos de tamaño mediano que estaban apilados en un estante, pero nada más que eso.

En los dormitorios de los trabajadores observé que, bajo un periódico, había unos cristales rotos barridos y amontonados en una esquina del pasillo. Algunas de las trabajadoras estaban cogiendo sus pertenencias de los armarios y empaquetándolas.

El supervisor de los dormitorios me informó de que la dirección había dado permiso para ausentarse a los trabajadores que vivieran en la ciudad, con el fin de que al menos los heridos leves pudieran regresar a sus casas en el campo. Los jefes de las distintas secciones, que solían quedarse en la fábrica, habían regresado a Hiroshima por miedo a que la seguridad de sus familias estuviese en peligro y, aparte de los obreros y los celadores, solamente el director y el capataz de la fábrica habían permanecido en su puesto. Era cierto que, en semejantes condiciones, la fábrica no podía seguir funcionando. Sin embargo, más cierto aún era que todo el mundo, incluido yo mismo, estábamos preocupados por que se produjese un nuevo ataque aéreo.

Capítulo 9

EL 30 de junio era el día del festival Sumiyoshi, en el puerto de Onomichi. En el pueblo de Kobatake, esta festividad se celebraba con una ceremonia en la que se dejaban algunos farolillos flotando en el río con el fin de llamar la atención del dios de Sumiyoshi e invocar su protección contra las inundaciones. Se colocaban velas encendidas dentro de cuatro pequeñas plataformas flotantes, hechas de madera sin pulir ni barnizar, en las que figuraban los nombres de cada una de las cuatro estaciones, y se dejaban a merced de la corriente en los remansos que había a lo largo del curso del río. Se creía que si, por ejemplo, el flotador de otoño era inmediatamente arrastrado fuera del remanso, habría riesgo de inundaciones en otoño.

Aquel día, Shigematsu estaba encendiendo un fuego para calentar el baño cuando el cartero trajo una carta urgente para Yasuko. La propia Yasuko se había marchado a Shinichi-chō para hacer algunas compras. El remitente de la carta era Gentarō Aono, del pueblo de Yamano, el joven que le había propuesto matrimonio a Yasuko. Esta era la primera vez que se acercaba a Yasuko sin intermediarios. La caligrafía del sobre era excepcionalmente limpia, y eso no era una mala señal, pensó Shigematsu.

—Pon esta carta en la mesa de Yasuko, ¿quieres? —dijo él, dándosela a Shigekeo—. No sé lo que dice, pero el hecho de que la haya escrito demuestra al menos que el joven está interesado. Ojalá todo se hiciera del mismo modo...

Shigematsu salió del baño y entró en su habitación. Debía terminar de copiar su «Diario del bombardeo» lo antes posible. Trabajó durante toda la noche, sin ni siquiera ir a ver el festival de las Linternas.

7 de agosto. Buen tiempo.

Al levantarme, la brisa de la mañana se filtraba por la ventana rota y me acariciaba la cara. Era una bruma espesa, y el hecho de que sintiese su roce en ambas mejillas significaba que había recuperado la vitalidad en la mejilla izquierda quemada. Tanto mi mujer como Yasuko ya estaban levantadas, y sus camas vacías.

A través de la niebla, me llegó un clamor de voces: «Eh, tú, el del camión —dijo alguien en voz alta—, ¿aún caben una o dos personas más!». «¿Por qué malgastas tu tiempo? —dijo otro—; son ya las cinco y media». Según parece, una gran parte de los heridos había llegado de Hiroshima la noche anterior, después de haberme ido a dormir. De acuerdo con el anuncio del director, el día anterior por la noche, aquellos empleados que no tuvieran heridas de gravedad serían enviados a sus casas y reemplazados por otros trabajadores de refresco, los cuales llegarían en dos camiones

a las cinco de la mañana. Los camiones transportarían a los supervivientes y sus pertenencias hasta la estación de Furuichi y, en el camino de vuelta, traerían a cualquier trabajador malherido de la empresa que encontraran en la estación o durmiendo en la cuneta.

Traté de enderezarme en la cama, pero un dolor atroz me traspasó los hombros y descendió por la espina dorsal hasta las piernas. Aun asumiendo que se trataba del cansancio, era un dolor de una naturaleza distinta a los que yo conocía. Tumbarme de costado representaba un tormento, aunque se me ocurrió una idea brillante. Con la mano derecha, tiré del trasero de los pantalones de modo que pudiera colocar el cuerpo de costado. Luego, me encogí levantando el culo y me puse de rodillas; así, poco a poco logré levantar el tronco e incorporarme. Los que sufren lumbago lo hacen del mismo modo: apoyan un codo en la cama mientras hacen palanca con el otro brazo. Con ese procedimiento, el brazo del codo que se apoya en la cama adopta la misma posición que cuando un bailarín se levanta del suelo en una danza japonesa clásica. De ahí que se me ocurriera pensar que, tal vez, el inventor de la danza japonesa sufriera de lumbago.

Tras conseguir levantar la mitad del cuerpo, apoyé una mano sobre el quicio de la ventana y, presionando en la espalda con la otra, logré ponerme recto. Al apoyar el peso sobre las piernas, sentí punzadas de dolor en los pies. Cuando me moví, fue como si pisara sobre agujas, pero no podía quedarme donde estaba. Agarrándome a la ventana, anduve de un lado al otro de la habitación hasta que mis músculos se acostumbraron al movimiento. Finalmente, me encontré capaz de andar. Era una suerte no haberme quitado los pantalones y la camisa antes de acostarme; las circunstancias hacían que me resultaran bastante convenientes los hábitos no convencionales para dormir. Empecé a sentir dolores fuertes en el estómago. Bajé las escaleras a cuatro patas, con los pies por delante, ya que, como sabe muy bien cualquier niño pequeño, se trata de un método que facilita la tarea de bajar escalones porque permite apoyar mejor el peso del cuerpo. Al volver del lavabo, los dolores que tenía en el estómago, en los hombros y en la cadera se habían calmado, pero, cuando eché a andar, el dolor en los dedos de los pies era tan fuerte que me hizo saltar.

Al llegar a la entrada de la fábrica, descubrí que los trabajos de ayuda habían avanzado bastante y que, únicamente, habían quedado allí unas veinte personas de la primera tanda. Con sus sacos y pertenencias más pesadas amontonadas en el suelo, esperaban junto a la escalinata de piedra a que el camión volviera a buscados. Mientras los miraba, uno de ellos gritó: «¡Lo he visto!, ¡yo lo he visto primero!». Y, saliendo a toda velocidad hacia el patio, recogió lo que parecía una tira de papel que caía revoloteando desde el cielo.

«¿Qué tienes ahí? —dijo uno—: apuesto a que es un billete de cinco o diez yenes».

Pero, después de todo, no era más que un trozo de papel, un fragmento quemado de una hoja de partitura. Seguramente procedía de la casa de alguien —o, tal vez, de

un aula de alguna escuela de primaria— y, tras ser arrastrado al cielo por el estallido de la bomba del día anterior, había estado dando vueltas por el vacío durante todo un día y toda una noche antes de volver a caer. Bajo los pentagramas se leían las siguientes palabras: «flor de cerezo, flor de cerezo, en el cielo de primavera...». El director se lo arrebató al otro hombre y lo miró: «Terrible —dijo—, realmente, lo único que...», y se lo metió en el bolsillo.

Con la llegada del camión, la última tanda de damnificados se despidió del director. «Mucha suerte» —dijeron a coro— y, a medida que el camión se alejaba, él levantó la mano, gritando: «¡Nunca, nunca digáis morir! ¡Mantened la sonrisa!». Tal vez una frase como esa sonaba a burla hueca en un momento así, pero ¿qué otra cosa podía decir?

El número total de supervivientes rondaba los doscientos cincuenta. No solamente se dejó marchar a los heridos más leves, siempre y cuando tuvieran algún lugar adonde ir, sino también al resto de trabajadores. Esta decisión fue tomada en ese mismo momento por el Sr. Fujita, el director de la fábrica, de ahí que permanecieran en la fábrica unas cien almas: los que estaban demasiado heridos para moverse, los que se habían prestado como voluntarios para quedarse y cuidar de ellos, y los que ya residían habitualmente en los dormitorios, así como los miembros de sus familias.

Los empleados que vivían solos en los dormitorios se encontraron con que, tras dejar a sus familias en Hiroshima, no solamente no tenían casas a las que regresar sino que tampoco tenían forma de volver a buscarlas. Así pues, no habían podido hacer otra cosa que quedarse allí y esperar. Entonces decidí pedir a la sección de turno en la fábrica que cortaran algunos tablones, en piezas de un metro noventa por diez centímetros de ancho, para escribir sus nombres y direcciones en ellas y colocados en algún lugar visible de las ruinas de sus casas. Calculaba que unas quince o dieciséis piezas serían suficientes, una para cada persona, pero un empleado de mediana edad se cortó para sí mismo otras tres piezas más porque, según decía, deseaba colgarlas sobre las ruinas de las casas de varios de sus tíos y tías. Según un hombre de esta sección, llamado Ueda, el empleado de marras no tenía ninguna tía o tío en su familia, y de hecho, Ueda vino especialmente a mi despacho a decírmelo:

—Eso es lo que ocurre cuando persigues ideales como el de la Gran Esfera de Coprosperidad del Sureste Asiático —comentó mientras salía por la puerta—: mientras que *algunas* personas no reciben la parte proporcional que les corresponde en el reparto de bienes, aumenta el número de viudas de guerra y desciende el número de jóvenes.

Salí tras él para alcanzado a pesar de que sabía que me dolerían los pies:

—Tendrías que ahorrarte esos comentarios derrotistas —le advertí. Y no es que ninguno de los dos tuviera precisamente ninguna intención de ocultarle al otro el sentimiento de derrota ...

Después del almuerzo, cuando estaba redactando una lista de las personas que habían regresado a casa, uno de los obreros de la fábrica, un hombre de unos

cincuenta años llamado Nonomiya, vino corriendo a decirme que uno de los heridos graves había muerto:

—No dejaba de dar vueltas por toda la fábrica quejándose y escupiendo sin cesar un líquido amarillo —dijo—. Se quedó tieso de repente.

El muerto, que tenía cincuenta años y era uno de nuestros agentes de negociaciones, acababa de salir de su casa, en Hiroshima, e iba de camino al trabajo cuando cayó la bomba. Sus mejillas se habían hinchado y tenían un color gris pálido, pero ni su vista ni su oído habían sufrido daños. Me puse en contacto con los operarios y les dije que hicieran un ataúd tan pronto como les fuera posible, y envié a un empleado llamado Fujiki al ayuntamiento con una notificación del fallecimiento para que nos dieran instrucciones sobre la inhumación del cadáver. Después, envié a Nonoyima para que avisara a un doctor y a un sacerdote.

Ninguno de los dos mensajeros tardó mucho en estar de vuelta. El ayuntamiento estaba prácticamente cerrado; no aceptaba ni siquiera las notificaciones de muerte, y mucho menos facilitaba información sobre asuntos tales como la inhumación de cadáveres. El doctor no estaba en casa porque había ido a Hiroshima a buscar a su hijo. El otro médico de cabecera que teníamos estaba fuera atendiendo a los pacientes con dolencias graves. El sacerdote estaba demasiado ocupado para venir porque tres de sus parroquianos habían muerto. A cualquier puerta a la que se llamara, la gente estaba demasiado ocupada con sus propios asuntos para prestarle atención.

No sabía qué hacer. Mientras conversaba con el director al respecto, un portero que había salido para hacer gestiones volvió e informó de que había visto mucho humo saliendo de las piras funerarias en las partes secas del cauce del río. El crematorio estaba atestado de gente, y no había tiempo ni para aguardar la cola.

Sin duda, entre todas las emergencias, esta era desde luego la más grave. No había sencillamente tiempo para esperar a certificados de defunción, solicitudes de cremación y cosas por el estilo. Por lo que se refiere a la jurisdicción sobre el censo y otras materias relativas al registro, Furuichi e Hiroshima eran entidades autónomas, y hasta en las épocas de normalidad esta clase de procedimientos requerían un tiempo considerable. Sin embargo, eso no impedía que se pudiera tomar alguna medida respecto a los cadáveres, así que el director envió a alguien de la administración de la fábrica a la ciudad para hacer algunas averiguaciones. El director tenía aproximadamente la misma edad que yo, pero tal vez porque ostentaba un cargo intermedio entre un funcionario oficial y un ciudadano normal era más purista en materia de reglamentos que la media de los burócratas. Su inglés era bueno y, por lo que se refería a la empresa, se le daban mejor los asuntos teóricos que los prácticos: se rumoreaba que para su examen de licenciatura en la universidad había escrito una tesina sobre Richard Roberts, el inventor de la hiladora automática.

A su vuelta, el hombre de administración informó que incluso la policía había admitido que era una necesidad inevitable quemar los cuerpos en el lecho del río. En última instancia, las justificaciones eran de higiene pública porque, en definitiva, no

había quien expidiese certificados de defunción y, en el caso de que alguien hubiera cumplido esa función, no habría habido nadie para recibirlos. Con aquel calor, los cadáveres se descomponían rápidamente, y el crematorio estaba tan lleno de gente que resultaba inservible. Puesto que la urgencia era la máxima prioridad, había que quemarlos en el río, en las colinas, en cualquier lugar distante de donde habitaran seres humanos.

El director meditó la decisión durante un rato:

—Supongo que enterrarlos no es una solución viable. La decisión de enterrar o incinerar los cadáveres ha recaído siempre sobre los estadistas, y deberíamos ceñirnos a esa política de Estado. Sí, supongo que tendremos que incinerarlos en el río igual que los demás. —Se volvió hacia mí, diciendo con severidad—: Pero mira, Shizuma, no podemos incinerarlos así como así. No se puede decir: ¡vaya por Dios, ha muerto!, y despachar el cadáver rápidamente, quemarlo y adiós muy buenas. Está claro que es tratar con demasiada dureza a los difuntos, a menos que podamos darles algo más. Aunque personalmente no creo en la inmortalidad del alma, pienso que hay que tratar a los muertos con respeto. Mira, Shizuma, quiero que ocupes el lugar del sacerdote y que leas un responso cuando fallezca alguien.

Me quedé sin palabras para responder. Fuera o no órdenes del director, recitar los sutras era una tarea que me superaba.

—Me temo que eso va a ser imposible —dije, pero el director insistió, aludiendo a que tenía la impresión de que no cesarían de producirse muertes; me dijo que escogiera algún templo por ahí y que tomara notas sobre las escrituras que el sacerdote leía en los crematorios, así como de los textos que se leían al estilo de la escuela budista Shin, ya que mucha gente de Hiroshima pertenecía a ella.

—Pero Sr. Fujita, me temo que no puedo. Por muchas notas que pudiera tomar, no estoy cualificado para velar por el bienestar de los muertos. Por lo que se refiere a budismo, soy apenas novicio.

—¿Entonces, quién crees que está cualificado? No existe una cosa semejante a un experto o un novicio en estas materias. Un aficionado que oficia en un servicio por los muertos no es igual que un aficionado que administra un medicamento a un enfermo. Tampoco supone una violación de la ley. Aun así, si no te gusta la escuela Shin, es suficiente con que vayas a una Zen o una Nichiren, adonde a ti te parezca bien. Sé que te causo una molestia, pero me temo que lo que te estoy pidiendo es que acates una orden.

Abandoné cualquier otra intención de rebelarme, me eché el *zugin* por los hombros, como si me estuviera vistiendo para salir, y no sin antes concederme el placer de ponerme un par de viejos calcetines *tabi* que tomé prestados del director para que me aliviaran del dolor en los pies, cogí algunas tarjetas con mi nombre y un cuaderno de apuntes, me calcé con unas sandalias de cocina, y me puse en camino.

Conocía unos cuantos templos en Furuichi. Llamé a la puerta de uno de ellos, donde se rumoreaba que vivía un joven sacerdote que había destacado como

estudiante en el noviciado de budismo, pero la anciana que salió a abrirme la puerta me dijo que había sido llamado a filas en la unidad de Akatsuki. A continuación, fui al templo de la escuela Shin, donde había un viejo sacerdote y un coadjutor. El viejo sacerdote estaba enfermo y postrado en cama, y el coadjutor se había marchado a un funeral. Una mujer de mediana edad y con bastantes pocas luces me informó de todo ello, se retiró con mi mensaje al interior del templo, y volvió para conducirme hasta la habitación donde se hallaba el viejo sacerdote.

Era una pequeña estancia a la antigua usanza, el doble del tamaño de una casa corriente, y la cama donde él yacía estaba cubierta por una pequeña mosquitera blanca de niño. En la colcha que lo cubría no había casi pliegues, y apenas un diminuto abultamiento delataba la presencia de un ser humano oculto debajo de ella. Las puertas correderas estaban abiertas de par en par y, del otro lado, se alcanzaba a ver un jardín lleno de calabazas entre rocas escarpadas, musgo y arena, como solía ser típico en los templos.

El anciano me escuchó mientras le relataba en qué consistía el mandato con el que me habían enviado. Luego, se volvió a la mujer de mediana edad, que se había sentado encima del tatami, junto a su cama:

—Querida —dijo—, haz el favor de traerme el «El Triple Refugio» y búscame «La Dedicatoria del Mérito» y el «Himno a Buda»; y también el «Sutra Amitabha» y el «Sermón sobre la Mortalidad». —Su voz era débil y atiplada. La mujer se levantó y fue a buscar todo ello a la habitación contigua.

—Bien, veamos —siguió diciendo—, ¿tendrías la amabilidad de mostrárselos a este caballero? —Aunque formuló su petición con una voz muy tenue, la mujer se movía con presteza para satisfacerla.

Las cinco escrituras habían sido impresas con tampones de madera. Mientras me ponía a copiarlas, el anciano sacerdote pidió a la señora que lo ayudase a incorporarse y, sobre el tatami que había junto a mí, se sentó sobre sus talones, con las manos en el regazo.

—Me temo que esto es sumamente enojoso para usted —me dijo con infinita cortesía, mientras me fijaba en lo frágiles que eran las rodillas sobre las que se apoyaban sus manos—. Me dicen que Hiroshima ha dejado de existir. Algo terrible. Verdaderamente es algo... oh, Dios, cómo decirlo, deplorable...

De algún modo, su voz se había hecho ahora más firme. Paré de escribir y dejé que mi mirada se paseara por el jardín, pero al ver el rojo colorido de las calabazas, las lágrimas me brotaron de los ojos sin que pudiera impedirlo.

Una gran parte del sentido de las escrituras se me escapaba a pesar de que, con el fin de ayudar a su lectura, habían sido escritas con signos indicativos de la entonación general. «El Triple Refugio» y «La Dedicatoria» estaban redactadas en frases chinas de pies métricos que contaban historias de Buda, de la ley, de la salvación de todos los seres, que venían de un tiempo inmemorial, mientras que «El Sermón sobre la Mortalidad» estaba en un japonés más accesible y de andar por casa, en un lenguaje

hermoso que iba directo al corazón.

—En los funerales que oficiamos en nuestra escuela —dijo el anciano sacerdote—, leemos primero «El Triple Refugio», luego «La Dedicatoria», y por último el «Himno a Buda»; por este orden. Después, pasamos al «Amitabha Sutra», y mientras leemos este sutra, los presentes hacen ofrendas con incienso. Entonces, viene el «Sermón sobre la mortalidad», aunque esta vez se lee mirando a la congregación y no al que se ha ido.

Para mostrarme cómo leer las escrituras, me recitó, con una voz sorprendentemente vigorosa, el «Triple Refugio» y «La Dedicatoria». Mientras lo escuchaba, tomaba notas de vez en cuando junto a la copia sobre la forma correcta de leerlas, y después me leyó fragmentos del «Sermón sobre la Mortalidad». Salvo por la monótona letanía de su voz, en la habitación reinaba un absoluto silencio.

No estaba preparado para guiar las almas de los muertos en su viaje al otro mundo; sin embargo —me dije—, al menos mi lectura de los sutras iba a servir de plegaria por su salvación, así que decidí que pondría en ello todo mi corazón y mi alma. La paz que me había transmitido la atmósfera de la habitación me hizo sentir que era capaz de hacerla.

En mi camino de vuelta desde el templo, en un precipitado intento de retener los sutras, empecé a recitarlas para practicar, leyéndolas una y otra vez a partir de las notas que había tomado. Cuando llegué a la fábrica, el ataúd estaba listo para salir. Unas treinta personas se habían reunido en la sala de espera del dormitorio comunitario de los empleados, cuyo suelo estaba cubierto de tatami. El ataúd estaba situado en un estrado bajo, normalmente destinado a actuaciones y discursos, y el incienso ardía en un cubo de juguete que alguien había encontrado y llenado de ceniza con ese propósito. En una botella grande de sake, se había puesto incluso una rama del árbol sagrado que solía utilizarse en los rituales *shinto*. El director entró vestido de traje.

Antes de que me tocara el turno de officiar, me puse una chaqueta del traje que Fujiki, uno de los empleados, me había prestado. Al sentarme ante el ataúd, sentí que mis músculos se tensaban un poco, pero al empezar a leer con los ojos puestos en el cuaderno, se me pasó la inquietud acerca de los congregados. En cualquier caso, mi disposición de ánimo estaba aún lejos del sereno despojamiento de uno mismo que requiere una situación así, y se parecía más a un sentimiento de vacío e irrealidad. Durante mi lectura me encasquillé en dos o tres ocasiones, pero conseguí llegar hasta el final; luego me volví hacia los asistentes e hice una reverencia.

«Gracias, Sr. Shizuma», dijo el director, a lo cual los demás se unieron con un coro unánime de «gracias» y «muy bien hecho». Se me enrojecieron las mejillas y, sin poder soportar la vergüenza, me abrí paso entre las filas de los presentes para refugiarme en la oficina.

No pasó mucho tiempo hasta que alguien vino a informarme de otra muerte. Cuando estaba encargando a los obreros que prepararan otro ataúd más, llegó la

noticia de que se acababa de producir otro fallecimiento. Tan pronto como pusieron el siguiente cuerpo en su ataúd, fui a leer el responso y, esta vez, me pareció que me las arreglaba un poco mejor.

Hacia el final de la tarde, ya se habían producido cuatro muertes más. Las primeras y segundas veces el mensaje era: «Sr. Shizuma, me pregunto si podría usted leer el responso», pero esto degeneró poco a poco en: «Otro funeral, Sr. Shizuma; ¿vendrá, verdad?». No tardé mucho tiempo en sentir que lo prefería de esa forma.

Cuando se nos acabó la leña para los ataúdes, tuve que recitar las escrituras directamente frente al cuerpo del difunto. A este se le cubría siempre la cara con un paño blanco, pero las extremidades, con la característica decoloración de los muertos, quedaban completamente a la vista. Cuando nos quedamos sin paños, los envolvimos con vendajes manchados de sangre oscura. Para ser exactos, lo preceptivo era leer el servicio después de colocar a los difuntos en el ataúd y, mientras no alejase esta idea de mi mente, el hecho de leer delante de un cuerpo sin ataúd tendía a hacer que las cosas no fueran del todo bien. Por fortuna, podía confiar en mi cuaderno de apuntes.

El director comentó con cierta sorna que tendrían que darme «el óbolo» que suele entregarse a un sacerdote a modo de retribución por officiar en los funerales. Pero peor aún fue que algunos de los parientes de los difuntos, o de quienes los habían atendido, me trajeron dinero, que doblaron discretamente dentro de un papel blanco como manda la tradición.

—No sean ridículos —les dije yo, rechazándolo.

—No, por favor —me contestaron, mirándome muy serios—; si no lo acepta, el alma no se liberará nunca.

Al parecer, las chicas de la oficina se turnaron para oírme leer. Tres de ellas me pidieron incluso que les dejara una copia del «Sermón sobre la Mortalidad». Cuando pregunté por qué, una de ellas dijo que le gustaba el lenguaje que empleaba. «Quiero memorizarlo —dijo otra—. Quiero aprender lo que viene después de “Antes o después, a mí o al prójimo, el día de hoy o el de mañana...”».

Estas eran las visitas más aceptables que recibí entre funeral y funeral. En cambio, no hice buenas migas con quienes venían a charlar conmigo sobre el bombardeo. Poco a poco, la conversación me devolvía involuntariamente a la realidad, hasta que se me erizaba el cabello, sentía un hormigueo en el cuero cabelludo, y la necesidad de huir se hacía casi irresistible. No puedo describir bien el sentimiento que me produjo —ya fuese de disgusto o de miedo—, pero el resultado fue invariablemente el deseo de echarme a correr.

Más tarde, mientras caía la noche, fui a una habitación del segundo piso desde la que se veía la ciudad de Hiroshima. Se divisaban luces encendidas como había habido siempre. En una solitaria casa, al este, alcancé a ver el brillo de una luz trémula, pero me molestó porque era simplemente deprimente: una oscuridad completa hubiera sido mucho menos perturbadora.

Desde la mañana a la noche, el día se me había ido en officiar funerales.

8 de agosto. Buen tiempo, y calor sofocante.

La noche anterior nos habíamos mudado a un pequeño edificio, en el recinto de la casa de alguien, construido originalmente para sus padres ancianos. Estaba situado a unos doscientos metros de la casa donde se alojaba el director, el Sr. Fujita. Aquella mañana me desperté al oír una voz que me llamaba por mi nombre desde el jardín. Me levanté de la cama y vi a uno de los obreros de la fábrica, un hombre llamado Utagawa, que aguardaba de pie afuera.

«Anoche murieron dos personas —dijo—. ¿Puede venir lo antes posible?». Antes de poder responder, ya se había dado la vuelta y puesto rumbo a la fábrica. Me trataban como a un sacerdote, solo que a los sacerdotes se les convoca con menos apremio.

No era necesario prepararme demasiado. Simplemente tenía que lavarme, comer, ir a la fábrica y pedir prestada una chaqueta a uno de los operarios. Incluso el funeral apenas requería preparativos: una vez terminado el responso, el cuerpo se llevaba al río y, sin más preámbulos, se quemaba allí. Había jurado que me entregaría en cuerpo y alma cuando recitara los sutras, pero aquella mañana, al salir de casa, no me acompañaba el ánimo.

Al llegar al dormitorio común, descubrí que había muerto la hija del operario en cuyo funeral había oficiado el día anterior. Según me dijeron, ella estaba en casa cuando cayó la bomba.

La madre de la muchacha muerta tenía quemaduras en carne viva por todo el cuerpo, y parecía que ya no le importaba nada lo que ocurriera. La hermana de la difunta, que tenía todo el aspecto de no haber sufrido daños, estaba sentada sola mirando al vacío con la boca abierta. Cuando murmuré «lo siento», ella dijo «gracias» mecánicamente, sin cambiar de expresión, sin lágrimas ni despecho.

La chica estaba tumbada boca arriba, vestida con una camisa blanca raída. En el hueco que había entre sus senos, alguien había puesto unas flores silvestres, sin duda recogidas en el campo de los alrededores. Era un ramillete de flores amarillas, mustias y apoyadas lánguidamente en señal de dolor. Se trataba de una manifestación extrema de duelo. Leí «El Triple Refugio», y mientras estaba con el «Sermón sobre la Mortalidad» la voz se me ahogó finalmente.

Una vez terminado el funeral, uno de los operarios de la fábrica dijo a la joven: «Ahora van a llevarse a tu hermana a incinerar». «Sí», dijo ella, y luego negó levemente con la cabeza. La madre no hizo ningún movimiento. Era un último y solitario viaje al que no asistían ni familiares ni amigos. Los portadores trasladaron el cuerpo a una esterilla de paja, lo levantaron, lo depositaron en una carretilla y se marcharon. Yo los seguí.

En ambas márgenes del río, los bancos de arena seca tenían el aspecto de un crematorio. Donde quiera que mirase, río arriba o río abajo, se elevaban columnas de humo. En algunas partes, las hogueras eran muy vivas y el humo espeso; en otras, apenas hilos de humo que ascendían de las brasas aún calientes.

La carretilla se detuvo encima del camino del malecón, y los hombres fueron a buscar el lugar adecuado. «¡Eh! —gritó uno—, el fuego está apagado en este agujero. Parecen haberse llevado las cenizas a casa». «Usaremos ese entonces, ¿no?», dijo el otro, y transportaron el cuerpo hasta el lugar señalado.

En el centro del agujero había dos piedras, cada una de ellas de unos treinta centímetros de diámetro. Pusieron el cuerpo sobre estas, y debajo y por ambos lados el carbón que habían traído con ayuda de dos cubos. Junto a todo ello, apilaron trozos de madera y cajas de madera vieja de embalaje, y añadieron más encima. Cubrieron la cabeza y la cara del difunto con serrín, y colocaron tablones de madera a ambos lados. Por último, lo rellenaron y envolvieron todo con gavillas y esterillas de paja húmeda, dando por terminados los preparativos.

A través del agujero que dejaba una de las esterillas al curvarse hacia arriba, podía entrever el pelo, la frente y la palidez del rostro de la muchacha. Los hombres se habían puesto de cuclillas en la arena. «Que alguien encienda», dijo uno de ellos, y se levantó. Leí el «Triple Refugio», y me marché antes de que las llamas empezaran a cobrar fuerza.

Desde el malecón, se veía un sinfín de agujeros excavados en la arena. En la mayoría de ellos había huesos, y entre ellos sobresalían las calaveras con una extraña claridad. La ceniza que cubría los huesos después de haberse extinguido la hoguera debía de haber sido barrida por la brisa que soplabá desde el río. Algunas de las calaveras miraban fijamente al cielo con las cuencas de los ojos vacías; otras apretaban los dientes con rabioso resentimiento. De pronto, recordé que, en la Antigüedad, solían referirse a las calaveras como «las desamparadas».

En algunos agujeros, únicamente se habían consumido la cabeza y las piernas; en otros, las lenguas de fuego al rojo vivo aún brillaban irregularmente. Me acordé del otro cuerpo que me esperaba, y reemprendí la marcha por el camino del malecón, murmurando el «Sermón sobre la Mortalidad» para mí mismo mientras caminaba. Esta vez lo dije de corrido, sin apenas echar más que un vistazo a mis apuntes.

Capítulo 10

AL día siguiente, Shigematsu siguió transcribiendo su «Diario del bombardeo». Ya había llegado a medio camino de la entrada del 8 de agosto.

Todo el camino de vuelta a la fábrica seguí recitando el «Sermón sobre la Mortalidad» para mis adentros, pese a que sus preceptos no tenían ningún significado real para mí; en mi mente, como si estuviera soñando despierto, aún podía ver las lenguas de fuego consumiendo los cuerpos de los hombres. Solo cuando llegué a la entrada de la oficina me di cuenta de que estaba empapado en sudor.

En la oficina del piso de abajo no había nadie. Al ir al despacho del director, me encontré que el jefe de cocina y su ayudante, una mujer llamada Sra. Arika, hablaban con el director, sentados frente a él.

«¡Hola, Shizuma! —dijo el director, al verme—, ¡has estado trabajando duro!». Tras escuchar mi relato del funeral, me pidió que leyera otro responso por otra víctima que acababa de morir. Su nombre era Taka Mitsuda, a quien la Sra. Arika, la ayudante de cocina, había estado cuidando. Era una mujer del mercado negro, que venía con frecuencia a las cocinas de la fábrica desde algún lugar de la ciudad para vender almejas y peces pequeños de calidad inferior. El bombardeo de hacía dos días le había producido heridas en la cara y en ambas manos, pero esa misma mañana, temprano, había conseguido llegar a la cocina en busca de la ayuda de la Sra. Arika. La Sra. Mitsuda y la Sra. Arika no tenían parentesco pero, según esta última, la Sra. Mitsuda le había vendido siempre cosas a precios mucho más económicos que los que solían pagarse en el mercado negro.

En mi cuaderno apunté algunos detalles de la vida de la Sra. Mitsuda tal como los relataba la Sra. Arika. Si íbamos a celebrar un funeral por alguien de fuera, era necesario tomar nota de su nombre, dirección, estatus y de los nombres de sus parientes, si los tenía, con el fin de evitar complicaciones más adelante.

Por desgracia, nadie sabía gran cosa de su vida, así que tuve que darme por satisfecho con los siguientes datos deshilvanados:

Datos relativos a la difunta Sra. Taka Mitsuda

Dirección: una bocacalle cerca del santuario de Sumiyoshi, Kako-machi, ciudad de Hiroshima.

Edad: 48 o 49 años.

Altura, etc.: aproximadamente 1,57 m. Corpulenta; en general, con buena salud. Dientes postizos chapados en cromo en la parte anterior del maxilar superior e

inferior: cuatro o cinco en total.

Causa de la muerte: quemaduras como consecuencia del bombardeo de Hiroshima. Presenta quemaduras graves en la cara y las manos, y tiene la mano izquierda desollada. Su pelo no ardió porque en ese momento se disponía a quitarse su *zugin*.

Hora de llegada a la fábrica: cerca de las ocho de la mañana, 8 de agosto de 1945. Entró tambaleándose en la cocina y llamó a la Sra. Ariki para que trajera agua. La Sra. Ariki, que la conocía por su voz, le dio a beber agua en una taza de aluminio. Estaba irreconocible. Después de beber sufrió un colapso. Dejó de responder cuando la llamaron por su nombre, aunque la Sra. Ariki le palpó el pecho y comprobó que su corazón aún latía débilmente. Parece que falleció alrededor de las diez de esa misma mañana.

Familia: de acuerdo con los comentarios que hicieron algunas personas cuando ella vino a vender productos del mercado negro, su marido había muerto a causa de una enfermedad que contrajo mientras estuvo destinado en China durante el Incidente de Manchuria. Su único hijo estaba en «una especie de escuela» militar, cerca de Yanai, en la Prefectura de Yamaguchi. Ella siempre evitó decir de qué tipo de institución se trataba, pero el hecho de que su hijo estuviera allí parece haber sido lo único que la hacía sentir extraordinariamente orgullosa.

Pertenencias que encontró en la difunta la persona que la atendió: una gran bolsa de piel con nueve billetes de diez, doce de cinco, veintidós yenes en billetes de uno, y tres yenes y cuarenta y nueve céntimos en monedas sueltas; una vieja toalla de algodón y una funda en imitación de piel en cuyo interior hay dos fotografías, una de su marido en uniforme de sargento y otra de su hijo en camiseta de manga corta.

Todos los detalles anteriores me los facilitaron verbalmente la Sra. Ariki y el jefe de cocina.

El dinero que se encontró en la difunta, junto con el abono del tren y las dos fotografías en la funda, fueron puestos a buen recaudo en la caja de seguridad del despacho del director, en presencia del propio Sr. Fujita, el jefe de cocina, la Sra. Ariki, y Shigematsu Shizuma; y el director apuntó en el libro de contabilidad: «Ciento setenta y cinco yenes con cuarenta y nueve sen, dejados en depósito a nombre de Taka Mitsuda de Kako-machi, ciudad de Hiroshima».

Se supone que una suma de más de ciento setenta yenes era el dinero que llevaba encima para comprar las almejas y el pescado que vendería más tarde en el mercado negro. O también puede que fuese la totalidad de sus riquezas en el mundo. De cualquier forma, lo que había que hacer era enviar ese dinero a su hijo, aunque, como se decía que su casa en Kako-machi había sido destruida, teníamos que tratar de ponernos en contacto con él en el colegio que había cerca de Yanai, en la Prefectura de Yamaguchi.

—Pero fíjese, Sra. Ariki —dijo el director—, una «especie de colegio cerca de

Yanai» debe referirse al lugar donde entrenan a los torpedos humanos, ¿no cree? Me parece que es un establecimiento militar de máximo secreto. Allí, lo que eran los barracones se llamaban, bueno...

—En realidad, no sabría decirlo, Sr. Fujita —replicó ella en tono dubitativo—. La señora de las almejas siempre decía que era un gran secreto militar. Lo único que dejaba entrever era que se trataba de un colegio especial. Y ya lo creo que era así, porque cuando se pasaba por allí en tren cerraban todas las cortinillas de las ventanas que daban a ese lado, por estricta seguridad, ¿sabe?

—¡Pues también vaya seguridad de pacotilla! —añadió el cocinero, un hombre de mediana edad con una incipiente calvicie—. ¡Con las ventanas de los baños abiertas de par en par! Toda esa cháchara sobre seguridad es una pantomima, a mi modo de ver; un montón de teoría pero, en el fondo, sin hacer nada seriamente...

—De cualquier forma —dijo el director a la Sra. Ariki, sin hacer caso de estas últimas observaciones—, el hijo de la señora del mercado negro está preparándose para convertirse en un torpedo humano. Eso significa que, al menos, el muchacho tiene coraje y sentido del deber para con su país. Si la madre de un hombre así elige morir en nuestra fábrica, debemos prestarnos a hacer las ceremonias que le corresponden. Y debemos pedirle a Shizuma que recite las escrituras en su funeral. ¿No lo cree así, Sra. Ariki?

—Pues claro, por supuesto, Sr. Fujita. Es tan amable de su parte, sin duda. Y, Sr. Shizuma, ¿será usted quien oficie en el funeral, verdad? —Saltaba a la vista que la Sra. Ariki tenía una disposición especialmente abierta hacia la mujer de las almejas. Ella me dijo, tal vez para animarme a prestar una especial atención a la hora de leer los sutras, que cuando el hijo de la mujer de las almejas había entrado en la «escuela especial» en Yanai, ella misma había dado una puntada en el «cinturón de mil puntadas» que las mujeres de su casa habían bordado para él. Incluso había escrito como pudo su firma «Kane Ariki» en la bandera del Sol Naciente que le regalaron para desearle buena suerte en la batalla.

Me dijo que las cosas estaban listas para el funeral, así que, aunque yo aún estaba pegajoso por el sudor, me puse encima el traje prestado y fui a la gran sala del dormitorio. El cuerpo de la mujer muerta yacía con la espalda apoyada en un tablón de madera, con su cara, brazos y piernas envueltos en ropajes que parecían fardos de paños. Me coloqué en mi sitio, frente a ella, pero se me hizo un nudo en la garganta y la voz no me salía fluida, presumiblemente, porque había vuelto a casa andando bajo un sol abrasador y no había bebido nada desde entonces. O podría haber sido también por los fragmentos de la historia de vida de la difunta que había oído: no dejaba de preguntarme si aquella mujer que yacía muerta ahí no había movido un dedo para impedir que su hijo se entrenara para ser un torpedo humano.

He llegado a la conclusión de que la guerra paraliza la capacidad de pensar de la gente. Desde la primera palabra a la última, pronuncié el Triple Refugio con una voz áspera, mientras que el Sermón sobre la Mortalidad se quedó en nada más que en un

débil susurro. Con todo, al terminar la ceremonia, cuando finalmente abandoné mi lugar frente al cuerpo, la Sra. Ariki —que presidía el duelo en ausencia de todos los demás dolientes— se acercó a mí y me dijo: «Muchas gracias, Sr. Shizuma», con una voz cargada de emoción.

Fui a la pila a lavarme, bebí agua y me froté todo el cuerpo con una toalla húmeda. No me podía frotar en la mejilla izquierda quemada porque seguía con el vendaje firmemente adherido a la herida y, puesto que no había sentido el menor dolor tras los primeros cuidados, la había dejado como estaba; ahora, sin embargo, había decidido limpiarla y, al mismo tiempo, quitarme el sudor del cuerpo. Fui a buscar mi maletín de primeros auxilios y me situé frente al espejo.

Me quité el apósito pegajoso que mantenía fijo el vendaje y me retiré cuidadosamente el paño. Las pestañas abrasadas se habían transformado en minúsculas pellas negras, como los burujos que quedan después de quemar un trozo de lana. Toda la mejilla izquierda tenía un color entre negruzco y morado, y la piel quemada se había apergaminado sobre la carne formando, las dos juntas, una cadena montañosa que atravesaba la mejilla. El lado izquierdo del orificio nasal se había infectado y parecía que una veta de pus pugnaba por brotar a través de la costra coagulada que la cubría. Me giré con el perfil izquierdo mirando al espejo, preguntándome si era posible que esa fuese mi cara. Mi corazón empezó a latir con fuerza al pensarlo, y la cara en el espejo se fue haciendo más y más desconocida.

Cogí una dureza de la piel levantada que tenía entre mis uñas, y tiré de un extremo con suavidad. Me dolió un poco, pero al menos comprobé que el del espejo era mi propio rostro. Fui meditando sobre este hecho mientras me iba despellejando poco a poco. Hacerla me daba un extraño placer, como cuando se juguetea con un diente suelto que pugna por desprenderse, odiando y disfrutando a la vez la molestia que se siente. Me quité toda la piel que tenía levantada y, por último, tiré con las uñas de la costra de pus endurecido que tenía alojada en el orificio de la nariz. Primero, salió el pus de arriba y luego se desprendió todo el resto limpiamente, derramándose el líquido amarillento sobre la muñeca.

No estaba seguro de si la infección estaba empeorando o mejorando. La única cosa que podía hacer era limpiarla y aplicar un apósito en polvo en el lugar infectado antes de cubrir toda la mejilla izquierda con una venda y fijarla con un esparadrapo. Había preparado la medicina yo mismo a partir de una fórmula que consistía principalmente en hojas de ajete, que me había dado un carpintero del campo diciéndome que era especialmente efectiva para cortes e infecciones.

Era cerca de mediodía. Empecé el camino de regreso a nuestro hogar provisional para comer, pero mientras subía la colina sentí un dolor tan fuerte en la pierna enferma que me costaba muchísimo caminar y apenas me atrevía a pisar. Al parar a descansar en una curva de la cuesta, miré rápidamente hacia arriba y vi a mi esposa Shigeke, quien me miraba desde lo alto del montículo.

—Parece que tu pobre pierna te está dando muchos problemas —dijo—. ¿Quieres

que traiga un palo o algo para entablillarla?

Se fue y volvió con una lanza de bambú del tipo que utiliza la gente para entrenarse en las luchas cuerpo a cuerpo. Dijo que la esposa del dueño de la casa se la había hecho para ella hacía apenas un rato. Apoyándome con un brazo en la lanza y, con el otro, en los hombros de mi esposa, subí por la colina, sintiéndome como uno de esos campesinos derrotados que quedan tras una revuelta fracasada, como en el siglo pasado. Fue en ese momento cuando noté que Shigeko tenía el pelo quemado. Le pregunté cuándo le había sucedido. Debe de haber sido durante el bombardeo del día 6, me dijo.

Para comer, tomamos arroz tostado de nuestras raciones de emergencia con pasta de soja fermentada y frita en aceite de colza, y té hecho a partir de flores de cereza saladas para rebajarlo. Eso era todo, pero en aquel momento una comida así era para nosotros *haute cuisine*.

De acuerdo con lo que Shigeko me dijo, no fue hasta aquella mañana cuando notó que se le había chamuscado el pelo. El día 6, por la mañana, sonó la sirena que anunciaba el fin del bombardeo, pero ella aún podía oír explosiones a lo lejos, así que escudriñó el cielo desde la ventana de la cocina. En ese instante, vio una luz muy intensa y, antes de que pudiera darse cuenta, ya se había lanzado en plancha al suelo de madera. (Fue entonces, al parecer, cuando su pelo empezó a quemarse). Pasado un rato, se levantó y vio que toda la cocina estaba patas arriba, se dirigió a la parte de atrás de la casa y descubrió que el muro de ladrillos se había derrumbado. Parecía como si en alguna parte hubiese empezado un fuego.

Convencida de que algo horrible había ocurrido, corrió escaleras arriba para tener más ángulo de visión. Los vidrios de la ventana habían volado por los aires, las puertas correderas estaban desencajadas y las ramas de la copa del pino del jardín escupían llamaradas junto con el transformador del poste telegráfico. Una tremenda columna de humo se elevaba en dirección al ayuntamiento. Por todas partes se elevaban otras nubes de humo más pequeñas y el fuego parecía extenderse a un ritmo constante. Tras concluir que debía marcharse, lo primero que hizo fue ir a por la bolsa de seda que contenía las tablillas ancestrales de la familia, pero no estaba en la columna donde solían colgarla, ni tampoco en la columna de la habitación contigua.

Dando la búsqueda por terminada, se puso a tratar de encontrar el resto de las cosas. Con la idea de hundirlos en el estanque por seguridad, empezó a llevar los platos y cuencas, la ropa de cama, la mosquitera, los zapatos y cosas por el estilo al jardín, donde encontró, flotando sobre la superficie del estanque, la bolsa blanca que contenía las tablillas de los ancestros: seguramente habían salido despedidas desde el interior de la casa. Las sacó fuera del agua, las puso en su mochila y tiró al estanque algunas de las cosas que había traído, sin respetar más orden que el de lo que tenía más a mano. El resto lo puso en el refugio antiaéreo, y bloqueó la entrada con columnas de ladrillos apilados, procedentes del muro derruido. Fue entonces cuando oyó los gritos de socorro procedentes de la casa de los Nitta, que era contigua a la

suya.

Se dirigió corriendo a la casa, y allí se encontró, horrorizado, con que el Sr. y la Sra. Nitta estaban bastante malheridos: él en el costado, ella en el rostro. Rompió en pedazos uno de «los paños de las mil puntadas» y les dio los primeros auxilios; a continuación, fue a buscar la camilla de la asociación de vecinos. Al volver, se encontró con la Sra. Nozu, que vivía en la esquina opuesta, también con heridas graves y buscando ayuda. Dejó la camilla en el suelo, y la vendó con una toalla de algodón. El número de muertos era mucho peor de lo que nunca hubiera pensado: los Nakanishi, los Hayami, los Suga, los Nakamura; todas las familias que pertenecían a la asociación de vecinos tenían, en mayor o menor medida, víctimas cercanas. Y ella era la única que había salido indemne, la única que estaba encarando la situación. No había modo de utilizar la camilla ella sola.

No pasó mucho tiempo antes de que el marido de la Sra. Nozu, que era un capitán del ejército, volviera a casa con algunos soldados y la llevara a alguna parte. El Sr. y la Sra. Nitta dijeron que ellos iban al Hospital de Ayuda Mutua y se marcharon juntos; era una imagen lamentable verlos juntos ayudándose el uno al otro, ambos cubiertos de sangre.

Shigeiko regresó a la casa y puso unos cuantos muebles más y otros objetos del hogar en el refugio. Luego, se refugió en el campo de deportes de la universidad.

Había algunas cosas en la historia de Shigeiko que no acababan de encajar, tanto desde el punto de vista científico como del sentido común. En nuestra casa, la explosión había recorrido una dirección de norte a sur. Sin embargo, aunque los árboles del jardín, la propia casa y las puertas del interior de la casa estaban inclinados hacia el sur o el suroeste, la bolsa que contenía las tablillas ancestrales tuvo que haber volado desde el sur hacia el noroeste, atravesando unos ocho metros dentro de la casa y unos cinco fuera de ella, para acabar flotando en la superficie del lago. Sencillamente, no era lógico, aunque supongo que es posible que saliera despedida de la casa en dirección sur o suroeste, y posteriormente arrastrada hacia el noroeste debido al retroceso que siguió al primer estallido.

9 de agosto

Ayer por la noche, a la hora de cenar, llegamos al punto final de nuestras reservas de raciones de emergencia. Eso significa que, desde hoy, tendremos que obtener nuestra comida del comedor de la empresa. Shigeiko fue a recoger nuestro desayuno y Yasuko nuestro almuerzo, pero a la hora del almuerzo ambas empezaron a quejarse. Me imagino que se habían puesto nerviosas la una a la otra.

Ellas dijeron que el problema no consistía en que el almuerzo estuviera compuesto de verduras crudas y arroz, sino que lo que las hacía sentir terriblemente culpables era tener que ir a buscar la comida cocinada que otras personas habían preparado, y tener que comérsela sin haber levantado ni siquiera un dedo para merecérsela. Ayer, habían tenido alguna tarea, ayudando a los supervivientes, pero

desde hoy en adelante no tendrían que ocuparse de nada en absoluto, con lo que ir a buscar la comida las hacía sentir demasiado avergonzadas. El director ha dicho hoy a Yasuko que podía tomarse vacaciones en la oficina hasta nueva orden.

Profundamente irritado, encontré inmediatamente algo que ellas pudieran hacer.

Mañana podéis ir al antiguo emplazamiento de la casa, en Senda-machi —dije—. Y podéis enteraros de lo que le ha ocurrido a la gente de la asociación de vecinos. Después, aprovechando la visita, podríais traer del refugio antiaéreo algunas mudas de ropa por si las necesitáramos en los próximos días, y las botellas llenas de arroz. El arroz era para una emergencia, así que no sé cuándo se supone que vamos a comerlo si no es en un momento como este.

Al parecer, esto las tranquilizó, y esa noche afirmaron que irían juntas al comedor a recoger la cena.

Además del arroz, el refugio antiaéreo en la casa de Senda-machi contenía una radio, algunas mantas, platos y cuencos, cacharros de cocina y diversos productos alimenticios. En un claro del jardín, habíamos enterrado cuatro botellas de 1,8 litros de arroz, una lata de 18 litros de judías de soja, y otra lata más que contenía ropa interior y kimonos de algodón. Mientras nos alejábamos de la ciudad en llamas, me había cerciorado de que no estuviesen destruidas por el incendio.

Shigeko y Yasuko, que tenían únicamente las ropas que llevaban puestas, discutían sobre algo en voz baja. Al parecer, querían lavar su ropa interior pero se preguntaban qué harían hasta que se secase. Les sugerí que fueran al río, que se quitaran todo, lo lavaran allí y aguardaran nadando en el agua a que se secase. Así que cogieron sus toallas y se pusieron en marcha.

Debí de relajarme de mi tensión mental porque, de repente, empecé a sentir un calor acuciante y un sopor que poco a poco fue invadiéndome en mi silla sin que yo pudiera oponerle resistencia. Sin embargo, en cuanto me tumbé y cerré los ojos, los recuerdos de las innumerables columnas de humo que se elevaban del lecho del río y de las colinas ahuyentaron el sueño.

Tanto si me quedaba de pie como si me tumbaba, el sudor no dejaba de afluir constantemente y, aunque yo quería secármelo, esto solamente podía hacerlo en la mitad derecha de la cara. En la mitad izquierda de mi rostro, con el vendaje puesto, tenía una sensación que me recordaba a cuando el barbero te pone una toalla caliente pegada a la cara, solo que mucho peor. Aunque predominaba la sensación de que un sudor espeso o el pus se acumulaban bajo el paño, lo único que podía hacer era tocar suavemente sobre el paño para ayudarlo a absorber el sudor o el pus. Eso hice durante un rato hasta que el paño empezó a empaparse. Tenía que haberlo cambiado, pero como no tenía ni una venda sin usar, del maletín de primeros auxilios saqué una triangular que corté a la medida de mi cara; eché agua hirviendo sobre ella y la dejé secar al sol.

Estaba apoyado contra una columna de la galería, quedándome amodorrado, cuando llegó un hombre llamado Tanaka, de la sección de asuntos generales, a

decirme que había dado algunas provisiones a un grupo de soldados que habían venido a buscarlas.

—¡Te felicito por haber sido tan expeditivo! —dije—. ¿Cuándo se las diste?

—Hace un rato, como una hora, diría yo.

—¿Qué clase de soldados eran y dónde se las llevaron?

—Eran soldados de infantería, así que pensé que serían del Segundo Ejército Japonés de Occidente, y les di lo que querían.

Habíamos estado almacenando los víveres del Cuerpo de Señales y del Segundo Ejército Japonés de Occidente. Unas dos semanas antes, el capitán Nozu, que vivía enfrente de nosotros en Senda-machi, había llegado de madrugada y sin resuello a nuestra casa, y me había pedido que le guardara por favor unos víveres. Cuando le pregunté el porqué, respondió que habían llamado de la división de personal diciendo que las cosas habían llegado a un punto de tal gravedad que Hiroshima podría ser bombardeada cualquier día, y que iban a poner a salvo inmediatamente los suministros de la reserva militar. El capitán Nozu, que era un recluta y no sabía nada de asuntos militares que no tuvieran que ver directamente con sus propios barracones, me rogó que lo ayudara. Antes de hacerme cargo de los víveres, avisé al Sr. Fujita en la fábrica y, esa misma noche, hice que los pusieran en el almacén de la fábrica.

A la mañana siguiente, el teniente Kokubu, del Segundo Ejército Japonés de Occidente, llegó a nuestra casa y nos pidió que le guardáramos en el almacén de la fábrica unas provisiones que quería poner a salvo. Dado que el asunto era urgente y que no se les había ocurrido ningún otro lugar donde llevar las cosas, habían acabado por llamar al capitán Nozu quien, ante la pregunta de qué hacía el Cuerpo de Señales en una situación así, les había conducido hasta mí.

Tras verificado con la empresa, accedí a aceptar nuevamente, pero eran tantas cosas que no iban a caber todas, así que tuve que ir a preguntar a un tal Tauchi, el fabricante de tatamis, si se podía hacer cargo de una parte del arroz que venía en sacos de paja cosida. Lo que los soldados se habían llevado era el resto de este arroz, la parte que había en el almacén de la fábrica.

Su historia era sumamente sospechosa. Ellos habían dicho que el teniente Kokubu había resultado herido en el bombardeo, pero que cualquiera que viniese del Segundo Ejército Japonés de Occidente a por víveres debería presentar una carta de su parte o credenciales de algún tipo. En resumen, debíamos resignarnos al hecho de haber sido engañados por sinvergüenzas que se aprovechan de la situación de caos general. Era demasiado tarde para hacer nada.

Le di a Tanaka una severa advertencia. De ahora en adelante, le dije, bajo ningún concepto debía dar nada a nadie que no fuese el Teniente Kokubu o un representante de su división con una carta de presentación del teniente. Esa era una de las condiciones bajo las que nos habíamos hecho cargo de los almacenes. Lo que complicaba el asunto era que, ahora, todo lo que se refería a la administración del almacenamiento de víveres estaba fuera de nuestro alcance, y que el Cuerpo de

Señales estaba utilizando una pequeña habitación de estilo japonés en el segundo piso de nuestro edificio como oficina de intendencia.

Fui al almacén de la fábrica y encontré justamente que el número de sacos de arroz perdidos era el que Tanaka había mencionado. Me parecía que, desde la caída de la bomba en Hiroshima, el mundo se había salido de sus goznes. En los viejos tiempos, la gente solía decir que, en una zona que hubiera sufrido graves saqueos como consecuencia de la guerra, llevaría un siglo reparar el daño moral infligido a los habitantes; y todos los indicios apuntaban a que tenía razón.

Capítulo 11

FUI a las oficinas de la empresa a informar del robo de las provisiones, llevando conmigo a Tanaka como el hombre responsable del almacén el día de autos. Se trataba del ejército, así que no era una cuestión para tomarla a la ligera. Sin duda, Tanaka había cometido una negligencia, pero la auténtica responsabilidad era mía, si bien la cadena de consecuencias que se había desatado llegaría también con toda probabilidad hasta el capitán Nozu.

Las mercancías perdidas consistían en siete fardos de arroz refinado y diez cajas de carne enlatada, además de cinco cajones de un vino blanco, conocido como Especial Sado-ya. Era un escándalo que, en un estado de excepción, cuando la carestía de víveres era tan acuciante, soldados en activo llegaron en un camión del ejército y estafaran con esa desfachatez a los civiles que custodiaban el depósito de provisiones de emergencia. Los soldados habían venido en dos camiones y, al parecer, el camión de delante tenía una pequeña bandera azul clara.

—Cuando comáis esta carne enlatada, tenéis que cocinarla con berenjena —había dicho gratuitamente el soldado de mayor graduación y edad a los demás soldados mientras estos cargaban las cajas en el camión—. Si la coméis cruda, os saldrá un sarpullido.

Se suponía que la carne se había almacenado para utilizarla en la eventualidad de un ataque fulminante por tierra tras una invasión enemiga, pero se ve que al menos el paladar de un soldado ya estaba familiarizado con sus delicias.

—¡Eso significa que un oficial de la compañía venía con ellos! —exclamó el director, indignado, al escuchar el relato que Tanaka hizo del episodio—. No tenía ni idea de que el deterioro del ejército hubiera llegado hasta ese punto. —Los labios le temblaban con emoción contenida. Tanaka se puso de pie erguido, rígido y casi inmóvil ante el director, con la cara blanca. Era un hombre de unos cuarenta y ocho años, procedente de Kabe, que vivía en el dormitorio de la fábrica mientras su mujer trabajaba en una fundición, en su ciudad natal. Había perdido a sus dos hijos en el frente, y habían mandado erigir una lápida funeraria (eso se decía) con los dos nombres labrados en cada cara.

Aunque estaba en posición de firmes y expectante, Tanaka no acertaba a hablar más que con un hilo de voz débil y apocada:

—En realidad, señor —balbuceó—, había un soldado veterano, un cabo, pero los demás se habían quitado las chaquetas, y llevaban polainas y calzado de trabajo.

—¡Pero pensaba que habías dicho que el camión llevaba una bandera azul clara! Se supone que una bandera azul clara significa que hay un alférez o algo similar. Una

bandera roja, que hay un coronel o comandante, y una amarilla, que hay un oficial general. Usted perdió dos hijos en acto de servicio, ¿verdad? Así que no me diga ahora que ni siquiera sabe eso sobre el ejército.

—Pero, verá, el soldado más veterano del grupo estaba en infantería, por lo que pensé que eran soldados del Segundo Ejército. Creí que la bandera azul significaba que estaban cumpliendo órdenes de un capitán o alférez. Pero, claro, fui un estúpido... Sí, tiene razón en echarme la culpa, Sr. Fujita, es mi responsabilidad... — Bajó la cabeza y, sin previo aviso, empezó a sollozar, moviendo convulsivamente los hombros.

—Bueno, en cualquier caso, tendremos que presentar un informe al Segundo Ejército Japonés de Occidente —dijo el director, dirigiéndose a mí—. Hágalo tan rápido como pueda. Y tendremos que firmarlo nosotros tres: Tanaka, usted, Shizuma, y yo mismo.

—Muy bien —contesté—. Supongo que en el formato de costumbre para las explicaciones por escrito, ¿no?

Asintió. Por desgracia, durante el bombardeo el Segundo Ejército se había desvanecido, con barra canes y todo, y no había ningún lugar adonde llevar los documentos. La Tesorería del Cuerpo de Señales se había trasladado al segundo piso de nuestras oficinas, pero no creía que fuera a servir de nada presentar al tesorero del Cuerpo de Señales unos documentos que iban dirigidos a la Tesorería del Segundo Ejército. Los civiles como nosotros no sabíamos lo suficiente acerca de cómo se organizaban las cosas en el ejército.

A pesar de todo, redacté un documento en forma de explicación escrita. El director y yo estampamos nuestros sellos personales, e hice que Tanaka añadiera su huella dactilar al documento. Después, lo llevé al piso de arriba, al tesorero del Cuerpo de Señales. En la pequeña habitación de estilo japonés, había una silla y una mesa encima del tatami, y alguien se había descalzado y dejado un par de botas sobre un periódico junto a las puertas correderas. Naturalmente, también yo me descalcé antes de entrar. Me dijeron que el capitán Nozu había salido a hacer un trámite oficial, pero había dos militares que parecían suboficiales. Aunque no estaba seguro de su rango porque se habían quitado las chaquetas, le entregué el documento a uno de ellos, el más veterano de los dos, con un bigote de cepillo.

Dije que era un conocido del capitán Nozu, y él contestó:

—Ha hecho bien en venir, estoy seguro. —Sacó el documento del sobre y empezó a leerlo. Su expresión cambió de inmediato—. Ah, vaya por dios —dijo—, no creo que esto proceda en absoluto. —Me devolvió bruscamente el documento y añadió—: Seguramente, esto tendría que presentarlo al Teniente Kokubu, en la Tesorería del Segundo Ejército Japonés Occidental, ¿no cree? Esto es la Tesorería del Cuerpo de Señales.

—Así es, pero desearíamos que se lo entregara al teniente Kokubu. Verá usted, no estamos seguros de que el Segundo Ejército Japonés Occidental esté...

Este comentario no le gustó nada en absoluto.

—Eso son tonterías —dijo—. Si esta unidad transmitiera esa clase de documento al teniente Kokubu, sería tanto como incriminarle ante todo el Segundo Ejército. Y eso afectaría a la reputación de toda la Tesorería del Segundo Ejército Japonés Occidental. En cualquier caso, nos es imposible aceptarlo.

Sin poder hacer nada más, me retiré y bajé a informar al director. Tanaka había desaparecido. El director me dijo que Tanaka había jurado que intentaría dar una reparación al ejército por las mercancías robadas, aunque para hacerla necesitara toda la vida.

Terriblemente fatigado, volví a la casita anexa en la que vivíamos. Shigeko y Yasuko no habían vuelto todavía del río, así que me dispuse a descansar un rato hasta el anochecer. Puse la mosquitera para mantener alejadas a las moscas, y me tumbé en la cama.

Dormí durante un rato, hasta que en mis oídos sentí el ulular de un búho. Al abrir los ojos, vi el sol de la tarde brillando sobre la pared de arcilla blanca del almacén, entre los arbustos del jardín, precisamente hacia donde se encaminaba en aquel momento la joven esposa del propietario de la casa. Era absurdo haber imaginado que había oído ulular a un búho; de hecho, me di cuenta de que me había despertado porque tenía los pies fríos. Me preocupaba el hecho de sentir frío en los pies en pleno mes de agosto, en el apogeo del verano, cuando aún había luz solar ahí fuera. Al tocarme los dedos de los pies, descubrí que me dolían bastante los dedos gordos de cada pie. En parte consternado por ello, me levanté, quité la mosquitera y salí a la galería. Sentí algo de frío en mi mejilla izquierda y, al tocármela, vi que se había desprendido el vendaje.

En el espejo, comprobé que la infección del orificio de mi nariz se había extendido haciéndose más coriácea y seca. La vida era una sucesión de hechos deprimentes. Fui a buscar una toallita para humedecerla en agua y limpiar suavemente la zona infectada, cambié el vendaje por otro y lo fijé en su sitio pegándolo con un trozo de esparadrapo aséptico.

Mientras doblaba la mosquitera, llegaron a casa Shigeko y Yasuko, que se acercaron a la cocina de la fábrica para pedir cena para tres personas. La comida que prepararon sobre la mesa prestada consistía en hojas de batata cocidas en soja, pepinillos y cebada cocida mezclada con salvado. Al tiempo que comíamos, Shigeko y Yasuko me hablaron de la situación en la ciudad, tal como se la había contado a ellas alguna gente que habían conocido en el río. Habían ido allí para lavar sus pantalones cortos de algodón, sus camisas y su ropa interior. Mientras esperaban sentadas a que se secara su ropa tendida sobre los guijarros, en el lecho seco del río, otras tres mujeres que hacían lo mismo les contaron cosas sobre Hiroshima.

En el patio de juegos de la Escuela Media de la Primera Prefectura de Hiroshima —dijo una de ellas—, había un embalse de agua destinado a apagar incendios. En torno

a él, cientos de estudiantes de la escuela y trabajadores voluntarios yacían muertos. Sus cuerpos sin vida estaban amontonados y medio desnudos, con las camisas quemadas, en un costado del embalse. Desde lejos, parecían como arriates de tulipanes plantados alrededor del agua, aunque vistos desde cerca se parecían más a las capas de pétalos de un crisantemo.

En la carretera sobre la que discurrían los raíles del tranvía, frente al santuario de Shirakami, una de las mujeres había visto un tranvía convertido en un esqueleto de hierro, con el cuerpo a medio consumir del conductor aún agarrado al volante. Sobre la plataforma, o cerca de ella, permanecían los cuerpos medio calcinados de cuatro o cinco pasajeros.

En la mañana del día 6, dijo otra de las mujeres, un batallón de oficiales cadetes había estado haciendo su instrucción en la plaza Oriental de Armas, siguiendo las órdenes del oficial al mando. Nada más acabar, y cuando se despojaban de las ropas de entrenamiento, se produjo el gran fogonazo. Uno de ellos, de las últimas filas del batallón, afirmaba que, mientras estaba de pie, con la espalda apoyada sobre el tronco de un frondoso árbol y viendo la torre del castillo de Hiroshima, esta, sin perder su forma y toda entera, salió volando por los aires hacia el sureste.

Al momento siguiente, ya no pudo ver nada. Sin embargo, juraba que había visto el torreón, con su estructura original de cinco pisos, volando unos cuarenta o cincuenta metros hacia el sureste desde su posición habitual. Aun si la historia era cierta, era difícil que hubiera podido ver la escena conscientemente, sino que, más bien, debía de haberse quedado impresa en su retina en el instante de la explosión.

Las personas que estuvieron allí más tarde informaron de que la torre yacía hecha añicos junto al malecón del río, reducida a un montón de escombros de arcilla y tejas rotas. Al parecer, la onda expansiva de una bomba tiene la capacidad tanto de empujar como de levantar en el aire. Pese a que el torreón del castillo pesaba, probablemente, unas cuantas miles de toneladas, lo fuerza que la desplazó debía de ser superior a la de la gravedad, por lo que debió de levantarla por los aires sin llegar a destruirla.

Una vez arrojada la bomba, todas las ciudades y los pueblos de los alrededores de la ciudad enviaron, antes o después, sus propios grupos de salvamento a las ruinas. Uno de ellos, de la ciudad de Miyoshi, se había puesto en camino con el objetivo de buscar a las alumnas del Instituto Femenino de Miyoshi y a otros habitantes de la ciudad y sus alrededores que habían estado cumpliendo con asuntos relacionados con el trabajo militar. Algunas de las muchachas de tercer curso y de cursos superiores habían sido movilizadas para trabajar como enfermeras ayudantes en el Hospital Militar, mientras que otras habían sido destinadas a la Undécima Fábrica de Armamento del Ejército, en la ciudad de Kure, para ayudar en la fabricación de aviones. El grupo de salvamento de Miyoshi, compuesto por unos cien voluntarios, había entrado en la ciudad a primera hora de la mañana del día siete, pero la mayoría de ellos habían sucumbido en los incendios, víctimas de las llamas. Uno de estos

voluntarios, un hombre llamado Jitsuo Tabuchi, profesor del Instituto y jefe del escuadrón número uno del grupo, había escapado y logrado llegar hasta Gion-chō, a las afueras de la ciudad, antes de desmayarse. Por supuesto, todas las muchachas que estaban en la ciudad cuando cayó la bomba murieron en el acto.

(Aquí debería añadir que dio la casualidad de que yo mismo conocí al Sr. Tabuchi después de la guerra. Él me contó que aquella mañana del día 6, mientras leía el periódico antes de ir a trabajar, le pareció haber visto una chispa de color azul claro cruzando el cielo, pero la desechó como si hubiera sido fruto de su imaginación. Alrededor del mediodía, un comunicado militar en la radio informó del bombardeo de Hiroshima. A eso de las tres de la tarde, los heridos que habían escapado de la ciudad empezaron a llegar en tren a Miyoshi. La línea de Geibi no estaba operativa más que desde la estación de Shimo-Fukagawa, por lo que tuvo que ir a pie hasta Shimo-Fukagawa para poder coger un tren allí.

La asociación médica local y el cuerpo de bomberos de la ciudad colocaron tiendas de campaña frente a la estación de Miyoshi con el fin de prestar los primeros auxilios a los heridos que llegaban en tren. Alrededor de las cinco de la tarde, la asociación médica, el personal docente de la Escuela Media de Miyoshi y del Instituto Femenino de Miyoshi, los miembros del cuerpo de bomberos y otros ciudadanos de la ciudad y de los pueblos vecinos se reunieron y decidieron organizar un grupo de salvamento. Se eligió a Tabuchi como jefe del primer escuadrón. Aproximadamente a las cinco de la mañana del día 7, Tabuchi se montó en un tren con otras ochenta personas —profesores de instituto y voluntarios de la ciudad y de los pueblos colindantes— con destino a Shimo-Fukagawa, desde donde siguieron a pie hasta llegar a Hiroshima. Eran alrededor de las diez y media de la mañana. Lo que descubrieron allí los horrorizó, pero aún no sabían, claro está, de qué clase de bomba se trataba. El horror era tan indescriptible que, impotentes ante la magnitud de la tragedia, no pudieron hacer otra cosa que tomar nota de todo lo que veían.

Caminaron desde las cercanías de la estación de Hiroshima, atravesando Inari-machi, Kamiya-chō, Ōte-machi y Senda-machi, siguiendo el camino por en medio de los fuegos que todavía se consumían lentamente, del hedor de los cadáveres, de los gritos de las personas que agonizaban. Pronto se les acabó el agua que llevaban en las cantimploras y, sin poder rescatar a otros, no tardaron en buscar aquí y allá algún lugar para refugiarse entre las ruinas calcinadas. Tras dos horas de vagabundear de esta forma, Tabuchi cayó en la cuenta de que, salvo dos de sus compañeros, el resto había desaparecido. No lograron encontrar a una sola alumna del Instituto Femenino de Miyoshi. Uno de sus compañeros estaba a punto de caerse medio desmayado, así que se dirigieron a casa de un conocido en Gion-chō, a las afueras de la ciudad, a donde llegaron hacia las cuatro y media. Descansaron allí durante unas cuatro horas y, a pesar de estar exhaustos, a eso de las ocho y media de la noche, los tres se levantaron como pudieron y se pusieron en marcha para regresar a casa. Estaban más agotados de lo que recordaban haber estado nunca. Tardaron tres horas en caminar

desde Gion-chō hasta Shimo-Fukagawa, y pasaron allí la noche en la sala de espera de la estación. A la mañana siguiente, alrededor de las seis, cogieron un tren atestado de supervivientes y regresaron a Miyoshi.

Posteriormente, se enterarían de que todas las alumnas del Instituto que estaban en Hiroshima haciendo trabajos de guerra perecieron allí; el noventa por ciento de los demás habitantes de Miyoshi y alrededores murieron en el acto o antes de que terminara el año. El propio Tabuchi, que deambuló por las ruinas durante más de dos horas, me contó que tiene síntomas leves de la enfermedad de la radiación.

En Miyoshi, las colinas debieron impedir la visión de la nube radiactiva sobre Hiroshima. Pero se vio desde Mihara, una ciudad situada a unos ciento diez kilómetros de Hiroshima, de la que la separan tan solo unas colinas bajas por el oeste).

Esas mismas tres mujeres contaron a mi mujer y a mi sobrina otras muchas cosas inquietantes sobre la ciudad azotada. Casi la totalidad de los puentes de madera en la zona damnificada habían sido pasto de las llamas, pero el modo en el que ardían era de lo más notable. En primer lugar, los tablones empezaban a arder lentamente. Luego, una vez derrumbados, el fuego comenzaba a extenderse por los pilares inferiores. Cuando la marea bajaba, y descendía también el nivel del agua, los pilares se iban consumiendo de forma paulatina a la vez que se hundían en el río. Lo más extraño era que aunque, en teoría, la siguiente subida de la marea debería haber extinguido el fuego por completo, a la mañana siguiente seguían ardiendo, de modo que poco a poco se iba consumiendo toda la madera.

En el cementerio del templo de Kokutai, había una tumba donde un ladrillo de unos siete centímetros cuadrados había quedado atrapado entre la lápida base y el cilindro de piedra se apoyaba sobre ella. Al parecer, el cilindro, que mediría un metro de alto por quince centímetros de diámetro, había sido levantado por el efecto de la onda expansiva, justo el instante en que el fragmento de ladrillo vino volando a incrustarse en el hueco. La lápida, que era de granito pulido, estaba brutalmente quemada en el costado que había sido expuesto al fogonazo, pero estaba tan brillante como siempre en el costado que había quedado resguardado. Incluso en el granito había huellas parecidas; las tejas normales que habían sufrido el fogonazo se habían transformado de gris oscuro en un color rojizo pardo, y, en la superficie, mostraban incluso un sarpullido de pequeñas burbujas. El efecto era similar al de la textura que resulta después de cocer una pieza de cerámica de Koinbe en un horno.

Otra historia que, al parecer, les había contado un cabo primero del batallón de ingenieros le ocurrió a este al detenerse a pedir agua en una granja, en el pueblo de Ōga, en su camino al centro de recepción provisional de las víctimas en Hesaka. Los ingenieros, había dicho él, habían perdido tal cantidad de hombres por causa de la bomba que estaban apilando sus cuerpos, entrecruzándolos unos sobre otros en los bancos de arena del río que bajaba desde Hakushima, con el fin de prenderles fuego. Las hogueras se mantenían ardiendo durante toda la noche, bajo la vigilancia de un

guardia de servicio. Todo el mundo detestaba profundamente «el trabajo de osario», que así se llamaba. Desde que había caído la bomba, decían ellos, se había trastocado toda la cadena de mando del ejército, la disciplina se había deteriorado y algunos oficiales empezaban a sentir miedo de sus hombres.

Era Yasuko, principalmente, quien me contaba la mayoría de estas historias. Shigeko, que tenía fuertes dolores en el estómago como consecuencia del excesivo tiempo que había pasado sumergida en el río, apenas abría la boca. Ninguna de las dos llevaba nada puesto encima, a excepción de la toalla alrededor de la cintura, mientras aguardaban agachadas en la parte del río donde menos cubría a que se secasen sus prendas interiores.

Había ya oscurecido bastante cuando el padre del propietario de la casa nos vino a decir que iban a encender las luces. Ese día se había restablecido de nuevo el suministro eléctrico.

10 de agosto. Buen tiempo.

Yasuko y Shigeko fueron a buscar el desayuno a la cocina del dormitorio y, con la mezcla de la cocción de la cebada y el salvado, prepararon unas «bolas de arroz» para llevarse consigo, y se marcharon a la ciudad. Fui con ellas hasta la estación. Allí había muchas personas que, hasta donde yo podía distinguir, no estaban ni esperando a nadie ni comprando billetes, sino simplemente dejándose llevar hasta la sala de espera por falta de algún otro sitio adonde ir. Cuando llegó el tren, muchos de ellos se quedaron allí de pie, sin moverse, y algunos de ellos se diseminaron nuevamente por los bancos cuando el tren se marchó. Había otras personas que preguntaban a los funcionarios ferroviarios cuál era la mejor forma de buscar a sus niños perdidos.

Me marché de la estación y volví a la empresa; a mi llegada me aguardaba un asunto urgente. Tenía que encargarme del suministro de carbón, para lo cual había que desplazarse al centro de Hiroshima o bien a Ujina. El Sr. Fujita trajo un bulto grande de la sala contigua. «Lamento tener que molestarle —dijo—, pero me gustaría que hiciera un recado lo antes posible. Todo lo que necesita llevar a las ruinas lo encontrará en este fardo, pero tenga cuidado; puede que haya otro bombardeo».

Tras dejar un mensaje para Shigeko, me puse el *zugin* y la bolsa de primeros auxilios y unos *jikatabi*, me cargué el paquete al hombro y me marché.

El tren me llevó solamente hasta la estación de Yamamoto. De ahí en adelante, el servicio seguía interrumpido. Ninguno de los pasajeros, unos cincuenta o sesenta en total, abandonaron la estación cuando llegamos; en cambio, se pusieron a caminar en fila india siguiendo las vías hasta Hiroshima. Los ciudadanos de Hiroshima son conocidos por su sociabilidad, pero hoy cada uno de nosotros caminaba a paso lento y cansino, traviesa a traviesa, sin intercambiar una sola palabra. Las únicas personas, aparte de mí, que llevaban algún bulto a la espalda eran dos mujeres vestidas con pantalones amplios que caminaban justo delante de mí. Menos de una cuarta parte de

ellos llevaban comida empaquetada o algo parecido; no hay una demostración tan gráfica como esa de la escasez de productos que afectaba incluso a los pueblos agrícolas de los alrededores de la ciudad. ¿Cuántos grupos tan silenciosos como el nuestro, me preguntaba, descargaba el tren todos los días en las ruinas calcinadas de Hiroshima?

Cuando finalmente llegamos a la zona en ruinas, una brisa fría, húmeda y maloliente nos llegó desde la parte devastada. Una a una, las personas que caminaban con nosotros fueron abandonando la fila hasta que, finalmente, quedó tan solo un puñado que iba en la misma dirección que yo. A nuestro alrededor, todo era una desolación de tejas rotas y, la carretera, un desierto plagado de socavones.

Acababa de cruzar un puente cuando se me ocurrió preguntarme en dónde me encontraba. Miré hacia atrás y reconocí la estructura del arco de hierro que había sobrevivido a las llamas: el puente de Yokogawa. El día 6, cuando pasé cerca de allí por la misma carretera, en mi camino saliendo de la ciudad, había visto a tres mujeres muertas, casi completamente desnudas, en el depósito de agua que había junto a la cuneta de la calle, un depósito lleno en sus tres cuartas partes. Decidí mantener la mirada apartada mientras pasaba por allí pero, a pesar de mi firmeza, fue inevitable tal vez echar una rápida ojeada. Junto a una de las mujeres que flotaba boca abajo había un intestino de más de un metro de largo que le salía por las nalgas; el intestino se había hinchado hasta alcanzar unos diez centímetros de diámetro, y flotaba ligeramente enredado en sí mismo, balanceándose levemente de un lado a otro como un globo mecido por el viento.

Una vez fuera de las ruinas de Tera-machi, el olor se aplacó un poco. Fue tan solo un momento de respiro porque, a medida que aumentaba el número de cuerpos y esqueletos junto a la carretera, me vi envuelto una vez más en una repugnante pestilencia. Estaba en el infierno, un infierno que torturaba con un ineludible y omnipresente hedor. El único lugar donde el hedor parecía mitigarse de algún modo era el puente de Aioi, donde la brisa soplaba desde el río. Respirando aliviado, dejé mi carga apoyada contra el murete de piedra y descansé un rato.

Puesto que la ciudad había sido arrasada en su práctica totalidad por el fuego, era posible abarcar un amplio panorama de un único vistazo. Al sur, se veían las colinas oscuras de color verde grisáceo de Ōkō-chō; al suroeste, los bosques de alcanforeros intactos de Mukō-Ujina y, justo enfrente, el monte de Shumisen, en Ninoshima; al oeste, el promontorio bajo de Eba, y al este, la colina sagrada del santuario de Tōshōgū. Nada permanecía en pie, en el yermo calcinado que constituía el centro de la ciudad, salvo los esqueletos de unos pocos edificios. Aparte de esto, la única cosa que llamaba la atención era un montón de desperdicios de tablonos carbonizados y trozos de tejas. El único punto que de vez en cuando aparecía moviéndose en el páramo, era el de una figura humana que buscaba probablemente los restos de algún pariente o amigo. Una escena absolutamente desoladora.

En uno de los extremos del puente, un cuerpo yacía boca arriba con los brazos

extendidos hacia fuera. Tenía el rostro negro y descolorido pero, de tanto en tanto, parecía que se le inflaban las mejillas e inspiraba profundamente. Me quedé mirándolo sin dar crédito. Tras dejar el paquete equilibrado sobre el pretil, me aproximé al cadáver temblando de miedo y vi que se trataba de un enjambre de gusanos que se revolvían en la boca y la nariz y se apelotonaban en las cuencas de sus ojos; esa primera impresión de vida y movimiento no era más que el producto de sus retorcimientos.

Me acordé de pronto de un verso de un poema, un poema que había leído en alguna revista cuando era muchacho: «¡Oh, gusano, amigo gusano!», empezaba; y seguía en esa línea: «¡Desgarra los cielos, quema la tierra y que mueran los hombres! ¡Qué espectáculo soberbio y conmovedor!».

¡Idiota! ¿Es que poeta se imaginaba a sí mismo como un insecto, con su cháchara sobre su «amigo» gusano? ¡La idiotez no tiene límites! Debería haber estado aquí a las 8.15 del día 6 de agosto, cuando todo eso se había hecho realidad: cuando los cielos se habían partido por la mitad, la tierra había sido quemada y los hombres habían muerto. «¡Hombre asqueroso! —me sorprendí a mí mismo pregonando de repente a nadie en particular—, ¡soberbio y conmovedor, claro que sí!». Durante un rato, sentí ganas de arrojar el paquete al río. Odiaba la guerra. ¡Después de todo, a quién le importaba de qué bando era el ganador! Lo único que importaba era terminar con ella lo antes posible: ¡antes una paz injusta que una guerra «justa»!

Volví al pretil, pero en vez de tirar el bulto al río, me lo ceñí bien a la espalda. Estaba lleno de cosas necesarias para sobrevivir entre las ruinas: una botella con píldoras para el estómago, una paleta, revistas antiguas, hojas de eucalipto, galletas secas, un abanico redondo de papel laqueado de extracto de caqui y cosas por el estilo.

Cerca de Kamiya-chō, me encontré con una serie de hombres que tenían el aspecto de ser soldados. Con máscaras de gasa en sus bocas y nariz, supervisaban las tres o cuatro fogatas que habían hecho a cierta distancia entre unas y otras. Cuando pude aproximarme, vi que las habían excavado en la tierra, dentro de hoyos de dos metros cuadrados, y que su labor consistía en buscar cadáveres y arrojarlos a las llamas. Como combustible, utilizaban traviesas viejas del ferrocarril, y el chisporroteo de las traviesas al quemarse daba a las piras funerarias un toque suplementario de terror bajo el sol ardiente. Me fijé en que de los troncos de los cuerpos salían llamas delgadas de color blanco azulado, las cuales eran capturadas inmediatamente por las llamaradas de rojo incandescente que brincaban por encima y alrededor de ellas.

Sobre paneles de puertas y chapas de cinc, los soldados traían un cuerpo tras otro, que arrojaban con brusquedad a las llamas, boca arriba, antes de marcharse penosa y silenciosamente a por su próxima remesa. Habían doblado las esquinas de las chapas de latón para facilitarse el acarreo. Probablemente, trabajaban bajo las órdenes de un oficial superior. No podía deducirse si sentían alguna emoción con aquella tarea,

porque en sus rostros no se reflejaba expresión alguna. El único atisbo de sentimiento que advertía parecía estar en sus botas militares, que se movían con lentitud y dificultad. Cuando habían amontonado tantos cuerpos en la pira que ahogaban las llamas, volcaban los nuevos cuerpos que traían en la tierra, junto a la hoguera. En ocasiones, una masa de gusanos y líquidos putrefactos salía a borbotones de la mandíbula o de la boca donde se alojaban. Cuando descargaban un cuerpo demasiado cerca del fuego, el calor hacía que los gusanos salieran del interior culebreando del pánico y se esparcieran por todas partes. Y, a veces, cuando el cuerpo golpeaba en el suelo, se sentían crujir las articulaciones, lo que me recordaba el cuento infantil de Pinocho, cuando a este le quitan todos los clavos de sus extremidades de madera. Si se supone que hasta Pinocho, que era un pobre juguete de madera y clavos de metal, sintió dolor, en su particular expresión, cuando se descortezó la espinilla al chocar contra algún objeto, ¿cómo no iban a sentirlo estos muertos que una vez habían sido seres humanos?

—Estos fiambres están revolucionándose —refunfuñó el soldado que iba delante cargando una chapa de cinc.

—Ojalá hubiéramos nacido en un país, y no en un maldito estado idiota —dijo su compañero en tono de burla.

Este intercambio de frases fue la única voz humana que escuché allí. El cuerpo que yacía constreñido en las andas improvisadas parecía un Pinocha a quien le hubieran quitado todos los clavos...

De un modo totalmente inconsciente, yo había empezado a susurrar el Sermón sobre la Mortalidad para mí mismo. Hiroshima ya no existía... Sin embargo, ¿quién podría haber previsto que acabaría sumida en un horror de esta magnitud?

Capítulo 12

UN doloroso pinchazo en el estómago me obligó a sentarme en unos escalones de piedra, haciendo caso omiso de la gruesa capa de ceniza que había sobre ellos. Era un polvo de ceniza seca, como harina de alforfón. Cuando hundí el dedo en ella, descubrí que podía dibujar volutas y letras, y escribí toda clase de cosas en ella. Imaginé la pizarra del colegio en mi infancia, y empecé a trazar la ecuación del teorema de Pitágoras, pero lo dejé antes de acabarlo.

Un rato después, el dolor agudo había cesado. Giré en redondo para ver dónde estaba, y vi que se trataba de la entrada principal del ayuntamiento de la ciudad, lleno ahora de trozos de madera carbonizada diseminados por todas partes. Era una imagen lamentable: el paramento exterior, de un delicado tono pastel hasta hacía nada, se había vuelto gris parduzco a causa del fuego, y todos los marcos de las ventanas, por no hablar de las propias ventanas, habían desaparecido por completo. Había trozos de chatarra, probablemente cascos de metal rotos, esparcidos por el suelo del pasillo que iba desde la entrada hasta la puerta trasera del edificio. El edificio, claro está, era una ruina desoladora reducida a esqueleto, pero en la parte de atrás de este se oía un ruido como si alguien arrastrara cajas vacías o alguna otra cosa por el suelo. Aguzando los oídos para identificar el sonido, empecé a imaginar que el ruido ascendía de debajo de la tierra.

Me sentí inquieto de pronto, así que volví a cargarme al hombro la mochila. Justo en ese momento, me sorprendió la voz de alguien que pronunciaba mi nombre:

—¡Sr. Shizuma! ¿Adónde va?

Era el Sr. Tashiro, un anciano técnico de la fábrica de conservas de Ujina.

—¡Sr. Tashiro! ¡Qué alegría verlo! ¿Qué cree usted que es ese ruido?

—Son los trabajadores municipales quitando de en medio la madera carbonizada. Veo que se ha quemado la cara. ¿Cómo está su familia?

—Están todos a salvo, gracias. ¿Qué hace su empresa para conseguir carbón? Se supone que tengo que ir a la Compañía estatal del carbón, pero no tengo la menor idea de dónde está.

—Los ha golpeado al igual que a todos los demás. Ni siquiera sé adónde han ido los empleados. Así que he probado suerte viniendo al ayuntamiento.

La fábrica de conservas de Ujina estaba bajo la jurisdicción del depósito de intendencia y, al igual que nosotros, suministraba una parte de sus productos al depósito de aprovisionamiento del ejército, pero ni aun así se había librado de tener problemas con el suministro de carbón. De acuerdo con el Sr. Tashiro, en el ayuntamiento había más de veinte empleados que se ocupaban de los trámites del

abastecimiento bajo la supervisión general del Sr. Shibata, el teniente alcalde, pero habían rechazado aceptar cualquier petición relativa al suministro de carbón. Puesto que el carbón estaba bajo la jurisdicción de la Compañía estatal del carbón, si el ayuntamiento se entrometía en esa función era seguro que se expondrían a una reprimenda del ejército, lo que pondría las cosas aún más difíciles de lo que estaban.

—Así que, en resumidas cuentas, he venido a quejarme al ayuntamiento.

Ocurriera lo que ocurriera, tendría que redactar un informe para el director, así que le pedí a Tashiro que me llevara hasta las oficinas de la Compañía estatal del carbón. Como técnico jefe en la fábrica de Ujina, el anciano era muy instruido en todo los asuntos relativos al carbón, y tenía buena relación con el director de la compañía.

—Pero, ¿sabe usted? —dijo Tashiro mientras caminábamos—, me asombra que una institución importante como una Compañía Estatal no haya puesto ningún aviso comunicando su lugar de traslado. Seguro que hay una explicación, ¿no cree?

En el primer emplazamiento de la Compañía de Carbón encontramos toda clase de mensajes escritos en una de las paredes de cemento que había quedado en pie pero, tal como había dicho Tashiro, ninguno de ellos era de la propia compañía.

Estos mensajes tenían toda clase de caligrafías, desde el garabato descuidado hasta el trazo bien hecho: «Sr. Fujino —decía un mensaje—, por favor, comuníqueme su dirección:

Fundición de Hierro de Mikaichi»; «Por favor, escriba aquí la dirección provisional de su empresa, firmado Nakabayashi, Sankyo S. A.»; «Sr. Honda, ¿está usted bien? Comuníqueme aquí su dirección actual. Fábrica de Tsuzuki, Kaitaichi»; «Sr. Murano: tenga la amabilidad de escribir aquí su dirección. Uchiyama, Koi». Para todos los mensajes habían utilizado trozos de carbonilla de las maderas medio carbonizadas, y en todos ellos figuraba la fecha.

—Sr. Tashiro —dije—, no hay ni una sola respuesta de nadie de la compañía. Fíjese, algunas de las fechas son de hace ya tres días.

—Entonces, es que ha debido de ocurrir lo peor, ¿no cree?

—¿Lo peor?

—Que la compañía en su totalidad ha sido arrasada.

Tashiro había sido el único de su familia que había sobrevivido. Su segunda y joven esposa y su hija pequeña habían perecido atrapadas en las llamas, en la parte de atrás de su casa, pero a su edad, decía él, era incapaz de reunir la energía necesaria para buscar sus cenizas entre las ruinas.

—Qué otra cosa puedo hacer —dijo—. Las dejaré donde se han quedado. Al final, es igual: ahí donde se encuentran los restos de una persona, es abono que se deja para la tierra.

Le pregunté qué haría en el caso de que deseara levantar una lápida en su memoria.

—En casa de mi esposa en el campo, aún conservan una fotografía de mi esposa y

mi hija. Estoy pensando en enterrar esa foto. Pero entonces, ¿qué ocurriría si algún pariente de mi esposa empieza a decir que viene a ver sus restos? Me sería difícil decirle que los dejase en paz puesto que ya son materia orgánica, ¿verdad...?

En aquel momento, el enfoque del científico me pareció excesivamente tajante y más bien repulsivo, pero, entonces, se me ocurrió otra manera de verlo. Tashiro era viejo, pero su esposa había sido joven y atractiva. Su hija, en edad preescolar, había sido también una niña encantadora. Quizás temía que si se ponía a rebuscar en las cenizas y encontraba sus cadáveres, borraría para siempre la imagen de ellas que ahora guardaba. También él, al igual que yo, debía de haber visto ya suficientes cuerpos destrozados, medio carbonizados y descompuestos durante los últimos días.

—¿Por qué no encuentras a una tercera persona que busque las cenizas? —le pregunté.

—En cuanto al carbón —dijo, haciendo caso omiso de mi Sugerencia—, ¿por qué no vamos al depósito de aprovisionamiento y tratamos con ellos directamente? No se me ocurre que tengamos ninguna otra alternativa. Además, no hay tantos cuerpos en la zona de los alrededores del puente de Takano, así que espero que el olor se haya mitigado en cierta medida. —Y se puso a caminar, con paso inesperadamente firme.

La ruta hacia el puente de Takano nos llevó a través de las mismas escenas de desolación anteriores. Tashiro no hizo ningún comentario sobre lo que veíamos a nuestro alrededor, pero me contó lo que había oído un rato antes en el ayuntamiento. De los novecientos empleados que había aproximadamente en las oficinas principales antes del bombardeo, no habían sobrevivido más de veintitantos. Y ni uno solo de ellos se había salvado de heridas de una u otra consideración.

Para entonces, dos hombres con el aspecto de obreros, desnudos de cintura para arriba a causa del calor, se habían unido a los soldados en las labores de deshacerse de los muertos y acarrearlos con chapas de latón. En el momento en que pasábamos a su lado, estaban mirando traspuestos un depósito de agua junto a un muro de terracota derruido. En el depósito había una figura humana que asomaba únicamente la cabeza, reducida a calavera, mientras que el resto del cuerpo permanecía sumergido bajo el agua, en cuya superficie flotaban burbujas viscosas y grasientas de color marrón. Cuando los obreros, con sus chapas de latón, se aproximaron a regañadientes al depósito, la calavera se inclinó de pronto hacia delante y se hundió entre las burbujas.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Tashiro, perdiendo finalmente la compostura.

Tashiro me contó que el alcalde, el Sr. Awaya, había muerto en su casa durante el bombardeo. El teniente alcalde, el Sr. Shibata, estaba herido en la planta del pie derecho y no podía caminar normalmente; un trozo de cristal le había causado también una herida profunda en la pantorrilla izquierda, así que tenía que ir al ayuntamiento con muletas. La casa del alcalde, que estaba ubicada en Kako-machi, había sido, claro está, arrasada por el fuego. Al llegar al trabajo por la mañana, al día siguiente del bombardeo, Shibata había enviado a otro funcionario a casa del alcalde a interesarse por el estado de este. En las ruinas de lo que debía de haber sido la sala

de estar del Sr. Awaya, encontraron los cuerpos parcialmente quemados de un adulto y un niño pequeño, tumbados uno junto al otro. Probablemente, en el instante en que cayó la bomba, el alcalde, que había tenido un gran cariño por su nieto, había levantado al niño en brazos para decirle adiós antes de irse a trabajar.

El alcalde Awaya, que pese a ser un burócrata del Ministerio del Interior era campechano y benévolo con sus subordinados, tenía, a la vez, un carácter firme. En otro tiempo, cuando era jefe del departamento de policía de la provincia de Osaka, tras enfrentarse a los militares despóticos sobre las ordenanzas de circulación, armó un escándalo al respecto hasta que los periódicos informaron de aquel incidente con titulares sensacionalistas. Aunque yo no estaba seguro de la veracidad del episodio, pensé que se trataba de un acontecimiento representativo del comienzo de la época en la que la cúpula militar se hizo con la autoridad de la policía.

El teniente alcalde Shibata se había hecho cargo de todos los asuntos municipales desde la muerte de Awaya, dijo Tashiro. Los veintitantos empleados que estaban en sus puestos en las dependencias del ayuntamiento, sin más posesiones que las ropas con las que iban vestidos, ya que sus casas habían sido destruidas por los incendios, se ocupaban de toda clase de asuntos, sirviéndose únicamente de una docena de sillas que el fuego había respetado, un mimeógrafo y archivos que armaban grapando unos documentos con otros y utilizando el dorso. Llevaban una vida comunitaria entre las ruinas, junto a varias docenas de heridos, y ellos mismos se ocupaban de hacerse su comida. Habían limpiado los escombros de la oficina de cristales rotos, madera carbonizada, trozos de chatarra y cosas por el estilo, y los habían amontonado en una esquina de la sala; además, habían improvisado un toldo de carpa que habían pedido prestado a los barracones del ejército para instalarlo en lugar de la ventana. Los únicos despachos que se habían salvado de las llamas eran las secciones de defensa, salud y prestación de ayuda urgente, en el ala sureste del primer piso. (Posteriormente, me enteraría por el relato que hizo personalmente el teniente alcalde, el Sr. Shigeteru Shibata, que el teniente general Saeki, jefe de la Comandancia de Logística de Akatsuki, había llegado al ayuntamiento, a las tres de la tarde del día 7 de agosto, para explicar que él había sido nombrado comandante en jefe para la defensa de la Prefectura de Hiroshima, y para notificar que, en algún momento entre esa noche y la mañana siguiente, llegaría a Hiroshima una unidad de la Prefectura de Shimane y parte de la división de logística de Akatsuki. Al Sr. Shibata y los otros funcionarios veteranos que habían sobrevivido, esto les permitió albergar una mínima esperanza de que sería posible adoptar algunas medidas concretas de emergencia. El día 8 se recibió un mensaje oficial enviado por el cuartel general del Ejército Japonés de Occidente en el que se ordenaba a los funcionarios interesados que se presentasen allí, y que llevaran con ellos la documentación importante que guardara relación con la defensa. De acuerdo con este mandato, un grupo en el que se encontraban Nakahara, auditor del ayuntamiento, Hamai Ankara, jefe de la sección de racionamiento, e Isamu Ito, jefe del departamento de sanidad, se dirigió

inmediatamente a los cuarteles generales, que estaban ubicados en un refugio subterráneo en una ladera del monte Futuba, a las afueras de la ciudad).

En el depósito de aprovisionamiento, me encontré con dos o tres ujieres que conversaban de pie en la entrada, pero nada del ajetreo que había normalmente. Tashiro y yo logramos una entrevista con el teniente Sasatake, de la sección de control, y tratamos de conseguir un cupo de carbón, aunque nos dijeron que estaba totalmente prohibido mencionar siquiera las reservas de carbón de Ujina. En todos los demás asuntos, no nos encontramos más que con evasivas, y nuestra visita fue completamente inútil.

El teniente estaba demasiado alterado aún para escuchar en serio nuestra petición.

—Con respecto al carbón, como ya he dicho en multitud de ocasiones —dijo—, debemos tener una reunión antes de tomar ninguna medida. De todas formas, tengo que consultar con mis superiores. La cuestión del transporte, por citar una de tantas, supone varias consideraciones técnicas. Asimismo, tenemos que sopesar su solicitud en relación con las peticiones de otras empresas. Me temo que tendrán que esperar hasta que hayamos celebrado nuestra reunión.

Puesto que no podíamos sacar nada más en limpio, pedimos ver al jefe de la sección de control, pero él fue igualmente ambiguo en su respuesta. Al final, parece que hasta el propio Tashiro, habitualmente flemático, perdió la paciencia.

—Si me permite —le dijo al jefe de la sección—, le voy a decir sin rodeos lo que nuestra empresa querría. Ustedes no dejen de reunirse, pero por nuestra parte apreciaríamos que, mientras tanto, adoptasen algunas medidas de emergencia. Si está absolutamente prohibido tocar las reservas de carbón en Ujina, y visto que se trata de una emergencia máxima, ¿por qué no envían inmediatamente a alguien a la mina de Ube? Supongo que si salieran ahora, llegarían al anochecer. Si no me equivoco, la Compañía estatal de Hiroshima tardará seguramente algún tiempo en volver a ponerse en funcionamiento.

—Por supuesto, estamos planteándonos adoptar esas medidas que propone —dijo el jefe—, pero debemos consultar a nuestros superiores antes de dar una respuesta definitiva. Por eso precisamente digo que tenemos que celebrar una reunión.

—Si no le importa —me aventuré a decir—, no puedo evitar preguntar me que, si ustedes desean celebrar su reunión y llegar a alguna conclusión antes de enviar a alguien a la mina de Ube, ¿cuánto tiempo habrá que esperar para que suministren carbón a los distintos puntos de este páramo? No tenemos noticia de que se haya previsto ninguna sede provisional para la Compañía estatal del carbón, y nos sentimos completamente perdidos.

—¿Para cuántos días les queda carbón en sus respectivas fábricas? —preguntó.

—Cuatro o cinco días en la nuestra —dije.

—Dos días en la nuestra, al ritmo habitual de consumo —dijo Tashiro.

—Muy bien, entonces, ¿cómo podríamos hacerlo? —preguntó él, como si se le hubiera ocurrido de pronto una nueva idea—. Teniendo en cuenta que sus empresas

se ocupan de suministrar productos al ejército, no veo por qué no pueden hacer lo que quieren sin esperar al beneplácito del ejército. ¿Así que por qué no tratan de cooperar un poco más?

—Estamos dispuestos a intentarlo, y también a cooperar —dije yo—, pero con una condición. ¿Nos podría facilitar un permiso visado por las autoridades? Así podríamos salir para Ube en este instante y hacer un trato con ellos allí mismo para que nos faciliten un poco de carbón.

—Eso sería difícil por lo que concierne al ejército. Pero mírelo de esta forma: su empresa confecciona ropa para uniformes militares. Usted está en condiciones de hacer lo que le parezca, ¿no es cierto? Por lo tanto, espero que sepa encontrar la manera de cooperar con nosotros.

Yo era perfectamente consciente de que en la mina de Ube se había redoblado el número de trabajadores con el fin de aumentar la producción. En la excavación de Mine también se había incrementado la producción, hasta el punto de que el transporte no era suficiente para el reparto de todo el carbón extraído y la antracita ya explotada esperaba en hacinas el momento de ser distribuida. No conseguía entender por qué, al tiempo que celebraban su preciosa reunión, no aceleraban mientras tanto los trámites para el transporte de la remesa de carbón. Bastaba un poco de carbón para que la Compañía estatal del carbón pudiera ponerse otra vez en marcha sin demora. Pero el jefe de sección ya se había deslizado en lo que parecía ser una silenciosa meditación y, dijéramos lo que dijéramos, a él le resbalaba como el agua sobre una peña. Lo que nos había dicho significaba, de hecho, posponer cualquier nueva producción tanto de ropa como de comida enlatada.

Tras perder la paciencia con tanta estupidez, me marché de la oficina. Tashiro se quedó. Para su empresa, dedicada al procesamiento de carne y verduras, una pausa en la producción de un solo día podía ser desastrosa.

Me sorprendió que nuestra empresa, que estaba comprometida oficialmente con la fabricación para el depósito de aprovisionamiento, se hubiera dejado arrastrar por la costumbre de hacer mucho más por su cliente de lo que le correspondía. Esto se debía, en gran medida, a la escasez de productos. Puesto que las raciones de víveres y otras necesidades diarias que establecía la ley eran insuficientes, teníamos que gorronear por aquí y por allá, capitalizando nuestra asociación con el depósito de aprovisionamiento con el fin de garantizar nuestras necesidades. En nuestro empeño por ser complacientes, nos estábamos desangrando, mientras que nuestro socio aguardaba tranquilamente sin despeinarse y sin mover un dedo.

Este contacto me había proporcionado muchas experiencias desagradables. La primera vez, no mucho antes de entrar en la empresa, fue cuando recibimos unos cincuenta tubos de pasta de soja y nos vimos obligados a ceder la mitad de ellos —veinticinco— al depósito. Luego, compramos una carretada de mortero para ofrecer a la mina, y de nuevo tuvimos que ceder la mitad al depósito. Más tarde, compramos dos carretadas de jarras de agua y, otra vez, se quedaron con una de ellas. Lo mismo

ocurrió con un cargamento de estufas de carbón y con treinta barriles de vino de mandarina. El depósito fue siempre más insistente que los demás.

Se me ocurrió que, en vez de seguir dependiendo del ejército y salir escaldados pese a nuestros esfuerzos, haríamos mejor en idear un recorrido propio independiente. Decidí que le haría esta recomendación al director, y maldije mi estupidez por haber hecho a pie cuatro kilómetros de carretera para nada, simplemente por miedo a quedarnos sin carbón.

Al cruzar la puerta principal del depósito, me impresionó ver la desolación del estanque de flores de loto que conocía desde hacía tiempo. Las hojas se habían caído por el flanco sur, y las peor dañadas tenían el aspecto de paraguas. No había quedado ni una sola intacta. Antes de entrar a trabajar para mi actual empresa, había trabajado durante siete años en el depósito de aprovisionamiento del ejército, viviendo de alquiler en una habitación de la casa de un policía. Puesto que solía ir a trabajar a pie, y llevaba mi propia comida, le había cogido afecto al amplio tramo de arrozales y al estanque de flores de loto que había entre Asahimachi y Midori-machi. En mi camino al trabajo, era una delicia ver todos los días a los cuervos posadas en el sendero, húmedo de rocío, que cruzaba entre los campos de arroz. El negro satinado del plumaje de los cuervos por la mañana combinaba a la perfección con el verdor de las plantas de arroz, e igualmente bien con los arrozales una vez que estos empezaban a amarillear. El espectáculo era indescriptiblemente gozoso; al romper el día, en una mañana extraordinariamente hermosa, basta una cosa así para hacer palpitar con fuerza el corazón. En mi pueblo, se dice «el cuervo de la mañana trae el *man*», lo que significa que a quien ha visto un cuervo por la mañana le acompañará la buena fortuna durante el resto del día. Me pregunté entonces si era aquello lo que acentuaba el hermoso colorido con que la fauna armonizaba con la flora. Más tarde, busqué en un diccionario de la biblioteca del depósito, la palabra *man* en la acepción «te trae el *man*»: *man* era una corrupción de *ma*, que significaba suerte, destino o ventura.

En ese sentido, la ciudad de Hiroshima no tenía aquel día mucho «*man*» que digamos; en el estanque de flores de loto había incluso un cadáver flotando. Junto a él, observé que había una paloma blanca agazapada en la hierba. Me acerqué hasta ella y la cogí con las manos, pero estaba ciega del ojo derecho, y las plumas que recubrían el ala de ese costado estaban ligeramente chamuscadas. Durante un instante, tuve el deseo de comérmela cocida con soja, pero la dejé ir, impulsándola con todas mis fuerzas lejos y hacia arriba. Al principio, se las arregló para aletear airosamente y alejarse volando por encima de las corolas de las flores de loto, describiendo una parábola horizontal que se curvaba de forma regular hacia la izquierda, pero luego, la vi perder altura y desplomarse en el agua del estanque.

Decidí seguir avanzando hacia la carretera principal de Miyuki tomando la misma carretera que habíamos atravesado el día 6. El Hospital de Ayuda Mutua, que era visible desde el malecón flanqueado por cerezos, había perdido los cristales de las ventanas, pero se veía a la gente moviéndose atareadamente por los corredores. Me

pareció que estaba atestado de gente; algunos habrían venido para buscar a los supervivientes y otros para ser atendidos ellos mismos. Las casas que había junto a la carretera se habían inclinado o derrumbado, pero había algunas, vencidas hacia un lado, en las cuales sus dueños se afanaban en limpiar los escombros y en volver a poner puertas correderas, aun sin nada de papel en los marcos. Podía oír voces de gente en el interior de algunas de ellas. Había casas apuntaladas con postes de madera quemada o ennegrecida, y vi a una persona que, en el suelo levantado del vestíbulo de su casa, cepillaba con una taza de té rota la carbonilla de la superficie de una silla chamuscada. Me recordó una silla tosca y contrahecha de un cuadro de Van Gogh que había visto en una revista. Por alguna razón, sentí que se me secaba la garganta.

En la ancha avenida que bordeaba la falda de la colina Hiji, vi a dos o tres heridos cuyo aspecto se parecía mucho al de los supervivientes que había visto el 6 de agosto. Caminaban tambaleándose en dirección a Ujina, apoyándose con la mano derecha en la pared del edificio de la Dirección del Monopolio del distrito de Hiroshima. Estaban medio desnudos, escuálidos, y pálidos como fantasmas, pero no había señal del gato pardo que había seguido a Miyaji el día 6. Los cuerpos sin vida que había visto en el extremo norte del puente de Miyuki habían desaparecido, pero quedaban las siluetas oscuras y grasientas del lugar en el que habían estado.

La zona que rodeaba la carretera principal de Miyuki era un yermo de campos agostados y predios residenciales incinerados. Apenas se podía distinguir el lugar en el que se había erigido nuestra casa, si no fuera por el pequeño estanque que indicaba el lugar en el que había estado el jardín. El área era mucho más pequeña de lo que yo hubiera pensado. Shigeko y Yasuko ya habían recogido nuestras pertenencias del refugio antiaéreo y del lago, y ya se habían marchado. Un trabajador las había cargado en una carreta, y estaba haciendo una pausa antes de ponerse en marcha.

El único signo de vida entre las ruinas de las casas de los vecinos de la asociación era una chabola, ubicada en el espacio donde estuvo la residencia de los Nakao. Todos los demás debían de haberse marchado a casa de parientes o amigos. El obrero me dijo que el hombre de la casucha se había acercado a hablar con mi esposa y mi sobrina, y les había dicho que había perdido el contacto con su hijo. Eso significaba que el Sr. Nakao estaría viviendo allí solo con su hija pequeña.

La chabola de los Nakao estaba construida, tanto el tejado como las paredes, con las chapas de cinc que había reunido de los edificios quemados, y ocupaba unos cuatro o cinco metros cuadrados. El edificio principal de su antigua residencia —un palacete construido en su totalidad con madera de ciprés y con tejas de vidrio rojo— abarcaba por sí solo una superficie de más de ciento ochenta metros cuadrados. El Sr. Nakao, que trabajaba en una empresa de comercio exterior, era propietario de muchas acciones y bonos del tesoro, y tenía la afición de coleccionar objetos esmaltados. La mesita baja de su sala de estar era de laca negra y creo que, según se decía, se remontaba al periodo Muromachi; era el tipo de mesa ante la cual no habría desentonado una gentil reverencia de una Señora Murasaki^[9] o de una Sei

Shonagon^[10].

Fui a ver cómo se encontraba. Le llevaba de regalo hojas de eucalipto, la llana, el abanico de papel laqueado de extracto de caqui y algunas pastillas de creosota que había metido en la mochila (la carne enlatada la dejé donde estaba). La empresa me había confiado esas cosas para que se las diera como regalo a la gente de la Compañía estatal del carbón, pero, puesto que no había encontrado a nadie, me había quedado con ellas. Debería haberlas llevado de vuelta, pero consideré que ya era bastante mayorcito para adaptar las órdenes que me daban a las nuevas circunstancias.

El Sr. Nakao sabía para qué se utilizaban mis primitivos regalos sin necesidad de que yo tuviera que decírselo. El eucalipto y la llana en particular serían de inestimable valor, dijo él. Fue efusivo en su agradecimiento.

Las hojas de eucalipto cumplían la función de sustituto del repelente de mosquitos. Si se mantenían ardiendo dentro de uno de esos refugios antiaéreos que eran como cuevas, ahuyentaban a los mosquitos que proliferaban incluso de día. La gente que vivía en chabolas en las ruinas utilizaban los lugares más recónditos de sus refugios antiaéreos como aseos improvisados. La avalancha de mosquitos era terrible pero, según se decía, algunas veces resultaba imposible aguantarse las ganas hasta la puesta del sol. En casa de los Nakao se les debía de plantear este problema, porque su hija pequeña estaba en una edad en la que se avergonzaba con facilidad.

El abanico de papel era una herramienta insustituible para mantener ardiendo las hojas de eucalipto, y la llana, una herramienta indispensable para arañar el suelo o para rellenar el agujeros, ya fuese dentro del refugio o al aire libre.

—Muchas gracias —repitió una y otra vez el Sr. Nakao. Parecía querer hablar—: Antes del bombardeo, ¿sabe?, nuestro refugio solía estar lleno de grillos; de hecho, había una infinidad de ellos; pequeños grillos de color marrón, «grillos de campo», así me dijo que se llamaban un hombre del Banco Geibi. Pero desde el bombardeo hemos tenido, de repente, una avalancha de mosquitos tigre. Auténticas bestias voraces. Así pues, realmente no podían habernos traído unos regalos más útiles...

—No fui yo quien los escogí realmente —dije, evitando confesarle que le había entregado lo que inicialmente estaba destinado a otras personas—. El director de la fábrica donde trabajo había oído hablar de estos mosquitos tigre, así que me dio estas cosas para prevenir por si acaso. Si quiere, puedo traerle algunas hojas más la próxima vez que venga.

El Sr. Nakao inhalaba entretenido el olor de las hojas de eucalipto. El director me había dado una cesta de hierbas llena hasta los topes de hojas, y las hojas verdes ovaladas estaban empezando a ponerse mustias y segregando una capa lechosa, al tiempo que las más antiguas de forma semicircular se habían doblado y endurecido de un modo extraño.

El Sr. Nakao me dijo que, por el momento, pretendía quedarse allí hasta que encontrara a su hijo. El ayuntamiento les proporcionaba comida: una bola grande de

arroz al día, acompañado de un encurtido de ciruelas agrias o de nabos. Me despedí de él hasta la próxima ocasión y volví junto al obrero. Agarré un extremo de la cuerda atada al carro, me la pasé por el hombro e inicié la marcha, tirando del carro detrás de mí. Enseguida me di cuenta de que arrastrar un carro desde delante era una ardua tarea: cada vez que una rueda pasaba por encima de un trozo de teja rota, notaba una brusca sacudida de la cuerda en el hombro. Poniendo todo el peso de mi cuerpo sobre la cuerda, avanzaba inclinado hacia delante en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero parecía que los tirones que daba el carro me empujaban hacia atrás en vez de hacia delante.

—De este modo no puedo, Rokurō —dijo al obrero—. Esta cuerda no tiene elasticidad. En términos científicos, no me extraña que sea difícil. Seis o siete kilómetros más, y acabaré por despellejarme los hombros.

—Tiene que tirar apoyando el peso del cuerpo, no el hombro —dijo él—. Pruebe a hacerlo así —dijo, haciendo un nudo corredizo al final de la cuerda.

Siguiendo sus instrucciones, pasé la cuerda por mi hombro derecho y rodeé con ella el izquierdo, de forma que el nudo quedara justamente en el centro de mi espalda. Las cosas mejoraban un poco de este modo, ya que, cuando el carro caía en un bache, la sacudida se repartía por una zona más amplia del cuerpo.

Parecía como si nuestro carro fuese el primero que circulaba por la carretera desde el día 6. Me giré para mirar, y vi que las ruedas habían aplastado y pulverizado los cristales rotos diseminados por el suelo, dejando dos huellas en los escombros que refulgían con la luz del sol.

El obrero había llenado dos botellas de agua y las había puesto en el carro. Avanzábamos un trecho, y nos deteníamos a limpiarnos el sudor, avanzábamos otro poco y, de nuevo, parábamos a limpiarnos el sudor. Cada vez que nos deteníamos, bebíamos un trago de agua, con lo que al llegar a las afueras de la ciudad el agua se había acabado. El traqueteo y las sacudidas constantes, así como el hedor que desprendían las calles, aumentaba el calor abrasador del sol que teníamos sobre nuestras cabezas. Una vez me volví para decir a mi compañero:

—¡Rokurō! ¿Por qué no descansamos un rato por aquí?

Pero él contestó:

—No, no hasta que hayamos salido de la ciudad.

Seguí arrastrando el carro tras de mí, concentrándome en calcular la distancia que ya habíamos hecho. Ahora habremos avanzado dos kilómetros y medio, me decía; ahora habremos hecho ya tres kilómetros y medio o tres y tres cuartos... Después de casi cuatro kilómetros y medio, paramos en una casa, junto a la carretera, y pedimos que nos dieran agua de su pozo. Rellenamos nuestras botellas y disfrutamos de un agradable rato de descanso. El obrero que venía conmigo —Rokurō Masuda se llamaba— era un hombre delgado, de unos cincuenta y pocos años, que había aceptado un trabajo de aprendiz al servicio de la cocinera de la fábrica; un individuo de aspecto fuerte y rostro bondadoso.

Una vez en la carretera, de nuevo, al alcanzar los cinco kilómetros, dejamos de ver escombros de teja rota y, con gran alivio por mi parte, cesaron las sacudidas. Cuando finalmente llegamos a nuestro hogar provisional, las luces ya estaban encendidas. Con un suspiro de alivio, me disponía a sentarme en el quicio de la galería cuando, ante mi gran sorpresa, vi a dos de mis cuñados tumbados encima del tatami, bajo la luz eléctrica, roncando.

Pagué a Rokurō lo que le debía y, luego, rodeé la casa por el lado del pozo para buscar a Shigeke.

—Ya estoy de vuelta de la dura marcha —anuncié. Yasuko estaba encendiendo el fuego del baño en la casa del dueño, y Shigeke junto al regato de agua que pasaba por detrás de la casa, enjuagando la colada en la oscuridad.

—¿Cuándo han llegado nuestros visitantes? —preguté. Al parecer, cuando Shigeke y Yasuko regresaron de Hiroshima, se encontraron con los dos visitantes en el jardín, sentados de manera desconsolada en el borde de la galería. Habían venido caminando desde su aldea en las colinas, únicamente porque estaban preocupados por nuestras vidas. Al encontrarse Senda-machi totalmente destruida por las llamas, habían ido a preguntar a mi centro de trabajo y, tras mucho vagabundeo, al final les habían encontrado.

—Me eché a llorar, a llorar de alegría —dijo Shigeke—. Habían estado tan preocupados por nosotros. Y los dos lo han pasado fatal para llegar hasta aquí. Incluso han tenido que cruzar el puente del ferrocarril sobre el río Ashida. —Rompió a llorar a lágrima viva y sin vergüenza, como una niña.

Capítulo 13

11 de agosto

Ayer por la noche, a la hora de la cena, antes de ocuparme de nuestros visitantes venidos de tan lejos, fui al comedor de la fábrica a informar al director sobre la situación del carbón en las ruinas de Hiroshima. Le aconsejé también que nuestra empresa adoptara medidas bajo nuestra propia iniciativa para garantizar su abastecimiento. Y le dije, por cierto, lo que había hecho con la llana y las hojas de eucalipto.

—Tal vez no debería decirlo —dijo él—, pero si quiere mi opinión, creo que le han tomado el pelo. ¿Por qué demonios los militares del depósito de aprovisionamiento no pueden liberar las reservas de carbón en Ube? Esa es la cuestión. ¿No cree que debería haber pedido una explicación? No es usted un niño al que se le encarga ir a la compra. Si dicen que no pueden darnos el permiso, no tiene por qué aceptarlo sin más. En cualquier caso, no entiendo en qué están pensando los militares en medio de una emergencia colosal como es esta. Me pone enfermo.

Estaba tan nervioso que le temblaba el abrelatas en la mano frente a la lata de carne. La cena estuvo bien, a pesar de todo. Hay que reconocer que no había arroz, tan solo una mezcla consistente en siete partes de cebada y tres partes de salvado, pero para acompañarla contábamos con la carne inicialmente destinada como regalo para la Compañía estatal del carbón. Habían pasado muchos meses desde que había comido algo tan sabroso: la carne jugosa, con vetas de grasa, la espesa y succulenta salsa del color del ámbar, el delicioso aroma...

Habría sido un desperdicio comer algo tan rico en medio de las ruinas de la ciudad. Seguramente, una nube de moscas habría estado rondando cerca de nosotros en el momento en que abriéramos la lata. Tashiro, de la fábrica de conservas de Ujina, me dijo ayer que cuando almorzaba entre las ruinas, apenas abría una lata, porque las moscas se arremolinaban a su alrededor y se abalanzaban sobre la carne hasta cubrirla de huevos amarillos. Incluso sin el terrible olor que lo inundaba todo, el número de moscas que había era suficiente para que uno decidiera dejar de comer. Tanto era así que, vista desde detrás, la tela gastada de la mochila de Tashiro parecía bordada con lana negra por la cantidad de moscas que se arracimaban sobre ella. Supongo que con la mía ocurría lo mismo.

El director y yo dividimos la carne a partes iguales entre los dos, y cada uno repitió otro cuenco del sucedáneo de arroz. Aún estábamos comiendo cuando un trabajador llamado Nishina, del departamento de fábricas, me vino a pedir que leyera otro responso funerario. El fallecimiento acababa de ocurrir.

—Entonces, iré nada más terminar de cenar —dije yo—. Estaré allí dentro de media hora o una hora.

Nishina dirigió una mirada acusadora a la lata vacía que había sobre la mesa. En este punto, el director bien podía haber explicado que se trataba de una lata de carne que había estado guardando como regalo para nuestros clientes pero, en vez de eso, se limitó a decir en tono afable:

—Al terminar, ¿sabe usted?, el Sr. Shizuma tendrá que ir y hacer gárgaras para purificarse, ya que ha comido carne, y supongo que hoy va a leer el Sermón sobre la Mortalidad. —Nishina tragó saliva, pero no dijo nada.

La difunta era la cuñada de Nishina, una viuda de treinta y seis años que se llamaba Saki Mitsuda. De acuerdo con lo que le había contado al propio Nishina, cuando cayó la bomba, la mujer se encontraba trabajando dentro de un sembrado del interior de la ciudad que era propiedad de una granja. En aquel momento, con una toalla de algodón enrollada en la cabeza, se había agachado en la tierra para quitar las malas hierbas en un campo lleno de colocasias. El caso es que las hojas anchas de las plantas la habían protegido del fogonazo. No había muerto en el acto, aunque había perdido temporalmente la capacidad de movimientos.

Durante un rato, se quedó tumbada boca abajo entre las colocasias. Cuando alzó la vista al cielo, vio que este se había oscurecido bastante y había un mar de fuego por Shiratori-naka-machi y Nishi-naka-machi. Caminó a gatas hasta la orilla del río. El agua tenía un color negro violáceo, y estaba asustada como si hubiera llegado el fin del mundo. El fuego se había extendido rápidamente. Pero una viuda está acostumbrada a sacar fuerzas de flaqueza, y, con todo el valor que fue capaz de reunir saltó al río y agarrándose a una balsa de bambú, se sumergió en el agua. (La balsa era una de esas que las autoridades de la ciudad habían recomendado a los ciudadanos que tuvieran listas ante la eventualidad de un bombardeo). La marea había subido, y había más de un metro y medio de agua. No tardó en aparecer un chubasco y empezó a sentir un frío terrible. Se encaramó a la balsa, se cubrió con un edredón que encontró flotando por el río y, utilizando como pala una chapa que vio a la deriva, remó corriente abajo hasta ponerse a salvo. Tenía quemaduras en el lóbulo de la oreja izquierda, en el cuello y en el hombro.

Había llegado hacía dos noches en busca de su cuñado. Entonces, tenía fuerzas suficientes para caminar sin ayuda pero, de repente, la noche anterior, se había sentido débil y empezado a gemir por los dolores constantes, hasta que había muerto hacía apenas un rato.

Como encargado del funeral de una persona ajena a la fábrica, redacté un informe con todos estos detalles.

La granja de la ciudad donde había trabajado había estado ubicada anteriormente en el parque del Litoral. Durante la primavera del año anterior, casi la totalidad de la finca se había dedicado al cultivo, siguiendo las directrices políticas del gobierno de hacer uso de todo el espacio disponible, y se habían plantado berenjenas, pepinos,

tomates, colocasias y otras verduras. Según se decía, todas las demás personas que estaban en esa zona en el momento del bombardeo murieron en el acto, incluidas las muchachas del Instituto Femenino y del Instituto Femenino Municipal que hacían voluntariado de guerra allí. De hecho, haber sobrevivido hasta hoy era haber engañado a la muerte para que no hiciera su tarea.

El director aún seguía preocupado con su propia obsesión.

—Shizuma —me dijo—, asegúrese de que hoy se acuesta temprano cuando termine el funeral. Necesitamos que mañana vuelva al depósito para presentar otra solicitud de cupo de carbón. Sus ideas acerca de suministrárnoslo nosotros mismos suenan bien, pero si quiere que le diga lo que pienso, la cuestión es que ha cedido demasiado fácilmente. Sé que es una molestia, pero usted debe tratar de mostrar más empeño.

—Es inútil —dije yo, bastante ofendido—. Lo único que podemos hacer es solicitar una carta de presentación al capitán Nozu, del Cuerpo de Señales, e ir directamente a la mina de Ube para negociar con ellos allí. ¿Se supone que no cabe esperar que obedezcamos las ordenanzas de racionamiento cuando la Compañía estatal del carbón ha desaparecido, no cree?

—Lo que dice es muy cierto, pero el capitán Nozu está fuera en una misión oficial. He subido hoy unas cinco o seis veces a la oficina provisional del Cuerpo de Señales del piso de arriba, y solamente he encontrado un suboficial allí. Cuando le he preguntado adónde había ido el capitán, me ha dicho que era secreto militar. Y lo mismo ha respondido cuando le pregunté cuándo volvería. Hace un rato, fui al almacén, y solamente nos queda carbón para dos días. ¿Qué se supone que debemos hacer? —Se llevó, desesperado, las manos a la cabeza.

—En ese caso, iré mañana por la mañana temprano —dije—. Aunque sea inútil.

Me resigné a tener que volver una vez más al depósito, aunque sabía que era una gestión que no tenía sentido.

Al regresar a nuestro hogar provisional, una vez que terminó el funeral, respiré un olor delicioso a pasteles de arroz tostado que llegaba hasta el exterior, incluso a través de los postigos, que habían cerrado para cumplir las ordenanzas. Por el olor, acertaba a distinguir que los habían bañado en salsa de soja y cocinado con carbón vegetal.

Entré por la puerta de atrás. Nuestros dos visitantes estaban ya despiertos, y sentados a la mesa junto con Yasuko y Shigeko. En la mesa (una pieza espléndida de ébano que el propietario de la casa nos había prestado), las fuentes y otros recipientes contenían pasteles de arroz tostado que, adiviné, nuestras visitantes nos habían traído probablemente como regalo desde el campo. Yasuko y Shigeko comían con voracidad.

—¡Vaya, aquí está! —dijo Shigeko con voz animada al verme de pie en la entrada, cuyo suelo estaba levantado—. Me temo que no te hemos esperado.

—Hola, tío —dijo Yasuko—. Siento que nos hayamos adelantado. Los pasteles de

arroz eran demasiada tentación una vez que habíamos empezado a tostarlos. Han traído un poco de arroz tostado, también. Y quedan también algunas bolas de arroz que han sobrado.

—Sois muy amables por haberos molestado por nosotros —dije a los visitantes. Luego, me senté en el escalón de madera, entre la entrada y el salón, para arreglarme un poco la cara y disimular las quemaduras de mi mejilla izquierda. Los dos huéspedes me miraron fijamente, como conejos, con los ojos abiertos y humedecidos por la sorpresa, y ambos rompieron a llorar. (Uno de ellos, Masao Watanabe, era el hermano mayor de Shigeiko; el otro, Yoshio Takamaru, era el padre natural de Yasuko).

Takamaru, que se había sentado con las piernas cruzadas, cambió su postura para sentarse más formalmente sobre sus talones, con las manos agarrando firmemente sus rodillas, mordisqueándose el bigote y sollozando. Esta actitud alteró tanto a Shigeiko y a Yasuko que contrajeron sus rostros y dejaron de masticar sus pasteles de arroz. Watanabe estaba sentado muy silenciosamente, limpiándose los ojos de lágrimas y, a la vez, mirándome de soslayo. Me armé de valor para aguantarme las lágrimas, pero la emoción me brotó espontáneamente del pecho, y una lágrima resbaló de mi nariz al labio superior. Cambié de posición para sentarme de espaldas a ellos.

—¡Estoy tan contento de veros a todos a salvo, tan contento! —dijo Watanabe—. ¡De veros a todos sanos y salvos! Estábamos convencidos de que nunca os volveríamos a ver. Lo más que esperábamos era encontrar el lugar en el que habríais muerto.

—¡Yo también estoy feliz, muy feliz! —añadió Takamaru—. Habíamos dado por perdida a Yasuko. Siempre habéis cuidado tanto de ella que todos habíamos pensado que se había ido con vosotros al otro lado. Toda la familia, de Kobatake y también de Hirose, había perdido las esperanzas.

Seguí sentando donde estaba, sorbiendo el té que Yasuko acababa de servirme:

—Os habéis preocupado mucho por nosotros.

Poco a poco, Watanabe nos contó algo del impacto que habían recibido en su aldea, mientras que Takamaru añadía de vez en cuando algunos detalles para completar su versión. Según dijeron, los informes verbales del bombardeo habían empezado a llegar a la aldea de Kobatake a primera hora de la tarde del día 6: una bomba de una extraordinaria intensidad había sido arrojada sobre Hiroshima. Un tercio de toda la población, incluyendo tropas y trabajadores voluntarios, había muerto en el acto. Otro tercio de la población estaba gravemente herido, y el tercio restante había sufrido, sin ninguna excepción, alguna clase de lesión. Se afirmaba que este no era un rumor derrotista sino la verdad pura y dura. Los siguientes informes que llegaron los días 7 y 8 de agosto eran aún más alarmantes.

Entonces, un torrente ininterrumpido de víctimas del bombardeo empezó a regresar desde Hiroshima a los pueblos. Algunos murieron al poco de llegar a sus casas; otros sufrieron agonías atroces. En el pueblo de Hirose había un doctor, un

especialista en enfermedades infantiles, que había sido evacuado desde Kōbe. Tras examinar a los pacientes, declaró que el único diagnóstico que podía anticipar era que se trataba de una enfermedad desconocida para la que no había tratamiento. Les recetó pomadas para las quemaduras, y puso inyecciones de Pantopon a aquellos que se quejaban de dolores insoportables, pese a que únicamente había podido traer doce ampollas de este medicamento, porque había tantos pacientes que, después del primer día, el medicamento se había agotado.

Había dos hombres heridos, ambos con quemaduras y huesos rotos, que regresaron a Kobatake. Nuestros visitantes les habían preguntado sobre los daños que había sufrido la zona de Senda-machi, pero lo único que podían decir era que las casas habían sido pasto de las llamas y que todos los supervivientes estaban heridos; no tenían la menor pista de si estábamos vivos o no. En el caso de que hubiéramos estado heridos, es seguro que a estas alturas ya habríamos regresado al pueblo; así que el hecho de no haber aparecido allí podría significar que estábamos muertos, ya que no podíamos estar viviendo en un páramo abrasado. En resumen, llegaron a la conclusión de que habíamos fallecido.

Sin embargo, si estábamos muertos, algo habría que hacer al respecto. Alguien debía ir, al menos, a buscar entre los restos. Watanabe se debatía mentalmente sobre qué hacer cuando, casi exactamente al mismo tiempo, la mañana del día 10, y como si se hubieran puesto de acuerdo, cinco parientes aparecieron en su casa. Entre todos convinieron y decidieron que, como primera medida, Watanabe y Takamaru deberían ir hasta Hiroshima en nombre de la familia. Así que se pusieron en camino, no sin antes coger como provisiones varios pasteles de arroz y algo de arroz tostado: las cosas que encontraron más adecuadas y a mano para llevar como ofrendas a aquellos que supuestamente habían muerto. Antes de marcharse del pueblo, fueron a casa de mi anciana madre para informarle de sus planes, y se encontraron allí a mi hermana menor con sus dos hijos. Mi madre, convencida de que nosotros tres habíamos estallado en pedazos o habíamos muerto aplastados bajo los escombros, había colocado en el altar de casa tres fotografías de nosotros, frente a las cuales había puesto tres vasos y algunas dalias en un florero.

—Si vais a Hiroshima —les dijo—, voy a encargaras que os toméis la molestia de traer, al menos, algo de incienso; y agua y hojas frescas del pueblo. Podéis quemar el incienso en el lugar donde estaba la casa, rociarlo con agua y esparcir unas hojas. Y ya que estáis en ello, llevad unos frutos de *kemponashi* para Shigematsu: a él siempre le gustaron los árboles *kemponashi*.

Puso algo de agua del pozo en una botella vacía de vinagre, envolvió unos palos de incienso y unas hojas verdes en un papel, y se las dio a Watanabe. Luego, recogió dos o tres frutos *kemponashi* que se habían caído del árbol sin estar maduros, y los puso en un pequeño bolsillo de su mochila.

Situado, aproximadamente, a seiscientos metros por encima del nivel del mar, el pueblo de Kobatake está enclavado en una altiplanicie rodeada por montañas en tres

de sus costados y entre las cuencas del río Ashida, que discurre hacia el sur atravesando la Prefectura de Hiroshima por el este, y del río Oda, que baña la región de la Prefectura de Okayama. Antiguamente, la región había estado en manos del clan Nakatsu, en Kyūshū, que había establecido en el pueblo uno de sus cuarteles principales. Pese a que hoy en día el pueblo estaba en franca decadencia y carecía de facilidades de transporte, seguían en pie unas cuantas mansiones donde antaño habían habitado algunos samuráis. Watanabe y Takamaru tuvieron que caminar, durante cerca de dos horas, por la carretera que flanqueaba el Ashida hacia el valle hasta alcanzar un lugar llamado Uokiri, donde pararon un camión de motor de carbón que iba vacío. Eran más de las diez de la noche cuando llegaron a las ruinas de la ciudad de Fukuyama.

Fukuyama había sido bombardeada el día 8 y se había quemado por completo, salvo un barrio del norte. No quedaba ni una sola luz. Siguiendo la carretera, forzando los ojos para ver en la oscuridad, se encontraron con las vías del tren que iba a Sanyo y caminaron por los raíles hacia el este, hasta llegar a lo que parecía una estación. Querían comprar un billete, pero no encontraron un oficial ferroviario por ninguna parte. No obstante, en la total oscuridad, se toparon con un extraño y se pusieron a hablar con él durante un rato. A juzgar por su voz, era un hombre de unos cincuenta años o así, y tenía un acento que parecía de Tokio. Les dijo que había llegado un mes antes a Fukuyama para escapar de los bombardeos, pero que había perdido la casa en los incendios.

Les describió cómo había sido el bombardeo de Fukuyama: alrededor de media noche, sesenta B-29 habían sobrevolado la ciudad y arrojado una salva de bengalas sobre las colinas de los alrededores; luego, se habían lanzado al ataque haciendo batidas y barridos en sucesivas oleadas.

—Las bombas incendiarias producen una especie de silbido al caer —dijo el hombre—. Luego, cuando estallan contra el suelo, el ruido que hacen no se parece al de una detonación sino a una cadena de ruidos sordos; emiten una luz deslumbradora y terrorífica. Recuerdo que con una de ellas oí también un tintineo, como el de un cristal al romperse.

Según el hombre, las bombas incendiarias caían envueltas dentro de paquetes fabricados con algo similar al cinc, y atados con alambre metálico. Al caer, el alambre se deshacía, se abría el paquete de chapa de cinc —o lo que fuera aquello— y esparcía las bombas por el aire en distintas direcciones, que eran las que producía el silbido al caer. El tintineo, afirmaba, era el sonido del alambre al caer sobre las rocas del jardín.

El castillo de Fukuyama había resultado también dañado. Una bomba incendiaria había penetrado por una ventana del tercer piso del torreón, y los otros cinco pisos habían ardido como una columna de fuego para luego derrumbarse. La estructura que albergaba el baño de la señora Yodogimi^[11], trasladado hasta allí desde el celebrado castillo de Fushimi, en Kyoto, había sido destruida junto con el corredor adjunto y

tanto la atalaya para tomar el fresco como otra estancia para gozar de la claridad de la luna habían quedado como un hojaldre blanquecino. Lo único que se mantenía en pie era un torreón de tres pisos y la puerta de entrada, conocida como «puerta de hierro».

—En realidad —dijo—, hay emplazamientos antiaéreos en el castillo y junto al puente encima del Ashida, pero aun así no dispararon ni un solo obús, ni siquiera cuando el cielo estaba cuajado de B-29. Por bajo que volaran los B-29, no los disparamos ni una sola vez. Oscuro y en calma como el bosque, así es como estaba el lugar por aquí abajo; imponentes y silenciosas las montañas, y esas cosas... Después de todo, dicen que el halcón esconde sus garras, ¿no es así? —Era difícil saber si se estaba poniendo del lado del ejército o estaba siendo sarcástico.

Un montón de gente que había perdido su casa a causa de los incendios parecía haber buscado refugio en la estación, pero era difícil saberlo con seguridad en medio de la total oscuridad. Siguiendo las vías del tren, les pareció ver brillar luces en la distancia en un pequeño pueblo llamado Gōbun, al oeste, y en la estación de Bingo-Akasaka: podría decirse que eran las luces de un pueblo demasiado desmoralizado a estas alturas para molestarse por respetar las ordenanzas que regulaban el alumbrado público. Así pues, decidieron que tratarían de comprar los billetes en la estación de Bingo-Akasaka, y siguieron caminando a tientas por los raíles del tren.

Para cruzar el puente del tren que atravesaba el río Ashida, tuvieron que gatear, tanteando traviesa a traviesa con sus manos para poder avanzar. Uno de ellos seguía las vías de ida y el otro las de vuelta, con la idea de ayudarse mutuamente en el caso de que viniera algún tren por alguna de las dos vías. Durante el trayecto, no dejaron en ningún momento de indicarse en voz alta cuál era la posición de cada uno. Lo que más problemas les planteaba eran sus petates, porque se les caían encima de la cabeza cuando se agachaban para mirar, o se les escurrían por debajo de los brazos o por los costados cuando enderezaban la espalda. Cuando una u otra cosa ocurría, sus cuerpos se balanceaban peligrosamente, y entonces se agarraban alarmados a los raíles. Un incesante escalofrío de miedo les recorría el cuerpo, pero finalmente lograron alcanzar la estación de Bingo-Akasaka sin mayores contratiempos.

Tras escuchar su historia, un funcionario de ferrocarriles les vendió un billete para Hiroshima, pero no les pudo decir cuándo llegaría el tren. Todo lo que podían hacer era ser pacientes y esperar, así que abrieron sus comidas empaquetadas y se pusieron a comer tan despacio y parsimoniosamente como pudieron. Aún estaban en ello cuando llegó el tren que se dirigía al este y unas treinta personas bajaron al andén. La mitad de ellos estaban heridos, y el resto habían ido a Hiroshima a buscar a familiares y amigos. Estos últimos y alrededor de unas veinte personas que habían estado esperando el tren intercambiaron noticias en voz alta: «¡No ha habido suerte!». «¿Los encontrasteis?». «¿Qué pasó con vuestras casas?». «¿Encontrasteis a alguien que conozcamos?». «He clavado un cartel junto a los raíles del tren...».

Ninguno de ellos parecía haber tenido éxito en su búsqueda. Mezclándose con la gente que ya esperaba allí, los recién llegados, lo mismo heridos que ilesos —un

hombre con un hijo, una mujer que llevaba un niño en brazos, una pareja que parecían hermano y hermana— se abrieron paso por el andén, cruzaron la barrera y desaparecieron en la oscuridad del fondo de la estación.

—Por lo que parece, nosotros no tendremos mucha más suerte —dijo Watanabe.

—Al menos encontraremos sus restos entre las ruinas —replicó el otro—. Después de todo, ya no podemos dar la vuelta, ¿no crees?

El tren salió algo más tarde de la una de la madrugada y llegó a Hiroshima un poco después de las cinco. A eso de las siete, encontraron finalmente las ruinas de nuestra casa en Senda-machi. Yo no había colocado ningún cartel advirtiendo adónde nos habíamos marchado, pero Watanabe, que había ido a verlos allí dos o tres veces, reconoció el lugar por los restos de un pino y por el estanque. Con todo, una vez allí ignoraban qué hacer: no tenía sentido ponerse a gritar nuestros nombres cuando no quedaba ni un solo lugar en pie donde pudiésemos estar, y carecían de instrumentos para cavar en las cenizas. Estuviésemos donde estuviésemos, lo único de lo que estaban seguros era de que estábamos muertos; y acordaron que el lugar de nuestra muerte, fuese donde fuese, bien podría ser aquel. Así que encendieron los palos de incienso y los clavaron en la tierra, junto al estanque. A su lado colocaron también la botella de vinagre que contenía agua para los muertos, y esparcieron las hojas verdes por debajo de los restos calcinados del pino. Los frutos *kemponashi* los dejaron frente al incienso.

En ese preciso momento, llegó un extranjero y los saludó:

—¿Están buscando tal vez a los Shizuma? —Cuando dijeron que sí, se presentó como el Sr. Nakao que vivía en una chabola, allí al lado. Les dijo que el Sr. Shizuma, su mujer y Yasuko, su hija adoptiva, se habían marchado a la fábrica a Furuichi.

—¿Alguno de ellos estaba herido? —preguntaron.

—El Sr. Shizuma se había quemado un poco la mejilla —contestó—, pero era solo una quemadura leve.

El Sr. Nakao les dio indicaciones sobre cómo llegar a Furuichi. Les dibujó un mapa en las cenizas con un trozo de carbonilla, y Watanabe lo copió en un cuaderno. Con su ayuda, y la de las innumerables personas a quienes habían preguntado por el camino, caminaron hasta la estación de Yamamoto y volvieron en tren hasta Furuichi, donde les dieron la dirección de la fábrica. Eso debió de ser poco después de las doce y media. Entonces, ¿por qué el Sr. Nakao no me había dicho que alguien había preguntado por nosotros? La única explicación que se me ocurría era que el hecho de vivir entre las ruinas hubiera embotado temporalmente su cerebro.

Shigeo y Yasuko, dijeron, habían notado las hojas verdes al pie del pino. Y también habían visto la botella de vinagre junto al estanque; la etiqueta era más bien llamativa, con la imagen de una muchacha vestida con un fajín rojo chillón. A Shigeo le había sorprendido mucho ver la botella allí de pie, intacta, entre las ruinas, y más aún con los frutos de *kemponashi* alrededor. Yo no había visto nada especial, pero al escuchar la historia ahora, me impresionó la amabilidad de mi madre. No

había duda de que los frutos eran una ofrenda especial por su parte para el descanso de mi alma. De niño, aguardaba siempre con impaciencia a que cayesen los frutos *kemponashi*. Solía tirar piedras a las ramas para precipitar su caída, un acto por el que mi padre me reprendía duramente. Algunas veces, la piedra iba demasiado lejos, y aterrizaba en el tejado del cuarto de baño. Al parecer, mi madre no lo había olvidado.

Según nuestros visitantes, a mi antigua casa acudían constantemente vecinos y otros amigos del pueblo para preguntar por nosotros; en teoría al menos, porque por el tono de voz con el que hablaban resultaba evidente que venían en realidad para presentar sus condolencias. Solamente uno de ellos, el propietario del bazar local, había sido distinto de los demás:

—Me extraña que pongas sus fotos en el altar —le dijo a mi madre—. Eso es atraer la mala suerte. Espera un poco a ver qué ocurre: ya verás cómo regresan sanos y salvos. —Y se marchó sin ni siquiera despedirse con las fórmulas de cortesía habituales.

Como tenía que levantarme pronto a la mañana siguiente, me excusé ante los visitantes y me fui a la cama en la habitación pequeña. Pero podía oírles hablar. Al igual que en todas partes, los vecinos de Kobatake también salían a cavar en busca de raíces de pino. Incluso mi anciana madre había subido tambaleándose hasta las colinas para cavar agujeros, haciéndose ampollas en las manos. El aceite, que se extraía de las raíces cociéndolas, se utilizaba como combustible de los motores de los aviones cuyo trabajo consistía en abatir los B-29. Eso es lo que había dicho a todo el mundo un oficial de la marina que había venido al pueblo por este motivo. La excavación de raíces de pino se había convertido en un tipo de trabajo voluntario de guerra. Para cocerlas se había erigido en el valle, junto al río, una cabaña.

A la mañana siguiente me levanté temprano y empecé a escribir una carta para que se la entregasen a mi madre, pero se me habían venido encima tantas emociones acumuladas que opté por abandonar el intento. Mientras nuestros visitantes dormían aún, me levanté para tomar el primer tren del día, que se detuvo en Yamamoto como antes, y desde allí me puse a andar en dirección al puente de Yokogawa. Era una distancia de alrededor de tres kilómetros y medio.

El estado de las ruinas no había variado mucho desde el día anterior. Las figuras humanas que buscaban los restos de sus allegados entre los escombros se parecían bastante a la gente que buscaba caracoles en la playa. Se agachaban y se quedaban inmóviles, con la espalda horizontal, hasta que volvían a enderezarse de pronto, para luego volver inmediatamente a la posición anterior. Al cruzar el puente de Yokogawa, busqué con la vista el caballo que había visto el día 6 bajo el puente, tendido y estremeciéndose por el fuego que lo abrasaba. Ahora apenas quedaba de él poco más que el esqueleto. Desde el puente, río abajo, una pareja que podría ser un padre y un hijo sacaban agua con un embudo hecho de trozos de hojalata doblada. Al otro lado del puente, río arriba, dos mujeres de mediana edad hacían lo mismo con contenedores similares fabricados con hojalata. Se afanaban durante un rato en sacar

agua y luego se apoyaban contra el terraplén, como si estuvieran agotadas. Habían hecho acopio de varas de bambú y de palos de madera que habían puesto entre las piedras, y después habían colocado encima trozos de cartón, estera y hojalata hasta formar una especie de refugio. A lo largo del río, la gente se había construido una serie de chabolas de parecidas características.

En Sorazaya-chō, en el norte del puente de Aioi, vi a dos mujeres sentadas llorando en silencio en el suelo, en medio de montones de tejas apiladas. Ambas tenían unos veinte años de edad y parecían hermanas.

Los pisos superiores del pabellón de inventos industriales y el pabellón de promoción industrial colgaban destrozados de sus armazones. El puente de Aioi, que estaba fabricado con cemento armado, tenía un gran abultamiento en el centro, de casi un metro de alto. El cemento estaba agrietado como un asfaltado a medio hacer, con grietas de dos o tres centímetros de ancho, que atravesaban toda su superficie. Bajo el puente, una tubería de agua, partida por la mitad, atravesaba el río, y se podía ver el interior del conducto por sus extremos abiertos.

Al llegar al extremo sur del puente de Honkawa, la marea estaba baja, y entre las charcas que quedaban en el lecho del río vi que había varios peces que parecían mújoles en avanzado estado de descomposición, con sus espinas dorsales asomando. Por todas partes, había cadáveres de cangrejos que debían de haber muerto después de haber salido arrastrándose de las piedras. En el lecho del río, las malas hierbas, con excepción de las que tenían espigas, habían proliferado desmesuradamente. No hacía más que pensar en ello, pero no podía entender cómo la luz y el sonido podían haber provocado un crecimiento tan descontrolado.

En las barandillas de todos los puentes por los que pasaba había mensajes escritos con carbonilla o en trozos de papel pegados a la piedra. Uno se quedaba pasmado al ver la cantidad de papeles existentes, que la brisa hacía aletear y alrededor de los cuales muchas personas estaban congregadas como la multitud que acude a leer los anuncios colgados en el exterior de la oficina del periódico. Muy de vez en cuando, alguien se detenía, escribía algo y se volvía a marchar corriendo. Los mensajes eran sumamente sencillos, pero parecían transmitir algunos de los sentimientos y circunstancias de las personas que los habían escrito. Anoté algunas de las frases que vi en los papeles pegados sobre la barandilla del puente de Honkawa:

A Konosuke: ven a casa de tu tía en Gion. Padre.

Padre y Madre: díganos dónde se encuentran. Mayumi, en casa del Sr. Abe Sakurao, Hatsukaichi.

Papá: el chico está preocupado por su paradero. Hasue, en casa de Yaichi Shintaku, Hachihonmatsu.

Shinzo Watanabe está vivo y a salvo. Dirección actual: en casa de Shigeki Sehara, Midorii.

Preocupados por el paradero de los miembros de la clase. Vendremos aquí todos

los días a las diez: Taizō Ogawa, clase IIA, Escuela de Industriales.

Abuelo, Abuela y Emiko desaparecidos. A Shōji y Natsuyo: venid a casa del Sr. Tokuro Ida, Ōkō-chō. Yasuoka.

Al Sr. Ikuo Nishiguchi de Kamiya-chō: por favor, dejad vuestra dirección actual para devolveros la deuda pendiente. Gracias. De vuestro familiar en Nakahiro-machi.

A Yaeko: al volver a Fuchū, haz parada en Mihara. De tu Padre.

Me puse en marcha de nuevo a todo correr, espantando con la toalla de algodón las moscas que me perseguían, pero enseguida me quedé sin respiración y tuve que retrasar el ritmo de marcha. A lo largo de la carretera, pude ver también, entre los muros de piedra rota y las rocas ornamentales donde se habían erigido las casas de la gente, acedera y algarrobos doblados bajo el peso de los nuevos retoños que habían brotado demasiado deprisa para aguantarlos. Me pregunté si el impacto de la bomba podría haber afectado la estructura celular de las plantas del mismo modo que a los seres humanos.

Me acordé de algo que nos había contado una vez un experto en agricultura que había pasado de visita por el pueblo: si las plantas de arroz crecían en campos cuyo nivel de agua era demasiado profundo, la parte del tallo en contacto con el agua se iba hipertrofiando y debilitando estructuralmente hasta acabar inclinando la planta. Esto, nos dijo, era un hecho científico aceptado. Pero nunca había oído a nadie decir que el impacto súbito de la luz, el sonido o el calor podían causar un crecimiento desaforado de las plantas. La bomba parecía haber impulsado el crecimiento de las plantas y las moscas a la vez que había frenado la vida humana.

No cabía duda de que los insectos y las plantas proliferaban como nunca antes. Ayer vi un nuevo brote de medio metro en una musácea que había en el jardín de atrás de un restaurante de fideos. El tallo original había sido arrancado por la onda expansiva y desaparecido sin dejar rastro, aunque había sido reemplazado por un nuevo brote recubierto por una vaina como de bambú. Hoy, el brote ya alcanzaba los dos metros de largo. Después de haber pasado mi infancia en una granja, y conociendo los árboles como los conocía, no salía de mi asombro.

El restaurante de fideos en cuestión era un lugar que había frecuentado en la época que trabajaba en el depósito de aprovisionamiento del ejército. Acudía todos los domingos a cenar, y el propietario solía llamarme «el jefe». Cuando la comida empezó a escasear, algunas veces trataba de convencerlo, solapadamente, para que se desprendiese de una parte del racionamiento de fideos que le repartían.

Una vez hizo un plato muy sabroso de fideos con carne y verduras especia das con curry. Ahora, mientras trataba de calcular con el dedo la longitud del retoño de la musácea, volvían a mí muchos de aquellos detalles. Entonces, observé la presencia de un terrier en el restaurante que me miraba desde detrás de una piedra. Lo llamé y le silbé, pero en esta ocasión no se acercó a mí ni movió la cola, limitándose a quedarse

quieto mirando fijamente. Seguramente se había escapado durante el incendio y habría vuelto después para buscar a su amo, una vez que los fuegos habían empezado a extinguirse. Me preguntaba cómo habría sobrevivido en medio de un desierto calcinado, sin unas sobras que llevarse a la boca. Estaba delgado y esmirriado, y cubierto por completo de una capa de pelo gris oscuro. Tenía la intención de darle un poco de mi bola de arroz, pero al final lo dejé a su suerte, convencido de que si le daba algo de comida, ya no se despegaría de mí.

Unas cuatro o cinco casas después del restaurante, oí un martilleo metálico, y vi a un hombre que trataba de reventar con un cincel una gran caja fuerte, quemada y herrumbrosa. Era de mediana edad e iba vestido con un salacot, pantalones cortos de color caqui y una camisa de manga corta del mismo color. Sin más intención que la pura curiosidad, me acerqué para hablar con él.

—Debo decir que demuestra tener mucha energía con el calor que hace. ¿No se abre la puerta de la caja fuerte?

Me miró de soslayo sin dejar de golpear la caja:

—No consigo girar la maldita llave —dijo—, así que voy a tener que romperla desde atrás.

—¿Por qué no se carga la cerradura con un martillo o algo similar?

—Me pregunto cómo. ¿Bastará con un martillo? Si no saco lo que contiene ahora, no tardarán en hacerlo los ladrones.

Un enorme enjambre de moscas volaba a su alrededor, frustradas en sus intentos de posarse. El hombre no parecía ser un ladrón, así que me limité a decirle:

—Disculpe por haberle interrumpido en su trabajo —y lo dejé con su tarea.

En las ruinas de lo que había sido el centro del barrio comercial, se veían por todas partes cajas de seguridad oxidadas. En Senda-machi no teníamos ninguna; las únicas personas que poseían una en nuestro vecindario eran el Sr. Nakao y el Sr. Miyaji, pero yo no lo supe hasta haberlas visto entre las ruinas. En el caso de Miyaji, resulta que acababa de comprar una a mediados de julio de este año, cuando los aviones enemigos habían empezado a sobrevolar Hiroshima, atravesando la cordillera central y saliendo por el mar de Japón. El número de personas que se habían desplazado al campo había aumentado súbitamente, y podían adquirirse pianos de segunda mano, armonios y cajas fuertes a precios de ganga. Cuando desde finales de julio en adelante, los ataques aéreos enemigos se hicieron mucho más frecuentes, y las alertas empezaron a proliferar en Tokuyama, Iwakuni y Kure, al tiempo que se arrojaban minas en el mar de Japón, a los pianos y las cajas fuertes vino a sumarse un sinfín de cómodas, vasijas ornamentales, postes de madera, bonsáis, tableros de ajedrez, cuadros, artesas antiguas, tinas de lavar, raquetas de tenis y *kakemonos*^[12].

Siempre se había dicho que Hiroshima era la ciudad del ejército de tierra, del mismo modo que Kure era la de la marina. Kure fue bombardeada el 22 de junio; posteriormente, el 1 de julio, el distrito central de la ciudad fue arrasado en un masivo ataque de bombas incendiarias. Hubo otro ataque el 24 de junio, pero en esta ocasión

el enemigo se encontró con el fuego naval procedente de un buque de guerra japonés que, fuera del alcance de su vista, permanecía anclado y abandonado detrás de una isla debido a la falta de combustible. El buque se encontraba en una situación peculiar, porque la gasolina fabricada con resina de las raíces de pino que se producía para reemplazar el combustible normal era suficiente para disparar pero no para moverse. Aquel día, los aviones enemigos también arrojaron bombas sobre Ujina. El siguiente bombardeo se produjo en Hiroshima el 6 de agosto, cuando una misteriosa bomba había reducido la ciudad a cenizas.

Ni una palabra ni un rumor nos había inducido a sospechar la existencia de una bomba semejante. Me imagino que lo mismo le sucedía a la mayoría de la gente. Por lo general, uno se puede hacer una idea de cómo van las cosas cuando se mira a los niños, cuyas reacciones son más sencillas que las de los adultos. Los alumnos de la escuela media que hacían trabajo de guerra, y que fueron casi sin excepción aniquilados por la bomba, contribuyeron a demoler casas para hacer cortafuegos casi todos los días hasta el 5 de agosto. Ni en una sola de sus caras se delataba el menor deseo de hacer novillos o de esconderse. Las estudiantes de las unidades de trabajo voluntario lucían orgullosamente pañuelos anudados en sus cabezas y brazaletes con la etiqueta «brigadas escolares voluntarias». En su camino a la fábrica de acero, y de regreso a sus casas, las muchachas cantaban al unísono mientras marchaban desfilando:

*Tú llevas un rifle en la mano, y yo un azadón,
Mas uno y solo uno es el camino a la batalla.
Para los chicos y chicas de las brigadas voluntarias
Dar la vida por el país es su sagrada misión.*

Las chicas trabajaron en la fábrica de acero dando la vuelta a los obuses de la artillería antiaérea en los tornos de fabricación. Hacían dos turnos, y el último consistía en dar la vuelta a los obuses hasta las diez de la noche. Estoy seguro de que ninguno pudo nunca imaginar el horror que se cernía sobre ellos.

Capítulo 14

EL número de personas que buscaban cuerpos o restos calcinados entre las ruinas era considerablemente mayor que el día anterior. Además de la gente que caminaba con harapos o medio desnudos, observé que había una serie de hombres vestidos de bomberos y con brazaletes donde se leía «Brigada de Socorro». Algunos de ellos llevaban megáfonos o camillas de bambú y habían venido del interior para prestar ayuda a las víctimas.

En el depósito de aprovisionamiento me dieron la recepción que esperaba.

—Sí, le comprendo bien, Sr. Shizuma —empezó a decir el teniente Sasatake tras escuchar hasta el final la petición que le había formulado—. Pero me temo que por el momento tendrá que seguir como hasta ahora. Usted comprenderá que nuestro mayor deseo es que soldados y civiles cooperen entre sí, utilizando su imaginación y sus recursos para superar las dificultades con las que se encuentran. En una emergencia máxima como esta queremos que todos los ciudadanos tengan la sensación de que todos trabajamos unidos por el bien de la causa.

Lo único que me interesaba era obtener un cupo de carbón, y frases abstractas como esa no me consolaban en absoluto.

—Entonces, ¿va usted a escribir una carta de presentación para la mina de Ube, teniente?

—Me temo que no voy a responderle hasta que haya comentado el asunto con mis superiores y nos hayamos reunido. Sin embargo, estoy de acuerdo en que, mientras tanto, hay que hacer algo.

—¿No podría liberar tal vez las reservas de carbón en Ujina?

—Eso es imposible tal como ya le expliqué a usted ayer. Cae fuera de nuestra jurisdicción, ¿sabe usted?

Pasó lo mismo que el día anterior, por lo que me sentí impotente. La única diferencia radicaba en que hoy la formulación de la negativa era, en cierto modo, menos rígida, y que la forma había sido menos pomposa. Así las cosas, decidí que no tenía sentido presionar más.

Al marcharme del depósito de aprovisionamiento, me encaminé hacia las ruinas de Futuro-machi, y mientras andaba por las vías del tranvía en dirección a la oficina de Comunicaciones, me adelantó un soldado con el brazalete de «Brigada de Socorro», quien, a la vez que avanzaba, gritaba: «¡Hola!, ¿hay alguien por ahí de la Unidad Kōjin?». Le eché una rápida ojeada de perfil, y en ese mismo momento se dio la vuelta para mirarme.

—¡Dios bendito, Tamotsu!

—¡Que me aspen si no es Shigematsu!

Era verdaderamente una extraordinaria coincidencia porque Tamotsu había venido del pueblo de Kobatake. Unos años atrás se había sumado al regimiento Himeji y, pocos meses antes del año antepasado, la gente del pueblo había estado diciendo que le habían hecho cabo de la sección de servicios sanitarios. Ahora, sin embargo, llevaba un casco con visera y una insignia con una espada en un lateral del casco, y el galón de brigada cosido al cuello de su camisa.

—¡Caramba, Tamotsu, parece que has progresado en la vida! —exclamé, sorprendido—. ¡Y luciendo un sable como ese!

—Bueno —dijo—, hace un tiempo me transfirieron al regimiento de Fukuyama. Después, el 7 de agosto, me trajeron aquí nuevamente. Ahora soy uno de los suboficiales de los servicios sanitarios, adjunto a las brigadas de emergencia encargadas de las labores de desescombros. —Parecía considerablemente desanimado con la idea.

Los dos hombres que lo acompañaban también me resultaban familiares. Uno de ellos, Rikuo, era miembro de la brigada contra incendios de Kobatake, un hombre sumamente taciturno al que todos consideraban un maestro en técnicas contra incendios. Del otro, Masaru, también bombero y procedente de otro barrio del pueblo, de quien se decía que no era ni un ápice menos competente en su trabajo que Rikuo. Ambos habían sido convocados por orden de la policía al día siguiente de la caída de la bomba en Hiroshima, y habían acudido a las ruinas en calidad de miembros de la brigada especial de socorro para buscar a los miembros de la Unidad Kōjin que trabajaban en la demolición de las casas.

Rikuo llevaba un megáfono unido a una cuerda enrollada al cuello, y él y Masaru transportaban una camilla con asas de bambú verde.

—Estoy seguro de que esas asas de bambú vienen del bosquecillo que hay detrás del templo de Kannon, en Kobatake —dije—; solo de verlas, me entra nostalgia.

—No seas tonto —dijo Masaru—, nos las dio la policía de Miyoshi.

Así me enteré de que los miembros de la brigada de socorro no habían venido directamente de Kobatake a Hiroshima, sino que, obedeciendo las órdenes del alcalde de Kobatake, se habían reunido primero en el ayuntamiento del pueblo, y luego habían ido a Yuki para presentarse en el cuartel de la localidad (la orden decía simplemente que debían presentarse en sus uniformes militares). En Yuki, se sumaron a las fuerzas formadas por hombres de otras aldeas del distrito y escucharon un discurso del alcalde sobre «cómo elevar la moral de las tropas en primera línea». Desde allí, toda la compañía fue enviada a Jōge, donde se sumaron más hombres de otros pueblos y, tras escuchar otra arenga del alcalde de la localidad, enviados a Miyoshi. Aquí se sumaron otras fuerzas con más hombres venidos de otras aldeas vecinas y escucharon de nuevo un discurso exhortatorio del alcalde, quien alabó su heroicidad y su valor por aventurarse en las ruinas de Hiroshima para cumplir con su deber en un momento de emergencia nacional.

Puesto que desde Kobatake hasta Yuki y desde allí hasta Jōge no había tren, viajaron en un autobús de motor de carbón, pero desde Shoge hasta Yaga-machi fueron en tren. Durante el camino, ninguno de ellos se quejó o desertó. Su trabajo no consistía en prestar ayuda a las víctimas de la bomba, sino en buscar a los miembros de la Unidad Kōjin que habían salido de su aldea o de las aldeas cercanas y que habían estado en Hiroshima cuando cayó la bomba.

—Todos os estamos muy agradecidos —le dije solemnemente a Rikuo y a Masaru, con una pequeña reverencia. También hice una reverencia ante Tamotsu, y añadí:

—Gracias.

—Vaya coincidencia, ¿verdad? —dijo Tamotsu—. Es una extraordinaria casualidad que me hayan asignado a la brigada de socorro de Kobatake y Takafuta. Justamente ahora íbamos al Hospital de Comunicaciones para buscar a los supervivientes.

—Hasta ahora, solo hemos encontrado a cinco de Kobatake —dijo Masaru—. Rikuo ha estado gritando constantemente por el megáfono hasta quedarse afónico. Así que ahora mismo le vaya tomar el relevo.

Me puse a caminar a su lado en dirección al Hospital de Comunicaciones pareciéndome que, de algún modo, era lo correcto. No tenía que respetar el toque de queda de las fábricas, y sentí que lo natural era que ese día les echara una mano.

Rikuo caminaba con el megáfono pegado a los labios, gritando: «¡Hola!, ¿hay por aquí algún miembro de Kobatake de la Unidad Kōjin? ¿Algún miembro de Takafuta? ¡Hola, escuchad, miembros de la Unidad Kōjin...!»». Mientras caminaba, buscaba alrededor alguna respuesta a su llamada, pero mis ojos no se encontraban más que con fragmentos de paredes de ladrillo derruidas, esqueletos de coches, cables eléctricos colgando a modo de festones —como las cuerdas de un tendedero de ropa puesta a secar—, raíles de tranvía, maderas calcinadas y marcos de ventanas chamuscados.

De repente, el brigada se detuvo en seco:

—Mirad, tal vez eso sea un aviso oficial —exclamó, enderezándose el casco con visera.

Mirando en la dirección que apuntaba, vi una serie de hojas de papel pegadas sobre el armazón de acero quemado de un tranvía. El brigada empezó a caminar hacia allí, y yo fui tras él bastante amedrentado. Se trataba de un boletín fabricado con tiras rectangulares de un rodillo de papel pegadas sobre una placa de acero. En aquella época, en Hiroshima solamente un periódico utilizaba esa clase de papel.

Anoté en mi cuaderno una de las noticias que aparecían allí:

«Anuncio del Cuartel General del Distrito Militar Occidental de Japón —decía—. Aproximadamente a las 11.00 horas del 9 de agosto, dos aparatos enemigos penetraron en el espacio aéreo de Nagasaki y arrojaron lo que podría ser una nueva clase de artefacto explosivo. A día de hoy aún se están investigando los pormenores

de los daños ocasionados, pero se espera que no revistan excesiva gravedad».

En otra hoja de papel, aparecía la siguiente noticia:

«10 de agosto. Del comandante en jefe de la defensa de Hiroshima a los ciudadanos de Hiroshima: se recomienda a quien hubiera sufrido quemaduras que, como medida provisional, tome un baño de agua compuesta de agua de mar y agua dulce, a partes iguales. Este método facilitará la protección contra los efectos provocados por esta clase de ataque. Se ha restablecido la circulación a pie por los raíles de los trenes tranvías y por las carreteras principales».

En otro papel, al lado del anterior, se declaraba: «Comunicado del Cuartel General del Ejército Imperial:

1). En el día de ayer, 6 de agosto, el ataque de un pequeño escuadrón de aviones B-29 causó graves daños en la ciudad de Hiroshima. 2) El enemigo habría utilizado un nuevo artefacto explosivo, pero aún se están investigando los pormenores del bombardeo».

En el espacio en blanco que aparecía en el margen del papel, alguien, supuestamente un escritorzuelo sin otra cosa que hacer, había apuntado con carbonilla: «10 de agosto. La Unión Soviética entra en la guerra». Parecía escrito una vez que el papel ya hubiera estado pegado contra el armazón del tranvía. Por la tosquedad del estilo y la carbonilla —de la que había en abundancia y al alcance de cualquiera— estaba convencido de que no era un comunicado oficial, pero tampoco era posible descartarlo como si fuera un rumor sin fundamento.

Las noticias que acababa de leer me dejaron con la sensación, no de que habíamos llegado al final del camino, sino de que lo habíamos sobrepasado con creces. Durante un instante, sentí que mis piernas iban a ceder. El lado izquierdo de la cara, el lado quemado, me temblaba descontroladamente; por insensible que tuviera la piel, podía sentirlo nítidamente. Al mismo tiempo, no salía de mi asombro; hacía dos o tres días que los boletines debían de haber sido colocados en distintos puntos de las ruinas, y no entendía cómo me habían pasado desapercibidos.

El brigada y sus compañeros siguieron adelante apesadumbrados y en silencio, y caminamos durante un largo rato sin decir una sola palabra. Habíamos llegado a la entrada del Hospital de Comunicaciones cuando Rikuo dijo, finalmente, como para sí mismo:

—Así que un bonito baño de agua de mar y agua salada, a partes iguales, ¿eh?

El hospital no era más que la cáscara de lo que había sido un edificio de estilo occidental, pero incluso desde el exterior era evidente que con las víctimas que acogía estaba funcionando a su máxima capacidad. Se veían personas vestidas con batas quirúrgicas moviéndose atareadas a lo largo del corredor y heridos con paso vacilante tambaleándose de aquí para allá. De pie, junto a los escalones de piedra, una mujer que parecía estar fuera de sus cabales gritaba algo ininteligible. Cerca, había un grupo de personas que habían venido desde el campo para buscar a sus seres queridos. Tras decirme que esperara en la entrada, Tamotsu, como sargento en jefe,

condujo a los otros dos a una oficina que parecía hacer las veces de sala de recepción. Un rato después, salió y dijo:

—Vamos a recorrer las salas. Como no perteneces a la brigada de socorro, tendrás que quedarte aquí. Creo que encontraremos algunas víctimas de Kobatake.

Y, acto seguido, se marchó por el corredor con Rikuo y Masaru. La mujer que parecía fuera de sus cabales empezó a gritar a Rikuo y a su compañero como si estuviera maldiciéndolos.

Sentadas junto a los escalones de piedra de la entrada, un par de mujeres mantenían una animada conversación. Ninguna de ellas parecía herida. Tendrían unos cuarenta años, y ambas llevaban blusas mugrientas, pantalones anchos de algodón y botas de goma de caña alta. A juzgar por sus palabras, una era la mujer de un herido del hospital, mientras que la otra era su hermana pequeña. No paraban de hablar.

Un gran regimiento del Ejército soviético —decían— había atravesado la frontera de Manchukuo, y una avalancha de tropas habían entrado en el país. El ejército japonés en Manchukuo había decidido, por tanto, arrojarles una bomba similar a la que habían utilizado los B-29 en Hiroshima. Al parecer, el ejército había decidido también tirar esa bomba en las islas del Pacífico ocupadas por las fuerzas armadas norteamericanas como represalia por el bombardeo de Hiroshima. Estas bombas se estaban fabricando en secreto en este mismo instante en una isla cercana a la ciudad de Takehara. La cuestión era que se tenía que hacer ver al enemigo que Japón contaba con una marina y un ejército formidables...

Aparte de confirmarme la entrada de la Unión Soviética en la guerra, su diálogo me dio alguna información sobre cómo estaban las cosas en el hospital. En el momento de la deflagración, el director del hospital, el Dr. Michihiko Hachiya, había recibido el impacto de esquirlas de cristal y astillas en más de treinta puntos distintos del cuerpo, provocándole cortes que le habían convertido literalmente en un acerico. A partir de ese momento, dado que le era imposible ponerse de pie, había estado dirigiendo las operaciones de emergencia del hospital desde una de las camas de las salas habilitadas. Los síntomas de los pacientes, y del propio director, eran siempre los mismos: pérdida de apetito, vómitos y diarrea, en muchos casos con deposiciones de sangre. De todo ello, el director había concluido que la bomba debía de contener gas venenoso o gérmenes de disentería y, por consiguiente, había dado instrucciones a los médicos internistas para que adoptaran medidas como si se tratara de una enfermedad infecciosa, y había dicho al Dr. Koyama, el director adjunto, que construyese urgentemente un pabellón aislado.

Al Dr. Koyama, que era un hombre de acción y muchos recursos, se le ocurrió enseguida que el ejército era el único capaz de construir realmente algo en una ciudad derruida. Por ello, se había reunido con el oficial a cargo de las tropas destacadas en el vecino departamento de transmisiones, determinando que los soldados se pusieran manos a la obra de inmediato para construir un pabellón aislado en el ala sur del hospital. Las obras avanzaban a buen ritmo. El único inconveniente era que todos los

edificios estratégicos militares como los cuarteles del Ejército Occidental de Japón, la unidad del Segundo Ejército Occidental de Japón, la Escuela Media del Ejército, los cuarteles de la División de Hiroshima y el Cuerpo de Ingenieros, estaban todos situados en las inmediaciones del hospital. Si bien era cierto que no había quedado ni uno solo de ellos en pie a causa de la bomba, la zona se convertiría sin duda en escenario de una batalla por el dominio del distrito en el caso de que se produjera una invasión terrestre del enemigo. Por ese mismo motivo, muchos pacientes gritaban alarmados «¡un avión!» o «¡al refugio!», cada vez que se disparaba la alarma antiaérea ...

Estuve esperando durante casi una hora sentado sobre los escalones de piedra. Al final, empecé a tener la sensación de que algo había ido mal, y entré en la sala de recepción para ver si había algún indicio del paradero de los demás. Una vez dentro, me llamó la atención enseguida un plato que habían dejado en el alféizar de una pequeña ventana a modo de lámpara. Contenía aceite vegetal, y tenía como mecha un trozo de venda; el plato en sí mismo era una magnífica pieza de porcelana de tres gamas de colores que muy probablemente alguien había sacado de una caja fuerte.

—¡Shigematsu! —oí que me llamaban—. Disculpa por haberte hecho esperar.

Me di la vuelta. El hombre de la camilla que llevaban Rikuo y Masaru estaba a punto de morir, y apenas le quedaba energía para gemir. Tenía manchas negruzcas en los vendajes alrededor de las manos, y la cara hinchada y ensangrentada hasta el extremo de hacerla irreconocible. En los jirones que le quedaban de su camisa, llevaba prendida con un imperdible una tarjeta colgando con su nombre en la que se leía escrito a mano: «Chūzō Handa, miembro de la Unidad Kōjin, del pueblo de Kobatake, Prefectura de Hiroshima».

Cuando yo era un muchacho, el padre de este mismo Chūzō me había enseñado a pescar anguilas. Además —como complemento a la pesca, que es un arte más serio—, me había iniciado en las delicias de cortar brotes de bambú en un bosquecillo de los alrededores y asarlos en la hoguera que encendíamos en los bancales secos del lecho del río. Se asaban con la piel, luego se pelaban y se comían aún humeantes, untados con pasta de soja que nos arreglábamos para pedir en alguna casa de los alrededores.

Desde la camilla donde yacía, Chūzō desprendía un hedor a pescado especialmente repulsivo. Tal vez fuera a causa del pus o por la fiebre del cuerpo; de cualquier forma, era indescriptiblemente desagradable. Me ofrecí para agarrar uno de los extremos de la camilla para reemplazar a Rikuo, pero este no quiso.

—No seas bobo —dijo—. Deja la tarea de llevar camillas al equipo de socorro.

De vez en cuando, Tamotsu, el brigada, que iba delante llevando la camilla, bramaba por el megáfono:

—¡Hola!, ¿hay por aquí algún miembro de la Unidad Kōjin de Kobatake? ¿Alguien de Takafuta? —Caminaba a su lado, a barlovento, para cubrir uno de los costados de la camilla. El cielo estaba horriblemente azul.

Un tal doctor Norioka, según me dijo Tamotsu, había buscado a Chūzō entre los muchos pacientes que había en el pabellón de transmisiones del hospital. Había tantos heridos que no habían podido encontrar acomodo para todos, y los habían puesto por los pasillos, de modo que la gente que venía a atender a los enfermos o a buscar a los desaparecidos tenía que abrirse camino de puntillas entre ellos. Lo peor era que la fiebre que tenían era extraordinariamente contagiosa y, a veces, ocurría incluso que un familiar sano que venía a interesarse por un paciente moría antes que este. Cosas así sucedían todo el tiempo. Sin embargo, pese al inenarrable caos reinante, el Dr. Norioka había encontrado a Chūzō.

—El Dr. Norioka realizaba una labor humanitaria —dijo Tamotsu. De acuerdo con lo que contó este, era jefe de la brigada de socorro enviada desde el Hospital de Osaka, y había llegado al hospital el día anterior encabezando un grupo que llevaba un cargamento repleto de materiales sanitarios de emergencia. Dos días antes, el día 8, las tropas, como salidas de la nada, habían arrojado con todas las medicinas y vendas, así que, tal como había dicho una enfermera, la brigada de socorro de Osaka había sido recibida como «los Budas en el infierno».

Para cuando llegamos al cuartel provisional de la brigada de socorro, Chūzō había fallecido en la camilla.

—Lleva muerto un rato —dijo Tamotsu, mientras bajaban la camilla para ponerla en la galería que daba al jardín, haciendo un saludo de respeto al difunto. Masaru trajo una hoja de una flor de espárrago ornamental que crecía junto al estanque de piedra, y la colocó sobre la cabeza del finado; luego, Rikuo y él, de pie y juntando las palmas de sus manos, inclinaron la cabeza y rezaron una breve oración en silencio.

Yo recité el «Sermón sobre la Mortalidad». En cuanto hube terminado, Rikuo tomó la palabra:

—Entonces, ¿lo vamos a incinerar? —dijo—. Me siento un poco mal por Chūzō, pero no podemos hacer otra cosa. —Y Masaru y él levantaron la camilla una vez más. El crematorio local era un solar de tierra junto a las vías del tren.

El cuartel provisional de la brigada de socorro era una residencia privada que daba sobre la plaza Oriental de Armas, al pie del monte Futaba. En los días laborables, el cabeza de familia, un maestro de escuela o algo por el estilo, salía de casa a primera hora de la mañana, pero los domingos se marchaba a algún lugar a hacer tareas de guerra voluntarias. Puesto que nunca estaba en casa durante el día, los miembros del equipo casi no lo veían. Su hijo, un muchacho llamado Minoru, era un oficial de la marina destinado en un buque de guerra en alta mar. Su esposa era una mujer inteligente y distinguida, y tenían dos atractivas hijas en edad de casarse. Toda la familia era de una extraordinaria bondad, y no pusieron nunca el menor reparo ni a los miembros de la brigada de socorro ni a los enfermos de la Unidad Kōjin.

Los miembros de la brigada se habían fijado por casualidad en la casa al pasar junto a ella y, ya que tenía el aspecto de ser muy espaciosa, habían preguntado inmediatamente, sin ninguna presentación o formalidad, si podían utilizar sus

habitaciones como centro de acogida de los supervivientes de la unidad. El marido estaba fuera de casa en aquel momento, pero su esposa e hijas accedieron de inmediato, como si hubiera sido algo que esperaran desde hacía tiempo. Ella era una mujer sumamente considerada —dijeron—, con un sentido de entrega a los demás fuera de lo común.

La brigada estaba utilizando cuatro grandes habitaciones en el primer piso. Contando los supervivientes de la Unidad Kōjin, sumaban un total de cincuenta personas, algunas de las cuales morían a causa de las quemaduras en carne viva, al tiempo que otras se quejaban por los dolores y excretaban sangre; sobre todas ellas flotaba el mismo olor hediondo. Aun así, la mujer y las hijas insistieron en dormir abajo, en la cocina, como si sintieran que no era correcto dormir en el piso de arriba en estas circunstancias. Tamotsu dijo que, por lo que él sabía, el marido debía de estar durmiendo solo en el piso de arriba.

Me senté en la galería que daba al jardín y Tamotsu y yo acordamos el plan para el día siguiente mientras comía las provisiones que había traído conmigo. Para evitar perturbar con nuestras voces a los heridos, nos sentamos en el extremo saliente y descubierto de la galería, cerca del estanque ornamental de piedras, aunque el hedor de la enfermedad llegaba hasta allí. Desde donde nosotros estábamos, podíamos oír a dos o tres personas que gemían constantemente de dolor y, de vez en cuando, sonaba un repentino grito de «¡a cubierto!».

La mujer de la casa apareció con una tetera de té de cebada frío.

—Han estado trabajando tan duro —dijo ella con cortesía natural—. Les he traído un poco de té. Me temo que no está muy frío, pero sírvanse lo que quieran. —Y, con una inclinación de cabeza, desapareció de nuevo. Como no me gusta quedarme mirando, no eché más que una ojeada rápida a su rostro, pero vista desde atrás su porte era tan distinguido como cabía esperarse.

Prometí a Tamotsu que iría a Ōnoura a las doce del día siguiente. Hoy había llegado un mensaje del centro de recepción de víctimas, en Ōnoura (situado en el pabellón de la Escuela de Ōnoura), en el que se informaba al cuartel central de socorro de que estaban tratando a dos miembros de la Unidad Kōjin, a un hombre llamado Torao, de Kobatake, y a otro llamado Chōjūrō, de Takafuta. Ambos querían volver a casa para un tratamiento tan pronto como fuera posible, pero uno estaba tan malherido que era muy dudoso que pudiera ni siquiera salir de la cama. En cualquier caso nos lo comunicaban, seguía diciendo el mensaje, por si pudiéramos ayudarles a elaborar una lista de supervivientes de la Unidad Kōjin. Puesto que esto suponía que alguien del cuartel central de socorro tendría que ir a Ōnoura, yo mismo me ofrecí a cumplir esa misión.

Capítulo 15

12 de agosto. Nubes suaves por la mañana. Un acceso de dolor en la pierna. Buen tiempo por la tarde.

Salí del centro provisional de recepción de víctimas en Onaga-machi a eso de las cinco de la tarde de ayer y, en el camino de regreso a casa, seguí las vías ferroviarias de la línea principal de Sanyo hasta un punto cerca de la estación de Yokogawa. Por el camino, una mujer de mediana edad que pasó junto a mí echó un vistazo a su alrededor nada más adelantarme, y luego se detuvo de pronto y se interpuso en mi camino.

—¿No será usted el Sr. Shizuma? ¡Vaya, sí, es el Sr. Shizuma! —exclamó—. ¡Caramba! ¡Quién lo hubiera pensado, encontramos aquí, de esta forma! ¿Su familia está bien?

Se trataba de Teiko, una vieja amiga de la infancia. Se apellidaba Fujita, y habíamos sido compañeros en la misma clase durante la escuela primaria. Al terminar el último curso, se había marchado a trabajar a una fábrica de hilaturas en Kurashiki y, posteriormente, se había casado con el hijo de un granjero cuya casa estaba cerca de la Clínica Hosokawa, en el pueblo de Yuda, a las afueras de Fukuyama. Había ahorrado para comprarse su propio kimono, pero su esposo había muerto poco después, así que había transferido la responsabilidad de cuidar de la familia al hermano más joven de su esposo y a la mujer de este, y se había ido a trabajar como criada en una pensión en Kurashiki. En la época del Incidente de Manchuria, volvió a Kobatake por algún tiempo, pero se marchó nuevamente y, desde entonces, se había empleado como interna en la posada de Kagami, en Fukuyama. Cuando empecé a trabajar en Hiroshima, acostumbraba a hacer una pausa en la posada de Kagami, en mi camino a casa durante las vacaciones de Bon^[13] y Año Nuevo. Teiko me hizo la vida más fácil brindándome la oportunidad de utilizar el teléfono de la posada, de transmitir por mí mensajes a los amigos, o de dejar a su cuidado mi equipaje, y muchas cosas más.

El último Año Nuevo, sufrí un doloroso acceso de hemorroides, y me quedé a pasar la noche en la posada. Teiko conocía a un doctor que podía curar los casos más difíciles, y me escribió una nota de presentación para la Clínica Hosokawa, en el pueblo de Yuda, e incluso telefoneó personalmente al director y le advirtió de mi llegada. Por mi parte, hice una llamada de larga distancia a la fábrica, obtuve la autorización del director para tomarme unos días de permiso, e ingresé en la clínica. Me llevó más de dos semanas curarme por completo. Ayer supe por Teiko que ella había estado en la Clínica Hosokawa para ver qué tal me encontraba, pero allí le

dijeron que me había marchado unos días antes.

Me sentí culpable.

—Lo siento mucho —dije.

—No, no —dijo ella—. De cualquier forma, iba a ver a mi cuñado y a comprar algo de arroz en el mercado negro... ¡Aunque me gusta encontrarme contigo en un lugar como este!

Como muchos otros, Teiko había ido a buscar supervivientes en las ruinas de Hiroshima. Su cuñado había sido reclutado para la reserva en la primavera de este año, y había estado trabajando en las cocinas del Hospital del Segundo Ejército. Desde el estallido de la bomba habían pasado ya unos cuantos días, pero aún no habían tenido ninguna noticia de él. Era probable que hubiera muerto. Su esposa se había quedado en casa, en Yuda, porque unos días antes, durante una expedición, se había torcido un tobillo desenterrando raíces de pino para las fuerzas armadas, y era incapaz de hacer otra cosa que estar tumbada y llorar todo el día. La madre de su cuñado hablaba mucho, pero era demasiado vieja para estar fuera de casa. Sin saber ya qué hacer, Teiko había acabado por decidirse a consultar al jefe de la Clínica Hosokawa.

El Dr. Hosokawa tenía un cuñado llamado Iwatake que, diez días antes, había sido reclutado para trabajar en el Hospital del Segundo Ejército. Puesto que se trataba de un médico, no había sido reclutado como cocinero, sino como reservista médico, bajo lo que se denominaba «leva forzosa». Por este motivo, Teiko había deducido que debía de haber compartido los mismos barracones que su cuñado, y le intrigaba saber qué le habría ocurrido a este durante el bombardeo. El Sr. Iwatake tenía también un sobrino, que asistía a la Primera Escuela Media de Hiroshima, y sin duda debía de estar muy preocupado por el paradero del muchacho. Teiko empezó a preguntarse si no se sabría algo de ellos en la Clínica Hosokawa, y al final fue a ver al doctor, en parte para preguntar por la seguridad de los parientes de este, y en parte para consultarle sobre la de los propios.

—No lo sé, es terrible —le dijo el doctor—. Me he resignado a la idea de que, a estas horas, tanto mi cuñado como su sobrino serán poco más que carbón. Es algo espantoso, pero no queda más remedio que afrontar los hechos. Le he dicho a la mujer de mi cuñado que se resigne a lo peor pero, ya sabe, no es tan fácil cuando se trata de alguien con quien estás casado o que tiene tu misma sangre. Se volvió a Hiroshima llorando. Yo mismo la vi en la estación de Fukuyama, con lo lejos que está. Eso fue la mañana del día 9.

»Han pasado dos días desde entonces, pero no he tenido ni un telegrama ni una carta... Aunque, por supuesto, no es que los servicios públicos de correos, telégrafos o teléfono funcionen muy bien en la actualidad. Lo mismo ocurre con los periódicos: se supone que se publican todos los días, pero cuando vas a buscarlos resulta que no han salido todavía. Igual no tenemos periódicos durante cinco o seis días seguidos; entonces, al séptimo día sale y te enteras de golpe de los acontecimientos de toda la

semana. Ayer vi a un paciente que sufría porque desde hacía lo menos tres semanas no había recibido ni una sola postal. Me contó que el propietario de la casa donde vivía iba a pescar carpines a escondidas para completar su dieta de inválido, y él mismo se quejaba de que, en esta época, hasta las larvas azuladas que utilizan como cebo están mal alimentadas. No paran de suceder cosas deprimentes, dijo... Ya sabes, dicen que el nuevo tipo de bomba que arrojaron en Hiroshima comprime la potencia de varios miles de bombas de cincuenta kilogramos en el espacio de una caja de cerillas. Deben de haber descubierto algún producto químico terrible. Si van a ir por ahí utilizándolo para matar gente, no sé dónde vamos a ir a parar. En cuanto a mi cuñado, lo he dado por perdido: a estas horas estará muerto e incinerado.

Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. No sacaría de él ni una palabra más, y Teiko se quedó preguntándose si debería ir a buscar a su cuñado o no. Pero cuando le dijo al doctor que había decidido ir a Hiroshima, este le dio una pequeña botella con pastillas de creosota como regalo de despedida.

Al llegar a Hiroshima, encontró el Hospital del Segundo Ejército preguntando el camino a las personas que trabajaban en las labores de desescombro. En las ruinas, había una única tienda de campaña. Se acercó a uno de los soldados de la tienda de campaña y le preguntó lo que quería saber.

—Lo siento —dijo él, tras hojear uno a uno los tres libros de contabilidad—, pero aquí no figura ninguna entrada con ese nombre; es decir, ningún cocinero del ejército que encaje en esa descripción. Lo siento mucho. No obstante, los supervivientes de esta unidad han sido enviados a los centros de recepción de Hesaka y Shōbara, en la línea de ferrocarril que va a Geibi, y algunos al centro de Kabe, en la línea de ferrocarril de Kabe. Hesaka no está a más de diez kilómetros de aquí. La línea de Kabe no funciona entre las estaciones de Yokogawa y Yamamoto, pero podrá llegar hasta la estación de Yamamoto si sigue las vías que salen de detrás de la Dirección de Comunicaciones hacia la izquierda. Déjeme que le indique: la estación de Yamamoto queda, aproximadamente, en aquella dirección...

¿Significaría la ausencia de su nombre en el registro que no había sido encontrado el cuerpo todavía? ¿O habría logrado escapar ileso por sus propios medios? ¿Cabía la posibilidad de que el registro estuviese incompleto? Se había quedado allí parada, sin saber que hacer, cuando un joven sentado junto al soldado le dijo:

—Debería advertirle —dijo— de que casi todos los heridos de esta unidad tienen la cara tan hinchada por las quemaduras que sus propios familiares apenas los reconocen. Algunos de ellos ni siquiera responden cuando oyen su nombre, así que les ponen una etiqueta con su nombre y dirección en el cinturón de sus uniformes. Tendrá que esforzarse por mantener la calma, ya sabe, y fijarse en la etiqueta. —Su forma de hablar no era como la de un soldado.

Teiko dudó entre ir a Kabe o ir a Hesaka pero, diciéndose que no era momento de vacilaciones, no tardó mucho en armarse de valor y decidirse por Kabe. Sin embargo, se marchó distraídamente sin haberse acordado de preguntar por el hermano menor

del Dr. Hosokawa. Después de eso, siguió contándome, puso rumbo en dirección hacia el lugar que le había indicado el soldado, hasta que se había encontrado conmigo andando por las vías del tren.

Mientras caminábamos juntos, me contó toda clase de historias sobre cómo era la vida en tiempos de guerra en la zona de los alrededores de Fukuyama. También me dio algunos datos aislados confidenciales, cosas que le habían contado en privado algunos huéspedes de la posada. Uno de ellos le había dicho que los veintitantos hornos que se ocupaban tradicionalmente de cocer la cerámica de estilo Bizen en la ciudad de Imbe se dedicaban ahora, por órdenes del ejército, a la fabricación de granadas de mano y frascos de agua del mismo material. Unos días antes, un grupo de suboficiales venidos de distintos lugares había aparecido en Imbe para probar la eficacia de las granadas de mano. Estas habían demostrado ser al menos tan potentes como las granadas ortodoxas, agujereando una tabla de madera de pino de cinco centímetros de grosor y provocando que todos los peces de un estanque cercano salieran a la superficie.

Otro huésped le había contado que los británicos estaban probando unos tanques de fabricación americana en el frente de Birmania. Cuando uno de estos tanques disparaba un proyectil a un tanque japonés lo atravesaba limpiamente, pero cuando era al revés, no hacía más que arañar un poco la pintura del tanque enemigo. «Es horrible —había dicho el hombre—. ¿Qué no habría podido hacer el ejército japonés si hubiera tenido un par de esos tanques en Malasia?». Tanto si era cierto como si no, habladurías como esas no hacían más que sembrar descaradamente rumores y derrotismo.

Tuvimos que esperar en la estación de Yamamoto, y ya casi había oscurecido cuando logramos finalmente subir a un tren. Teiko declinó la invitación para pasar la noche en nuestro hogar provisional, y nos separamos en la estación de Furuichi. (Llevaba una mochila, e iba vestida con pantalones holgados y una camisa blanca con un brazalete de la Cruz Roja que el Dr. Hosokawa le había recomendado llevar. Probablemente, era gracias al brazalete por lo que había recibido un trato tan civilizado del soldado de la tienda de campaña).

Antes de regresar a casa, volví a la fábrica e informé al director, a quien encontré en la cantina, sobre la situación del carbón. Se abordase por donde se abordase la cuestión, le expliqué, uno se daba de bruces contra un muro: simplemente no había nada que pudiéramos hacer.

Elevó abatido la mirada hacia el techo.

—Ya veo —dijo—; así que no hay nada más que hacer, ¿verdad? Es un callejón sin salida, se mire por donde se mire. Bueno, gracias de todas formas.

Le conté lo que había ocurrido con la Unidad Kōjin, le pedí autorización para ir a ayudar a Ōnoura, y me marché después a casa.

Shigeiko y Yasuko habían terminado de cenar y colocado la mosquitera para sentarse en la galería a disfrutar del fresco de la noche. Mi cena me esperaba en una

mesita individual bajo la mosquitera. Su intención era crear un ambiente fresco y agradable, pero lo que provocó en cambio fue que me sintiera medio ahogado. Según me dijeron, nuestros dos visitantes del campo se habían marchado en un tren antes del mediodía.

A la mañana siguiente, me despertó el dolor que sentía en las puntas de ambos pies. El dolor, atroz aun sin existir aparentemente ninguna lesión externa, no consistía en punzadas intermitentes sino constantes, como si me estuvieran retorciendo ambos lados de los pies con algún instrumento de tortura.

—Dicen que la moxibustión es buena para los afectados por la explosión de la bomba —dijo Shigeke—. ¿Por qué no la pruebas? Voy a buscar a alguien que me dé un poco de moxa.

Shigeke se marchó sin ponerse ni siquiera los pantalones de algodón reglamentarios ni el *zugin*, pero cuando volvió habían pasado más de dos horas. Lo había intentado en todas partes hasta que, al final, en una granja de las afueras de la ciudad, había conseguido algo de moxa a cambio de una toalla de mano nueva. Estaba dentro de una bolsa de papel estampada con una imagen del dios de la agricultura sosteniendo una hoja entre los dientes.

Dicen que para aliviar el dolor en los pies, uno debe quemar moxa sobre un punto denominado *sanri*. Ni siquiera yo —mucho menos Shigeke y Yasuko— sabía exactamente dónde se encontraba el *sanri*, así que Shigeke fue a preguntar al anciano padre de nuestro casero.

—El *sanri* —anunció a su vuelta— es el hueco exterior que hay debajo de la rótula: justo aquí. —Y sin los pantalones de trabajo, se levantó la falda, más arriba de lo que creí necesario para enseñarme el punto preciso. Encontré que su comportamiento era bastante poco adecuado. Al mismo tiempo, su reacción me recordó algo que había oído en el centro de recepción. Tamotsu y Rikuo habían estado diciendo que aquellas personas heridas por la explosión habían perdido, aunque solo fuera levemente, todo interés por el sexo. La única «herida» que tenía era una quemadura en la mejilla; aun así, me preguntaba si acababa de sentir algún interés sexual; tuve que reconocer con amargo sentimiento que yo también podría haberme contaminado por la bomba.

Me apliqué yo mismo la moxa en el punto asignado. Después, meforcé a levantarme a pesar del dolor que sentía en los pies, refunfuñando en voz alta, y eso me alivió un poco el dolor. Ir al baño era una ardua empresa. Cuando estuve listo para salir, tomé mi desayuno sentado sobre el borde del escalón superior del entarimado, en el vestíbulo de entrada. Era un desayuno tardío. Cuando salí de casa, eran ya más de las diez de la mañana.

Por suerte, cuando llegué a Ōnoura el dolor en los pies había remitido. Parecía que como mejor me encontraba era tumbado o de pie, de una u otra forma.

En Ōnoura descubrí que su Escuela Pública Primaria se utilizaba como centro de recepción de heridos, tanto militares como civiles. En el camino desde la estación de

Ōnoura hasta allí, al pasar junto a una hermosa mujer de alrededor de treinta años, me asaltó un olor especialmente repulsivo, el mismo que impregnaba el centro de recepción de Ōnaga-machi, un hedor propio de las víctimas de la bomba.

—Perdóneme —dije, interponiéndome en su camino—. ¿Le puedo preguntar si viene del centro de víctimas del bombardeo?; ¿es usted, tal vez, doctora o enfermera?

—No, no lo soy —contestó con gran serenidad—. Soy miembro de la Asociación Femenina de Defensa de Ōnoura. Me dedico a atender como enfermera voluntaria a las víctimas. Alguna otra persona que pasó a mi lado ayer me hizo la misma pregunta. Supongo que se trata del olor que desprendo, ¿verdad?

—Sí, con el debido respeto, huele que echa para atrás.

—Supongo que viene a buscar a alguien entre los heridos —prosiguió—. Déjeme que lo lleve hasta allí. Camine a cierta distancia, si es que huelo mal.

Quedaba aún gente decente en el mundo, pensé. Decidí no preocuparme más por el olor y caminar junto a ella mientras le hacía preguntas sobre el centro de recepción.

(Nota: más tarde supe que se llamaba Tamiyo Ōshima, que era miembro de la Asociación Femenina y que había demostrado una gran amabilidad a la hora de cuidar a las víctimas de la bomba. Su esposo había sido hecho prisionero al final de la guerra, mientras estaba con el ejército en Manchuria, y enviado posteriormente a Siberia, aunque regresó a Japón poco después. Sin duda, era el hecho de pensar en la suerte de su propio marido, luchando en el frente, tan lejos, lo que la había impulsado a entregarse tan generosamente en favor de las víctimas. Se había granjeado el cariño de muchos pacientes, sobre todo de los soldados y civiles jóvenes. Aquellos que tenían picores insoportables a causa de los gusanos que tenían en las quemaduras de la espalda, trataban de engatusarla para que les hiciera el favor de rascarlos. Los que se sentían solos al ver la proximidad de la muerte, solicitaban su compañía, y varios de ellos murieron con la cabeza encima de su regazo. Poco después del final de la guerra, fue hasta Takafuta y Jōge, en el distrito de Jinseki, para devolver los restos de dos miembros de la Unidad Kōjin a sus familias. En aquella época no había autobuses para ir hasta allí, así que vino primero a Kobatake, luego pidió a un hombre llamado Torao Tomonari que la llevara por el sendero que cruzaba las montañas hasta Takafuta, y desde allí fue hasta Jōge. Torao era el único superviviente de todos los habitantes de Ōnoura que habían trasladado allí. Los otros dos, un hombre llamado Fukushima, de Takafuta, y otro llamado Maebara, de Jōge, volvieron a casa desde Ōnoura en sendas urnas de cenizas que la Sra. Ōshima llevó en sus brazos. Hasta el día de hoy, Torao sigue refiriéndose a ella como la «Florence Nightingale de Ōnoura»).

Gracias a la compañía de esta hermosa pero maloliente mujer, me enteré de que Ōnoura estaba a unos quince kilómetros del epicentro de la explosión en Hiroshima. Cuando cayó la bomba el 6 de agosto, ella había estado con su hermana mayor limpiando la maleza de los campos de arroz y no se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Oyeron un gran estrépito que hizo temblar notablemente las hojas de las

plantas de arroz, y pensaron que se trataba de un terremoto. En su camino de vuelta a casa, tras dos horas más de quitar maleza, notaron que se habían desprendido algunas tejas de la pared del baño de la tienda de comestibles del pueblo. Bastantes de ellas procedían de la parte superior de la fachada que daba al este. Al mirar hacia el cielo en esa dirección, vieron desplegarse un gran nubarrón negro.

«¿Qué será eso? ¿Tal vez una pantalla de humo para hacer maniobras? —había preguntado su hermana—. Si no lo es, entonces debe ser algo grande de verdad».

Por la tarde, un camión que circulaba por la carretera principal giró y tomó la dirección de la escuela. Pese a ello, no se dieron cuenta de nada hasta dos o tres horas más tarde.

Alrededor de las cuatro en punto, llegó una mujer de la asociación con un anuncio: «Para las integrantes de la Asociación Femenina de Ōnoura: se hace un llamamiento a las afiliadas para que acudan a la Escuela Pública Primaria. Por favor, vengan a ayudar a atender a los heridos. Por favor, acudan en cuanto puedan».

Tras prepararse y salir corriendo, vieron a varios camiones con heridos que pasaron junto a ellas por la carretera principal, camino de la escuela. En los camiones les pareció ver rostros de piel renegrida, tez de color ceniza, cuerpos en carne viva; gente apelotonada contra las ventanas de atrás y contra los laterales como si estuviera muerta; personas que llevaban la cabeza cubierta con papeles o toallas pegadas, con aberturas para la nariz, la boca y los ojos; soldados sentados junto a los conductores. Sintieron que les flaqueaban las piernas, y durante un rato se quedaron clavadas en el sitio, sin poder moverse.

La Sra. Ōshima me llevó a la escuela y me dijo:

—Bien, le voy a presentar al médico castrense que está allí. Es muy atento y cuidadoso en su trabajo.

El teniente Katō estaba de pie, en la entrada de la sala de profesores. Por la afable expresión de su cara, tuve la impresión de que no se trataba de un hombre que se rebajara a protestar por nimiedades. Me pareció que era de trato fácil. Sin embargo, me paró antes de que le pudiera decir a qué venía.

—Por el momento —dijo el teniente— este centro de recepción no es una escuela, sino un centro asociado a un hospital del ejército. Tal como están las cosas, estamos acomodando ahora mismo tanto a los pacientes civiles como militares, y les agradecería que los civiles no interfirieran en lo que atañe al movimiento de los pacientes. La historia de que se han enviado documentos desde este centro de recepción al centro de Onaga-machi es con probabilidad, y no es que dude de usted personalmente, una invención de los habitantes de la localidad. De hecho, estoy convencido de ello, así que más vale olvidado. Me gustaría hacer hincapié en que el centro de recepción está bajo la jurisdicción del ejército.

No pude evitar la sensación de que estaba jugando con las palabras, pero cedí sin discutir y empecé a preguntar si, al menos, podía dejarme ver a los pacientes de la Unidad Kōjin. Pero nuevamente me interrumpió. Era peligroso acercarse a los

enfermos graves, me advirtió, ya que desprendían calor con algún tipo de germen venenoso. En el hospital se presentaban continuamente casos de personas sanas que por cuidar al enfermo acababan contagiándose y muriendo antes que los propios pacientes. Cuanto más activa era una persona y más se movía precipitadamente de un lado a otro, antes se contagiaba por el veneno. Incluso se había dado el caso de que una persona que había ido a buscar a un civil, con una enfermedad de carácter leve, para llevárselo a casa, había caído enferma, teniendo que recurrir a la asistencia médica al regresar a su lugar de origen. (Más tarde oí que el propio teniente Katō había muerto al volver a su casa, en la Prefectura de Tottori, una vez terminada la guerra. Se decía que el problema era el mismo: había estado en estrecho contacto con demasiadas víctimas de la bomba).

El teniente debía de estar de mal humor. O tal vez no estaba dispuesto a que un civil normal y corriente se enterase de las caóticas condiciones en las que podía encontrarse un hospital militar.

Aceptando que nada que yo dijera cambiaría la situación, regresé a Hiroshima e informé al cuartel provisional de recepción de víctimas de la Unidad Kōjin de lo que había ocurrido en Onaga-machi. Era el ejemplo típico de haberse tomado un montón de molestias para nada, pero estaba demasiado contento con la desaparición del dolor pies para que tal cosa me importara demasiado.

Al regresar a casa, volví a aplicarme moxa nuevamente. La mejoría de mis pies en Ōnoura fue un golpe de suerte, pero, en el centro de recepción, Rikuo y Masaru me contaron que ellos también habían estado utilizando la moxibustión desde el día anterior como sortilegio para protegerse contra la enfermedad de la bomba. En cambio, Tamotsu, como suboficial encargado de los servicios sanitarios, tenía bastantes reservas acerca de la idea de que un miembro de la brigada utilizase la moxibustión sin criterio alguno.

(Desde entonces he sabido que entre las cinco de la tarde del día 6 de agosto y el 21 de septiembre —un período de 47 días—, el número de personas ingresadas en la Escuela Pública Primaria de Ōnoura con el diagnóstico de enfermedad de la radiación ascendía a 1.246. Fueron acomodadas en 16 salas, cada una de ellas de aproximadamente 65 metros cuadrados por término medio, que sumaban una superficie total de 1.040 metros cuadrados; que se hicieron cargo de su tratamiento 4 civiles y 7 médicos militares, además de 25 enfermeras y 70 voluntarios organizados al día, y 280 personas en 4 turnos, 9.380 durante todo el periodo. Se incineraron unos 250 cuerpos y las cenizas no reclamadas fueron enviadas a la ciudad de Hiroshima. Estas cifras proceden de los registros del consistorio de Ōnoura. En aquella época, se buscaba acomodo para las víctimas de la bomba en las escuelas públicas de enseñanza primaria de toda la región de Hiroshima, pero desconozco si en todos los consistorios de todos los pueblos y ciudades se conservan registros similares. No obstante, he oído que no pudo encontrarse espacio para los varios miles de enfermos que fueron destinados a la escuela del pueblo de Hesaka, y que tuvieron que

improvisarse centros de recepción de emergencia en los jardines del colegio e, incluso, en las granjas de los alrededores del pueblo).

Lo que sigue es una nueva adenda que he añadido a este diario con el fin de corregir los informes erróneos que he incluido previamente como hecho; también lo incluyo por otra razón que explicaré más tarde. La brigada de socorro estaba compuesta de dos grupos: la brigada contra incendios (formada por 16 hombres), convocados por una directiva de la policía; y las trabajadoras del departamento de sanidad (12 enfermeras), convocadas por la Prefectura. Es una información que me ha llegado recientemente.

Alrededor de las diez en punto de la noche del día 6, el día que cayó la bomba, la brigada contra incendios del pueblo de Kobatake, convocada mediante una circular del alcalde, se reunió al completo en el consistorio local. El jefe se dirigió a ellos en más o menos los siguientes términos:

«Lamento haberles llamado de noche y sin previo aviso, pero una orden policial me ha obligado a convocar esta reunión. El hecho es que, a las ocho de la mañana de hoy, Hiroshima ha sido bombardeada y la ciudad ha sufrido enormes daños. Aún no se conocen los detalles, pero tienen que emprender viaje a Hiroshima junto con los miembros de las brigadas contra incendios de todas las ciudades y pueblos del distrito de Jinseki. De acuerdo con las instrucciones de las autoridades, esto significa que tendrán que llevar a cabo trabajos de guerra. Sin embargo, al mismo tiempo, les conmino a que tengan el cuidado que corresponde para evitar accidentes en cualquier tarea de demolición que emprendan, y también a que pongan empeño en ayudar a cualquier persona de nuestro pueblo que esté en la Unidad Kōjin: unidad número 32.060 del distrito Chūgoku. ¡Les deseo a todos mucha suerte sobre el terreno!».

Para ser exactos, el jefe de la brigada contra incendios debería haber intervenido a continuación con otro discurso. Sin embargo, su casa estaba muy lejos del consistorio, y la ordenanza de alumbrado había prohibido el uso de linternas para alumbrarse por el camino, así que no se le pudo localizar. Un hombre llamado Kaneshige, tesorero y jefe adjunto de la brigada, ocupó su puesto. «Parece —dijo— que, lejos de la demolición de casas, el principal trabajo de la brigada en esta próxima expedición consistirá en prestar ayuda a los integrantes de la Unidad Kōjin. Por tanto, espero que logren rescatar a tantos como sea posible, especialmente a los hombres de la aldea de Kobatake, y que los traigan a casa sanos y salvos para que todos estemos listos para la defensa del pueblo cuando llegue el momento, pues —estén seguros de ello— ese día llegará. En vista de que no disponemos de más detalles, espero que estén todos preparados para dar lo máximo de sí mismos cuando lleguen a Hiroshima».

La brigada iba equipada con los uniformes reglamentarios contra incendios, botas de goma, *jikatabi*^[14], y además llevaban serruchos, cuerdas, hachas, *zukines* y abrigos para pasar la noche. Su medio de transporte era un camión con «motor de carbón»

que funcionaba con chuscos de madera que se tenían que cortar a toda velocidad para alimentarlo. Bastaba con el ajeteo de tener que ayudarlas y verlos partir para que todo el pueblo se revolucionara. Las luces del camión estaban cubiertas de modo que solo iluminaban una distancia de tres o cuatro metros; y la gente que acudía a la despedida y los que se despedían para marcharse apenas podían distinguirse unos a otros en medio de la penumbra. Maridos y mujeres únicamente se reconocían por sus voces; y con las manos extendidas desde arriba del camión trataban de alcanzar las manos que se les tendían desde abajo ...

El camión se detuvo primero en el consistorio de Takafuta. Aquí cargaron harina, rollos de sushi, azúcar y cosas por el estilo que les habían traído las personas del pueblo que venían a desearles suerte. El jefe de la asociación de veteranos del pueblo pronunció unas palabras de ánimo y, al terminar, junto con la brigada contra incendios de Takafuta, volvieron sobre sus pasos para recoger a los bomberos de Toyomatsu, Yuki, Fukunaga y de otros cuatro pueblos y ciudades; llegaron a Jōge cuando estaba amaneciendo. Entonces cogieron el primer tren de la mañana para llegar a Yagamachi, en el límite de la ciudad propiamente dicha, a eso de las diez de la mañana y, desde allí, entraron en la ciudad a pie para ponerse enseguida con la tarea de rescatar supervivientes y quemar a los muertos.

Puesto que todo había sido arrasado hasta sus cimientos, las cuerdas y serruchos que habían llevado para demoler las casas eran bastante inútiles. Reunieron todos los recipientes y botellas vacíos que se encontraron entre los escombros, los llenaron de agua, y repartieron raciones de agua entre las víctimas, que estaban al borde de la deshidratación. Cuando se encontraban con alguien con quemaduras graves que se tambaleaba por la calle o que estaba sentado en el suelo, le hacían abrir la boca y le daban un sorbo de agua, con cuidado de no derramarla. Esas labores, y la quema de cadáveres, los mantuvieron más que ocupados.

Por otra parte, el rescate de supervivientes no fue tan sencillo como ellos pensaban. Descubrieron que un buen número de los veintiún miembros de la Unidad Kōjin de Kobatake no habían regresado a sus casas vivos: diecinueve de ellos en total, incluidos los que habían fallecido en el acto y los que lo habían hecho posteriormente por causa de la enfermedad de la radiación.

Mientras tanto, en el centro de salud de Kobatake, el día 6 por la noche, se recibió un telegrama dirigido a su director, en el que se decía lo siguiente: «Numerosas pérdidas. Vengan enseguida». El director del centro, un tal Dr. Satake, se puso en camino de inmediato (estuvo dos o tres días en Hiroshima, se marchó después a casa y murió después de terminar la guerra) y, al punto, envió una orden al Sr. Kanō, director de la sección del centro médico para que acudiera enseguida a Hiroshima con el fin de ayudar en las tareas de emergencia a los supervivientes. Fue él quien se llevó también a las enfermeras del distrito de Jinseki. El 10 de agosto, Kanō y las enfermeras de Jinseki emprendieron la marcha a pie, pero las lluvias torrenciales les impidieron llegar hasta la estación de Jōge para tomar un tren, así que caminaron

hasta Miyoshi y pasaron allí la noche. A la mañana siguiente, fueron en tren a Yagachi, para luego continuar hasta el centro de servicios de socorro.

Al llegar, se encontraron con que el centro de servicios de socorro se había trasladado a una sección de un almacén de ladrillo situado en el recinto del depósito de aprovisionamiento del ejército. La principal responsabilidad de las enfermeras consistía en atender a los heridos. El director del centro, que se llamaba Kitajima y tenía el cargo de jefe del Departamento de Sanidad de la Prefectura, tenía una parte de la cara envuelta en una venda triangular debido al impacto de la bomba.

A Kanō se le encomendaron trabajos administrativos. No dejaban de llegar pacientes, pero ni el jefe sanitario ni los demás médicos sabían cuál era el tratamiento para aquella enfermedad cuyos síntomas eran fiebres altas o diarreas. En el supuesto de que al menos las dietas complementarias fueran inocuas, la única cosa que podían hacer era que las enfermeras que Kanō había traído consigo les suministrasen las inyecciones de vitaminas y glucosa que habían metido en sus mochilas antes de salir. Al cabo de diez o quince días, cuando se hubieran acabado por completo, tenían órdenes de sus superiores de dejar su puesto a las enfermeras que venían con medicinas de otro distrito. También Kanō fue relevado de su puesto y volvió al pueblo.

Al regresar a casa, algunas de las enfermeras tuvieron diarrea y caída leve del cabello, al igual que las víctimas de la enfermedad de la radiación. Pero para esos síntomas no se conocía ningún tratamiento ni medicamentos. Presas de un cierto pánico, se consultaron constantemente entre ellas, a consecuencia de lo cual cada una hizo como mejor le pareció. Algunas aliviaron su nerviosismo recurriendo a la moxibustión; otras evitaron exponerse al sol para mantener alto el nivel de glóbulos blancos; otras se inflaron a comer tomates; y algunas hasta ingirieron las hojas de las plantas de áloe que tenían plantadas. Yo entiendo bien esta necesidad de agarrarse a un clavo ardiendo.

Los miembros de la brigada de socorro que habían caminado entre las ruinas salieron mucho peor parados que ellas. Simplemente por el hecho de andar entre las ruinas, de los veintiún miembros de Takafuta, uno murió allí y otros once por la enfermedad de la radiación tras regresar a casa. Del pueblo de Kurumi fallecieron quince de los dieciséis miembros de la expedición, quedando tan solo uno con vida. Del pueblo de Senyō, murieron todos.

Puesto que no tengo necesidad de guardar ya silencio, he descrito todas estas cosas tal como ocurrieron: hasta el recurso supersticioso de las enfermeras a la moxibustión. Del mismo modo, he incluido las estadísticas exactas de las defunciones de todos aquellos que vagaron por la ciudad bombardeada.

Lo cuento también porque los tratos que manteníamos para el matrimonio de mi sobrina Yasuko y que estábamos a punto de cerrar felizmente se han roto abruptamente por decisión de los Aono, la familia del joven. Yasuko ha empezado a acusar síntomas de la enfermedad de la radiación. Todo ha quedado en nada. A estas

alturas, ni puedo ni hay motivos para seguir fingiendo. Al parecer, Yasuko ha enviado al joven una carta desesperada en la que le dice que ha empezado a tener síntomas. ¿Será un gesto de amor lo que la ha llevado a tomar esta honesta decisión? ¿O lo habrá hecho por desesperación, siguiendo un impulso momentáneo?

La vista se le está deteriorando con rapidez, y se queja de que oye constantemente un silbido. La primera vez que me lo contó, en la sala de estar, hubo un momento en que se desvaneció toda la habitación, y vi una gran nube en forma de hongo elevándose hacia el cielo. La vi con claridad meridiana.

Capítulo 16

LA última entrada en el «Diario del bombardeo» data del 15 de agosto, el día que terminó la guerra. Solamente quedaban por copiar tres días más de entradas, pero Shigematsu estaba demasiado preocupado por la enfermedad de Yasuko para dedicarse a un trabajo tan minucioso. Además, ayudar a Shōkichi y Asajirō a vigilar la alberca donde estaban tratando de criar carpas se había convertido para él en un asunto de vital importancia. De ahora en adelante, ocuparía sus días en ir con frecuencia a la ribera de la laguna donde Shōkichi tenía su casa.

La enfermedad de Yasuko se agravó rápidamente. En parte, la culpa se debía a Shigematsu y a su esposa por no haber vigilado más de cerca su comportamiento, y en parte a las propias reticencias de Yasuko a confiar en ellos. El problema había empezado antes de que la familia del joven rechazase el matrimonio, precisamente cuando el enlace parecía estar a punto de concretarse. Ella había atribuido claramente sus síntomas a alguna molestia en sus órganos femeninos a causa de una mezcla de extrema efervescencia y timidez, y se había mostrado incluso pudorosa en exceso para mantener una charla de mujer a mujer con su tía sobre ese asunto; y tampoco había consultado en privado con ningún médico. Todo esto lo descubrieron posteriormente. Para cuando Shigeko llevó a Yasuko al hospital en Kobatake para su primer examen médico, la enfermedad estaba demasiado avanzada.

Se lamentaron una y otra vez del hecho de que Yasuko hubiera sido tan tímida para confiarse a ellos. Aun considerando el hecho de que estuviera a punto de comprometerse, había llevado sus reservas demasiado lejos.

—Es tan *absurdo* —le dijo Shigeko a Shigematsu, que había salido al jardín al regresar del hospital— que se lo haya guardado así para ella sola.

—Lo siento, tío —dijo Yasuko. Pasó junto a él con la cabeza agachada, y los ojos mirando al suelo.

Esto sucedía alrededor de las tres de la tarde. Después, Shigematsu fue a buscar una linterna, empaquetó la comida que le habían preparado y se marchó a la alberca donde desovaban las carpas para ayudar a Shōkichi y Asajirō a regular la temperatura del criadero.

Ya era el mes de julio y las lagunas del distrito llegaban a una temperatura entre 18 y 20°C, un clima ideal para el desove de las carpas. Sin embargo, no era bueno que el agua estuviese demasiado caliente desde el principio; ni tampoco que hembras y machos permaneciesen juntos. Había que colocar una madera entre ellos para separarlos, y mantener la temperatura entre 9 y 10°C hasta que las carpas se hubieran estabilizado. Entonces, y solo entonces, se liberaban las hembras y los machos a la

vez en una sección aparte de la alberca, con agua fresca y la temperatura idónea para la puesta. Esto las estimulaba inmediatamente a ponerse en acción y, en el espacio de tiempo entre las once y media de la noche hasta el amanecer las carpas frezaban y se preparaban para desovar (en pelos de palma, en licopodios o en algas). Este era el método de preparación para el desove que Shōkichi y Asajirō habían aprendido en el vivero de Tsunekane-maru. Era la primera vez que lo ponían en práctica, y estaban entusiasmados como niños con todo lo que tuviera que ver con este asunto en particular. Asajirō anunció que él vigilaría atentamente las carpas hasta el amanecer, por si atacaban las comadreas, y Shōkichi secundó la propuesta. Habían convenido que Shigematsu volviera temprano a la mañana siguiente y, alrededor de las once de la noche, cuando las carpas empezaban a chapotear ruidosamente en el agua, se marchó a casa.

Había una espesa neblina y, en el jardín, las ramas altas del *kemponashi* parecían fundirse con el cielo nocturno. Los postigos de la entrada y de la galería de la parte principal de la casa estaban cerrados. Carraspeó con fuerza dos o tres veces y, de súbito, uno de los postigos se abrió lenta y mágicamente. Iluminando con la linterna, Shigematsu descubrió a Shigeko de pie, vestida con un kimono de noche, a todas luces demasiado corto para ella.

—Espera un momento —murmuró ella.

Él apagó enseguida la linterna. Ella cerró el postigo y, agachándose para apoyarse en la galería que daba al jardín, susurró en el oído de Shigematsu:

—Puede que Yasuko no esté aún dormida. Hablemos con calma ahí fuera.

—Está bien, hablemos —susurró Shigematsu—. ¿Pero le ha ocurrido algo a Yasuko? Dímelo, rápido.

Shigeko descendió el sardinel de piedra, se puso las san dalias y, caminando de puntillas para no hacer ruido, llevó a Shigematsu bajo el *kemponashi*.

Solamente cuando le soltó la mano, Shigematsu se dio cuenta de que le había conducido hasta allí llevándolo de la mano. Desde hacía mucho tiempo —incluidos los días previos a su casamiento y aquellos otros que habían pasado el año anterior con su anciana madre, antes de que esta muriera—, era la primera vez que se comportaban así: andando furtivamente de puntillas por el jardín como si fueran amantes.

A la vista de lo espesa que era la niebla, era asombrosa la mucha claridad que había en el jardín.

—Shigematsu —empezó a decir Shigeko, empujándose la melena hacia atrás como hacía siempre que estaba nerviosa—, mira, simplemente tengo que contarte que hoy he tenido noticias del Dr. Kajita, pero nadie más debe enterarse de esto.

—Está bien, dime entonces. Nadie nos oye.

Un rato antes, un poco después de las nueve, mientras Yasuko estaba dormitando, Shigeko había ido disimuladamente hasta la casa del Dr. Kajita, y le había preguntado qué había ocurrido cuando examinó a Yasuko por primera vez. Por lo que decía el

doctor, parecía que Yasuko había estado consultando libros de medicina casera con la intención de tratarse ella misma. Si esta historia se supiese por ahí, la gente se haría la idea de que Shigematsu y su mujer se habían negado a hacer nada sobre la enfermedad de la radiación hasta que fue demasiado tarde, una idea que, además, sería confirmada por la creencia popular de que se trataba de una enfermedad para la que no había cura posible. Hacía muy poco que se había sabido de un caso similar en uno de los pueblos colindantes. De vez en cuando, había dicho el Dr. Kajita, el sentido del pudor de una joven se aliaba con un temperamento sumamente terco para desencadenar un resultado trágico.

—Primero le dio fiebre —siguió susurrando Shigeeko—; así que consultó en el manual de medicina que tenía, y se tomó una aspirina. Pero la fiebre no bajó, así que volvió a consultarlo y tomó Santonin.

—Pero eso es para las lombrices, ¿no?

—Sí, bueno, luego le dio diarrea y su temperatura bajó unos días después. Pero entonces sintió un doloroso absceso en las nalgas. Tenía demasiada vergüenza para ir al médico, y se puso un ungüento antibiótico, pensando que sería alguna clase de enfermedad fea.

—Piénsalo bien, si te fijas, no se bañó durante algún tiempo, ¿verdad? Debió de pensar que podía contagiar a los demás.

—Bueno, luego el forúnculo reventó y se sintió un poco mejor, pero su temperatura subió y empezó a caérsele el pelo. Entonces se le ocurrió con pavor que podría tratarse de la enfermedad de la radiación, y se tomó tres o cuatro hojas de áloe. Y después de eso fue cuando se deprimió y te lo contó todo. Eso fue lo que me dijo el Dr. Kajita.

—Ahora que lo mencionas, he notado que las raíces de la planta de áloe despuntaban, como si alguien hubiera estado tirando de ella. Se supone que las hojas son un buen remedio para la anemia, ¿verdad? Debió de pensar que así le aumentaría el número de glóbulos de la sangre, pobre chica.

—Pobre chica, sí; pero es más que eso, lo que me enfurece es lo absurdo de todo el asunto. ¿Por qué demonios tuvo que complicarse tanto por un forúnculo de nada? ¿Por qué no nos lo dijo antes? Estoy segura de que no tenía motivos para sospechar que podría tratarse de algo más desagradable... —Se le ahogó la voz, y respiró hondo.

Shigematsu suspiró también. Tal como estaban las cosas, no había otro remedio que dar una oportunidad a la suerte y al doctor, y asegurarse de que Yasuko comía en abundancia y descansaba bien.

Al día siguiente cayó un fuerte chaparrón, y un rayó tiró el gran pino que había en las ruinas de la oficina de funcionarios de la época de los señores feudales. Cuando escampó, el Dr. Kajita vino del hospital a ver a Yasuko, y se acordó que vendría a examinarla cada tres días. Como habitación para la enferma, el doctor eligió una que estaba en un ala separada donde había vivido la madre de Shigematsu. Shigeeko haría

las labores de enfermera y, sin decírselo a Yasuko, decidieron que llevarían un registro diario de la evolución de la enfermedad.

Por lo que a la alimentación se refería, seguirían al pie de la letra los consejos del doctor, y Yasuko haría las mismas comidas que Shigematsu, que también tenía síntomas leves de la enfermedad de la radiación. La enferma debería tumbarse cuando se sintiera débil y salir a caminar cuando lo desease, pero era absolutamente imperativo —dijo el doctor con rotundidad— que hiciera tres comidas al día. En la hornacina de la habitación de Yasuko, Shigeko colgó un cuadro con un paisaje, atribuido supuestamente al famoso pintor Chikuden Tanomura. Un comerciante de tejidos, venido de Shinichi, les había dejado el rodillo de tela unos cinco meses después de terminar la guerra, el día que cayeron las primeras nieves del invierno. El comerciante, al parecer ya sin fuerzas, había llegado a Kobatake para tratar de comprar comida, y había hecho un trueque con Shigematsu por la tela a cambio de cinco kilos y medio de arroz y cinco bolas de *konnyaku*. No se sabía si era una falsificación o no.

Shigematsu decidió aparecer lo menos posible por la habitación de la enferma para no hacerla sentir incómoda. Él había sido el primero en caer preso de la enfermedad, pero ahora habían invertido sus posiciones. Los síntomas de Yasuko eran mucho más graves que los suyos, y no era muy agradable para ella que se lo estuviesen recordando todo el rato. De hecho —dijo Shigeko—, ella parecía rehuirle un poco, aunque, añadió, no deseaba volver a casa de sus padres. El segundo día después de haberse trasladado al ala separada, Shigematsu se quedó impresionado de lo rápido que Yasuko se había debilitado cuando le trajo una clavelina, que acababa de florecer, para ponerla en un jarrón de la hornacina de su habitación. Al sorprenderlo mientras la miraba, ella cerró los ojos. En los últimos días se había puesto mucho más pálida: la tez más blanca y transparente era un claro síntoma de anemia.

Antes de acostarse por la noche, Shigeko le describía con detalle cada uno de los síntomas, y le mostraba el registro que llevaba de la enfermedad. No lo escribía como lo habría hecho una enfermera profesional, sino como un diario común y corriente, intercalando de vez en cuando descripciones e impresiones personales. Con todo, pronto se dieron cuenta de que valía la pena. Shigematsu, desesperado de que se le hubieran acabado las ideas sobre cómo tratar la enfermedad, decidió ir a consultar al jefe de la Clínica Hosokawa, donde le habían operado a él mismo, y llevar consigo el diario, que era el mejor relato que tenía de cómo evolucionaba la enfermedad.

—¿Por qué no envía esto al Instituto de la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica, en Hiroshima? —dijo el doctor tras hojear una o dos páginas—. A mí me parece que refleja bien el grupo de tres personas: el médico de un hospital, la paciente de la enfermedad de la radiación que está bajo su cuidado y la persona que hace las labores de enfermera. Tres personas, con la víctima en primer plano, todos ellos agotados por no saber qué hacer. Podría decirse que es un trío de víctimas... Eso salta

a la vista nada más echarle un vistazo. El Instituto conserva los registros con todas las estadísticas sobre las víctimas de la bomba atómica, y de vez en cuando publica relatos sobre lo que les ocurre a los que padecen la enfermedad de la radiación.

Shigematsu no conocía la existencia de la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica. Acababa de enterarse de que un equipo de observadores del ejército de ocupación, junto con una serie de médicos de la Universidad de Tokio, había llegado a Hiroshima en otoño del año que terminó la guerra. A medida que el equipo desarrollaba sus investigaciones, se fue formando poco a poco la CVBA, una organización inspirada por los más altos ideales, encargada de llevar a cabo estudios y recopilar estadísticas sobre las víctimas de la bomba atómica. Sin embargo, aunque investigaba la forma de desarrollarse esta enfermedad en las víctimas, no hizo nada para tratarlas.

A Shigematsu le preocupaba más Yasuko que ningún ideal.

—Doctor, la cosa es que —dijo, cambiando de asunto—, sé lo ocupado que está... —y añadiendo lo que antes vacilaba en decir—, pero si tuviera algo de tiempo libre, me pregunto si podría usted leer este diario. Si lo hace, estoy seguro de que se dará cuenta de por qué acudo a usted en busca de ayuda. Como verá cuando lo lea, la persona que está sufriendo esta enfermedad es un miembro de nuestra familia.

—¿Usted quiere decir que yo debería... la enfermedad de la radiación? —dijo el doctor con aire de suma indecisión—. Pero yo soy un médico proctólogo. Trato cualquier clase de hemorroides, pero la enfermedad de la radiación es, bueno, digamos que es una clase de enfermedad muy rara. Mi joven cuñado la tuvo, e hice todo lo que estuvo en mi mano para salvarlo, pero fue inútil. Pero si quiere, echaré un vistazo al diario; esta misma noche, si puedo. Así que me lo quedo por el momento.

Tras lograr que el doctor accediese a leerlo, Shigematsu se marchó con la promesa de volver unos días después.

El diario cubría un período de siete días, empezando por el primer día que el Dr. Kajita había venido del hospital a ver a Yasuko. Shigeko lo había escrito con una caligrafía descuidada, así que él lo copió íntegramente en un papel pautado, modificando el estilo donde y cuando se le antojó necesario:

DIARIO DE LA ENFERMEDAD DE YASUKO TAKAMARU

25 de julio. Lluvia tormentosa. Festividad del santuario de Tenjin.

10.30. Ataque fuerte de dolor y arcadas. Yasuko sufre lastimosamente. El dolor remite al cabo de diez minutos más o menos. Su temperatura es de 38°C. Una leve caída del pelo.

Llueve copiosamente alrededor de las 2.00. Descargan dos o tres grandes truenos.

3.30 de la tarde. Ha escampado y llega el Dr. Kajita para ver a la paciente. Su temperatura es de 39°C.

El doctor dice que el absceso que tenía en las nalgas ha estallado, y que ahora tiene uno nuevo en otro sitio. Por respeto a Yasuko, yo no miro. El doctor termina de examinarla finalmente, y dice que ahora está bien. Pongo una jofaina con agua caliente y fría para que se lave afuera, en la galería, y entro en la casa.

En cuanto él sale a la galería, Yasuko se cubre la cara con una toalla. «Ese trueno que ha caído hace un rato bastaría para hacer dar un respingo a cualquiera, ¿verdad?» dice el doctor, y suelta una carcajada. Luego, vuelve a tomar el pulso a Yasuko y se dice para sí mismo: «Lo mejor será una inyección... de cien mil unidades de penicilina». Le pone la inyección con mucha soltura.

Acompaño al doctor hasta la cancela de entrada. Me dice: «Parece más apática que ayer. Supongo que es el efecto de la fiebre».

Para cenar, tomamos estofado de boga, un huevo, algas laminadas, cebolletas, un cuenco de arroz y tomates. El doctor ha dicho que vendrá cada tres días pero, después de hablar con mi marido y con Yasuko, voy a casa del Dr. Kajita a pedirle que venga todos los días. Él accede.

La paciente se acuesta a las ocho.

26 de julio. Buen tiempo. Corre una brisa fresca.

Su temperatura por la mañana es de 38°C: dice que siente frío. Sopa de pasta de soja, algas secas, cebolletas, pepinillos, un huevo y medio cuenco de arroz.

A media mañana, 36°C. No tiene apetito, así que para comer toma únicamente tomate y lechuga.

A las tres de la tarde, llega el Dr. Kajita. Dice: «Vamos a comprobar que la deposición esté bien, ¿quieres?» y Yasuko accede de mala gana. El segundo forúnculo ha reventado, y se ha formado un tercero. Lo trata con unguento y polvos.

Cena: caldo, salchicha de pescado, jurel seco, ensalada de pepino, dos cuencas de arroz.

Lee el libro Biografía de Hideyoshi Toyotomi, de Sōun Yada. Alrededor de las nueve y media, en la cama.

27 de julio. Soleado con altocúmulos.

37°C por la mañana. Se siente mejor. Para desayunar: sopa de pasta de soja con berenjena, judías francesas, un huevo y dos cuencas de arroz.

Sonríe por primera vez desde hace no se sabe cuánto tiempo. Lee Biografía de Hideyoshi Toyotomi, de Sōun Yada, que empezó ayer.

Mediodía, 37°C. Un pepino en vinagre, raíces de bardana cocinadas con aceite de soja, estofado de boga, tortilla y un cuenco de arroz.

Ha recibido una carta de un amigo que solía trabajar con ella en Furuichi. Yasuko escribe una larga respuesta y va ella misma a echarla al correo.

Se acuesta hasta alrededor de las tres, cuando llega el Dr. Kajita.

Su temperatura es normal: 36,4°C. No hay muestras de anquilostomas ni de

lombrices intestinales. El doctor dice que la estetoscopia es normal.

Después de tratar el absceso, y a punto ya de marcharse, el doctor dice: «Esta mañana he recibido una llamada de mi casa en Ishimi para decirme que mi padre ha tenido un ataque de parálisis, por lo que mañana salgo temprano por la mañana. El Dr. Moriya me ha dicho que podrá sustituirme, así que, por favor, no se preocupen».

No puedo evitar sentirme desanimada. Recuerdo un rumor, que viene de antiguo, de que el Dr. Moriya solía llevarse mal con el Dr. Kajita. «Pero, doctor, no se irá a Ishimi para siempre, ¿verdad?», le pregunto.

«Por favor, no, no me voy para siempre. Dicen que el ataque no fue muy severo. Bueno, hay que cuidar a la enferma». «Ay, querido doctor, no puedo evitar sentirme de algún modo defraudada...».

En ese preciso instante, mi marido vuelve del criadero de peces y ambos acompañamos al doctor hasta arriba de la colina. Él se marcha colina abajo en su motocicleta hasta perderse de vista.

Por la noche, 37,5°C. Salmuera de cebolletas nuevas en vinagre, lechuga, estofado de boga, croquetas de carne, dos tazones de arroz y tomate.

Como la noche es calurosa y húmeda, todos, incluida Yasuko, sacamos bancos junto a los tocones de los kemponashi, y disfrutamos del aire fresco de la noche. Nos comemos unas judías verdes saladas y charlamos un poco de todo.

El viejo Takizō, de la casa de Shōkichi, que tiene ochenta y nueve años, nos trae tres anguilas para Yasuko. Pasado mañana, dice, es el día de Doyō no ushi, el día más caluroso de la temporada según el antiguo calendario solar. Nos sentamos con él en los bancos y entablamos una charla intrascendente. Con buen tacto, evita cualquier mención a la enfermedad. En cambio, nos recuerda algunas antiguas tradiciones y nos cuenta varias historias fantásticas. Habla con mucha solemnidad y ceremonia, y Yasuko se ríe bastante con él. El viejo mantiene un aire perfectamente serio, lo cual lo hace doblemente gracioso.

«Un día, hace mucho tiempo —cuenta—, cuando mi abuelo era tan solo un muchacho, estaban sentados unos cuantos en un banco, precisamente bajo un árbol kemponashi, cuando en eso llega un viejo y astuto tejón a comerse las sobras que alguna gente había tirado por ahí, y va y saca la cabeza por debajo del asiento donde estaban. Ah, aquello sí que eran buenos tiempos».

«Hace mucho, mucho tiempo —relata—, cuando mi abuelo era tan solo un muchacho, había un hombre llamado Yoichi, de la parte de Ogata, en Kobatake, que era muy bueno con sus padres. De hecho, en los pueblos de alrededor era conocido por su amor filial, y los viajeros lo conocían también; lo conocían hasta las víboras que muerden a los seres humanos. Estas víboras eran especialmente aficionadas a morder a los viajeros, así sucedía que cuando un viajero veía una víbora, decía: “¡Me llamo Yoichi, de Ogata!”, y para cuando había repetido tres veces su nombre, la víbora bajaba la cabeza y desaparecía reptando por el camino. ¡Y así vivieron y comieron perdices!».

«Cuando mi abuelo era tan solo un muchacho, hace mucho, mucho tiempo —nos cuenta—, un cazador que se había cobrado un venado y se volvía a su casa, vio que un lobo fantasma le empezaba a seguir sigilosamente bajo su apariencia de lobo. Cuando el cazador se volvió para mirar detrás de él, el lobo saltó sobre él y le clavó sus colmillos. Pero el cazador era demasiado astuto y, en el morral que llevaba con él, había escondido un poco de sal; y ya sabéis cómo los espíritus malignos detestan la sal. Así pues, le roció de sal por encima, y, gracias a eso, llegó a su casa sano y salvo. Ah, aquellos eran buenos tiempos, buenos tiempos...».

28 de julio. Soleado y con buen tiempo. Un chaparrón alrededor del mediodía y, luego, sol nuevamente.

En cuanto se levanta, mi marido va a casa del Dr. Kajita a pagar las medicinas y a llevarle un regalo de despedida. Cuando regresa, dice que parece que el doctor ha decidido no regresar nunca más a Kobatake. Yo lo suponía por la cara pálida y la respiración pesada que traía Shigematsu.

La paciente se siente bien. Su temperatura es de 37°C. Para desayunar tomamos sopa de pasta de soja con taro, cebolletas, huevos, pepinillos y dos cuencas de arroz.

El tercer forúnculo ha reventado. Ella misma se aplica la pomada.

Hablamos entre los tres sobre a qué médico le convendría ir, pero no llegamos a ninguna conclusión. Mi marido, con su paciencia agotada, saca incluso, entre otras cosas, un libro de adivinación, pero no llega más que a pasar unas cuantas páginas. Al final decidimos que sea la propia Yasuko quien elija por sí misma, y después de comer dice que, puesto que se siente mejor y su temperatura es normal, irá a buscar un médico.

Yo quiero acompañarla, pero no insisto cuando ella dice que no necesita que todos la acompañemos a todas partes.

Mi marido sale a examinar cómo va la crianza en la orilla de la laguna. Envidio el modo que tiene de irse tan alegremente. El primer apareamiento de las carpas fracasó. La segunda vez tuvieron éxito utilizando los machos y las hembras que habían guardado de reserva.

Por mi parte, fileteo una de las anguilas y la aso a la parrilla.

Antes de eso, saco afuera las colchas de Yasuko para que se arreen.

A eso de las cuatro de la tarde, el viejo de la tienda del pueblo viene corriendo a casa.

«Acabamos de recibir una llamada de la joven —dice—. Nos ha pedido que les demos un mensaje. Ha decidido que sería mejor ingresar en el Hospital de Kuishiki. Pero que no es nada especialmente serio, y que no deben preocuparse».

«¿Está seguro de que era ella?».

«Era la Srta. Yasuko».

Un acontecimiento inesperado que me deja desconcertada. Una vez recobrada la calma, envío un telegrama a sus padres pidiendo que alguien vaya al hospital

enseguida. Después, voy al criadero bajo el talud a decírselo a mi marido. Él se va inmediatamente al hospital.

Al anochecer, el viejo de la tienda viene corriendo de nuevo a casa: «Ha llamado su marido. Ha hablado con el padre de Yasuko, y han decidido que se quede en el hospital tanto como desee. Me ha dicho que le diga que puede que esta noche llegue tarde».

«¿Cómo está la muchacha?».

«Vaya, pues no lo ha dicho. Pero estoy seguro de que está bien».

Ahora recuerdo que esta mañana mi corazón empezó a latir rápidamente, como si algo horrible fuera a ocurrir.

29 de julio. Buen tiempo.

Mi marido regresó ayer por la noche. El diagnóstico del Hospital de Kuishiki era bastante distinto al del Dr. Kajita. La fiebre —dicen— se debe a los abscesos. Los abscesos no son el resultado de un único microbio, sino una combinación de infecciones producida por distintos microbios. Resumiendo, le han diagnosticado otras complicaciones además de un caso leve de enfermedad de la radiación, y le han puesto una inyección de tuberculina.

Esta mañana, de camino al hospital, entré en la tienda para agradecerles su visita a casa. El anciano comenta que vio a Yasuko saliendo de la Clínica Kuroda ayer por la tarde. Al oírlo, la Sra. Yoshimura, que estaba en la tienda en ese momento, tercia: «Ahora que lo mencionas, yo también la vi. Llevaba una sombrilla amarilla. Vi que entraba en la Clínica Ōmura».

La única muchacha en el pueblo con una sombrilla amarilla es Yasuko. La Sra. Yoshimura vio la sombrilla alrededor de las dos y media, y el dueño de la tienda la vio alrededor de la una. Debió de ir primero a la Clínica Kuroda, luego a la Clínica Ōmura y, después, al Hospital Kuishiki. Es verdad lo que dicen: que la enfermedad hace perder el sentido de la orientación, empujando al enfermo a una deriva entre un momento y otro, entre la duda y la inquietud, haciéndole que se agarre a un clavo ardiendo tras otro, a cualquier clavo...

El Hospital Kuishiki está construido con argamasa sobre una estructura de madera que lo hace semejante a un edificio de estilo occidental, y la sala, aunque bastante llena de gente, es holgada y está bien ventilada. Hay una cortina que cubre parcialmente la cama. En cuanto me ve, Yasuko empieza a sollozar. No se incorpora. «Siento ser tan egoísta», dice, escondiendo la cara en la almohada. Yo no hago ningún comentario, simplemente hablo de la anguila asada que le he traído, y luego le doy algunos pocos datos que he oído sobre la crianza de carpas. Podría haberme ahorrado la saliva, pero estaba dispuesta a decir cualquier cosa con tal de distraerla.

A las diez en punto de la noche, pasa el director del hospital haciendo su ronda. La reacción de la tuberculina es negativa; la temperatura es de 38°C. Salgo hasta

que el doctor termina de atenderla por el absceso. Antes de volver, me quedo un rato mirando la carpa que hay en el estanque ornamental. Me encuentro al Dr. Kuishiki en el corredor y conversamos durante un momento.

Me dice que, ayer por la noche de madrugada, una enfermera encontró durante su ronda a Yasuko arrodillada en el suelo de madera, apoyada contra la cama y sollozando. Al preguntarle qué le pasaba, dijo que no podía soportar el picor que sentía en el lugar donde tenía el absceso. La enfermera le dijo que se levantara el kimono de noche y, alumbrando con la linterna, vio una masa de oxiuros que reptaban por la cama: un tipo de gusano que, tras alojarse como parásito en el cuerpo humano, sale por el recto durante la noche para poner sus huevos. Es probable que hubiera puesto sus huevos en el tejido putrefacto del forúnculo. De cualquier forma, al doctor le gustaría extraer una parte del tejido para examinarlo detenidamente al microscopio, y luego operar para extirparlo por completo. Precisamente ahora, acaba de encontrar otro forúnculo creciendo en el lado derecho del ano.

«Si le quita el tejido enfermo, como usted dice, ¿qué le ocurrirá después en ese lugar?».

«La carne irá poco a poco reproduciéndose».

«¿Le quedarán algunas cicatrices en la piel, verdad? ¿No cree que será duro para ella?».

«Bueno, sí —replica—, supongo que podría haber un cierto riesgo de que eso ocurriera...». El doctor tiene unos cincuenta años de edad.

Yasuko parece cansada y suena la campana que anuncia la hora del almuerzo, así que me lo tomo como una señal para que me marche.

Al salir, me cruzo con quienes traen la comida: jurel seco, judías en aceite de sésamo, huevos, pepinillos y un cuenco redondo esmaltado que contiene arroz.

30 de julio. Buen tiempo.

Por la tarde, mi marido va al Hospital Kuishiki. Cuando regresa, me dice que temperatura de Yasuko era de 37°C. Ha tenido fuertes dolores durante la noche. Le dieron un comprimido de sulfadiazina hoy a mediodía, y tiene que tomar uno cada cuatro horas y media. Cuando le cortó un pedazo de melocotón que le había llevado, ella trató de morderlo con los dientes laterales en vez de los frontales. Cuando le preguntó que por qué lo hacía, ella le contestó que se le habían aflojado dos de sus dientes frontales, y que le parecía que, al pasar la lengua, estos se movían.

Al decir al doctor que Yasuko se queja de su falta de apetito, este le informa de que, al menos, debe tomarse la sulfadiazina regularmente a la hora prescrita, tanto si come como si no, porque lo más urgente ahora es frenar los forúnculos: no paran de salirle otros nuevos cuando revientan los antiguos. Me pregunto por qué será en realidad.

«¿Qué demonios significará todo esto?», le digo a mi marido.

«No lo sé —contesta—, pero es como si nada le funcionara: se le han aflojado los dientes, le duelen las nalgas y tiene fiebre y dolores fortísimos todos los días».

Esta tarde sopla un viento borrascoso. La mujer del hombre del molino de agua aparece por sorpresa en casa. Dice que pasaba cerca por casualidad, y que se preguntó si estábamos bien con el viento que hacía. Entonces se pone a hablar de la enfermedad de la radiación. Me cuenta lo que ocurrió en casa del Dr. Hosokawa, en el pueblo de Yuda. El hermano menor del doctor, que también era médico, estaba trabajando en el Hospital del Ejército cuando cayó la bomba en Hiroshima. Tenía gusanos en las mejillas y en los lóbulos de los oídos, allí precisamente donde se le habían infectado las heridas a causa de las quemaduras, y estos le habían roído el lóbulo de la oreja derecha. Su mano estaba tan terriblemente quemada que se le había formado un coágulo entre los dedos y parecía como si, en vez de dedos, tuviera una gran palma. Se le fue consumiendo todo el cuerpo hasta quedar en los huesos. Incluso con tres o cuatro gruesos edredones bajo la espalda, se quejaba de que la dureza del tatami le provocaba unos dolores insoportables. Hasta dejó de respirar en una ocasión y parecía que estaba muerto. Pero el Dr. Hosokawa lo atendió, y consiguió que se recuperara asombrosamente.

Apenas se ha marchado la mujer del molino de agua cuando llega el padre de Yasuko. Está pensando en pagar todos los gastos médicos de Yasuko con la parte de su dote matrimonial, dice. Mi marido parece escandalizado pero, sentado y con los brazos cruzados, no abre la boca. Podría decirse que está desconcertado.

Capítulo 17

SHIGEKO había empezado a sufrir mareos a causa del esfuerzo de atender a Yasuko, así que se contrató una enfermera para cuidarla, y se acordó que Shigematsu iría a verla los días impares del mes; en los días pares, iría el padre de Yasuko. Según los resultados de los exámenes, Shigeiko había forzado su corazón.

Hacia mediados de agosto, llegó una racha de un calor desconocido en la zona montañosa donde está situada Kobatake, y para cualquier observador corriente era evidente que el estado de Yasuko se agravaba cada vez más. Se quejaba de tener pitidos en los oídos, había perdido el apetito, se le caía un montón de pelo cuando se peinaba, y tenía las encías cada vez más hinchadas y enrojecidas. El Dr. Kuishiki diagnosticó que probablemente se trataba de un caso de periodontitis. Le hizo la prueba de Mantoux, tomó muestras de sangre y le administró otro comprimido diario de sulfadiazina. Los comprimidos eran similares a los que había tomado el segundo día de su ingreso en el hospital, y debía ingerir uno cada cuatro horas y media.

—¿En serio tengo que tomar esta medicina de nuevo? —preguntó ella con expresión de incredulidad.

—Sí, debes hacerlo —contestó Shigematsu.

La enfermera le dijo que la paciente sufría invariablemente un ataque de dolor agudo una vez al día. Durante estos ataques, sufría de modo indecible, retorciéndose y tosiendo desesperadamente por los dolores que tenía en todo el cuerpo. Estos ataques se producían sobre todo de noche.

Daba lástima ver cómo se iba quedando cada vez más escuálida: los labios secos y hojaldrados del mismo color que el resto de su piel; y las uñas de un color pálido y turbio.

Un día, Shigematsu le pidió que abriera la boca para examinarla. Entonces se dio cuenta por primera vez de que le faltaban los dientes de arriba, aunque las raíces aún estaban allí. Hasta unos días atrás, el aflojamiento había afectado el diente con la raíz y todo, pero ahora se habían roto limpiamente por la base, por encima de la raíz. Sus encías estaban hinchadas y supuraban sangre constantemente. Enjuagarse la boca con una solución de ácido bórico no era suficiente para frenar la hemorragia. Si ella mantenía la boca cerrada durante un rato, poco a poco se formaba un delgado hilo rojo en la comisura de los labios.

En sus nalgas se le habían formado dos nuevos forúnculos y, al estar cerca uno del otro, habían empezado a extenderse a la vez como plantas trepadoras en un jardín. Los antiguos habían sido extirpados, pero los lugares donde se alojaban no acababan de sanar. La carne seguía enrojecida e inflada como una sandía partida en dos, y la

piel de alrededor tenía un pésimo color, entre verde azulado y negruzco. Esto, por supuesto, Shigematsu no lo había visto, sino que se lo había dicho la enfermera que lo acompañó hasta el pie de la escalera al marcharse.

Adonde quiera que mirase no veía el más mínimo rayo de esperanza. Cuando se encontró con el director del hospital, empezó a hacerle preguntas, pero no obtuvo ninguna respuesta directa.

—Debo admitir que la velocidad de sedimentación no es buena —dijo el doctor—. Hay algo extraño en la sangre. En la muestra se aprecian numerosas sombras no identificables, y tiene menos de la mitad de los glóbulos rojos que debería.

Esto era como decir que había tirado la toalla. Las «sombras no identificables», había dicho, podrían ser formaciones irregulares de glóbulos blancos pero, si efectivamente era como decía, entonces eran demasiadas. La mente de Shigematsu se rebelaba contra toda esta serie de términos médicos amenazantes que no hacían sino agudizar la culpa que ya sentía por Yasuko. La causa de la enfermedad de la radiación no era únicamente la lluvia negra, sino que también se debía a su peregrinaje por las brasas aún calientes de la ciudad en ruinas. Recordaba también los rasguños que se había hecho en el codo izquierdo en el camino desde el puente del río Aioi hasta Sakan-chō, cuando tuvieron que arrastrarse para cruzar los cables eléctricos colgantes. Aquellos rasguños habían sido sin duda una puerta abierta a la letal ceniza radioactiva. Aunque ya no tenía objeto recriminárselo a sí mismo, resultaba obvio que se había equivocado al llevarlas desde la Delegación de Transportes de Japón, en Ujina, hasta la fábrica de Furuichi. Si al menos hubiera preguntado al Sr. Sugimura, el director de la Delegación, este habría podido alojar a Yasuko por dos o tres días. Shigematsu sentía que tenía bastante de lo que culparse. Y no podía olvidar que el principal responsable de traer a Yasuko a Hiroshima había sido él mismo.

Un día llegó una carta con un documento de la Clínica Hosokawa, en la ciudad de Yuda. El Dr. Hosokawa era un hombre anciano, y la carta estaba escrita con un estilo formal y anticuado:

Estimado señor:

Permítame agradecerle una vez más el ayu seco que tuvo la amabilidad de regalarnos durante su reciente visita. A partir de ese momento, he prestado la máxima atención al asunto del que hablamos, y ahora le escribo para ofrecerle mis conclusiones al respecto.

Antes de nada, debería decirle que la recuperación de mi cuñado no hubiera sido posible sin el concurso de una asombrosa buena suerte. Mi «tratamiento» no consistió más que en unas cuantas inyecciones de una solución de Ringer junto con algunas transfusiones de sangre. Por lo demás, me quedé, como si dijéramos, de brazos cruzados, impotente para hacer otra cosa que no fuese observar. He pedido a mi cuñado que me envíe las notas que escribió de sus experiencias, las cuales le remito por separado con la esperanza de que le sean de utilidad. Uno de los motivos

de este gesto es descargarme de la responsabilidad que me compete como doctor por haberme negado a tratar a una paciente. En segundo lugar, me impulsa el deseo de que comprenda la trascendencia que, para la evolución de cualquier paciente, tiene la propia determinación de este para vencer la enfermedad. Y debería añadir que también se refleja en ella el hecho de que, aun en los casos de mayor gravedad, no debe perderse nunca la esperanza en una recuperación milagrosa.

Le agradecería que, una vez examinado detenidamente, me devolviera el manuscrito. Por último, no puedo dejar de transmitirle mi más ferviente deseo por el bienestar de la paciente y por su pronta recuperación.

El relato llevaba por título «Notas sobre el bombardeo de Hiroshima, por Hiroshi Iwatake, Reserva Sanitaria». Probablemente, el Dr. Hosokawa, sin saber qué hacer ante la petición de Shigematsu de que hiciera lo imposible, había telefonado expresamente a Tokio para pedirle a Iwatake que lo enviara.

Shigematsu lo leyó sentado en la cama junto a Shigeko, exclamando una y otra vez: «Un milagro, sí, un milagro», a medida que avanzaba en su lectura. «Debemos dárselo a Yasuko para que lo lea», dijo Shigeko. Allí estaba todo, justo como había dicho la mujer del molino de agua. Iwatake había sufrido heridas mucho más graves que las de Shigematsu; su cuerpo se había consumido hasta el tuétano, se le habían juntado los dedos, y los gusanos le habían comido uno de los lóbulos de la oreja. Y, pese a todo, había sobrevivido. Gracias a la cirugía plástica había recuperado sus dedos, y ahora trabajaba en la sección de medicina general de una clínica llamada Suzaki-chō, en Mukōjima, Tokio.

Sus notas empezaban de la siguiente manera:

La carta de reclutamiento, convocándome a presentarme en los cuarteles de la Segunda Unidad de Hiroshima, llegó el 1 de julio de 1945. Arreglé a toda prisa los asuntos que tenía pendientes, y cogí el tren que salía de Tokio con destino al oeste del país. Nagoya y Osaka estaban siendo muy castigadas por los bombardeos. Cuando pasamos por la estación de Okayama, aún estaba en llamas a causa del ataque de la noche anterior. Había empezado a lloviznar, y vi a un grupo de desplazados por el bombardeo caminando medio desnudos junto a las vías del tren, con cojines sobre la cabeza para resguardarse de la lluvia.

Tras bajarme en Fukuyama, fui a visitar a mi esposa y a mis hijas, que habían sido evacuadas al pueblo de Yuda, lejos de los bombardeos, y me puse el uniforme reglamentario de los nuevos reclutas. Fui al barbero y le pedí que me quitara el bigote y me afeitara la cabeza. Luego, me calé la gorra de servicio y las polainas, me eché el petate a la espalda y partí en un tren de la línea Fukuen, no sin antes decir adiós a mi esposa y a mi cuñado, que vinieron a despedirme a la estación. El límite de edad para la última leva forzosa era de cuarenta y cinco años. Yo era un soldado raso llamado a defender a mi patria cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta y

cinco. No podía soportar seguir la costumbre de que me hicieran una fotografía por si moría en acto de servicio.

Pasé la noche en casa de unos familiares en Hiroshima. El 1 de agosto, a las ocho de la mañana, atravesé, por primera vez en mi vida, el portón de entrada de un cuartel militar. Era uno de los más de cincuenta reclutas que se habían reunido en el patio, frente al despacho del médico del cuartel. Todos venían de las Prefecturas de Hiroshima o de Okayama. Dicen que los médicos que éramos de la Prefectura de Yamaguchi íbamos destinados al regimiento de Yamaguchi, mientras que los que pertenecían a la Prefectura de Shimane habían sido asignados al regimiento de Hamada. Nos dijeron, antes de nada, que formaríamos parte, no del centro sanitario del ejército, sino de una unidad de infantería. Nos hicieron esperar durante más de una hora bajo un sol abrasador, y luego nos hicieron pasar a una habitación entarimada de treinta metros cuadrados, donde aguardamos sentados. Finalmente, el teniente coronel Washio, director del Hospital del Primer Ejército, un hombre muy corpulento, de más de un metro ochenta de estatura, entró en la habitación, flanqueado por otros dos médicos militares, y se puso firme frente a nosotros. Lo llamaban *asamblea rápida*, así que sin más preliminares se lanzó a una terrible *soflama*:

«Soy el teniente coronel Washio —comenzó—. ¿Qué creen que estaban haciendo ahí en la retaguardia, sin presentarse como voluntarios en un momento como este, en el que la nación se juega su supervivencia? Para mí no valen más que cualquier hatajo de traidores. ¡Por eso las autoridades han decidido echarle el lazo a cada uno de ustedes, *hombrecitos*, precisamente para enseñarles el valor de las cosas! A partir de ahora, sus vidas están en mis manos. Hasta ahora lo han tenido bastante fácil en puestos en los que no han tenido que mancharse las manos. Pero lo que puedan saber no les valdrá de nada en el ejército. Por lo que a mí respecta, tienen la cabeza llena de basura, y hacen gala del mismo espíritu militar que el zurullo de un mosquito. ¡De ahora en adelante, mi objetivo aquí será inculcarles la actitud militar que hay que tener, así que más les vale que lo tengan presente!».

A continuación, el teniente coronel pasó revista a cada uno de nosotros; le informamos de nuestro nombre y carrera profesional, y tuvimos que responder a un interrogatorio sobre por qué no nos habíamos presentado como voluntarios para la reserva. Como prueba de que, de hecho, yo sí me había presentado, saqué de mi petate un documento que había enviado al Distrito del Regimiento de la Primera División en enero del año anterior. Con ello logré acortar bastante el interrogatorio. Y, en realidad, muchos de los reclutas a quienes interrogó antes y después de mí, también habían enviado sus solicitudes. De hecho, muchos de ellos habían sido reclutados tanto ese año como el anterior, aunque habían sido enviados de vuelta a sus casas el mismo día por padecer alguna enfermedad o defecto físico.

Era evidente que, a la hora de pasar el examen físico, apenas había nadie cuya forma física uno pudiera envidiar. Había un hombre que llevaba puesto un corsé

debido a una tuberculosis espinal; otro llevaba el cuello vendado por una inflamación de las glándulas cervicales; un tercero tenía una cavidad en el pecho por una operación de tuberculosis ósea; y había quien no podía doblar bien la pierna porque se la había roto en una competición escolar de joven. Al teniente coronel Washio, nuevo en el puesto de la jefatura, sus colegas no le habían informado de estos hechos, o posiblemente en los documentos no quedaba constancia de quién se había presentado voluntario y quién había sido dado de baja del ejército. Fuese como fuese, cuando su bravata empezaba a parecer bastante absurda y él a parecer un tanto imbécil, un doctor de la ciudad de Hiroshima fue lo bastante imprudente para sonreír burlonamente y soltar un gran bostezo. El director fue directamente hacia él y le dio una sonora bofetada en plena cara con la mano abierta y, justo cuando empezaba a recuperarse del golpe, volvió a abofetearle con el dorso de la mano en la otra mejilla. Esto lo repitió dos o tres veces. La brutalidad del gesto me dejó un deprimente presentimiento de lo que nos esperaba.

A raíz del examen de rayos X y de las pruebas de esputo, una buena parte de los nuevos reclutas fueron enviados a sus casas ese mismo día. Otros fueron enviados de vuelta porque su ausencia habría dejado los hospitales sin médicos ;Cómo los envidié mientras se ponían los petates al hombro y desfilaban con aspecto santurrón, sin apenas poder contener el júbilo que sentían...!

A su debido tiempo, Iwatake fue destinado a una unidad de infantería, donde durante quince días recibió la instrucción militar de rigor. El principal objetivo de este entrenamiento era que, ante la eventualidad de una teórica invasión enemiga en territorio japonés, llegaran a dominar la técnica de arrojarse contra las unidades blindadas enemigas usando bombas de mano. Practicaron docenas de veces al día cargando contra tanques de madera, lanzándoles a los bajos trozos de madera en forma de bomba atados a una cuerda para, acto seguido, echarse a tierra lo más rápido que podían. Posteriormente, después de haber sido destinado al centro de instrucción, se enteraría de que el plan previsto para los reclutas de la «unidad de leva forzosa» era enviarlos a la fuerza de defensa costera, donde se consideraría que la obligación de cada uno de ellos era encargarse de eliminar un tanque enemigo al precio de arriesgar la propia vida.

El 14 de julio llegó la orden de traslado desde la unidad de infantería del cuartel de entrenamiento al Hospital del Segundo Ejército, y se les alojó en unos barracones de dos pisos a orillas del río Ōta, en Hiroshima. Al llegar, descubrieron que ya había allí unos ochenta reclutas de los grupos de Yamaguchi y Hamada, por lo que, entre todos, sumaban más de ciento treinta hombres.

El teniente Yoshihara, el instructor jefe, que tenía solamente veintitrés años, era un médico militar que había hecho un curso abreviado en el Colegio Médico de Pyongyang. Aunque no en la forma, en el fondo su discurso de recepción fue aún más agresivo que el del teniente coronel Washio.

«Estos barracones son bien conocidos —dijo—: los llaman “Barracones del Diablo”. Puesto que acaban de llegar, tendrán que cambiar su mentalidad. Con gente como ustedes no se puede andar con mano blanda porque enseguida se dan ínfulas. Hemos recibido órdenes superiores para que les hagamos pasar por el aro, así que estén preparados para ello. En primer lugar, ustedes (las siguientes noventa y una letras habían sido suprimidas)». Las personas que pronunciaban estos discursos se referían a estos como «arengas para levantar la moral de la tropa», aunque, de hecho, para lo único que servían era para hundir a sus oyentes en el desánimo más absoluto.

Cuando terminó su charla, fueron llamados de tres en tres a pasar por el despacho del comandante de la unidad para ser interrogados acerca de sus familias y finanzas familiares, algo sin duda que sería tenido en cuenta posteriormente en el momento de decidir qué hombres serían asignados a las zonas de peligro.

La instrucción rigurosa de verdad empezó al día siguiente. «Aquello se parecía más a un campo de trabajos forzados que a la instrucción militar —escribió Iwatake—. Por las mañanas, en parte para divertirse a nuestra costa, solían despertarnos con lo que denominaban “llamada de emergencia”, que significaba correr durante tres o cuatro kilómetros en medio de la neblina de la primera hora de la mañana. Atravesábamos el santuario de Gokoku, pasábamos el puente del río Aioi, rodeábamos el templo secundario de Honganji en dirección norte, pasando por el puente de Miyuki y el santuario Nigitsu, y de vuelta a los barracones. No hace falta decir que muchos se quedaban por el camino. El número de hombres con fiebres leves o diarrea iba en aumento, y hubo algunos hombres que tuvieron que solicitar la baja médica. Pero lo que realmente lograba que empapáramos de sudor el uniforme, hasta el punto de poderlo casi escurrir, era el curso de arrastramiento. Si despegábamos la cintura demasiado del suelo, nos pisaban con la bota militar en la espalda; si el rifle apuntaba demasiado bajo, nos pinchaban en el hombro con un sable de caballería; y siempre nos raspábamos los codos hasta que nos salía sangre. Había un reservista que se llamaba Nakamura, que tenía una clínica de maternidad en su pueblo, en Tokuyama. Era un hombre de mediana edad, con unos 86 kilos de peso y una prominente barriga, que sufría de una hipertrofia del corazón. El año anterior lo habían enviado de vuelta a casa, pero ahora lo habían reclutado como reservista. Avanzar sobre el estómago con un rifle en la mano constituía para él un ejercicio superior a sus fuerzas, y el teniente Yoshikawa lo pateó varias veces seguidas en la espalda mientras él se retorció en el suelo, muy por detrás de los demás. Sometido a esa mortificación, a Nakamura le brotaron las lágrimas, e incluso consideró la posibilidad de quitarse la vida, como declaró más tarde». Era como si, en cierto modo, a un hombre le pegasen patadas sus propios hijos, transformados en una especie de rufián descontrolado. O, en palabras del propio Iwatake: «En su rostro se transparentaba sin reservas la perplejidad y el desconsuelo, como a un padre cuyo propio hijo estuviera abusando de él».

Alrededor de las seis y media de la mañana del día 6 de agosto, sonó una alarma

antiaérea, y dos o tres B-29 pasaron volando en dirección sur, sin tirar una vez más ni una sola bomba. Nadie vio nada extraño en esto, pues había sucedido en otras ocasiones. La alarma se suspendió a las siete y pico; más tarde, a las 7.50, con la alerta aún activada, la unidad al completo —comandante, médicos, auxiliares sanitarios y reservistas— salió al patio y, tras hacer una reverencia hacia el este, donde se erigía el Palacio Imperial, escucharon una lectura solemne del Edicto Imperial al Ejército para conmemorar el aniversario de su promulgación.

Los oficiales médicos y auxiliares veteranos estaban en primera fila; a continuación, venían los reservistas reclutados en las Prefecturas de Yamaguchi y Shimane, vestidos con sus mejores uniformes; después, en las filas de más atrás, los reservistas de Hiroshima, cuyos uniformes eran los más pobres. El ejército no había advertido a los responsables con suficiente antelación de que llegaría un contingente de Hiroshima, y lo que llevaban puesto era poco más que sus uniformes de faena, sin estrellas en los cuellos ni ningún otro distintivo.

Una vez concluida la ceremonia, el subcomandante empezó su discurso, pero fue entonces cuando el B-29 lanzó la bomba atómica. Lo que sigue es el propio relato de Iwatake sobre lo que ocurrió:

La ceremonia terminó al cabo de unos veinte minutos. Ocurrió justo antes de que se nos ordenase romper filas, cuando el subcomandante se disponía a echarnos una reprimenda por no haber sido demasiado ágiles en nuestras maniobras en el momento de dispararse la alarma antiaérea. Fue entonces cuando escuchamos el zumbido familiar del B-29. Volaba desde el sur y, cuando parecía estar justamente encima de nosotros, levanté involuntariamente la cabeza hacia el cielo. Por un instante, me pareció ver lo que tenía el aspecto de ser un globo cautivo descendiendo perezosamente en el cielo, por encima de los tejados de los barracones. Un instante después, hubo un fogonazo blanco, como si fuera un rayo o una gran bola de magnesio inflamándose de golpe. Sentí una oleada de calor abrasador. Al mismo tiempo, se oyó un terrorífico rugido, y eso es todo lo que recuerdo. No sé qué ocurrió después ni cuánto tiempo pasó. Tras ser alcanzado de pleno por la onda expansiva, es posible que perdiera el conocimiento.

Recobré la conciencia al sentir la bota militar de alguna otra persona que, en el esfuerzo de levantarse, me pisaba el cuello y la cabeza. Estaba en algún lugar totalmente a oscuras, atrapado bajo unos tablones de madera. Al ir recuperando poco a poco mis sentidos dentro de aquel pequeño espacio donde era imposible moverse, descubrí que podía vislumbrar una débil luz en medio de la oscuridad y, haciendo uso de todas mis fuerzas, empecé a arrastrarme hacia ella. Me di cuenta de que estaba bajo un techo de madera al que le faltaban todas las tejas.

Tuve la impresión de que me llevó mucho tiempo, pero al final me encontré de pie y al descubierto. Recordando ahora, diría que estaba en algún lugar situado entre la oficina de asuntos generales y las cocinas. Aun a pesar de la distancia que había

recorrido arrastrándome, debí de haber sido lanzado a mucha distancia. Los edificios de dos pisos de la enfermería y la unidad de formación ya no se veían por ninguna parte. Todo estaba aplastado y desperdigado en medio de un desorden absoluto. Alrededor no había más que silencio, ni el más mínimo signo de vida. Estaba oscuro, como si estuviera anocheciendo, y un humo negro se elevaba por encima de las cocinas y la enfermería.

La mitad derecha de mi uniforme ardía lentamente echando humo, y todos los objetos que llevaba, como la cartera que había guardado en el bolsillo interior de mi chaqueta, el reloj de la muñeca izquierda y las gafas, habían desaparecido. Poco después, tras sofocar el pequeño fuego que se me había declarado en el uniforme, vi que tenía el dorso de la mano derecha despellejado, con la piel colgando, de un color grisáceo blancuzco, y la carne cubierta de tierra negra. Sentía la cara como si me ardiera, y el dorso y los dedos de la mano izquierda, aunque no desollados, se habían vuelto de color blanco como si hubieran sido cauterizados. De cintura para abajo no sentía dolor ni siquiera al andar, pero debía de haberme golpeado la espalda con un tablón de madera o algo parecido porque me dolía muchísimo. A falta de nada mejor que hacer, caminé hasta los baños, donde todavía quedaban algunos pilares en pie. Para mi sorpresa, cuando traté de abrir un grifo, salió agua. Primero me lavé la suciedad del dorso de la mano y luego la vendé con un calzón que alguien había dejado en el secadero. Soy muy miope; sin mis gafas, todo me parecía borroso y no distinguía los objetos en la distancia.

No había nadie por los alrededores. Tomando como punto de orientación los baños, logré alcanzar la orilla del río Ōta. Aquí encontré a dos o tres soldados que conocía de vista, y a otro más que yacía medio desnudo en el suelo. Allí había también una pila de mantas que debían de haber sacado de los barracones en el momento del bombardeo, así que tomé una y me dejé caer sobre ella en el suelo. Se me fue la tensión por un momento, y me encontré vacío y exhausto. Ahora ya éramos cinco o seis, pero ninguno de nosotros podía ofrecer un relato convincente de lo que había ocurrido. Lo único que sentíamos era estupefacción ante el desenlace. La potencia destructiva era increíble. Al principio, pensé que los barracones habían sido destruidos porque habían errado el blanco, pero en cuanto me tranquilicé me di cuenta de que no era así porque las casas de la otra orilla del río también habían desaparecido.

Por las llamas rojas que se elevaban en dirección al puente de Mitaki y en los alrededores del templo adyacente de Honganji, en la orilla opuesta, era evidente dónde habían empezado los fuegos. Cabía la posibilidad de que hubieran arrojado al mismo tiempo tanto bombas explosivas como bombas incendiarias, pero era casi impensable que esto hubiera ocurrido sin que hubiera sonado la alarma antiaérea. Tres o cuatro de mis compañeros reservistas aparecieron vivos, entre ellos, Miyoshi e Itō. Todos habían estado conmigo en la fila de atrás; todos parecían haber perdido el habla. Muchos de los que habían estado en las filas delanteras debían de estar aún

atrapados bajo los escombros, pero era inútil pensar en sacarlos de allí cuando las llamas empezaban ya a elevarse entre las ruinas, cuando uno mismo estaba herido, y sin más herramientas que las propias manos desnudas.

Miyoshi e Itō se pusieron de acuerdo de algún modo en que era peligroso quedarse donde estábamos, y en que teníamos que buscar refugio en la sección hospitalaria de Mitaki. Decidí que acompañaría al resto. Sabía por experiencia que las llamas de un incendio tenían tendencia a peinar las superficies de los ríos. En la noche del 9 de marzo, en Tokio, cuando los distritos de Asakusa, Honjo, Mukōjima y otros, situados a orillas del río Sumida fueron incendiados por los bombardeos, toda la zona se convirtió en un mar de llamas, y yo había visto con mis propios ojos a gente que se abrasaba viva mientras flotaba en el agua.

Al principio, caminamos en sentido opuesto a la corriente del río. Como cualquier calle que mereciera tal nombre estaba bloqueada por edificios derruidos, nos vimos obligados a seguir un sendero junto a la orilla durante un rato. Tropecé en varias ocasiones con socavones en el suelo, y acabé perdiendo uno de mis zapatos. Lo busqué, pero fue en vano, e Itō me llamó para que no me quedara atrás. Me pareció oír que alguien se quejaba en una parcela de brezos, pero me sentía un poco mareado y fui incapaz de hacer nada para salvarlo. El fuego estaba aproximándose. Mi rostro se había ido hinchando poco a poco, y el dolor iba en aumento; me resultaba difícil andar. Como doctor, me reproché a mí mismo haber abandonado a otro ser humano a su suerte, pero la situación era demasiado desesperada: no había espacio salvo para pensar en la huida.

No sé qué hora era, pero pasar por el santuario de Nigitsu y llegar hasta la orilla del río nos debió de llevar al menos dos horas. Para cuando llegamos allí, una débil luz solar trataba de abrirse paso por entre el cielo nublado. Por lo que supe después, imagino que sería entonces cuando el oscuro hongo nuboso empezó por fin a dispersarse...

Los barracones donde estaba acuartelado Iwatake estaban cerca del epicentro de la explosión, lo cual indica que, en el trayecto que siguió al huir, debió de encontrarse en una posición que le permitiría ver el hongo nuboso directamente desde abajo. Esto explicaría su referencia a un «cielo nublado». Es extraordinario que pudiera ponerse a salvo con unas quemaduras tan graves y, después, seguir viviendo para contarlo. Él fue uno de los tres únicos supervivientes entre los más de ciento treinta hombres que integraban la unidad.

Cuando llegó acompañado de sus dos colegas a la carretera que pasaba junto al santuario de Nigitsu, alguien les dijo que no prosiguieran en aquella dirección porque corrían el riesgo de verse afectados por las explosiones en el cuartel de la artillería pesada, indicándoles que vadearan el río por los bancos de arena que había en el centro. Así pues, se pusieron las mantas encima de sus cabezas para mantenerlas secas, y se hundieron en el agua hasta el pecho para llegar al bajío de arena que había

en el centro del río. En ese momento, observaron que había llamas brillantes en medio de la nube de humo que se estaba formando en los alrededores de Mitaki. Parecía que Mitaki tampoco se había salvado. Así que cambiaron sus planes y fueron corriente arriba hasta otro bancal de arena para poder cruzar a la otra orilla. Para entonces, Iwatake ya no sentía ni hambre ni dolor; lo único que quería era encontrar un lugar donde poder tumbarse y que nadie le molestara.

Una serie de camiones del ejército pasaron a toda velocidad en dirección a la ciudad. El conductor de uno de los camiones, al pasar y verlos tumbados allí, les gritó:

—¡Oíd, vosotros, soldados! Hay un lugar llamado Hesaka situado en la cara norte de la colina. Están montando un centro de recepción de heridos allí, así que no dejéis de avanzar. Dicen que dispone de bastantes suministros médicos. Está justamente del otro lado, en la cara norte de la colina.

—Hesaka, Hesaka —repitieron los tres al unísono, y emprendieron la marcha hacia el norte. Iwatake seguía a sus compañeros a cierta distancia, cojeando y con un pie descalzo. Les habían dicho que el centro estaba nada más pasar la colina, pero se les antojaba terriblemente lejos. De hecho, debían de ser unos diez kilómetros. La procesión de heridos desesperados que huían en esa dirección hacía que la carretera hasta allí ofreciese una visión horripilante.

En Hesaka, la escuela había sido tomada como centro de recepción para acomodar a los heridos, pero no era un centro de socorro propiamente dicho. Consistía tan solo en un par de edificios escolares de dos pisos y un pequeño patio, donde habían montado dos tiendas como alojamiento de emergencia. Tanto a los edificios como a las tiendas de campaña llegaba sin cesar una muchedumbre de heridos que aguardaban su turno haciendo largas colas, aun con el sol ya a punto de ocultarse. En los corredores había gente que se había derrumbado en el suelo y que yacía allí gimiendo de dolor; y otros, agotados por el esfuerzo de llegar hasta allí, se habían tumbado con el rostro cubierto con trapos para exhalar su último suspiro. Los que se ocupaban del tratamiento aplicaban, en algunos casos, mercurocromo y, en otros, una mezcla de harina y aceite como sucedáneo de aceite de óxido de cinc para las quemaduras. No parecía haber nada con lo que hacer vendas, ni tampoco medicamento alguno para poner inyecciones.

La cara de Iwatake se hinchó más y más hasta ponerse redonda como una sandía, y los ojos se le cerraron casi por completo; Miyoshi tenía una gran ampolla en la mejilla y las manos desolladas; Itō, una quemadura en la mejilla y un golpe en la frente provocado por la onda expansiva. Miyoshi, que era médico especialista en obstetricia, siempre llevaba una fotografía de su hija recién nacida oculta en un bolsillo interior. Por su parte, Itō era doctor de medicina general, con consulta propia en la ciudad de Miyoshi, además de experto en farmacología.

Iwatake y sus dos compañeros se pusieron mercurocromo ellos mismos. Luego, tras encontrar un espacio libre en el pasillo, cerca de la entrada, se envolvieron en las

mantas que habían traído y pasaron la noche allí. Pese a que no habían comido ni bebido nada desde la hora del desayuno, y tal vez porque se encontraban demasiado alterados, habían perdido el apetito, aunque sí estaban sedientos. Sin embargo, se abstuvieron de beber agua por temor a contraer alguna enfermedad contagiosa. Ninguno de ellos hablaba demasiado; ya no les quedaban energías.

Al día siguiente, se separó a los civiles de los soldados, y a estos últimos se les instaló en las aulas de los edificios escolares. A Iwatake se le había hinchado la cara el doble de su tamaño natural, y no podía ver a menos que se abriera un párpado con el dedo; se le acabó trasladando en una camilla a una habitación del ala este del edificio, donde se acomodaba a los enfermos graves. También Miyoshi fue trasladado a otra sala, con la cabeza apoyada sobre un uniforme militar medio quemado y enrollado a modo de almohada. La libreta, tarjetera y pitillera que había metido dentro del bolsillo del uniforme desaparecieron. Iwatake nunca volvió a ver a Miyoshi. También se le separó de Itō, pero poco después supo que este no había tardado en reunirse con su esposa, cuya amorosa dedicación salvó su vida. Hoy en día sigue vivo, goza de buena salud y practica la medicina en Miyoshi.

Iwatake relata con sus propias palabras las circunstancias que rodearon aquel día:

No había ningún reservista más en el aula adonde me llevaron, ya que el resto de pacientes eran soldados normales y todos ellos jóvenes y con heridas graves. Yo tenía una sed insoportable. Sentía como si no hubiera ninguna conexión entre unos huesos y otros. Y tenía mucho frío, así que cogí fiebre. Debí de llegar a los 40°C. Tenía los párpados tan hinchados que no podía ver; lo único que podía hacer era estar tumbado y sin moverme. El 7 de agosto me dieron un cuenco con gachas. Oriné solamente una vez en dos días.

Se suponía que yo no debía beber agua, pero al final no lo pude soportar más y, abriéndome el ojo con el dedo, robé agua del pozo artesiano y bebí. Tenía un sabor metálico, pero me hizo revivir. El número de tiendas de campaña en el patio del colegio había aumentado a seis, pero seguían desbordadas de pacientes. Habían amontonado los cadáveres en un extremo del campo de deportes. Cuando cayó la noche, las quejas se hicieron todavía más angustiosas. Un paciente con fiebre alta saltó por la ventana sin previo aviso y se puso a caminar por los campos de arroz del exterior. A lo largo de la noche, casi una tercera parte de los hombres de mi habitación fueron rindiéndose al silencio. Cuando un cuerpo se quedaba frío, se lo llevaban discretamente en una camilla.

Yo me animé diciéndome que no me moriría por la gravedad de las quemaduras que sufría. Sin embargo, aún no me explicaba cómo se había podido producir tal número de víctimas a la vez. Pasó una enfermera anotando en un libro el nombre, rango, unidad y dirección de cada paciente. Le pedí que dijera a mi familia que me encontraba en el centro de recepción de Hesaka, pero se negó. No había señales de que fuera a venir ningún doctor militar a examinarnos...

Capítulo 18

LA mañana del 8 de agosto se anunció de improviso que el número de pacientes era excesivo para la capacidad de acogida del centro, y que algunos tendrían que ser trasladados al hospital del ejército situado en Shōbara, al norte del mismo distrito. Así pues, aquellos hombres que pensaran que eran capaces de coger un tren sin ayuda debían decidirlo en ese momento.

El número de heridos que iban llegando era, por supuesto, mucho más elevado que el de defunciones. Tan pronto como retiraban un cadáver, otros muchos heridos llegaban para ocupar su lugar. Y es que no había espacio para un solo enfermo más en las aulas ni en las tiendas de campaña del patio del colegio. Hasta los graneros y las leñeras de las granjas vecinas estaban llenos, y había heridos instalados fuera, en los jardines. Al igual que el colegio de Hesaka, todas las escuelas de educación primaria de las ciudades y pueblos de la región de Hiroshima se habían transformado en centros de emergencia; y, al parecer, todas ellas estaban desbordadas. Por tanto, era necesario ampliar el radio de acción y distribuir a las víctimas por zonas más distantes ya que, de lo contrario, faltarían médicos para atenderlas, y tendrían que dejar al raso a buena parte de los pacientes.

«¡Atención! ¡Un anuncio urgente!», repetía la voz de un auxiliar sanitario. «¿Lo habéis oído bien? Aquellos que deseen ir al centro de Shōbara deben decírnoslo. Cualquiera que pueda arreglárselas para llegar en tren a Shōbara por sus propios medios, que levante la mano. La duración del trayecto desde Hesaka hasta Shōbara es de tres horas».

Al oír Shōbara, Iwatake, que estaba tumbado en la cama, se abrió los párpados con los dedos y miró al techo. Podía distinguir con bastante claridad la textura de las vigas de madera, lo cual le hizo pensar que podría arreglárselas para caminar hasta la estación de Hesaka. Así que cerró nuevamente los ojos, reunió toda la energía que pudo y levantó la mano. Como no era capaz de transmitir mucha fuerza a su brazo, la mano se le quedó colgando lánguidamente de la muñeca.

Los otros pacientes parecían divididos. «A mí me gustaría, pero no puedo», oyó Iwatake que decía un soldado aunque no lo podía ver ni adivinaba qué heridas tenía. «Dejen de bromear, ¿quieren?», dijo otro. «¡Los que puedan irse, que se vayan!», murmuró en tono desafiante otro soldado al que tampoco pudo identificar. «¡Yo voy!», gritó otro a voz en cuello.

Iwatake decidió seguir vivo cuanto pudiera para poder llegar, al menos, a Shōbara. Aunque finalmente ocurriera lo peor, no tenía intención de que aquel tren fuese lo último que iba a ver en vida. No en vano, Shōbara era su ciudad natal, el

lugar que le había visto nacer. Además, el director del Hospital del Primer Ejército de Hiroshima, en Shōbara, el Dr. Shigeaki Fujitaka, era del mismo pueblo que él, se había graduado en la misma universidad y había sido reclutado también como oficial médico en el ejército. Como doctor, era riguroso pero amable. El Dr. Fujitaka — pensó Iwatake— se prestaría al menos a ponerle aceite de óxido de cinc en las heridas. Era una oportunidad que enviaba el cielo. De hecho, se trataba de un golpe de suerte tan increíble que habría levantado ambas manos de haber podido. Pero, en vez de eso, estaba tan fatigado de mantener su mano derecha levantada que tuvo que cambiar a la izquierda.

—¡Está bien, bajad las manos! —dijo una voz cercana—. Voy a poneros una etiqueta de confirmación. —Iwatake bajó el brazo y, abriéndose el párpado de un ojo, vio que un cabo de los servicios sanitarios venía a atarle una etiqueta de equipaje al cinturón de su uniforme militar. Iwatake, que se había incorporado para sentarse, descubrió que en la etiqueta estaba escrito en tinta negra: «Para Shōbara».

—¿Cuándo salimos? —preguntó al auxiliar sanitario.

—En cuanto hayamos verificado el número. Nos reuniremos todos dentro de un rato en el patio del colegio.

Se hizo la hora de comer, y le trajeron una especie de mezcla de gachas y sopa sobrante, pero Iwatake no tenía apetito. Lo único que le cabía en el estómago era una taza de té. «Será por la fiebre», pensó.

La orden de agruparse llegó a las tres de la tarde. Tras reunidos en el patio, rodeados del hedor de los cadáveres amontonados allí, partieron para la estación unos seiscientos hombres, caminando en fila india por los senderos que cruzaban los campos de arroz. Durante el trayecto a la estación, Iwatake mantenía abiertos los párpados de los ojos, primero el derecho y luego el izquierdo, sujetándolos con los dedos. Ninguno de los miembros del grupo tenía un aspecto ni siquiera próximo a presentable. Era una triste y desgarbada procesión de fantasmas.

Al ascender por la colina que conducía a la estación, la garganta le molestaba de tal manera por la sed que tenía que, acercándose a una anciana que permanecía de pie junto a la entrada de una granja, en la margen derecha del camino, le preguntó:

—Disculpe, ¿tendría usted la amabilidad de darme un trago de agua? —Sin mostrar ni un ápice de repugnancia al verle la cara hinchada y los labios en carne viva, la anciana entró en la casa, mascullando y moviendo la cabeza: «¡Pobre hombre! ¡Qué sediento debe de estar!», oyó que decía.

—Sí, por supuesto... —Del interior, un vestíbulo sin suelo, trajo en una bandeja un gran tazón: pero no era agua, sino té frío, con un sabor fuerte.

Los acontecimientos que siguieron al momento de subirse en el tren en la estación de Hesaka se describen así en su relato:

A duras penas, me senté en la parte trasera del tren especial que llevaba a las tropas. Era un tren que cubría la misma línea de Geibi que pasaba por mi pueblo en el

campo, y yo lo había cogido varias veces de ida y vuelta durante mis años de colegio. Sentí una inmensa alegría al oír el silbato de la locomotora. En cierto modo, pensaba que no podría morir ahora que había escuchado aquel sonido del pasado del que me acordaba perfectamente. La emoción que me inundó con la perspectiva de liberarme del insomnio, del cansancio y del temor de los últimos tres días hizo que las tres horas de viaje se me hicieran larguísimas y el tren excesivamente lento. Debido a la fiebre, sentía como si mi cuerpo estuviera ardiendo, y es que, cuando disminuye la tensión, esta suele dar paso a una repentina sensación de deslizarse de manera irresistible pendiente abajo, hacia las sombras. Mi conciencia se hizo cada vez más vaga. En cada estación que parábamos, el tren daba una violenta sacudida, como si quisiera animarme a recobrar fuerzas. En cada parada, subían al tren mujeres de mediana o avanzada edad, con los fajines de la Asociación Femenina de Defensa, repartiendo té y ciruelas secas encurtidas en sal. Aun con los labios y el paladar inflamados, las ciruelas me supieron bien. Las mujeres daban rienda suelta a sus expresiones de lástima: «¡Qué horrible!», dijo una. «¡Qué mal lo habrá pasado!», exclamó otra. Algunas de las más jóvenes lloraban. Estoy convencido de que todas ellas tenían hijos o maridos alistados. Incluso una anciana se puso a sollozar desconsoladamente. Fue mi primer contacto con la emoción femenina desde que me había unido a las fuerzas, y me recordó un poema del poeta chino Li Po que me había aprendido treinta años antes en la escuela. Me di cuenta por primera vez de que no se trataba simplemente de una hábil descripción, sino que era un poema emocionante de verdad. En nuestro vagón, dos soldados acababan de morir. Me preocupaban mi mujer y mis hijos. En cuanto a mi sobrino, pensaba que debía de resignarme a lo peor.

Nos detuvimos en la estación de Bingo-Tōkaichi (actual estación de Miyoshi), adonde había ido a la escuela media. Mientras practicaba a abrir mi ojo izquierdo sin utilizar los dedos, el sobresalto de ver a una muchacha a la que conocía de pie en el andén me dejó sin respiración. Había sido la pupila de una tía mía en Shōbara desde que era pequeña. Puesto que a ella le sería difícil reconocerme con el lamentable aspecto que había adquirido, la llamé. Me dijo que se había graduado en el colegio, y que ahora hacía labores de guerra en la estación. Le conté, del modo más resumido que supe, por qué me encontraba en un estado físico tan deplorable. Desde el teléfono de la estación, llamó enseguida a la estación de Shōbara para pedir autorización de los directores de las estaciones de Shōbara y Miyoshi para acompañarme en el tren.

Todo esto había sido posible porque la parada del tren había sido muy larga. Como quiera que uno lo mirase, se trataba de la coincidencia más extraordinaria que cabía imaginar. Gracias a ella, pronto podría ponerme en contacto con mis familiares y amigos, lo cual me animó muchísimo. Sin darme cuenta, debí de liberar la tensión que me atenazaba porque, de pronto, por extrañamiento que parezca, empeoré y comencé a temblar violentamente de pies a cabeza.

En la estación de Shōbara, la pupila de mi tía salió corriendo a llamar a esta. Ella se pondría sin duda en contacto con mi casa, que estaba situada a las afueras de la ciudad. Entre tanto, el lugar al que nos trasladaron a los maltrechos soldados, en un autobús con motor de carbón y ya con las últimas luces de la tarde, no era efectivamente un hospital sino el aula de un colegio de enseñanza primaria —en nada diferente, por cierto, al colegio de Hesaka—. Para cuando pude encontrar un lugar en medio del tumulto y tumbarme, apenas sabía ya dónde me encontraba y sufría un ataque violento de escalofríos y temblores. Al anochecer, la fiebre me había subido de tal forma que ya no podía ni hablar. Cuando trataba de decir algo, no me salía la voz.

Recuerdo vagamente que hubo una alarma antiaérea esa noche... En total, habré perdido la conciencia en tres ocasiones en toda mi vida. La primera fue inmediatamente después del estallido de la bomba; la segunda, la noche en que, después del largo traqueteo del viaje en tren, llegué al colegio de Shōbara; la tercera, en un periodo de unos pocos días, a principios de septiembre, cuando me debatía entre la vida y la muerte después de que se manifestara la enfermedad de la radiación. En el estado de semiconsciencia en el que me encontraba, al borde de la muerte, no me daba cuenta de lo que ocurría alrededor ni era consciente de mis propios síntomas con claridad.

La mañana del 9 de agosto, la fiebre que no había cesado en toda la noche me dio un pequeño respiro, y percibí que recuperaba el interés por lo que ocurría en mi entorno. Era de ese tipo de fiebres que acompañan a la septicemia: se podría denominar fiebre supurativa. Aquel día, un oficial médico que hacía la ronda para examinar a los pacientes dio instrucciones a un auxiliar sanitario sobre el tratamiento que debíamos seguir. Era la primera vez que me examinaba un médico desde que había caído la bomba. Sin embargo, ni siquiera utilizó el estetoscopio.

Mis heridas consistían, casi en su totalidad, en quemaduras en la cabeza, el rostro, el cuello, la espalda, los antebrazos, los dorsos de las manos, las muñecas, los dedos e incluso en los lóbulos de las orejas. Las muñecas estaban despellejándose; mi espalda —me dijeron— era como un filete de carne cruda, con las costillas asomando hacia fuera. Más tarde, me enteraría de que la causa había sido una exposición momentánea a una radiación de varios miles de grados. La bomba había sido, claro está, de una potencia tal que era imposible imaginarla.

El auxiliar aplicó sobre las quemaduras un líquido similar al ácido pícrico, y cubrió la parte que estuvo en contacto con el suelo cuando me tumbé con una gasa antiséptica de 30 por 30. En eso consistió todo el tratamiento, y enseguida se marchó a atender al siguiente paciente. Puesto que éramos tantos que habíamos ocupado todo un tren, unos cuantos cientos, no se podía uno permitir el lujo de quejarse si el tratamiento era más bien improvisado.

Al día siguiente, el 10 de agosto, cuando el auxiliar me arrancó la gasa de la espalda, no pude reprimir un grito de dolor. La gasa estaba firmemente adherida a

las quemaduras debido al calor y al peso de mi cuerpo y sus secreciones. Al arrancarla de abajo arriba me provocó tal dolor que me hizo levantar el cuerpo inconscientemente, aunque, sentado sobre mis tobillos, con las dos manos apoyadas a ambos lados del suelo, solamente podía alzarme un poco. Cuando llegaba al límite, mi cuerpo volvía a descender y apoyarse una vez más sobre las nalgas. Finalmente, conseguimos que la gasa acabara desprendiéndose.

Haciendo caso omiso de la sangre que salpicaba, el auxiliar me frotó la medicina en la espalda, la cubrió con gasa, me aplicó más líquido en otras partes (en la cabeza, la cara, el cuello y los antebrazos, además de en la palma de las manos, en la muñeca y en los dedos), y después pasó inmediatamente a otro paciente. Incluso yo que me enorgullezco de tener bastante aguante, estaba consternado por el tratamiento que recibíamos. Al igual que en Hesaka, los pacientes morían constantemente, y se los llevaban uno tras otro. También aquí había venido a ayudar la Asociación Femenina de Defensa, que se ocupaban de las cuñas y cosas por el estilo, pero parecía que el penetrante hedor estaba deprimiéndolas bastante.

Por la tarde, me desperté al oír una voz que me llamaba: «¡Atención! ¿Está aquí Iwatake, de la reserva médica? ¿Iwatake?». Esta voz fue seguida por otra, aguda, de mujer: «¡Hiroshi! ¿Estás aquí, Hiroshi? ¿Hiroshi?». Era mi esposa. Traté de responder, pero mis labios estaban demasiado hinchados para que saliera una palabra. A duras penas, logré levantar levemente el brazo...

Había estado buscándome en las ruinas del Hospital Militar de Hiroshima. Al oír que yo había ido a Hesaka, fue a la escuela de allí; entonces, al enterarse de que me habían trasladado a Shōbara, vino directamente aquí. Cuando finalmente me encontró, mi cara estaba tan transformada que ni siquiera ella pudo reconocerme...

Este relato iba acompañado de una serie de recuerdos de la Sra. Iwatake del mismo periodo. Alguien había ido a preguntarle sobre la milagrosa recuperación de Iwatake y había apuntado sus respuestas a mano. El relato prometía ser útil para tenerlo en cuenta en el tratamiento de Yasuko.

Por aquella época yo vivía en el campo, lejos de los bombardeos —empezaba el relato—, y estaba en la Clínica Hosokawa, en Yuda, a las afueras de Fukuyama. Hiroshi, mi esposo, servía en la reserva médica de la Segunda Unidad de Hiroshima, y nuestro sobrino, que estaba a cargo de mi esposo, asistía a la Primera Escuela Media de Hiroshima. El Dr. Hosokawa, de Yuda, es mi hermano mayor.

La noche del 8 de agosto bombardearon Fukushima. A partir de la mañana siguiente, tanto la línea Fukuen como la Ikasa, que conectaban con Fukuyama, quedaron fuera de servicio. Así pues, el día 9, temprano por la mañana, mi hermano me llevó en su bicicleta desde Yuda hasta Fukuyama. Desde allí, continué mi camino a pie hasta Kusado. Desde Kusado fui hasta Tomonotsu, desde Tomonotsu en autobús hasta Matsunaga, a este lado de Onomichi, donde empalmé con un tren que llegó a

Hiroshima después del anochecer. Es extraño que siguiera esa ruta en particular: Kusado, Tomonotsu, Matsunaga, Onomichi y, después, Hiroshima; es una ruta histórica, la ruta que supuestamente siguieron antiguamente algunos de los miembros derrotados del clan Taira, y más tarde Ashikaga Takauji, cuando huían por tierra para llegar hasta el mar occidental.

Frente a la estación de Hiroshima se habían instalado tiendas de campaña, y entré en una de ellas para esperar a que llegase la mañana. Había un soldado montando guardia y mucha gente que parecía haberse quedado sin un lugar para pasar la noche. Antes de irme de Yuda, mi hermano había tratado de impedir mi marcha: era inútil, decía, pero no me podía librar de la sensación de que mi esposo aún estaba vivo. Así que llené una botella de medicina con sake —a mi esposo le gusta— y la metí en mi mochila. Luego, le pedí prestado a mi hermano un brazalete de la Cruz Roja para aparentar que yo era una enfermera del ejército o algo similar, y partí. No se admitía a ninguna mujer en Hiroshima que no llevara brazalete. Iba vestida con pantalones anchos de algodón y sandalias.

Una vez en Hiroshima, carecía absolutamente de cualquier tipo de orientación. Pregunté a un soldado el camino al Hospital del Segundo Ejército, pero me dijo que era una pérdida de tiempo ir porque toda la zona estaba en ruinas. Entonces, le pregunté por la Primera Escuela Media de Hiroshima. Me dijo que los alumnos habían sido aniquilados y que el lugar había sido reducido a cenizas. Parecía casi seguro de que nuestro sobrino había muerto. Me tumbé en la tienda a dormir. Allí había un niño, un huérfano que lloraba por sus padres y que no quería dormirse por mucho que los soldados le trataran con cariño. Me tendí junto a él y, al final, logré que se durmiera. A eso de las cuatro de la mañana, salí discretamente de la tienda y me encaminé hacia el hospital para buscar a mi esposo.

Era una ruina calcinada que no contaba ni con un barracón en pie, nada; tan solo tiendas de campaña. Un oficial cuyo nombre no recuerdo pero sí que era de la zona de Tokio, me dijo que no sabrían nada hasta dentro de algún tiempo, que debía volver a mi casa y quedarme allí hasta recibir una notificación del ejército. Me consiguió un terrón de azúcar y algo de té. Para estar segura, le pregunté por la Primera Escuela Media. Sí, había sido derruida, me dijo. Siguió aconsejándome que me marchara a casa, así que decidí que buscaría por mi cuenta. Caminé corriente arriba junto a un río que pasaba por allí cerca. En la orilla, vi algunas casuchas fabricadas con latón y varas de paja. Las gentes que había dentro tenían las caras negras, y únicamente asomaba el color blanco en los dientes y en los cercos de los ojos; todos ellos iban vestidos con harapos, como los desposeídos que aparecen en las pinturas antiguas. Más adelante, me encontré con un grupo de personas tumbadas en el suelo que se quejaban de dolor, así que llamé a voz en grito, «¿Hiroshi, estás ahí?», pero no hubo respuesta. Escuché atentamente, pero lo único que oía eran lamentos; podrían haber sido voces de fantasmas.

Qué bomba tan terrible debe de haber sido, pensé. Un transeúnte con quien hablé

dijo que sí, que, efectivamente, lo que habían arrojado era una bomba especial de tipo desconocido. El transeúnte conocía el centro de recepción donde habían ingresado a los soldados del Hospital Militar que habían resultado heridos, así que le pedí que me lo dijera, puesto que estaba decidida a buscarlo donde hubiera alguna posibilidad de encontrarlo. Había tres centros de recepción, me dijo, pero yo me encontraba en un estado tal que solamente retuve uno de los nombres:

Hesaka. ¡Qué coincidencia tan asombrosa! Decidí que, de todas formas, no podría visitarlos todos a la vez. Iría a Hesaka y buscaría primero allí, luego tendría los oídos muy abiertos para que me ayudaran a encontrar los demás. De este modo, memoricé justamente el nombre del que debía acordarme. Se encontraba a unos diez kilómetros de Hiroshima. Para cuando llegara hasta allí, faltaría nada más una hora para el mediodía. Por el camino, sin despegarme del río ni un momento, me preguntaba por qué el oficial con quien había hablado en la tienda de campaña del Hospital Militar no me había dicho cuáles eran los centros de recepción.

Una vez en Hesaka, fui pasando una a una por todas las granjas. Eran cerca de las cuatro de la tarde cuando llegué al colegio donde se ubicaba el cuartel provisional de recepción de heridos. Las tiendas de campaña del patio, las aulas y también los corredores estaban llenos de enfermos, pero me dijeron que aún no se habían hecho listas de pacientes. Deambulé por los corredores y aulas y tiendas de campaña gritando «¡Hiroshi! ¿Estás aquí, Hiroshi?», pero no hubo respuesta. Entonces, alguien me dijo que los enfermos que no estaban tan graves habían sido acomodados en las granjas cercanas, así que me marché de nuevo a recorrer las granjas.

Al final, estaba completamente agotada. Superando la vergüenza o mis propios reparos, pedí a los dueños de una granja que me permitieran descansar allí, y me tumbé en la balsámica y fresca tarima de la galería. Eran cerca de las cinco de la tarde. Debí de dormir unas buenas dos o tres horas antes de regresar a la escuela. Esta vez, ya tenían preparada la lista de pacientes, y me dijeron que Hiroshi había sido trasladado a la escuela de Shōbara el día anterior. Me tranquilizó oír que solamente se había enviado allí a los heridos leves, pero mi alivio no duró más que un instante, porque alguien que los había visto me dijo que parecía como si estuviesen en las últimas.

Era extraño, pero con independencia de si las heridas de mi esposo eran graves o no, sentía como si luchara contra el tiempo. De camino a la estación de Hesaka, por ejemplo, caminé lo más rápido que pude. El tren estaba a punto de salir cuando llegué allí; pero estaba lleno de gente, y era tan lento que, cuando finalmente entramos en la estación de Shiomachi para hacer el transbordo, descubrí que el último tren de Shōbara ya se había marchado. La cosa no tenía remedio, así que desplegué un periódico en la plataforma y me senté sobre él a esperar la mañana siguiente.

El hombre que estaba junto a mí, nacido en Fuchū, hablaba sin parar y en el

curso de la conversación dijo que conocía el hospital de Fuchū, asociado a la Clínica Hosokawa. Así que escribí rápidamente una nota para que se la diera a mi hermano, contándole que iba de camino a Shōbara y pidiéndole que trajera con él todo lo que considerara necesario, y se la di al hombre para que este me lo entregara en la Clínica. Era una coincidencia muy práctica, porque el hombre había tomado un tren con destino a Fuchū, en la línea de Fukuen (la línea de Fukuen funcionaba en todos los puntos menos en la zona de los alrededores de Fukuyama), mientras que yo iba a tomar la línea de Geibi. Shiomachi era la intersección de ambas.

Gracias a esto, se logró establecer el contacto con la Clínica Hosokawa, y mi hermano, una enfermera y nuestra hija llegaron a casa de mi tía en Shōbara a primera hora de la noche del día 11 de agosto. (Mi tía estaba fuera. Gracias a la llamada de la muchacha que mi esposo había conocido, se enteró de que había sido trasladado a Shōbara, y se marchó a decírselo a la familia de mi marido). Pero yo ya había llegado, y estaba descansando y aseándome un poco. Fui directa al hospital. En realidad, era el edificio de la escuela de enseñanza primaria, y cuando el sargento que parecía cumplir las funciones de auxiliar nos llevó a las aulas, descubrimos que no había centímetro de suelo que no estuviera cubierto de heridos, exactamente igual que en Hesaka. No tenía idea de dónde estaba mi esposo. El sargento con pinta de auxiliar gritó: «¡Reservista médico Iwatake! ¿Dónde estás?»; así que yo también lo llamé: «¡Hiroshi! ¿Estás aquí, Hiroshi?».

Me costaba respirar porque tenía el pecho como atenazado por algo. No hubo respuesta. Entonces vi una mano que se levantaba tímidamente, y me di cuenta de que era él. Tenía la cara hinchada, el doble de su tamaño normal, y toda la oreja derecha cubierta de gasa pegada con esparadrapo. La oreja le dolía mucho. Algo que me llamó la atención fue que, cuando un paciente gemía, todos los demás empezaban a gemir a la vez. Era un sonido extraño —y tal vez no debería decirlo—, pero cualquiera hubiera dicho que se trataba de un coro de ranas croando a la vez en un campo de arroz.

Oficialmente, este centro en el edificio escolar recibía el nombre de «Centro provisional de recepción, asociado al Hospital del Primer Ejército de Hiroshima»; la asistencia médica y las instalaciones eran poco adecuadas —algo de lo que apenas podía uno quejarse en una emergencia como aquella—; pero el reglamento era tan estricto como en el ejército. Puesto que las integrantes de la Asociación Femenina de Defensa ya estaban allí para ayudar, estaba prohibido que ningún familiar de los pacientes hiciera nada para atenderlos. Sin embargo, yo no podía volver a casa dejando a mi esposo a las puertas de la muerte, ¿verdad? Así que utilicé una de las expresiones que estaban más en boga durante la guerra: lo único que importaba, dije, era recuperar el mayor número de pacientes que fuera posible, «de modo que pudieran ser útiles a su país». Pensé que era muy osado por mi parte, pero la auxiliar médica, o lo que fuera, no pudo menos que sonreír. Yo estaba terriblemente preocupada, así que fui a ver al jefe médico, que había ido a la misma universidad

que mi esposo, y le convencí de que trasladaran a Hiroshi, que estaba bajo su cuidado, a una habitación con solamente dos personas. Esto significaba que recibiría el mismo tratamiento que cualquier oficial médico. Estrictamente hablando, pese a que él estaba en la reserva médica, no pasaba de ser un soldado de segunda clase, supuestamente en período de aprendizaje. En la práctica, este «ascenso» solo duró una hora o dos.

El siguiente lugar al que fue trasladado era una habitación pequeña para tres pacientes. Los otros dos hombres que ya estaban allí antes que él eran Nagashima, un médico de la Prefectura de Okayama que había sido reclutado antes y ahora ya tenía el rango de médico reservista de segunda clase, y un joven cabo, un voluntario de Kasaoka, en la Prefectura de Okayama. Nagashima tenía quemaduras en la cara y en las manos, y sufría de diarrea. El joven cabo no tenía quemaduras, pero sí una gran herida en la cabeza.

Los militares adoptaban siempre una actitud muy determinada ante los civiles, pero esta tenía también un lado sumamente desconcertante. Tal vez no sucedía con todos, claro está, pero yo lo noté en algunos. Después de que mi esposo fuera trasladado a esta habitación de tres camas, mi hermano, el Dr. Hosokawa, llegó con una enfermera y todo el material que pudo, como gasas, vendas, una solución de Ringer y glucosa para las inyecciones, aceite de óxido de cinc para poner en las quemaduras y otras cosas por el estilo —todas, en aquel momento, valían su peso en oro para cualquier civil—, sugiriendo al teniente Hanaki, el doctor militar a cargo, que sería conveniente que dichas cosas encontraran su utilidad. Tras echarles una severa ojeada, el teniente, con aire avinagrado, comenzó a leernos la cartilla. El ejército tenía su propia forma de actuar, dijo, y no quería que los civiles trajesen su propio instrumental. Sin embargo, me permito recordar, había sido este mismo teniente quien había dado instrucciones a la enfermera para que untase las quemaduras de mi marido con un líquido transparente de origen desconocido. Un día, después de ponerle aquella cosa encima, Hiroshi se encontró una semilla de pepino pegada al cuerpo. Al día siguiente, preguntó a la enfermera qué medicina era aquella y le mencionó la semilla que había encontrado. «¿Qué? —exclamó ella—, ¿quedaba una semilla? ¡Después de todo el trabajo que nos tomamos en quitárselas!». Así se puso en evidencia lo que se traían entre manos: habían estado utilizando zumo de pepino como apósito. Aun con los labios inflamados, mi marido no pudo reprimir una sonrisa. Puede que, antiguamente, el zumo de pepino se hubiera utilizado para las quemaduras, como remedio casero, claro está, pero, según dicen, cualquiera que haya sufrido quemaduras en más de un tercio de su cuerpo morirá a menos que se estén constantemente renovando sus líquidos con una solución de Ringer, glucosa, una solución salina o algo semejante.

Otro incidente que recuerdo sucedió el 13 de agosto, cuando mi marido había empezado a sufrir unos dolores insoportables en el oído derecho. A la tarde siguiente, llegó un teniente de la reserva llamado Kutsubara, médico

otorrinolaringólogo del Hospital de la Cruz Roja de Shōbara. Con una actitud de suprema superioridad y una prepotente forma de hablar, examinó la oreja de Hiroshi de un modo muy rudo. Cuando quitó la gasa del lóbulo y sacó el algodón, la oreja supuró un líquido espeso y grasiento y, desde la costra hasta la entrada de la oreja, la zona apareció plagada de gusanos; serían unos doscientos, cada uno de un milímetro de largo más o menos. Siguiendo las instrucciones del teniente, lavé bien el lóbulo para limpiarlo de gusanos y los eché en una palangana. Luego, el propio teniente limpió el resto de gusanos que quedaban en el interior de la oreja.

Gracias a esto, desapareció la fuente de infección del tímpano y cesó el dolor de oídos. También la fiebre empezó a dar muestras de remitir, y yo le di de beber uno o dos tragos del sake que había traído conmigo de Hiroshi. Perdió el lóbulo de la oreja para siempre, comido por los gusanos, y aún se queja de pitidos en los oídos pero, aun así, estaba tan agradecido al teniente Kutsubara por haberle librado de los gusanos que me pidió que le llevara una botella de sake como muestra de gratitud. Le pedí a mi tía en Shōbara que, de algún modo, reservase una botella para mí, y se la llevé envuelta en un paño. No obstante, cuando se la entregué, metió la botella en el armario y tiró el trapo al suelo. «Tome, esto no lo quiero —dijo—. Lléveselo». Cuando regresé, le conté a Hiroshi lo que había ocurrido. Él lo atribuyó a la guerra. Esas son el tipo de cosas que la guerra hace con la gente, dijo; y no le faltaba razón en que la guerra nunca hizo nada bueno por nadie.

Mientras estuve en Shōbara, dormía en casa de mi tía por la noche; y, durante el día, iba al centro de acogida. Mi hermano, el Dr. Hosokawa, pasó tan solo una noche en casa de mi tía y, luego, se marchó de vuelta a Yuda con la enfermera y nuestra hija. El 15 de agosto, el día que terminó la guerra, mi marido tuvo un acceso repentino de fiebre alta y casi se muere. Aunque al día siguiente empezó a bajarle la temperatura paulatinamente, decidimos ingresarlo de nuevo en la Clínica Hosokawa. Así pues, el día 20 alquilamos un camión con motor de carbón, a la tarifa del mercado negro, para llevarlo hasta allí (en aquel momento ya se había autorizado a los pacientes que fueran a donde quisieran). Mi marido y yo fuimos hasta Fuchū delante, sentados junto al conductor, que llevaba una mascarilla para cubrirse la boca y la nariz y protegerse del olor que desprendían las víctimas de la bomba. Mi marido soportó el viaje mejor que yo, porque yo estaba exhausta.

Al día siguiente de entrar en la Clínica de Fuchū, Hiroshi empezó a acusar los síntomas de la enfermedad de la radiación. Si se hubiera quedado un solo día más en Shōbara, probablemente nunca habría salido vivo. No era cuestión de que se relajara demasiado ahora que estaba en casa, ni tampoco que pudiera hacer lo que quisiera. Parece que, un cierto tiempo después de la exposición a la bomba, la enfermedad se declaraba, y ese momento había llegado. El Sr. Nagashima, por ejemplo, que se encontraba en la misma habitación que Hiroshi en Shōbara, no estaba tan grave como él, pero falleció precisamente el mismo día que nosotros llegamos a Fuchū.

Estuvimos en la Clínica de Fuchū durante un par de noches; después, nos

marchamos a casa de mi hermano en Yuda. Aun así, la habitación donde había estado mi esposo olía tan mal que tuvieron que airearla durante más de diez días.

En la ciudad de Yuda hay un melocotonar donde crece una variedad local especialmente famosa. Compré en dos ocasiones un lote de 37 kilogramos, y él se zampó los dos, los 74 kilogramos enteritos. Tenía los labios y encías completamente quemados, y todo el interior de la boca inflamado, de modo que solamente podía tomar líquidos. Por eso yo rallaba los melocotones con un rallador de nabos hasta llenar un recipiente entero, añadía dos o tres huevos a la mezcla y le hacía beber el resultado. Era asombroso, pero se terminaba hasta la última gota del tazón; puede que no tardase ni un mes en devorarlos todos.

Volvimos a Yuda el día 22, y la enfermedad se manifestó con más virulencia el 23. El peor momento, el instante en el que parecía que iba a dejar de respirar y yo rompí a llorar convencida de que todo había terminado, fue alrededor del 2 o 3 de septiembre. Fue entonces cuando, con una voz apenas audible, formuló su testamento. Los agonizantes hablan muy claramente a la hora de expresar su última voluntad, y también retienen bien lo que se les dice en ese momento. Yo le dije: «Haré lo que tú desees si, a cambio, nos haces el favor de permitirnos tratarte como creamos conveniente de aquí en adelante».

Accedió, pero cuando le hicimos una transfusión de sangre y le administramos una solución de Ringer, le subió la fiebre terriblemente y sufrió mucho. Nos pidió que pusiéramos fin a aquello, pero yo insistí una vez más: «Déjanos probar esto y, si no funciona, nos rendiremos», le dije. Y le seguimos haciendo transfusiones y dándole la solución de Ringer. Si fue eso lo que funcionó o no, no sabría decirlo, pero poco a poco empezó a superar la crisis. Por si fuera poco, se le infectó el brazo izquierdo. Él insistía en que no era culpa de la solución de Ringer, sino que, probablemente, se trataba de una septicemia. Tampoco dejó que nadie lo operase, sino que se abrió él mismo la infección con un escalpelo mientras mi hermano estaba trabajando en la Clínica de Fuchū. Es muy testarudo, y no dejó que nadie más le operase. La cicatriz le dura hasta el día de hoy.

En aquella época, tenía el aspecto de una momia: era poco más que un amasijo de piel y huesos. Mi hermano tenía expuesto en su casa un esqueleto falso, e Hiroshi era igual. Como seguía haciendo calor, dejamos las mosquiteras puestas para mantener apartadas a las moscas que podían provocarle una gusanera; si te ponías a mirarlo a través de la malla blanca, el esqueleto y él se parecían como dos gotas de agua. A mi cuñada le incomodaba tanto ver el esqueleto que acabó encerrándolo en el armario o en alguna otra parte.

Durante este período, el dolor no lo dejó en paz ni un solo día. Sus músculos se habían desgastado por completo, dejando únicamente piel y huesos, y se quejaba de que podía sentir la dureza del tatami en los huesos a través de los edredones. Encima del tatami, apilamos varios edredones, hasta llegar más o menos a una altura similar a la de la cama, y pusimos encima dos colchones de pluma. Estábamos seguros de

que eso le haría la vida más agradable, pero seguía notando cuándo había una hendidura en el tatami de debajo de los edredones. Apenas se puede creer, ¿verdad? Después, descubrimos que el tatami de debajo estaba pudriéndose.

El único doctor al que quería ver era mi hermano, el Dr. Hosokawa. Después de todo, era él quien le había dado la solución de Ringer y recomendado las transfusiones de sangre cuando el resto de médicos habían tirado la toalla y dado el caso por perdido. Su grupo sanguíneo es «o», y en nuestra familia los niños son también «o».

En comparación con el resto, estábamos sobrados de alimentos. Cuando, por ejemplo, pedíamos a algunos vecinos si podían traernos algo de hígado, aparecían con uno entero de vaca; ¡como si alguien pudiera devorar semejante cantidad! No obstante, el puntal de su dieta eran los melocotones y los huevos, que era lo que, según parece, comía más a gusto. Me daba miedo que no pudiéramos conseguir más cuando la estación hubiera acabado, pero compré otros dos lotes y los guardé en el fondo de un pozo, a considerable profundidad. Yuda es una zona donde se cultivan tradicionalmente los melocotones, y son especialmente famosos los melocotones blancos por el buen sabor que tienen. En aquellos días, sin embargo, a los cultivadores no les gustaba que les pagaran en dinero, así que tuve que desprenderme de mis kimonos y otras cosas. De ese modo sacrifiqué dos baúles de mimbre llenos de ropa.

En aquellos días, existía la opinión generalizada de que era posible adivinar si una víctima de la enfermedad de la radiación iba a morir o no según la cantidad de cabello que se le cayera. Efectivamente, a mi marido se le cayó el pelo, y casi en su totalidad, pero supongo que los síntomas varían mucho de un paciente a otro. No puedo hablar más que por la experiencia de mi esposo, pero recuerdo que perdió el apetito bruscamente desde el momento en que se declaró la enfermedad. Si, además de la propia enfermedad, el paciente no se alimenta bien, es imposible compensar la pérdida, y no se tarda en parecer un enfermo de cáncer. El cómputo de glóbulos blancos baja de una manera constante, pero en el caso de mi esposo el descenso se detuvo ligeramente por debajo de los dos mil.

Otro síntoma consistió en el estreñimiento que padeció durante diez días después de la bomba. Además, tampoco podía orinar más que un poco cada vez. Debió de ser realmente una bomba terrible, aunque solo fuese por haberle desollado la piel de las muñecas de esa manera. Según parece, se llaman «rayos penetrantes». Se dice que afectan tanto a los órganos internos como a la superficie del cuerpo. En el caso de mi esposo, la membrana que recubre la vejiga se desprendió limpiamente y obturó la uretra, así que esto le impedía orinar. ¿Saben esa especie de fina película blanca que se encuentra uno cuando abre por la mitad un bambú seco? Bueno, pues así era exactamente la que se desprendió de la vejiga: los rayos radioactivos provocan el desprendimiento de las membranas de las mucosas. En cualquier caso, él podía hacer pasar el líquido ejerciendo presión hacia abajo y, luego, una vez que la orina

se filtraba a la uretra, presionando sobre el esfínter colocando ambas manos en el bajo abdomen. Cada vez que iba a orinar, guardaba la orina en un tazón para examinarla y, después, me enseñaba cuánta de esa cosa parecida a la membrana del bambú había expulsado. Y siempre había mucha.

No, supongo que no es solamente la vejiga. Sospecho que afecta, en cierta medida, a todos los órganos: el estómago, los intestinos, el hígado, a todo. Creo que también afectaba del mismo modo a la superficie entre los dientes y las encías. Por eso se le aflojaban los dientes, ¿verdad? Oí de algunas personas que tuvieron deposiciones con sangre, mientras que otros tenían diarrea. A mi esposo le provocó estreñimiento. El problema de la vejiga se resuelve cuando se expulsa toda la membrana. Supongo que, en su lugar, se formaría otra membrana.

En aquella época, nuestro sobrino cursaba el primer año de la Escuela Media de Hiroshima. Fui a Hiroshima para averiguar tanto lo que le había ocurrido a él como a mi esposo, pero cuando llegué a la ciudad y pregunté al soldado de la tienda de campaña, frente a la estación, me dijo que todos los alumnos de la escuela habían muerto. Sentí como si me estallara el pecho: ¡era tan cruel! Cuando encontré a mi esposo, no le dije nada durante algún tiempo. Ahora me pregunto si no fue la impresión de perder a mi sobrino, y la repercusión que esto tuvo en mis nervios, lo que me impulsó a ir hasta Hesaka, y después hasta Shōbara, en busca de mi esposo. Sin embargo, qué horrible final tuvo el pobre muchacho...

La brigada especial de socorro que fue a Hiroshima el día siguiente al bombardeo de la ciudad se encargó de limpiar los escombros de la Primera Escuela Media de Hiroshima. Vinieron después a la Clínica Hosokawa para informar de lo que habían encontrado. Los restos de nuestro sobrino, que estaba en Hiroshima haciendo labores de guerra, aparecieron en un aula, donde murió calcinado en su pupitre. Los rayos debieron de matarlo en el acto. Todos los alumnos de la Escuela Media llevaban una placa identificativa, y alguien nos la trajo; es la única cosa que hemos podido recuperar de él, nos dijeron. Era de hojalata, y sobre ella no había escrito nada más que su nombre; y hasta eso fue difícil de descifrar.

Considerados junto con el propio relato de Iwatake sobre sus experiencias, estos recuerdos de su esposa indicaban que no se había descubierto aún ningún tratamiento efectivo contra la enfermedad de la radiación. Las únicas medidas que se habían tomado en el caso de Iwatake habían sido las transfusiones de sangre, y la ingestión de grandes cantidades de vitamina e, junto con una dieta basada en melocotones y huevos crudos. Y, otra cosa, tampoco estaba de más «holgazanear», aunque lo más correcto sería decir «tomarse las cosas con filosofía»: el trabajo físico consume glóbulos blancos, y cuando baja el número de estos se pierde resistencia y el paciente se debilita. Con él, este régimen había surtido efecto; eso y un enorme deseo de vencer a la enfermedad. Esta era la conclusión a la que había llegado Shigematsu después de la lectura atenta del documento.

Capítulo 19

Lo más importante de todo era evitar que Yasuko perdiera su voluntad de supervivencia, de modo que había que insuflarle confianza para que viviera. De hecho, mantener su régimen de comidas y su voluntad era la única vía abierta que les quedaba, dado que su debilidad iba en aumento cada día que pasaba y no había ningún tratamiento conocido.

De acuerdo con Shigeko, Yasuko había ido a ver a dos doctores en Kobatake la misma mañana de su ingreso en el Hospital de Kuishiki. Por supuesto, ambos le habían dado un par de medicinas para que tomara, que ella había arrojado a una zanja, sin ni siquiera tocarlas. La mujer del bazar al pie de la colina había visto el nombre y la fecha en los paquetes. Había echado también un vistazo dentro de ellos, y no había duda, había dicho a Shigeko, de que se había desecho de ellos sin tomar ni una sola dosis, lo cual demostraba en qué estado anímico se encontraba. De ahí que hubiera que mostrarle cómo la resolución del Sr. Iwatake para vencer la enfermedad podía ser un buen ejemplo para ella.

El propio Iwatake cuenta los hechos que rodearon el momento en el que salió del Hospital Militar:

Tal vez porque me habían quitado los gusanos de la oreja desapareció mi dolor de oídos y bajó la fiebre, pero cada día me sentía más y más débil. La voluntad de supervivencia iba desapareciendo y, no obstante, yo no quería morir allí; había decidido que, antes que en aquel hospital, prefería morir en algún otro lugar, de alguna enfermedad corriente que tuviera explicación.

El 23 de agosto dieron el alta a aquellos que pensaban que estaban preparados para marcharse a casa, siempre y cuando no se desplazaran demasiado lejos. Yo no me sentía muy capaz, pero mi única idea era marcharme a casa igualmente y, con la autorización del Dr. Fujitaka, me dieron un certificado de alta de emergencia. Reuní todas mis fuerzas para hacer el viaje —si no hasta Tokio, que era imposible, al menos hasta la Clínica Hosokawa, en Yuda—, y contratamos un camión con motor de carbón que solía utilizarse para transportar carbón, con el fin de hacer el trayecto de cincuenta y ocho kilómetros que nos separaba de la periferia de Fukuyama.

Me vistieron con la bata blanca de hospital, y me calaron la gorra militar. Con ese atuendo, sin saber apenas quién era o qué hacía, llegué de algún modo a un hospital asociado a la Clínica Hosokawa, en Fuchū, por una carretera plagada de baches espantosos. Nadie que transitara por ella podía evitar acusar en sus propias carnes las consecuencias del terrible estado de deterioro en que se encontraba.

Sentado junto al conductor, con aquel calor sofocante, entré varias veces en un estado de delirio. Hasta mi mujer, que estaba pendiente de mí, se desvaneció dos veces por el agotamiento. Las tres horas de viaje me parecieron un año.

Me encontraba precisamente en esa encrucijada crítica en que la vida pende de un hilo. Al día siguiente, el día 24, se declaró la enfermedad de la radiación. No cabe duda de que si hubiera estado allí un día más —medio día, tal vez—, Shōbara habría sido lo último que hubiera visto en esta vida.

Aún estaba semiconsciente cuando me trasladaron de la Clínica de Fuchū a la de Hosokawa, en Yuda. Transfusiones de sangre, inyecciones, inyecciones y más inyecciones. Eso es al menos todo lo que recuerdo. Poco a poco, fui siendo cada vez más consciente de dónde me encontraba.

No había día en que mi temperatura no subiese hasta 40°C. Mi número de glóbulos blancos había descendido a dos mil, y no dejaba de perder masa corporal: me fui consumiendo hasta quedarme como un verdadero esqueleto, una momia viviente. Las quemaduras en la espalda me causaban un dolor exorbitante, por no mencionar las que tenía en las muñecas y en las orejas. Aun cuando uno no es más que un amasijo de piel y huesos, el dolor persiste. Mi mujer me dijo que el lugar en el que tenía las quemaduras de la espalda estaba negro y duro como un churrasco, y el «churrasco» se caía a trozos hasta que asomaban las costillas. En términos médicos, es el estado previo a la necrosis y la gangrena. En el momento de la explosión y el fognazo, los rayos me habían dado oblicuamente pero, aun así, estas eran las consecuencias. Supongo que, en cierto modo, guardaba relación con la úlcera de decúbito. Lo más probable es que el hecho de que no circulara bien la sangre hubiera exacerbado todavía más el fenómeno.

Mi estado de debilidad era tal que, de vez en cuando, perdía la conciencia. A veces, el latido del corazón era imperceptible y parecía que se me cortaba la respiración; me salió una gran úlcera en la espalda, y la membrana de la vejiga se desprendió por completo, lo cual me provocó una anuria. Ni mi cuñado ni ningún otro doctor apostaban por mi recuperación. Los médicos que vieron mis análisis daban mi caso por perdido. Se me caía el pelo a puñados, con pastillas pegadas a las raíces y parecía que fuesen trozos de peluca.

Haciéndome a la idea de que era el final, le dije a mi esposa que deseaba hacer testamento. Pero no me morí. Fue la súplica angustiada de mi mujer al pie de la cama lo que me trajo de vuelta. En un momento dado —me dijo posteriormente—, estuvo convencida de que mi corazón se había detenido. La piel del rostro se puso tirante, los ojos en blanco, y hubo signos de estertores de muerte, con síntomas de cianosis. Sin embargo, yo sentía para mis adentros como si flotara por algún lugar luminoso y amplio, sin dolor alguno. La gente suele referirse al trance de la muerte como una agonía pero, por sorprendente que parezca, la persona que pasa por ese trance no sufre. Aun así, a todos los demás, les debía de parecer una agonía terminal.

Durante las dos semanas siguientes a que se declarara la enfermedad, sobreviví sobre todo a base del zumo de 75 kilogramos de melocotones, pero puede que las inyecciones de vitamina e y las transfusiones de sangre contribuyeran también a la mejoría. Desde ese momento y a lo largo de un año y medio, mis úlceras, que se parecían a las quemaduras de rayos X, fueron mejorando poco a poco. Mientras estuve enfermo en la cama, no era más que un pálido reflejo de un ser humano; era como la estructura de un edificio en construcción, ya que, cuando recuperé músculos y masa corporal, adopté, más o menos literalmente, un cuerpo nuevo. Hoy en día, me falta el lóbulo de la oreja derecha y, cuando bebo, las cicatrices de la mejilla y las muñecas se tornan rojizas, pero aparte del pitido constante en mi oído, no he tenido otras secuelas. Lo único que me molesta es el pitido; no dejo de oírlo día y noche, como las campanadas de un templo en la lejanía, advirtiendo al hombre de la locura de la bomba...

Cuando Shigeko fue al Hospital de Kuishiki a ver a Yasuko, llevó consigo el relato con el fin de que el director del hospital lo usara para el tratamiento de Yasuko.

Cuando se está deprimido, ayuda realmente mantenerse ocupado. Al verse solo en casa, Shigematsu se apresuró a cerrar la casa y marcharse a casa de Shōkichi para averiguar cómo iba la crianza de los alevines de carpa. Dio la casualidad de que Shōkichi y Asajirō estaban junto a la laguna. El larguirucho de Asajirō estaba inclinado sobre un mortero en el que estaba majando una col. Shōkichi, el de la pierna coja, trataba de sacar las crías de la alberca de desove con una red, separados y pasados al otro tanque cercano.

—¿Caluroso día, verdad?, dijo Shigematsu.

—¡Hola! ¡Ya lo creo, qué calor hace! —replicaron los otros. Este era el saludo de bienvenida habitual un día de calor en un pueblo. Por la noche, se transformaba en «¡Vaya jornada más larga!, ¿verdad?». Si, por casualidad había llovido, ambas partes se saludaban con un «¡Menos mal que cayeron unas cuantas gotas!».

Shigematsu ayudó a Asajirō con el mortero. Terminaron de machacar la col, añadieron un poco de hígado y lo majaron también, mezclándolo todo con algo de polvo de crisálida y harina; con la masa resultante, hicieron unas pequeñas bolas que echaron a la alberca de desove.

—Es como preparar cebo para pescar —dijo Shigematsu—. Dicen que hoy en día el cebo lo preparan con tripas saladas de pez. ¿Qué ocurriría si añadiéramos tripas de pez a la masa?

—No creo que les vaya bien —contestó Asajirō—. Dicen que las crías se estresan si añades algo salado. Hay que criarlas, por así decirlo, con delicadeza.

Asajirō llevaba hoy gafas oscuras con filtros amarillos para no forzar los ojos, y prevenir —así lo creía él— la enfermedad de la radiación.

Habían perecido aproximadamente el ochenta por ciento de los huevos desovados en los dos lotes que habían puesto. Suponiendo que una puesta produjera al menos

veinticinco mil huevos, eso dejaba unos diez mil a salvo en el criadero. Tenían más o menos el mismo tamaño que los *medaka*. En esta fase, reciben el nombre de *kego*. Unos dos meses después de nacer, se empezaban a poner de color azulado y llegaban a medir de dos a seis centímetros; durante esta fase se les denominaba *aoko*; era entonces cuando se les trasvasaba a la laguna. Aquellos que tenían un año o más se les llamaba *shinko*, y cuando alcanzaban el tamaño de poder comer, *kirigo*.

Las tres albercas de crianza en las que iban a soltar los *aoko* estaban listas desde hacía más de veinte días. Primero las habían vaciado totalmente, luego habían cubierto el fondo con vísceras de pez y desperdicios orgánicos, y todo ello lo habían mezclado con abono de ensilaje y otras cosas, dejándolo al calor del sol para que se descompusiera. Solamente entonces habían dejado que corriese dentro el agua. Tanto Asajirō como Shōkichi estaban de acuerdo en que el agua había adquirido el color turbio que ellos deseaban. No era de color transparente como el agua de manantial, explicaron, porque tenía sustancias nutritivas que generaban plancton y pulgas de agua. Esta procedía de una fuente cercana, y habían dispuesto la alberca de modo que el agua corriese por ella durante cinco o seis horas todos los días.

Asajirō y Shōkichi albergaban la secreta ambición de que, con la crianza, las carpas pasasen de 38 a 75 gramos durante el otoño y, al año siguiente, engordarlas para que llegasen al kilo o al kilo y medio, el peso necesario para comerlas. Después, soltarían también algunas en la gran laguna que había a los pies de Akiyama. De ese modo, habrían contribuido a llenar la laguna de carpas, y la mujer de Ikemoto ya no podría quejarse de que pescaran allí. El único problema era saber qué porcentaje de los diez mil *kego* se convertiría en *aoko*. Ambos estaban seguros de que, en una alberca con agua corriente, hasta el peor aficionado podría contar con que sobrevivirían el cincuenta por ciento. Si bien era verdad, decían ellos, que no habían empezado pronto con la crianza, tampoco era demasiado tarde, siempre que regulasen bien la temperatura del agua y alimentasen a las crías como es debido, cuidando de hacer los ajustes correspondientes según el nuevo calendario en vez del viejo.

Cuando regresó a casa, Shigematsu sacó un almanaque —«Almanaque del Tesoro», de Daigaku Katō, se llamaba—, y lo estudió atentamente. El día 17 del sexto mes, según el calendario lunar, o «el día diecisiete de la luna vieja», era el momento idóneo para plantar algunas variedades de nabos, de judías y de un tipo concreto de col china allí donde antes se habían plantado zanahorias, calabazas alargadas y cosas por el estilo. Shigematsu pensó que ese era un buen consejo, porque, obviamente, se basaba en la experiencia que tenían los granjeros en aprovechar los días del veranillo de San Martín que solían llegar en septiembre. Por ese mismo principio, los alevines de carpa tendrían que criarse bien. Asimismo, cayó en la cuenta que quedaban solamente tres días para el aniversario de la bomba de Hiroshima, que se conmemoraba el día 6, y que iba seguido, el día 9, del aniversario de la bomba de Nagasaki.

«Lo había olvidado —se dijo—. Solamente quedan tres días. Tengo que seguir

copiando el diario». Cenó a solas y después se puso a transcribir su «Diario del bombardeo». Aún estaba en ello cuando Shigeko, que acababa de bajarse del último autobús del día, entró en casa.

—Llegas tarde —le dijo—. Supongo que habrás traído el diario del Sr. Iwatake.

Ella depositó el atado en el que estaba el diario en el borde la mesa, y fue a buscar una toalla de algodón.

—El director del hospital leyó el diario mientras yo estaba allí —dijo ella secándose las gotas de sudor por dentro de la blusa mientras hablaba—. Fue interesante ver cómo le cambiaba la expresión a medida que lo leía.

—¿Dijo algo sobre el tratamiento? Eso es lo importante.

—Mientras lo leía, dijo en dos ocasiones: «¡Esto sí es útil!». Y al terminar, me dijo que él mismo había sido reclutado como médico en la Segunda Unidad de Hiroshima mediante el sistema de leva forzosa; y que se había sumado a la misma unidad que el Sr. Iwatake, el mismo día que él.

—¿Pero él salió ileso, no?

—Según parece, a él lo enviaron de vuelta a casa tras el examen médico. Le habían enyesado la cintura a causa de una tuberculosis ósea. Es curioso lo importante que son los detalles, ¿verdad? No hacía más que fruncir el entrecejo mientras leía y, en una ocasión, se le hizo un nudo en la garganta.

—No me sorprende en absoluto —dijo Shigematsu—. Como tampoco me sorprendería que se hubiese aguantado las lágrimas.

Shigeko le hizo un relato pormenorizado de la evolución de Yasuko. Unas dos horas después de comer, el director del hospital le había hecho una transfusión de sangre y le había puesto una inyección de Ringer, y ella se había echado a dormir plácidamente.

Shigematsu aplazó, para el día siguiente, lo que le quedaba por copiar del diario del bombardeo.

13 de agosto. Buen tiempo, algunas nubes por la tarde.

Me levanté a las cinco del día siguiente, e inmediatamente me empezó a preocupar de nuevo la cuestión del carbón. Como la cantina de la fábrica aún no había abierto, le pedí al cocinero que me pusiera agua caliente en un mejunje de cebada con salvado de arroz, y me lo comí. Como almuerzo de mediodía, me dio algunas galletas que había encontrado en el fondo de una caja vacía en el almacén. No tenía ninguna expectativa de conseguir carbón ni tampoco ningún destino concreto; dentro de mí, simplemente me dejaba llevar por la corriente, pero mentalmente seguía con la misma sensación de imperiosa necesidad. En cualquier caso, decidí subirme en un tren a Hiroshima, y pensármelo por el camino.

Aún era temprano. Sin un soplo de brisa, el humo de las piras funerarias se elevaba en columnas compactas desde el pie de las colinas y desde el lecho del río. A medida que nos acercábamos a la ciudad, el número de columnas de humo se iba

reduciendo; era sencillo de explicar: los supervivientes malheridos que habían huido de la ciudad a la periferia habían muerto en cuestión de horas, mientras que los que habían huido de la periferia hacia el campo fueron muriendo hasta ayer por la noche.

El hombre de mediana edad que se sentaba junto a mí en el tren tenía un montón de novedades de última hora que contar. Noticia: el ejército soviético no solamente había atravesado la frontera entre la Unión Soviética y Manchuria, sino que se había internado hacia el sur en una gran ofensiva, atravesando también la frontera entre Manchuria y Corea. Noticia: la Unión Soviética podría poseer una bomba de similares características a la de Hiroshima. Noticia: si las fuerzas norteamericanas ocupaban Japón, todos los japoneses serían castrados. Noticia: el motivo de que la gente que no estaba enferma muriese nada más llegar a Hiroshima después de la bomba era porque esta contenía gas venenoso; de hecho, uno de los paracaídas había sido equipado con gas venenoso, mientras que en el otro iba la bomba. Noticia: de los ciento noventa médicos que había en Hiroshima antes de la bomba, más de ciento veinte habían muerto...

Era un hombre de aspecto perfectamente corriente, vestido con unos pantalones gastados y anchos, de color azul marino, pero tenía respuesta para cada pregunta que me molestaba en hacerle. (Más tarde, se haría patente que su información estaba llena de errores).

Entre las ruinas, el reflejo del sol en los cristales rotos en la carretera era tan fuerte que se hacía difícil mirar al frente mientras se andaba. El olor de la muerte era ligeramente más tenue que el día anterior, pero los lugares en los que la demolición de las casas había convertido a estas en un montón de tejas desprendían un olor nauseabundo y estaban cubiertos por enjambres de moscas. A los equipos de socorro que trabajaban en las labores de desescombro debían de haberse sumado otros equipos de refuerzo, porque vi algunos hombres vestidos con ropas que, pese a estar desgastadas por los muchos lavados recibidos, no estaban sucias de sudor y mugre.

Caminando sin rumbo fijo, di con las ruinas de la Compañía estatal del carbón. Había unos diecisiete o dieciocho mensajes clavados en el tablón de la entrada, y en todos ellos se pedían noticias sobre el paradero de la «oficina provisional» de la compañía. En ningún lugar figuraba la menor pista sobre una posible respuesta. De pronto, recordé haber visto carbón amontonado en la cuneta de la carretera a Hesaka. Era un lugar llamado Oda, a medio camino más o menos entre las estaciones de tren de Hesaka y Yaguchi. Había hecho unos tres viajes por la carretera de Hesaka durante la primavera y el principio de verano de aquel año, y, en cada uno de ellos, me había fijado bien: era un gran montón de carbón de buena calidad.

Como material para las ropas que confeccionaba, nuestra empresa utilizaba cáñamo, que tenía que hervir y secar previamente, y la sección de materias primas siempre almacenaba una cantidad suficiente para una semana o diez días de producción. Así pues, había cáñamo para trabajar hasta el día 20 de ese mes, aunque las reservas de carbón estaban a punto de tocar a su fin. Ese día era ya demasiado

tarde para precipitarse a buscar al director de la Compañía estatal, así que decidí que iría a buscar al propietario de aquel carbón en la carretera de Hesaka, para tratar de llegar a un acuerdo con él.

El pueblo de Oda está situado en el curso principal del río Ōta, en la margen opuesta de Furuichi, donde está ubicada nuestra empresa. Tendría que desviarme bastante, pero podía seguir las vías del ferrocarril de Geibi que atravesaban la tranquila región que bordeaba la falda de la colina y, después, cruzar el río en algún punto que estuviera enfrente de la empresa en Furuichi. Tras tomar esta decisión, me dirigí a las vías del ferrocarril y empecé a caminar.

Me acordé de pronto que había dejado el atado que llevaba con el almuerzo encima de una de las grandes piedras sobre las que se asentaba la Compañía estatal, pero entonces ya no podía permitirme el lujo de dar la vuelta. Junto a las vías, bajo los árboles, en los solares vacíos y en los ángulos de los campos por los que pasaba, advertí que los refugiados habían construido provisionalmente algunas chabolas. Habían utilizado toda clase de materiales como tablones usados, chapas de cinc retorcidas, viejas esteras de paja, sacos viejos, paja y cosas rotas, y hasta hierba. Las ropas y la colada colgaban de las ramas verdes de un árbol y, en algunos casos, se habían servido del propio árbol para utilizarlo como pilar de apoyo.

Una de las chabolas tenía una cocina fabricada con una tonga de piedras y una chapa de cinc doblada para formar un cono que se apoyaba a modo de cacerola sobre la propia chapa; otra tenía un pila de hojarasca junto a ella; en otra —no tanto una chabola como una cabaña de ramas— vi algo envuelto en un paño blanco encima de un montón de piedras, junto al cual se había colocado una lata con unas flores. En este tosco refugio, había una mujer tumbada sobre un lecho de juncos verdes.

Si algo tenían en común todas estas chabolas era la reserva de hierba fresca y agujas de cryptomeria o cedro que habían amontonado frente a la entrada. Era obvio que, mediante este procedimiento, pretendían mantener alejados a los mosquitos. Según creo, este método se emplea aún en las granjas, y se utiliza igualmente para hacer fertilizante a partir de la ceniza. Se prende fuego a las agujas secas, se amontona encima la hierba fresca antes de haberse consumido totalmente, y se dejan los rescoldos ardiendo durante la noche. En dos o tres chabolas vi a algunos heridos que se habían tumbado dentro. Una familia se afanaba en hacer humo con una fogata, a pesar de que todavía era de día y no había muchos mosquitos alrededor. En realidad, todo aquello tenía el aspecto de ser bastante extraño. Habían cavado un agujero junto a un lado de la chabola, lo habían forrado por dentro con una tela aislante y llenado de agua, al tiempo que una joven sacaba piedras de la hoguera y las echaba una a una dentro del agua. He oído que «los montañeses» emplean este método para bañarse, pero no sé si ellos eran montañeses o no. Si el objetivo era limpiarse, el río que tenían cerca les habría hecho un buen servicio. ¿O tal vez es que preparaban un baño para el herido?

En la estación de Hesaka, una multitud esperaba el tren. Saliéndome de las vías,

bordeé la fachada de la estación y pasé por detrás de ellos a cierta distancia. Sin embargo, el carbón sobre el cual había depositado tantas esperanzas había desaparecido, y el lugar en el que había estado tenía la pinta de haber sido techado. Pregunté en una granja de los alrededores, y el anciano del lugar me dijo que todo el carbón había desaparecido en una sola noche.

«¿Cuándo?», le pregunté. «La noche de después del bombardeo en Hiroshima», me respondió. Le pregunté a quien pertenecía el carbón. Al principio, me dijo, se suponía que había sido un almacén a cielo abierto del ejército, pero nadie sabía a quién pertenecía realmente. De todas formas, bastaba con correr la voz de que se trataba de un almacén del ejército para que nadie se atreviese a ponerle la mano encima, lo cual era bastante conveniente. Probablemente, alguien había estado acumulando allí carbón del mercado negro, pensé. Cuando le di a entender esta posibilidad, el viejo me miró con cara sospechosa. «Pero el carbón es un bien de primera necesidad, ¿no?», dije, y me marché de allí sin más preámbulos.

Caminé tan rápido como pude hasta que me encontré directamente frente a Furuichi. Me abrí camino hasta el cauce del río, pensando en vadeado por algún bajío, entonces me topé con un hombre agonizante en el suelo, tumbado en el mismo lugar donde se había derrumbado de espaldas. Tenía las pupilas en blanco, la boca abierta y la barriga, cubierta tan solo por unos calzoncillos, subía y bajaba muy tenuemente. Este pobre hombre al borde de la muerte tenía una parte de su cuerpo bajo la sombra de una enorme roca a su lado; al otro lado de esta, había dos cadáveres con quemaduras muy graves en la cabeza.

Pretendía poner mucho cuidado al caminar, pero no pude evitar el estrépito que hacían mis pisadas al hacer crujir las piedras sueltas del lecho del río. Desde que había caído la bomba, me había hartado de ver cadáveres, pero me seguían asustando. La luz del sol que empezaba a ponerse se reflejaba en el agua y me cegaba los ojos.

Los guijarros del lecho del río dieron paso poco a poco a los bancos de arena y, después, a un trecho de corriente sobre una leve inclinación del terreno. Mientras me quitaba las ropas, murmuré para mí el «Sermón sobre la Mortalidad»: «Antes o después, un día cualquiera, a mí o a mi prójimo... Así se plegaran las rosáceas mejillas de la mañana al manto de la calavera nocturna. Un cambio de viento en un suspiro habrá cerrado los brillantes ojos...».

Me desabotoné las polainas y me quité las botas y los pantalones. Los enrollé y los envolví en la camiseta, e hice un atado con el cinturón para que me resultase más fácil llevarlos al cruzar el río.

Habíamos tenido un largo periodo de tiempo caluroso y soleado, así que, incluso en los lugares más profundos, el agua solamente me llegaba a los muslos; sin embargo, más de una vez tropecé en una piedra y acabé sentado en el río.

En contraste con la margen izquierda, la derecha estaba salpicada de innumerables crematorios improvisados. Eran visibles tanto río arriba como río abajo del punto donde me encontraba; quién sabe cuántos habría, con las brasas aún

calientes sobre las que se mecía un humo que flotaba a la deriva por encima de la corriente. Aceleré el paso para cruzar hasta la orilla arenosa, escalé el terraplén, y bajé a trancas y barrancas hasta un campo lleno de plantas de arroz, donde me llegó el penetrante y cálido olor de la hierba estival. Tenía los calzoncillos mojados, así que caminé sin ponerme el resto de la ropa por el sendero que cruzaba los campos de arroz, crucé la carretera de Furuichi y seguí el camino hasta llegar a nuestro hogar provisional. Aún había luz, pero ninguna de las personas con las que me crucé hicieron ningún aspaviento de sorpresa ante mi desnudez. De aquella guisa, y antes que a mí, habían visto huir a muchos otros supervivientes sin nada encima.

«¡Shigeko! Estoy de vuelta —grité—. He cruzado el río. Es sorprendente lo fuerte que es la corriente cuando te metes en el agua. ¡Estoy muerto de hambre!». No le dije a Shigeko que me había dejado el almuerzo en las ruinas, porque eso no habría hecho sino darle mayor importancia a la pérdida.

Cuando tengo hambre, tiendo a padecer ronquera; la misma de siempre pero más fuerte. Mientras me lavaba en el riachuelo de detrás de la casa, volví a contar a Shigeko, en voz alta, lo que había visto durante el paseo de vuelta por las vías de tren de Geibi. También le hablé acerca de la gente que fabricaba una bañera con tela aislante, al igual que los montañeses.

Seguía allí cuando apareció ella desde la casa con un par de calzoncillos, un kimono ligero de algodón y una faja. «El director ha venido a verte», dijo con aire solemne.

Lo primero que imaginé era que había venido a presionarme para que hiciera algo sobre el suministro adicional de carbón. Eso será, pensé; cabía esperado. Me puse el kimono a toda prisa, y entré en casa, donde el Sr. Fujita me esperaba sentado en el escalón de entrada. Iba vestido con ropas japonesas, un atuendo poco habitual en él, y a su lado tenía una gaveta cuadrada de madera, de las que llevan bandejas dentro y se utilizan para servir comidas.

—¡Que agradable visita, Sr. Fujita! —dije—. Pensaba ir a verlo después de cenar. Aunque tampoco he tenido suerte hoy con el asunto del carbón.

—Mira, Shizuma —empezó a decir, haciendo caso omiso de mis comentarios—. Tu mujer me dijo esta mañana que ella y tu sobrina van a marcharse a vuestra casa en el campo. Son víctimas del bombardeo, así que, naturalmente, no hay ninguna objeción para concederles la autorización. Pero creí que lo menos que podía hacer era traeros vuestra cena esta noche, y la mía también. He pensado que podíamos compartirla aquí juntos, aunque claro está, tratándose del rancho de la cantina, es un ración más bien escasa.

Entendí al instante lo que quería decirme. Yasuko y yo, que trabajábamos para la empresa, comíamos en la cantina. Sin embargo, Yasuko —y yo también— nos sentíamos incómodos por llevar a Shigeko a la cantina, si bien era verdad que, por otra parte, había tal escasez de víveres que era casi imposible conseguirlos si no era así. Tampoco se sabía cuánto duraría la guerra; de hecho se había hablado mucho de

que podría prolongarse en territorio japonés, en un intento de «agotar hasta el último cartucho»; así pues, Shigeko había decidido regresar a nuestra casa en el campo, y llevarse a Yasuko con ella, sugiriéndole al director que pasara en algún momento por casa. Por supuesto, yo acepté. Para mí, la caja de comidas y el kimono formal del director solamente podían significar una cosa: a Yasuko se le estaba dando una honorable despedida de la empresa.

Rogué al director que entrara, y le agradecí respetuosamente todo lo que había hecho por ella. Por su parte, Shigeko y Yasuko se lo agradecieron también.

La gaveta era de las de tamaño gigante que se utilizaban en la cantina. Cuando Shigeko quitó la tapa, además del rancho, aparecieron una botella de un litro de sake y una lata de conserva de carne de ternera; había, además, dos tomates maduros. A juzgar por su aspecto, la botella contenía nada menos que algo de alcohol: *shōchū*; hacía mucho tiempo que no veía un artículo de lujo como ese.

—De verdad, no sé cómo agradeceré —dijo Shigeko, haciendo una gran inclinación de cabeza y hablando en dialecto de Tokio por deferencia al director.

—Se lo agradezco mucho —dijo Yasuko, inclinando la cabeza igualmente.

Estaba impaciente por sentarme a comer. Nunca había visto al director vestido con ropas japonesas tradicionales. Se había sentado protocolariamente, sobre sus tobillos, y me fijé que, a la altura de la rodilla, le asomaba un remiendo blanco de unos seis centímetros de ancho en su kimono. Aquella botella tuvo que haber supuesto un gran sacrificio para él. Cada vez que miraba el remiendo en su rodilla, me sentía indescriptiblemente egoísta por haberla aceptado. Él conocía bien mi afición a beber un trago de vez en cuando y compartía conmigo ese mismo placer.

—¿Qué hay en la botella, Sr. Fujita? —le pregunté.

—¡Alcohol, por supuesto! —respondió—. Está extraído de tintura de hierba, pero tiene también un jarabe medicinal.

En la farmacopea japonesa, explicó, lo que recibía el nombre de «jarabe» era una solución consistente en tres partes de azúcar blanco mezclado con seis partes de agua destilada. Los médicos lo utilizaban para dar mejor gusto a las medicinas. La «tintura de hierba» estaba hecha con genciana, corteza de naranja y pimienta de sichuán pulverizada, y otros ingredientes macerados en alcohol medicinal, todo ello filtrado a presión con un colador. Hoy en día, las farmacias de las ciudades se niegan a vender tintura de hierba o jarabe, pero en las farmacias de los pueblos aún se encontraba gente que lo vendía, y a un precio negociable. El director había estado en su casa en el campo el domingo anterior, y había pedido a un amigo suyo que tenía una farmacia que destilara para él un poco de licor. Y también había comprado un poco de jarabe, que mantenía como sustituto del azúcar.

—Es un regalo realmente valioso, con todas las molestias que le ha llevado conseguirlo —dijo Shigeko—. Pero si es alcohol, más me valdría un poco de agua para acompañarlo, ¿verdad? —Y fue a la cocina a por ella.

—La tintura de hierba es terriblemente amarga a menos que se destile —dijo el

director, cambiando a una postura más informal y cruzando las piernas—, pero si no le importa aguarlo un poco, basta con dos decilitros para ponerse bastante contento. El último Año Nuevo bebí casi medio litro sin destilar, y lo pasé muy bien, pero al día siguiente tuve diarrea, lo cual es extraño, teniendo en cuenta que se supone que se aconseja para depurar el estómago y los intestinos.

Yasuko sacó de uno en uno los platos de la gaveta y los puso en la mesa. La cena que había preparado la cantina de la fábrica consistía esta vez en una *tempura* de cinco hojas de morera, pasta salada de soja, dos lonchas de pepinillos y un cuenco de cebada cocida con salvado. El mismo menú para cuatro personas. La idea de las hojas de morera se le había ocurrido a alguien que trabajaba en la cocina. Las habían conseguido en el moreral que crecía junto a la fábrica. Los granjeros habían dejado de cultivar gusanos de seda a causa de la guerra; habían podado las ramas de las moreras, y se habían puesto a cultivar verduras en el terreno que había quedado libre. Por esta época del año, las ramas podadas de las moreras daban frutos tardíos, y ahora daban hojas verdes, un momento idóneo para comerlas.

Los tomates los preparó Yasuko en la cocina, y los trajo partidos por la mitad: medio para cada uno de los comensales. Ella misma repartió también la lata de carne en conserva entre los cuatro platos que había traído con ese propósito.

Los cuatro nos sentamos a comer. Bajo el ojo atento del director, Shigeko sirvió agua y alcohol en los vasos, siete partes de una y tres del otro. Los movimientos de sus manos eran muy respetuosos al ser consciente de estar manipulando algo de gran valor. El director agitó el líquido que tenía el vaso con uno palillos de madera, y yo lo imité.

—Voy a por cucharas —dijo Shigeko, haciendo ademán de levantarse—. Tenemos unas que utilizamos para el curry, si es que sirven.

—No, no, Sra. Shizuma —dijo el director—. Nunca utilizo nada que no sean palillos perfumados de madera para remover la bebida. Soy muy estricto con esas cosas. Y también cuando mezclo agua con alcohol: soy un acérrimo defensor de la teoría de las «siete partes por tres». Pero, como usted ve —dijo alegremente, añadiendo un poco más de la bebida en su propio vaso—, ¡la teoría y la práctica no siempre van de la mano!

—Hace usted muy bien, Sr. Fujita —dije yo, levantando mi vaso—, pero, antes, ¡a su salud!

—¡A nuestra salud! —dijo él, entrechocando su vaso contra el mío.

La bebida tenía un ligero amargor, pero puede que fuera mi imaginación. El aroma era delicado sin duda porque, después de todo, se trataba de un alcohol de buena calidad, al cual el jarabe añadía el punto justo de dulzor.

Ni Shigeko ni Yasuko lo probaron, así que el director las convenció de que se adelantaran con la comida. Un treinta por ciento de alcohol era demasiado fuerte para mí, pero en vez de añadir más agua, lo bebí a pequeños sorbos. Nunca antes había probado una *tempura* de hojas de morera, pero descubrí que, aderezadas ligeramente

con sal, las hojas combinaban perfectamente con la bebida. Desde el comienzo de la guerra, había tomado en varias ocasiones una *tempura* similar, pero hecha con hojas de crisantemo o de caqui.

Podría decirse que el director nos había traído lo indispensable para una pequeña cena íntima y agradable en familia. Pero resultó ser una fiesta de despedida en la que dedicamos la mayor parte del tiempo a volver una y otra vez sobre los deprimentes asuntos de siempre. El director, me hizo saber, había estado también en la sede de la Compañía estatal de carbón. Después, había ido a ver al teniente Sasatake, al depósito de aprovisionamiento, pero en ambas ocasiones salió frustrado de su intento. Había llamado al Dr. Koyama, un conocido suyo, al Hospital de Comunicaciones. Sin embargo, al saber que el doctor estaba tan ocupado atendiendo a sus pacientes en el hospital, no había insistido en verlo personalmente y, mientras se encendía un cigarrillo junto a la entrada del hospital, oyó por casualidad una conversación entre dos enfermeras en la que, por primera vez, se enteró del nombre correcto del artefacto que había provocado el fogonazo y el fragor monstruosos que habían destruido la ciudad.

—Ha sido una «bomba atómica» —dijo, con el rostro pálido por el efecto de la bebida—. Así se llama, según parece. Provoca una terrorífica radiación. Yo mismo vi en las ruinas unos ladrillos completamente quemados en cuya superficie unas burbujas. Las tejas se habían puesto también de una especie de color rojo incandescente. Es algo terrible lo que provoca. Dicen que nada volverá a crecer en Hiroshima y Nagasaki durante los próximos setenta y cinco años.

El nombre de la bomba ya había cambiado en varias ocasiones: desde «nueva arma», al principio, pasando por «un nuevo tipo de bomba», «arma secreta», «un nuevo tipo de bomba especial», hasta «bomba especial de gran capacidad destructiva». Pero no podía creer que no fuera a crecer nada durante los próximos setenta y cinco años. ¿No había visto con mis propios ojos la hierba creciendo descontroladamente entre las ruinas?

—Ahora que lo menciona —dijo el director cuando se lo conté—, yo lo observé también. Vi unas acederas con la copa encorvada por lo rápido que había crecido.

Recuerdo haber leído un ensayo del novelista Hakuchō Masamune. Si no recuerdo mal, apareció en el *Yomiuri Shimbun* por la época en que Alemania, Italia y Japón se agruparon en el Eje. En aquel ensayo, el autor comentaba que un noticiario sobre un discurso de Hitler ante las juventudes hitlerianas le había recordado muchísimo al rugido de un peligroso tigre. En aquella época, era insólito escuchar a alguien decir algo en público en contra de Hitler. Algunos miembros de las juventudes hitlerianas habían visitado Japón, y el gobernador de una Prefectura había organizado incluso a sus propias juventudes tomándolas exactamente como modelo. El artículo me causó una viva impresión; y me pareció refrescante que alguien escribiese algo sobre ese tema en un momento en que el resto del mundo se apresuraba a subirse a ese carro. Como entonces trabajaba en una fábrica de

armamento militar y mi preocupación principal diaria era incrementar la producción, caí en la costumbre de desear, por nuestro bien, que ganara Hitler. Pero desde el momento en que tiraron la bomba, mis ideas se habían transformado radicalmente, y empecé a pensar que todo lo que había creído hasta entonces no eran más que un montón de tonterías.

No obstante, de puertas para afuera seguí apoyando la misma línea política oficial que antes, y yo mismo había hecho una copia, el día 7 de agosto, de un llamamiento del gobernador Kōno, de la Prefectura de Hiroshima, a la población, y lo había colgado a la entrada de la fábrica.

En él se leía lo siguiente: «El reciente desastre forma parte de una conspiración del enemigo para destruir el espíritu de lucha de nuestra nación mediante una serie de bombardeos de espantosa violencia. Ciudadanos de Hiroshima: ¡por elevadas que sean las pérdidas, pensad que estamos en guerra! Sin dejamos intimidar por esta situación, ya estamos adoptando medidas para auxiliar a las víctimas y reconstruir los daños, una tarea en la que el ejército nos proporciona una inestimable ayuda. Volved a vuestros trabajos sin demora: ¡no tenemos un día que perder en la lucha contra el enemigo!».

Fue el 9 de agosto cuando colgué este comunicado en el tablón de anuncios; no mucho después del momento, entre las 10.50 y las 11.00 de la mañana, en que tiraron la segunda bomba en Nagasaki. Caí en la cuenta de esto precisamente después de haber visto el boletín del bombardeo de Nagasaki y haber oído un detallado informe al respecto. Para entonces, alguien, que no tenía otra cosa que hacer, había subrayado con un círculo la palabra «inestimable» en la frase «el ejército nos proporciona una inestimable ayuda». Al día siguiente, el comunicado había desaparecido; unas manos desconocidas lo habían arrancado del tablón donde, en su lugar, habían escrito a lápiz con mayúsculas: «¡No se puede luchar con el estómago vacío!».

(El director debía de haber observado también aquel escrito; pero no había dicho nada. Ni tampoco lo había borrado. Allí se quedó hasta el 15 de agosto cuando, después del edicto imperial en el que se ponía fin a la guerra, descubrí que había desaparecido de allí; si no me equivoco, borrado con un trapo. Me parecía que todo —el círculo en lápiz, el estilo, la forma en que se había borrado— reflejaba perfectamente los sentimientos de los trabajadores de la fábrica durante la guerra).

Bebí tres vasos del alcohol con agua y terminé mis hojas de morera rebozadas. Como era lo primero que bebía desde hace no se sabe cuánto tiempo, cogí una ligera borrachera. Sin embargo, algo me impedía estar del humor que merecía la ocasión. El director bebió el doble que yo; y cuanto más bebía, más pálido se ponía y más furiosamente arremetía contra el teniente Sasatake del depósito de aprovisionamiento y todas sus manipulaciones. Ambos habíamos tenido la amarga experiencia de tener que implorar a los responsables del depósito para que la fábrica no dejase de funcionar. Era fácil odiarse a uno mismo por el modo en el que se ponían de manifiesto las peores cualidades del ser humano. A sus ojos, debíamos ser como unas

absurdas marionetas de madera a las que podían manejar a su antojo.

El director vació hasta el final su cuenco de cebada cocida y, luego, se preparó para marcharse. Mientras se despedía, anunció de repente, con un gesto de sombrío desenfado que, al día siguiente, tenía la intención de vender su mejor uniforme nacional en el mercado negro. Y, después de caerse de culo en el escalón de entrada, dijo, con la alegre incoherencia de la borrachera, que se trataba del mismo uniforme que habían llevado durante años los fieles de una nueva secta religiosa. A continuación, nos informó que en el jardín de la sede principal de esa secta había visto un nido de pinzón en el que los pájaros se afanaban en alimentar con larvas a sus crías.

—Díganme... —preguntó de improviso, subiendo el tono de voz y arremangándose el kimono como un trabajador—. ¿Saben lo que dice el pinzón cuando canta? Pues yo se lo digo: dice «solo un par de líneas», eso es lo que dice. — Y, dirigiéndose a Yasuko—: Bueno, jovencita, cuando llegue a casa, no deje de escribirme una carta igual: «solo un par de líneas».

—Descuide, Sr. Fujita, lo haré —contestó Yasuko—. Pero, de donde yo vengo, los pinzones cantan «Trae un copa, muchacho, y bebamos un vinagre».

—Venga, vamos ya; eso es demasiado largo.

—Aunque cuando yo era pequeña solían cantar «Pío, pío, pío, los pajaritos tienen frío».

—¡Bravo! ¡Eso es más corto! —Tras enderezarse a duras penas, se marchó.

Cuando yo era muchacho, los pinzones siempre habían dicho «Pío, pio, pio, los pajaritos tienen frío». Los niños solían imitar el canto repitiendo una y otra vez esa frase y, al final, cantaban: «El pinzón que no pía, canta tralará, el desayuno se enfría, si no se pone a ladrar». Jamás entendí lo quería decir. Pensé que habíamos apagado el alumbrado como mandaban las ordenanzas; sin embargo, cuando estábamos quitando los platos de la mesa, el turno de servicio de vigilancia vino a avisarnos de que tuviéramos más cuidado. Debía de haberse filtrado la luz de la lámpara cuando mi esposa salió a fregar los platos al riachuelo de detrás de la casa.

Capítulo 20

14 de agosto. Nublado. Más tarde, buen tiempo.

Tras dejarme una carta para nuestro casero, Shigeko y Yasuko partieron para nuestra casa en el distrito de Jinseki un poco después de las cinco de la mañana. Les pedí que se llevaran para el camino un poco de arroz tostado, además de un puñado de sal y un termo de agua. En casa, no había ninguna otra cosa que comer o beber. Pese a que, de acuerdo con las ordenanzas, el director de la asociación de vecinos debería haberles dado un permiso en el que se certificara que eran víctimas del bombardeo, se fueron sin él porque iban a tomar un tren hacia el norte, pasando por Kabe y Shiomachi, aunque sin detenerse en Hiroshima. No se habían puesto restricciones para aquellas personas que viajasen fuera de la ciudad en ruinas.

Después de despedidas, regresé a la cama, pero soñé que un hombre con una sola pierna y vestido con un kimono demasiado largo para él me perseguía cojeando con una larga cuchara que llevaba al hombro; y me desperté. Estaba sudando ligeramente. Tras despojarme de mis prendas de dormir con la intención de vestirme para ir a trabajar, advertí que llevaba puesto el cinturón rojo de mi esposa y su albornoz. La noche anterior, después de marcharse el director, recogí la mesa y me fui directamente a la cama, no sin antes descubrir que tenía que ponerme cualquier prenda que tuviera a mano porque Shigeko y Yasuko se habían llevado mi camiseta y mi kimono de noche para lavarlos en el riachuelo de detrás de la casa.

Aún quedaba un tercio de la botella de un litro. ¿Debería beberla o no? Quité el tapón, lo olí, volví a poner el tapón, fui a la cocina y, mientras buscaba un vaso, sonó la alarma antiaérea.

Unos días antes, las autoridades del Ejército Occidental de Japón habían emitido un comunicado de advertencia para que se cerraran bien las entradas a los refugios antiaéreos y se evitara cualquier contacto corporal con el exterior, ya que la eficacia de la bomba enemiga dependía de la onda expansiva y la emisión de intenso calor. También se recomendaba ponerse a cubierto, aun en el caso de que solamente se vieran uno o dos aviones enemigos. Por desgracia, el refugio del dueño de la casa consistía en un mero agujero excavado en el suelo. Salí del refugio, pero no vi ningún signo de aviones sobrevolando las colinas en dirección a Kabe ni tampoco en dirección a Hiroshima. Cerré con llave, y me dirigí hacia la fábrica. No obstante, sonó la alarma, y oí unas cuantas explosiones similares a las que hacían las bombas al caer. La tierra tembló. «¡Iwakuni!», oí que alguien gritaba en una casa junto a la carretera. Entré en la oficina tras pasar por la pared lateral del edificio dormitorio para obreros. Aún no había ni un alma allí. Sin saber que hacer, puse una colilla de un

cigarrillo en una pipa de cazoleta pequeña y empecé a fumar. Mientras lo hacía, llegaron corriendo dos o tres muchachas de la fábrica.

—Buenos días, Sr. Shizuma —dijeron, casi sin aliento—, ¿qué pasa?

—Nada en especial —contesté yo—. ¿Por qué?

—El encargado del dormitorio nos dijo que viniéramos a preguntarle si había pasado algo. Dijo que algo *debía de* haber pasado, puesto que usted había llegado apresuradamente a estas horas a trabajar; y que fuéramos a preguntarle.

Mientras hablaba, llegaron otras tres o cuatro personas más de la fábrica con caras de preocupación.

—Buenos días, señor —saludaron a la vez—. ¿Ha ocurrido algo grave? —continuó una de ellas—. El ruido durante el bombardeo era con bombas ordinarias, creo. Todo el mundo dice que era el pueblo Iwakuni, pero en realidad...

Me sentí extraño.

—No ha pasado nada fuera de lo común —dije—. Hoy voy a ir a la estación de Koi a tratar un asunto de carbón. He venido a llevarme algo de comer para el almuerzo. —Fue la primera cosa que me vino a la cabeza, pero decidí en mi fuero interno que, efectivamente, trataría de ir a la estación de Koi.

Tenían razón, reflexioné: era demasiado temprano para que yo viniese a trabajar. Debería haber sido más sensato y no comportarme de un modo tan anómalo. Antes, cuando iba y venía desde Hiroshima, llegaba a trabajar entre las doce y las doce y media los veintisiete o veintiocho días laborables del mes. ¿Por qué hoy en especial se me había ocurrido ir a trabajar tan pronto por la mañana? Esta misma duda había puesto nerviosos a los obreros de la fábrica. Desde la bomba de Hiroshima, nadie sabía cuándo se produciría la invasión del enemigo o cuándo se pediría a los ciudadanos que dieran sus vidas por la nación, y eso hacía que, en su fuero interno, los obreros estuvieran tan asustados como yo. El problema era que todos nosotros estábamos tan atados espiritualmente de pies y manos que anulábamos cualquier deseo de expresar la ansiedad, por no hablar de la insatisfacción que sentíamos. Hasta ahí llegaba el poder del estado.

El desayuno era cebada cocida con salvado, y sopa de pasta de soja con perejil picado; el almuerzo que me dieron para llevarme consistía en bolas de la misma cebada cocida, acompañado de marisco hervido en salsa de soja. Normalmente, no se comía perejil después del mes de abril debido a los huevos de sanguijuelas y gusanos que se adherían a las hojas. Sentado a mi lado, un operario ya mayor que se llamaba Nakata le dijo a la mujer que trajo la comida:

—¿Ha hervido bien la sopa?

—Sí, el doble de tiempo que normalmente —contestó.

—¿Qué es el marisco que hay en el almuerzo? —añadí yo—, ¿almejas, tal vez?

—No, es *shiofuki*^[15]. La mujer del mercado negro me trajo algunos hervidos en agua de mar, así que el cocinero los preparó a la soja. Todo el mundo los toma para comer.

En los pueblos pesqueros que hay en el trayecto de tren a Miyajima —me había contado Nakata—, le habían tomado el gusto a preparar *shiofuki* hirviéndolos en agua de mar o machacando la carne de pescado como una pasta para hacer pastelillos redondos; luego los ponían a la venta en el mercado negro. Utilizaban agua de mar porque la ración de sal que se les repartía la vendían también en el mercado negro. La sal era un producto más apreciado cada día. Según decía Tanaka, si te pasabas muchos días seguidos sin tomar sal, era probable que la debilidad te hiciera incapaz siquiera de aplastar con la mano izquierda una mosca que se te hubiera posado en la mano derecha.

Partí para Koi. Al igual que la mañana anterior, el número de columnas de humo de las piras funerarias iba disminuyendo a medida que pasábamos por Furuichi, Gion y Yamamoto y nos adentrábamos en la ciudad devastada. En ella, las columnas de humo de los crematorios se alineaban sucesivamente a lo largo del lecho seco del río. Aquí también, la única forma de llegar desde Yamamoto a Yokogawa era caminando. Como no había más que una estación desde Yokogawa hasta Koi-machi, hice el trayecto por las vías a pie. No sabía de ningún tren con carga de carbón en las vías muertas de la estación de Koi, pero era tan imperiosa la necesidad de conseguirlo que sentí que estaba persiguiendo mi propia sombra, la que yo mismo proyectaba sobre los raíles.

Al darme la vuelta, sin ningún motivo en especial, para mirar atrás, vi un arco blanco que cruzaba la línea del sol y brillaba tenuemente a través de la leve neblina de la mañana. Era una auténtica rareza. Recordé cuánto me había fascinado contemplar una vez, de pequeño, un arco de plata desplegado en el cielo nocturno, sobre las colinas próximas a mi casa, pero esta era la primera vez que veía uno con luz solar.

En la estación de Koi, el jefe de estación y sus ayudantes mantenían una reunión urgente y decidí que aguardaría hasta que terminaran. Las paredes de la sala de espera estaban empapeladas con avisos de búsqueda de personas desaparecidas, y un policía militar iba inspeccionándolos uno a uno alrededor de la sala. Había una cierta presunción en su aspecto que me irritaba.

No había banco que no estuviera ocupado por alguna víctima del bombardeo. En el banco más próximo a la taquilla, había dos niños tumbados de espaldas completamente desnudos, con nada más que unos calzoncillos entre ellos. Una pareja de ancianos, con los ojos cerrados, se había sentado en cuclillas junto a ellos. El anciano tenía el rostro vuelto hacia los niños y, de vez en cuando, abría los ojos. Era fácil suponer que este matrimonio de ancianos, sin recursos y sin nadie a quien acudir, se habría hecho cargo de sus nietos.

La reunión del jefe de estación no tardó en acabar, y un tren con destino al este llegó cargado de pasajeros hasta los topes, aunque sin ningún vagón cargado de carbón. En la entrevista que mantuve en una habitación aparte con el jefe de estación, le pregunté a este sobre los trenes de carbón, pero me dijo que no había llegado

ninguno desde el 6 de agosto, y que tampoco tenía la menor idea de cuándo llegaría el siguiente cargamento. Desde el día 6, no podían hacer otra cosa que transportar pasajeros; los trenes de carga estaban descartados por el momento.

Por mi parte, lo único que podía hacer era explicar cómo estaban las cosas en nuestra empresa y rogarles, al jefe de estación y a su ayudante, tan elocuentemente como supiera, que se informaran por teléfono de cuándo se esperaba el siguiente cargamento. Mientras hablaba, el policía militar entró en la habitación y, sin decir una palabra ni dejar de armar ruido al pisar con sus botas, fue inspeccionando cada uno de los avisos de las paredes de la habitación. Con toda probabilidad, había sido enviado desde alguna unidad en otro distrito para investigar el estado de la moral pública en Hiroshima. Llevaba una chapa de sargento.

«¿Bastante humano para ser un policía militar, no les parece?», dijo uno de los asistentes. El jefe de la estación no hizo ningún comentario. En comparación con otros policías de su especie, este había sido afable. Me llamaba la atención que, desde la bomba, los militares no estuvieran tan seguros de poder presionar a la gente hasta el extremo que lo habían hecho anteriormente. Mal que bien, el jefe de la estación aceptó mi petición, con lo que, tras haber convenido con él que regresaría al día siguiente o al otro para examinar de nuevo la situación, me marché.

También en este lugar, las casas se mantenían en pie a duras penas. Los ladrillos se habían esfumado, los aleros estaban inclinados y, en las ventanas, no había ni un solo cristal. Incluso los marcos de las ventanas estaban torcidos y tenían el aspecto de no abrir. Algunas familias habían tenido que quitar las puertas correderas para poder entrar y salir de sus casas.

El camino de regreso lo hice por la carretera principal que rodeaba los distritos residenciales situados en las laderas. Me fijé en una casa de madera pintada que estaba junto a la carretera. Junto a una entrada moderna de estilo occidental, había tirados por el suelo unas diez o doce personas, víctimas de la bomba. Todos ellas estaban heridas y con sangre coagulada encima de sus quemaduras: algunas tenían el rostro inflado como una pelota; otras, el pelo chamuscado; y en otras apenas se distinguían los rasgos humanos de sus rostros. No había ningún cartel indicativo, pero supuse que se trataba de la residencia de un médico. La oficina, deduje, debía de estar llena, y esta gente esperaba su turno para entrar. Eran personas que no habían logrado que las atendieran en un centro de recepción, o que carecían de fuerzas o de voluntad para dejarse manejar en tropel como el resto.

Aceleré la marcha al pasar junto a ellos y vi a unos cuantos heridos más a la entrada de otro edificio que parecía un almacén. Todos estaban tumbados en el suelo, pero entre ellos había un niño que mantenía el brazo alzado en el aire. Nuevamente, aceleré el paso cuanto pude.

El trapo que estaba usando para limpiarme el sudor estaba negro por la mugre. Con la idea de lavarme la cara, tomé un camino que pasaba junto a unos arrozales, pero en ninguno de ellos quedaba agua. Los canales de riego estaban también secos, y

de las lochas muertas que yacían apiladas en hoyos excavados sobre el barro no quedaba prácticamente más que las raspas. Vi una golondrina muerta en el canal: tenía las alas parcialmente quemadas y desprendía el familiar hedor de la descomposición; yacía con el cuerpo medio hundido en el barro, en ángulo, y tras ella había dejado una estela de unos veinte o veinticinco centímetros, como si hubiera resbalado. A diferencia de la paloma que había atrapado junto al estanque de lotos, esta golondrina no había escapado sino que, por lo que parecía, se había estampado contra el barro en el momento del estallido de la bomba.

Almorcé mientras caminaba por los campos de arroz. Me encontraba ya cerca de las colinas, donde se podía ver el humo ascendiendo desde los crematorios.

Cuando llegué a la fábrica, el director, acompañado de varios de los obreros, estaba bebiendo té de cebada frío en la cantina. Todos tenían un aire meditabundo.

Le informé de mis gestiones, evitando hacer mención alguna a la noche anterior enfrente del resto de hombres.

—He pedido al jefe de la estación de Koi que se ponga en contacto con nosotros para lo del carbón —dije—. Tanto para lo bueno como para lo malo, sabrán algo como muy tarde mañana o pasado mañana. Al menos, estoy bastante seguro de que lo harán.

—Gracias —dijo con tristeza el director—. Por cierto, Shizuma, ¿cómo crees que lo interpretarán en Hiroshima?

—No he ido a Hiroshima hoy —contesté—. ¿Pero a qué se refiere?, ¿interpretar el qué?

—El comunicado de mañana, claro está. Han dicho en la radio que mañana al mediodía habrá un comunicado importante. Nos preguntamos acerca de qué será.

Sentí un leve cosquilleo en la punta de la lengua. No tenía ni idea del motivo del «comunicado importante», pero muy probablemente significaría conversaciones de paz, o rendición, o un armisticio. Los llamamientos a algún esfuerzo desesperado en territorio japonés eran ya demasiado frecuentes para merecer un comunicado especial.

Los obreros guardaban silencio pero, de vez en cuando, uno de ellos se lanzaba a hablar como si se le hubiera ocurrido algo. Alguien le respondía, luego terciaba otro, y otro más contestaba. El resultado era una conversación deslavazada, pero así era la tónica general.

Aquel mismo día, otro escuadrón de aviones enemigos había sobrevolado la región, pero sin que los molestase nadie. No había tirado ninguna bomba, y tampoco se les había disparado. Con la excepción del bombardeo de Iwakuni, las cosas habían discurrido de forma distinta durante los dos o tres últimos días. Esto significaba con probabilidad que el gobierno había llegado a alguna clase de pacto con las fuerzas enemigas, y que iban a anunciarlo públicamente al día siguiente. Con todo, a la vista de la libertad con la que los aviones enemigos sobrevolaban nuestro espacio aéreo, no parecía probable que se celebrara una conferencia de paz ni un armisticio. La única

posibilidad era, por tanto, la de la rendición, lo cual quería decir que el enemigo —al igual que había hecho Japón en los territorios que había ocupado en el extranjero— desembarcaría aquí, se apoderaría de los puertos y desarmaría a las fuerzas armadas japonesas. ¿O podría ser que el importante comunicado fuese una declaración de guerra a la Unión Soviética? Si fuera así, esto equivaldría a que Japón se enfrentase al resto del mundo sin ayuda de nadie. ¿Qué ocurriría a las fuerzas japonesas que estaban en el extranjero y a los civiles en el país? Hasta ahora, parecía que no podía haber ninguna vida peor que la que vivíamos ahora, pero si se trataba de que toda la nación fuese a ser barrida de un plumazo, cualquier hombre estaba dispuesto a aportar su grano de arena. (Aunque nadie estaba muy seguro de en qué consistía ese grano de arena). El gobierno contaba con poderío militar de su parte. Había muchas posibilidades de que todos los varones japoneses fuesen castrados... ¿No habría sido posible rendirse antes de que tiraran la bomba? No; Japón se rendía precisamente porque habían tirado la bomba. No obstante, el enemigo debía de saber que Japón ya estaba derrotado; no hubiera sido necesario tirar la bomba. De todos modos, los responsables de establecer el orden bajo el que había comenzado la guerra...

En este punto, la conversación corría el riesgo de ir por derroteros prohibidos, y las conjeturas no llegaron más lejos.

Volví a contar al director mis gestiones en la estación de Koi.

—Bueno —dijo—. ¿Le importaría tal vez tener listos los documentos para presentar al jefe de la estación antes de mañana a mediodía? Con ese importante comunicado que viene, quiero tener todo negro sobre blanco de antemano, por si a alguien se le ocurre investigar más tarde. No queremos que haya ningún malentendido como los que hemos tenido anteriormente, ¿verdad? Esta es una orden del director, por cierto. —Habló con mucha claridad para que los obreros que estaban a nuestro alrededor pudieran oírlo también.

El «malentendido» que habíamos tenido anteriormente ocurrió en primavera, cuando se envió por error a otra empresa un cargamento de carbón, en unas circunstancias que habían levantado la sospecha de que deseábamos enviárselo sin que se enterara nadie. Posteriormente, se aclaró que no había sido más que un mero error administrativo, pero durante algún tiempo la Compañía estatal del carbón había buscado un chivo expiatorio en nuestra fábrica.

Les conté al director y a los obreros de la fábrica el arco blanco de niebla que había visto en el camino a Koi.

—¡Bueno, así que usted también ha visto uno! —exclamó el director, dando un sonoro golpe en la mesa—. Yo vi uno también cuando estaba en Tokio, el día antes del levantamiento del 26 de febrero. Un arco blanco de niebla, como se lo digo.

Al igual que el mío, su arco cruzaba horizontalmente el sol. Él caminaba en las inmediaciones del Palacio Imperial a eso de las once de la mañana, el día antes del levantamiento, pensando en cuán picado debía andar el mar; estaría bravo aquel día porque había cientos de gaviotas apiñadas en el foso del palacio. Era hacia finales de

febrero, y había también una bandada de patos salvajes en el malecón; pero el número de gaviotas que había era extraordinario: puede que fuesen cientos o incluso miles. Mientras pensaba en lo extraño que era, vio —lo que era aún más raro— un arco de luz blanca en el cielo, cortando por la mitad al disco solar.

—Es un presagio, ¿sabe? —dijo el director con toda seriedad—; un presagio de que va a ocurrir algo desagradable. Al día siguiente, el 26 de febrero, fue cuando se produjo el levantamiento, así que, a la vista de las circunstancias, es obvio que el presagio aparece antes del día en que ocurre el hecho. Cuando le conté a un alto responsable de la Administración que acababa de ver un arco blanco de niebla, se quedó de piedra. «Un arco blanco de niebla perforando el sol» es una señal de los cielos de que iban a producirse, de un modo inminente, conflictos armados, dijo. Según parece, es una cita de la vida de no sé quien en el *Libro de Historia* chino. Me dije que era una tontería, pero al amanecer del día siguiente empezaron los problemas.

—El que vi era delgado —dije—, y como si ensartara al sol.

—Exacto; no es muy ancho, pero sí muy perfilado y blanco. No estoy siendo supersticioso, pero un arco blanco de niebla no augura nada bueno a nadie. En mi opinión, es algo que no admite duda.

Había estado caminando todo el día, y estaba cansado. Decidí que dejaría para el día siguiente la preparación de los documentos acerca de los trenes de carbón, y cené en la cantina con el director y los obreros.

—Queda un poco del alcohol de ayer por la noche —le informé al director en voz baja.

—¡Bien —me contestó—, eso son buenas noticias! Puede que mañana me pase entonces, dependiendo de lo importante que resulte el comunicado.

15 de agosto. Buen tiempo.

El cansancio que había acumulado de la noche anterior me hizo dormir más profundamente que otras veces, porque me levanté temprano. Era como si el momento de ir a la cantina de la fábrica no llegara nunca. Como de costumbre, bebí un trago de agua con la intención de engañar al estómago. Pese a lo dispuesto que me sentía para trabajar, era aún demasiado pronto, así que me senté en la entrada de casa a esperar. Mientras estaba allí, apareció el viejo caballero que es propietario de la casa donde vivimos.

—¿Qué cree que será ese «importante comunicado» que van a dar? —me preguntó, dándome en la mano algo envuelto en papel de periódico.

Eran granos de café de Brasil, me explicó. Se los había enviado hace unos años su sobrino, que se había marchado a trabajar a Brasil hacía veinte años. Él no sabía cómo se comían, así que los había guardado en un armario dentro de un papel de periódico. Yo tampoco había visto antes auténticos granos de café, y no tenía la menor idea de cómo tostarlos o molerlos, pero los acepté con sumo gusto y, citando

unas palabras que el director me había dicho una vez, le dije:

—Me pregunto si estas son de moca o son una variedad arábica. Dicen que la variante que se cultiva en Brasil actualmente es un híbrido de ambas cepas, no sé si lo habrá oído.

El anciano no había venido a verme porque yo diese la impresión en absoluto de ser una persona conocedora del desarrollo de la guerra. Sencillamente, estaba inquieto con el inminente comunicado y quería conversar con alguien. Yo era rigurosamente evasivo al expresar mis opiniones.

Me dijo que los peces aún se morían en el río Tenma, en Hiroshima. Se debilitaban y subían a la superficie, flotando boca arriba; y si se cogían con la mano, se desprendían las escamas y la aleta dorsal se caía. La mayor parte de las carpas del lago en Asano había muerto en el acto durante el bombardeo pero, ahora, las que habían sobrevivido empezaban a perder las escamas y a nadar como si estuvieran groguis. También me dijo que había oído que a quienes habían caminado entre las ruinas, aun sin haber sido víctimas directas del bombardeo, les habían empezado a salir manchas en la piel, estaban perdiendo el pelo, o se les habían aflojado los dientes.

En cuanto a mí, desconocía lo que me depararía el futuro pero, por el momento, podía tirarme del pelo sin que se me cayera, y no tenía manchas en la piel. (No obstante, dos años después del bombardeo, cuando ya había empezado a pensar que estaba a salvo, se me comenzaron a aflojar dos dientes, y descubrí que podía sacármelos sin esfuerzo. Luego, empezaron a moverse otros cuatro dientes más, que yo mismo me saqué sin el menor dolor, simplemente agarrándolos con los dedos y tirando hacia fuera. Hoy en día, tengo una dentadura superior completamente nueva. Cuando me canso del trabajo manual, me salen sarpullidos del tamaño de judías en el cuero cabelludo. A Shōkichi, que había empezado la cría de carpas con nosotros, se le cayeron todos los dientes pero sin causarle apenas dolor a lo largo los dos meses siguientes a la bomba, y ahora no tiene más que dientes falsos tanto en la mandíbula superior como en la inferior. Como la encía superior de Shōkichi es tan pequeña que casi se funde con el paladar, el dentista tuvo que hacer la moldura de su dentadura falsa lo más alta que le fue técnicamente posible, a fin de mejorar el aspecto de sus labios. Con todo, dado que el labio superior seguía dando la impresión de que se doblaba hacia el interior de la boca, Shōkichi se dejó crecer un bigote, que aún conserva, poblado y viril. Algunos de los paisanos del pueblo, que ya deberían conocer perfectamente bien la historia que hay detrás de su imagen, se olvidan de ella y dicen que Shōkichi es un hombre con un bigote por encima de su condición. Pero, por lo que respecta a Shōkichi, el asunto nada tiene que ver con la vanidad social, ya que él es el más humilde y valioso de los hombres, y por eso definiendo desde aquí su buen nombre).

Cuando el anciano se hubo marchado, fui a la fábrica, desayuné con quien estaba en la cantina a esas horas y, después, me puse a redactar los documentos que me

habían pedido y que, siguiendo las órdenes del director, debía presentar al jefe de la estación de Koi. Era una labor que requería una detenida reflexión puesto que, además de establecer la cantidad de carbón que nuestra empresa necesitaba en una semana para mantener nuestras cifras de producción de ropas, también tenía que hacer un minucioso relato de nuestras recientes negociaciones con el depósito de aprovisionamiento de Hiroshima, así como mencionar la inexistencia de la Compañía estatal del carbón. No serviría de nada que yo dijera que el oficial encargado de administrar los cupos de carbón en el depósito de aprovisionamiento era un irresponsable. Por otra parte, si decía que había cooperado con nosotros, nuestra solicitud perdería todo su impacto. Tuve que emplearme a fondo para lograr las perífrasis y circunloquios necesarios. Decidí intercalar también en el texto algunos refuerzos retóricas como «en un caso de emergencia grave» o —uno de los más logrados— «un trozo de carbón equivale a una gota de sangre». Sin la Compañía estatal, y sin el personal encargado de esas labores, pero con un sistema que seguía imponiendo restricciones, escribir así era probablemente la única medida que ofrecía alguna clase de esperanza.

Había terminado de escribir los documentos y los estaba releendo cuando, de repente, se detuvo el sonido de las máquinas de la fábrica. Eran las doce menos cinco, la hora del comunicado. Metí los documentos en un cajón, y salí al pasillo. Bajé corriendo las escaleras y, entonces, siguiendo un impulso súbito, salí por la puerta de emergencia al patio que había detrás de la fábrica. La radio estaba en la cantina, pero me acobardaba pensar en los importantes acontecimientos que se pondrían en marcha con las palabras que se pronunciarían a través de ella. Tenía el sentimiento opuesto a la compulsión que normalmente invita a mirar aquello que uno teme. Todo el mundo parecía caminar por los pasillos en dirección a la cantina, y el murmullo sordo de sus pisadas llegaba hasta mí.

El patio estaba silencioso y vacío. Tres de sus lados estaban cerrados por edificios de la empresa, mientras que el otro daba a la falda de una colina donde crecían robles. Desde este robledal, partía un canal abierto de riego de unos dos metros de ancho que llegaba hasta el patio y continuaba hacia fuera por el callejón, entre el ala de las oficinas y el ala que albergaba la sección de ingeniería, aireándolo todo con la brisa fresca que traía el agua. En el suelo húmedo a este lado del canal crecían espesas matas de musgo y hepática, mientras que, al otro lado, había un grupo de plantas altas con florecitas rosas. Acá y allá asomaban *dokudami*, unas flores blancas de tallo largo y grandes pistilos amarillos.

Escudriñé en la oficina desde fuera, pero no quedaba nadie allí. Pensé en ir a la cantina, pero cambié de opinión. Miré en la sala de operarios: nadie. Metiendo la nariz por entre la puerta trasera de la cocina improvisada que había junto a la oficina, vi que sobre el fuego hervía el agua en una gran tetera cuya tapa pugnaba alegremente por saltar. Era evidente que los empleados, que habían traído sus propios almuerzos, la habían puesto a hervir, y luego habían olvidado apagar el fuego antes

de marcharse a escuchar la radio.

El comunicado había empezado, pero lo único que podía oír desde el patio eran fragmentos del discurso en voz baja. No hice esfuerzos por captar el sentido, sino que paseé por el canal arriba y abajo, deteniéndome de vez en cuando y aguardando allí quieto durante un momento. El canal estaba construido con losas macizas de piedra de unos dos metros de profundidad, y el cauce era liso y estaba cubierto en su totalidad por piedras. El nivel de la corriente de agua era bajo, pero absolutamente transparente, y producía al momento un efecto refrescante.

¿Cómo nunca antes me había dado cuenta de que tenía este atractivo riachuelo tan cerca de mí? Una procesión de angulas se deslizaba en el agua con aire despreocupado, nadando a contracorriente. Qué asombroso era mirarlas: una miríada de minúsculas angulas, aún en la fase larval, que no pasarían de los ocho o diez centímetros.

«¡Adelante, corriente arriba! —les grité para animarlas—. ¡Apuesto a que podéis oler dónde hay agua fresca!» y seguían pasando sin cesar, pugnando por remontar la corriente. Debieron de haber nadado desde los tramos bajos del río en Hiroshima. Las angulas recién nacidas suelen remontar los ríos desde el mar a mediados de mayo. Durante el primer kilómetro y medio del estuario, aún son planas y transparentes, como las hojas de un sauce y, por su parecido con las crías de sardina, los pescadores de los estuarios de los alrededores de Hiroshima las llaman «angulas asardinadas». Sin embargo, cuando llegaban hasta aquí, ya tenían el aspecto de las anguilas, aproximadamente del mismo tamaño que una lacha grande, pero mucho más delgadas y ligeras en sus movimientos. Me preguntaba dónde habrían nadado el día 6 de agosto, cuando Hiroshima había sido bombardeada. Me agaché junto al borde del canal y comparé sus dorsos, pero lo único que veía eran distintas gradaciones de gris. Ninguna de ellas mostraba signos de heridas o lesiones.

Me pregunté si se podrían pescar, y, en ese caso, qué tipo de cebo habría que utilizar. Cuando me alejé de allí y volvía andando hacia la puerta de emergencia, salió un obrero y pasó corriendo junto a mí.

«¿Qué pasa?», le dije. Se dio la vuelta, echó un vistazo rápido sin detener la mirada y comenzó a correr hacia la cocina. Desde su forma de aferrarse a la gorra de trabajo hasta el modo extraño y rígido en que se había puesto a correr, todo en él me decía que algo iba muy mal.

Me dirigí por el pasillo hacia la cantina, cruzándome por el camino con un grupo de trabajadores con expresiones más sombrías que las que nunca antes les había visto. Algunos de los operarios lloraban. Varias muchachas se cubrían el rostro con sus gorras de trabajo. Una de las chicas de un grupo que volvía hacia los dormitorios había rodeado con el brazo a su compañera y le decía con voz tranquilizadora: «¡No llores, querida! Piensa que a partir de ahora ya no habrá bombardeos».

A mí mismo me brotaron las lágrimas. Como me daba vergüenza que me vieran llorar, me detuve a lavarme las manos en el lavabo de piedra que había junto a la

entrada de la cantina. Una ayudante de cocina de mediana edad, que acababa de poner la mesa, se acercó a mí:

—Ay, Sr. Shizuma —empezó a decir, inclinando formalmente la cabeza como se hace cuando se presentan condolencias—, realmente no sé qué decir en un momento como este. Ya sabe, yo no soy gran cosa, nada más que una pobre vieja, pero me siento tan triste y tan enfadada... No quiero... —Y no pudo seguir—. Ay, querido...

Pese a todo, ella no lloraba. A mí se me habían secado también las lágrimas. A decir verdad, sospecho que las lágrimas que había derramado no eran por aquel momento —aquel momento, poco después del mediodía, de un día determinado de un mes determinado—, sino por algo muy diferente. Me acordé de la época en que era muy pequeño y salía a jugar en los alrededores de nuestra casa. En aquellos años había en el pueblo un palurdo medio imbécil, llamado Yōichi, que se metía conmigo, aunque yo nunca me permitía llorar enfrente de él. No, prefería correr a casa y dar la lata a mi madre para que se desnudara un pecho para mí; y, solamente entonces, al ver aquel refugio familiar, podía por fin romper a llorar. Incluso ahora era capaz de acordarme del sabor salado de su leche. Las lágrimas que derramaba eran lágrimas de alivio, y creo que las lágrimas de este día también eran así.

En la cantina, había una docena de personas sentadas en una mesa, entre ellos, el director y algunos obreros de la fábrica. Ninguno de ellos era ya joven, y estaban sentados callados e inmóviles, como una serie de budas de piedra en fila. De pie, bajo una pequeña cortina que colgaba sobre la entrada de la cocina, una joven ayudante, con un trapo en la mano, tenía el aspecto de alguien que hubiera recibido una reprimenda por algo.

—Sr. Fujita, tengo preparados ya esos documentos —dije, colocándome a su altura para sentarme junto a él—. ¿Se trata de una rendición, verdad?

—Así parece —replicó con una inesperada frescura—. El emperador acaba de difundir su mensaje. Aunque la radio no funciona bien. Uno de los operarios ha tratado de ajustarla, pero cuanto más la manipulaba, peor era la cosa y menos se oía. Pero sí, todo parece indicar que es una rendición en toda regla.

La superficie de los cuencas de cebada cocida con salvado de arroz estaba seca, y las moscas se agolpaban sobre ellos. Los platos de marisco estofado en soja estaban también llenos de moscas. Nadie movía un dedo para espantarlas.

—Bien, escuchad todos —dijo el director con fingido ánimo—. ¡Arriba ese ánimo!, ¿quieren? Oiga, señorita, haga el favor de traernos unas ciruelas encurtidas en sal, si no le importa. Cuéntelas antes de traerlas para que cada uno tenga tres. Mañana por la mañana, a esta misma hora, las fuerzas enemigas pueden haberse hecho con el control de la fábrica, y ya no tendré nada que decir en estos asuntos.

Nadie dijo nada, pero el director cogió sus palillos y todos lo imitamos. Cada uno de nosotros nos tomamos tres ciruelas en vinagre. Siguiendo el ejemplo del director, puse mis tres ciruelas encima de la cebada cocida, eché un poco de té por encima y lo removí todo bien con los palillos antes de comérmelas. A medio camino, mientras

echaba más té en el cuenco, vi que solamente quedaba una ciruela en el fondo. Las otras dos habían desaparecido. No recordaba haber escupido los huesos, y no podía habérmelas comido sin que me quedara al menos una vaga idea de haberlo hecho. En definitiva, creo que me las tragué enteras con la cebada. Me pasé la mano por la garganta, pero no noté nada atravesado allí dentro. Además, eran de las grandes...

Después de comer, un operario llamado Yoda empezó a defender que el comunicado imperial había sido una exhortación a la nación para que combatiéramos con más ahínco.

Todos se pusieron tensos durante un rato, pero ni el director ni los miembros del personal abandonaron la mesa. Entonces, bruscamente, alguien gritó: «¡Es un rumor irresponsable!». Impulsados por este comentario, un oficial de la sección de maquinaria, llamado Nakanishi, declaró que él había oído a Su Majestad decir con claridad: «Si las hostilidades continuaran, el resultado final...».

—Yo también —dijo el director—. No estoy absolutamente seguro, pero debo decir que yo también oí algo parecido.

Dos o tres de los comensales confirmaron que, en efecto, eso era lo que Su Majestad había dicho. Si ellos tenían razón, ni con toda la imaginación del mundo podía transformarse esa frase en un llamamiento para combatir con más ahínco. Por último, todos coincidieron en que Japón había sido realmente derrotado. La derrota se confirmó en la radio a las cinco de la tarde.

(En la copia impresa del mensaje imperial que vi posteriormente, se decía: «El enemigo está utilizando una bomba nueva y despiadada para matar y mutilar a víctimas inocentes e infligir perjuicios inimaginables a la población. Además, si las hostilidades continuasen, el resultado final no solo provocaría la aniquilación de la raza japonesa, sino la destrucción de toda la especie humana en su conjunto...»).

Fui a buscar los documentos y los traje a la cantina para que el director los sellara. Aunque, en realidad, ahora que habíamos perdido la guerra, ya no tenía razón de ser una fábrica de producción de ropa para el ejército, así como tampoco tenía ningún sentido que yo fuera a la estación de Koi.

—¿Dónde debería guardar estos documentos? —pregunté al director.

—Me los llevo para guardados en la caja fuerte —respondió—. Acuérdesse de que los tengo yo. —Se los entregué, y se fue.

También yo me marché de la cantina, no sin antes pasar por la puerta de emergencia para ir al patio a echar un nuevo vistazo a las crías de anguila en su ascensión río arriba. Esta vez, me acerqué al canal poniendo especial atención, avanzando con delicadeza para no hacer ruido, pero ahora no se veía ni una sola anguila, y las aguas de la corriente fluían transparentes y vacías.

La transcripción del «Diario del bombardeo» estaba terminada. No quedaba más que leerla de nuevo y ponerle unas tapas de cartón.

A la tarde siguiente, Shigematsu fue a inspeccionar las albercas de desove. Las

kego crecían sanas y robustas y, en un rincón de la alberca más grande, crecían algunas plantas acuáticas. Shōkichi las debía de haber plantado allí tras conseguirlas en la laguna de Benten, en Shiroyama. Sus hojas ovaladas, de un verde lustroso, salpicaban la superficie del agua, y entre ellas se elevaba un tallo delgado en el que destacaba una flor abierta de color violeta oscuro.

Shigematsu alzó la vista. «Si un arco iris aparece sobre esas colinas en este instante, ocurrirá un milagro —profetizó para sí mismo—. Que aparezca un arco iris; no uno blanco, sino uno de muchos colores, y Yasuko se curará».

Eso se dijo, con los ojos puestos en las colinas próximas, aunque bien sabía desde el principio que ese deseo nunca se haría realidad.



MASUJI IBUSE (1898-1993) se crio en el pueblo de Kamo, en el este de la Prefectura de Hiroshima (Japón). En 1917 se fue a estudiar a la Universidad de Waseda, en Tokio, donde cursaría estudios de Francés y, poco después, de Bellas Artes. Su primera historia fue publicada en 1923, cuando todavía era un estudiante. Pero no fue hasta finales de los años treinta que empezó a ser reconocido por la crítica. Cuando Japón entró en la Segunda Guerra Mundial, Ibuse sirvió en las unidades de propaganda y vivió el fin de la guerra y la devastación de Hiroshima en su pueblo natal. En la posguerra su fama literaria fue aumentando hasta convertirse en uno de los más célebres escritores de Japón.

Su obra más conocida, *Lluvia negra (Kuroi ame)*, empezó a publicarse de forma seriada en una revista mensual en 1965, cuando Ibuse estaba en lo más alto de su carrera. Ese mismo año fue condecorado con la Orden al Mérito Cultural, el más alto reconocimiento que puede recibir un escritor en Japón, y galardonado con el premio Noma. La novela se publicó como libro un año más tarde y alcanzó un éxito inmediato; en 1989 Shohei Imamura dirigiría su adaptación cinematográfica.

Durante su dilatada carrera literaria, que se prolongaría hasta comienzos de los años ochenta, Ibuse publicó más de cuarenta libros de muy distintos géneros y estilos, pero fue *Lluvia negra* la novela que le daría fama mundial.

Notas

[1] Una especie de trucha. (N. del T.). <<

[2] El *zakin* era una especie de caperuza de tela dura o esparto que se repartió entre la ciudadanía japonesa para defenderse de los bombardeos durante la segunda guerra mundial. (N. del T.). <<

[3] Entonces, un yen equivalía aproximadamente a un dólar. (N. del T.). <<

[4] Un sen es la centésima parte de un yen. (N. del T.). <<

[5] Un gō equivale a 0,17 litros. (N. del T.) <<

[6] Una especie de siluro. (N. del T.). <<

[7] Aproximadamente, a primeros de mayo, 88 días después de Risshun, el primer día de primavera en el calendario japonés. (N. del T.). <<

[8] 1603-1867. (N. del T.). <<

[9] Murasaki Shikibu (978?-1014). Escritora japonesa, autora de *Genji Monogatari*. (N. del T.). <<

[10] Escritora del siglo x. Es recordada como autora por *Makura no Soshi (El Libro de la Almohada)*. (N. del T.). <<

[11] Una de las esposas de Hideyoshi Toyotomi, quien unificó Japón tras la época de las guerras civiles (1493-1573 aprox.). (N. del T.). <<

[12] Telas de pintura montadas sobre rodillos de madera. (N. del T.). <<

[13] Tradición budista japonesa por la que se celebran festivales en la temporada estival para dar la bienvenida a las almas de los ancestros. (N. del T.). <<

[14] Calcetines de trabajo con el dedo gordo separado del resto de dedos del pie. (N. del T.). <<

[15] Especie de bivalvo que, en Japón, se recoge en la bajamar. (N. del T.). <<